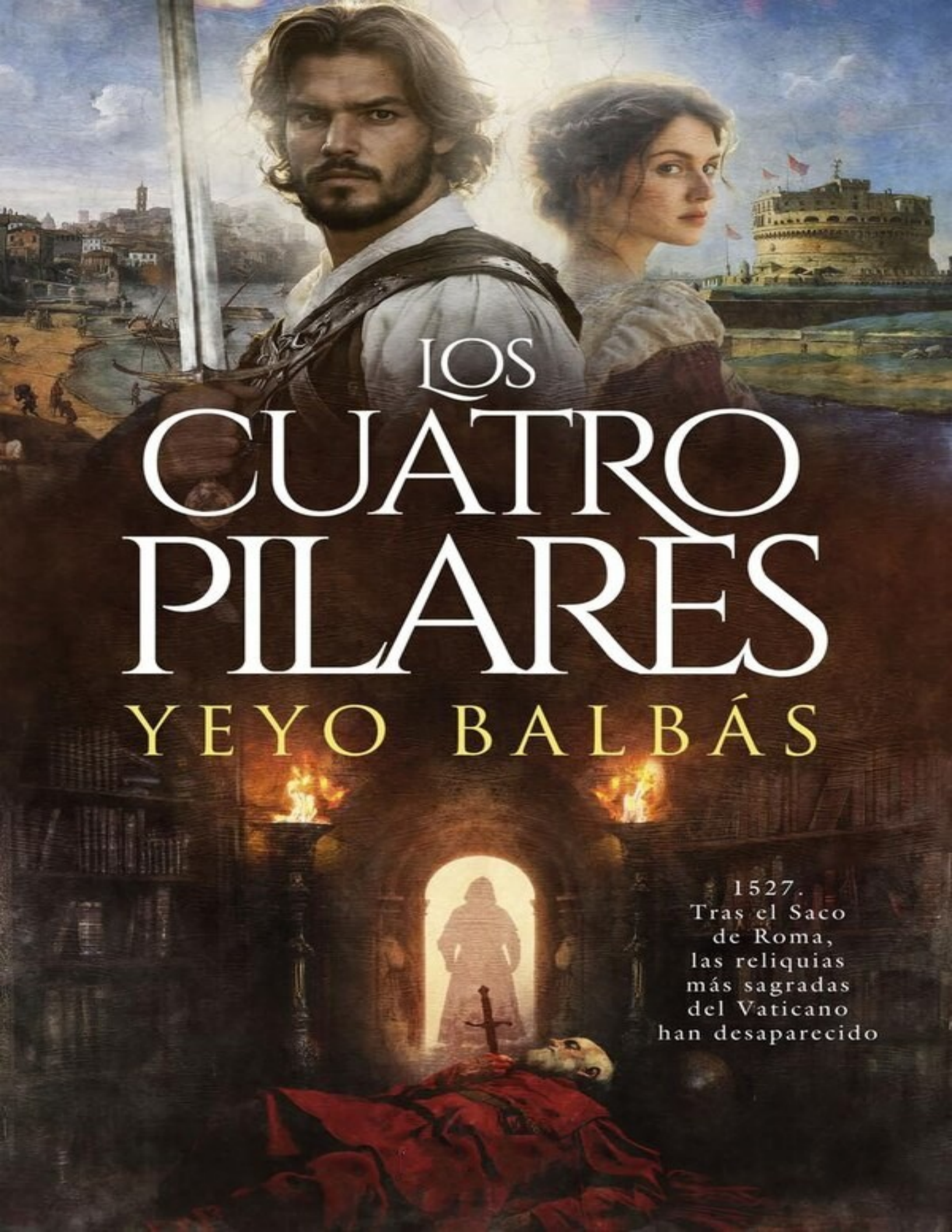

LOS
CUATRO
PILARES
YEYO BALBÁS
1527.
Tras el Saco
de Roma,
las reliquias
más sagradas
del Vaticano
han desaparecido

1527. Juan de Castillo, un capitán del ejército del emperador Carlos V, deberá recuperar las grandes reliquias de la Cristiandad, robadas tras el Saco de Roma,

Diciembre de 1527. Durante meses, las tropas de Carlos V han sometido a la Ciudad Pontificia a un brutal saqueo en el que se han perdido las grandes reliquias de la Cristiandad.

El Saco de Roma conmociona a toda Europa y parece confirmar las perversas profecías de los enemigos de la Iglesia católica. El rey de España, y emperador del Sacro Imperio, llega a un acuerdo con el papa Clemente VII para recuperar los tesoros sacros que ocuparán los cuatro pilares sobre los que se sostendrá la nueva cúpula de la basílica de San Pedro. Julio de Castillo, un capitán español, deberá afrontar tan ardua tarea. Su misión se verá dificultada por una serie de asesinatos entre los altos cargos de la Curia apostólica y el ejército imperial. Unos enigmáticos crímenes que implican a las redes de espionaje de Venecia y Francia, y que deberá resolver junto con Giovanna Inverno, una agente de la poderosa familia Colonna.

Basada en un hecho real, esta tormenta de intrigas conducirá a los protagonistas por un laberinto de misterios, entre los palacios del Borgo Vaticano y los bajos fondos de la Roma renacentista.

Yeyo Balbás

Los cuatro pilares

Título original: *Los cuatro pilares*
Marco Aurelio Balbás Polanco, 2025

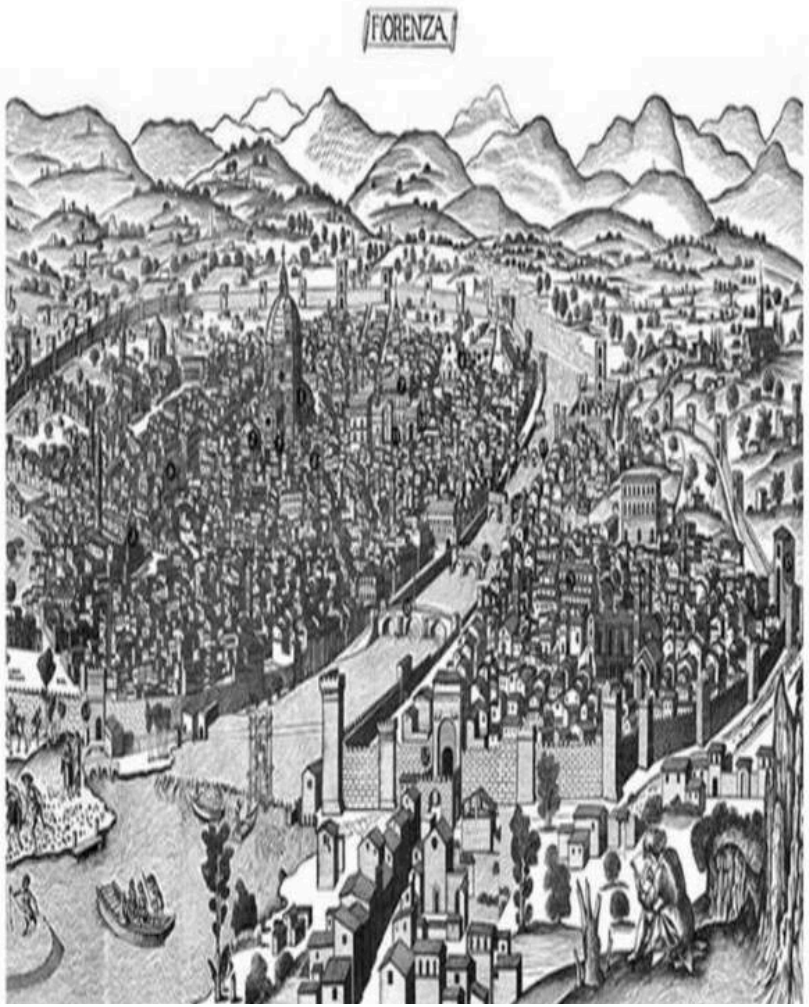
Revisión: 1.0

 06/07/2025

«En la pública luz de las batallas
otros dan su vida a la patria
y los recuerda el mármol.
Yo he errado oscuro por ciudades que odio.
Le di otras cosas.
Abjuré de mi honor,
traicione a quienes me creyeron su amigo,
compré conciencias,
abominé del nombre de la patria,
me resigné a la infamia».

El espía, Jorge Luis Borges

1. Santa Maria del Fiore
2. Battistero de San Giovanni
3. Santa Maria Novella
4. Santa Croce
5. Santo Spirito
6. San Lorenzo
7. Palazzo dei Priori
8. Mercato Vecchio
9. Piazza del Duomo
10. Loggia dei Lanzi
11. Piazza della Signoria
12. Porta San Frediano
13. Porta al Prato
14. Porta San Gallo
15. Porta San Piero
16. Ponte Vecchio
17. Ponte Santa Trinita
18. Ponte alle Carraia
19. Ponte alle Grazie




ROMA
1. Porta del Popolo
2. Porta Castel Sant'Angelo
3. Porta San Pietro
4. Porta Portese
5. Porta Trastevere
6. Porta San Giovanni
7. Porta Maggiore
8. Porta Sant'Angelo
9. Porta Nolo
10. Porta Santa Maria
11. Aula Tiburtina
12. Via della Lungara
13. Via dei Cavalli
14. Via Giulia
15. Via Lavernia (Via di Ripetta)
16. Via Clementina
17. Piazza Navona
18. Campidoglio
19. Campo de' Fiori
20. Piazza Farnese
21. Castel Sant'Angelo
22. Basilica di San Pietro
23. Belvedere
24. Santa Maria Rotonda (Pantheon)
25. Judearia (Ghetto Hebraico)
26. Palazzo Colonna
27. Campus Vaticano



Trató de abrir los ojos y respirar. Pasaron horas, o tal vez un instante. Al fin, sus párpados se alzaron y percibió las desdibujadas formas del techo, hundido bajo el peso de la humedad, la pintura desconchada, el artesonado reducido a una maraña de madera pútrida. Su vista descendió por el ajado camastro, hacia las tablas que cegaban el portillo y apenas dejaban entrar la dorada claridad del ocaso.

Escuchó un áspero susurro deslizándose bajo el lecho. Ratas disputándose los últimos restos de comida. Dos yacían muertas. De sus bocas rezumaban babas mezcladas con migajas de pan.

Envenenado.

Ignoraba hacía cuántos días, había perdido la noción del tiempo. El dolor en el vientre se había convertido en una parte indisoluble de sí mismo, la lengua tan seca como el esparto y, bajo el grueso manto de lana, la humedad filtrándose hasta los huesos. El siseo de las ratas no alcanzaba a integrarse en la pesada melodía del silencio: el susurro del viento a través del vano, los chillidos de los grajos y su propia respiración, cada vez más lenta.

Estaba solo.

El único ser humano en una ruina abandonada de una ciudad muerta. Gritó, hasta que le dolió el pecho. Hasta quedar sin aliento. El corazón le decía que imploraba auxilio a viva voz; mas, en su fuero interno, sabía que de su boca apenas había salido un gemido. Cuando la ardiente necesidad de respirar regresó, incluso los gritos de su mente cesaron.

Tenía que levantarse.

Más fácil sería estar muerto; así, al menos, no tendría que intentarlo. Reptó entre las sábanas, probó a apoyarse en el codo y, por un instante, no hubo nada más que dolor. Un dolor tan insoportable que abarcaba todo el maldito universo. Logró ponerse en pie, la agonía remitió y pudo regresar a su maltrecho cuerpo.

Envenenado.

Y quien lo hizo sin duda buscaba algo. Se giró hacia la pared agrietada, para enfrentarse a una mirada enigmática, arcana, imbuida en una urdimbre desde hacía milenios. Cien veces había querido destruirla sin ser capaz de alzar la mano. Cojeando, descolgó el lienzo sagrado que exhibía el rostro de Dios y trastabilló hasta la lóbrega biblioteca. A duras penas consiguió arrodillarse junto al desvencijado arcón. Dobló la tela con devoción y la escondió bajo una moharra oxidada. Después, cerró la tapa, aherrojó el arcón dos veces y se llevó la llave a la boca… para tragársela.

Entre los estantes buscó a tientas un libro, andrajoso, desgastado, abierto con tanta frecuencia que el lomo resultaba ilegible. Lo guardó en su escondrijo y regresó renqueando hasta el cuarto. A tientas buscó la daga oculta bajo la almohada. Se remangó el antebrazo, pensó en las palabras y, con la punta afilada, trazó líneas rojas en su pálida carne. Una vez que el dolor se agotó, se descubrió sentado en el suelo. Manos ajadas, arqueadas y rotas; la sangre coagulada rezumaba por la diestra.

Eso es todo. Es el fin.

Mientras la agonía engullía su mundo, fuera alguien gritaba su nombre y golpeaba la puerta. Boum-boum. Era él. Tenía que ser él. La desesperación le otorgó fuerzas, y comenzó a arrastrarse por el suelo. Boum-boum. Unos hilos invisibles movían sus brazos; ni siquiera sentía las piernas. Boum-boum. Casi rodó por las escaleras, los cascotes se le clavaron en las manos. Boum-boum. La voz de su único amigo, su única esperanza, lo atraía como un faro en la noche.

Tuvo que apoyarse en el postigo para ponerse en pie. Tiró de él para abrir la puerta, y entrecerró los ojos ante el fulgor del crepúsculo. Allí estaba él. Una figura recortada sobre el rectángulo

de luz y las oscilantes sombras de los cuervos. Su boca formaba una mueca cruel, y, con la diestra, sostenía una daga. El aleteo de las aves levantó motas de polvo que captaron la mísera luz que atravesaba las nubes y brillaron sobre el recién llegado como chispas de fuego.

Intuyó una puñalada. Quiso detenerla con el brazo, y el mundo entero se volvió un borrón oscuro. El acero le tajó los tendones, un humor rojizo salpicó el empedrado. El golpe que vino después habría silenciado el silencio.

Dolía.

Dolía tanto que, esta vez, pudo gritar. Y cuando se le agotó el aliento, vio un charco escarlata formándose en el suelo. Se quedó allí tumbado, sin fuerzas, exangüe. Los cuervos dejaron de agitar las alas, reapareció la luz del ocaso y la daga resplandeció de nuevo.

Sólo había un pensamiento en su mente.

El lienzo. No debe encontrarlo.

Después, su vida se disolvió en la nada; hasta que el límite entre agonía, realidad e ilusiones se desvaneció por completo.

I

La alborada trajo una luz mortecina, fría, como la caricia de un cadáver, que tiñó el cielo de grises y púrpuras, arrastrando un mar de sombras sobre la Ciudad Eterna. Ante las lóbregas aguas del Tíber, un colosal cilindro se recortaba en el brumoso horizonte. Heridas de muerte por un sol desvaído, las estrellas se extinguían sobre el castillo de Sant'Angelo.

Amanecía el seis de diciembre de mil quinientos veintisiete. Odres y botas de vino pasaban de mano en mano entre la escuadra que aguardaba en el corredor anular de la vetusta fortaleza. Julio del Castillo se había habituado a climas mucho más recios que el de su Sevilla natal, pero aquella gélida mañana, vestido con brigantina y mangas de malla, la vigilia se le antojaba eterna. La armadura poseía la irritante virtud de congelar el cuerpo en invierno y abrasarlo en verano.

Esperar. Hay que saber esperar. Resignado ante lo más arduo del oficio de soldado, el capitán pasó revista a la veintena de hombres: coseletes bruñidos y engrasados, puestas a punto las armas de fuego. Apenas reconoció a Francisco Delicado, con el rostro ensombrecido por el gorro de tafetán que delataba su oficio de galeno.

—Nuestros antepasados godos ya saquearon Roma en una ocasión, cuando era el corazón de un gran imperio —decía a los soldados—. Los padres conscriptos se negaron a pagar el tributo

acordado y el rey Alarico rapiñó la ciudad a su antojo. Así que ya veis cómo la historia se repite: los romanos son de naturaleza traicionera y nuestra reciedumbre germánica nos hace poco amigos de las bromas.

Tales razones esgrimía aquel clérigo menudo, fibroso y renegrido como un sarmiento. Persona afable, amigo de sus amigos, Delicado sólo perdía la compostura cuando alguien cuestionaba su hidalguía, momento en el que echaba mano a la daga que llevaba oculta bajo el balandre y esgrimía con una ferocidad endiablada. Cordobés de origen, compatriota de Séneca, bachiller y hombre de letras, poseía extraños hábitos y era pudoroso en extremo. Acostumbraba a orinar solo, y, si alguien se le arrimaba, lo ahuyentaba a golpes mientras maldecía a voz en grito.

—Esa raza vil y deicida que nuestros reyes católicos expulsaron aún está entre nosotros —le advertía a Juanillo—. Mas no temáis, que aquí todos somos cristianos viejos, del rancio linaje de los godos. Así que, mi buen amigo, podemos considerarnos parientes lejanos.

Juanillo era un lansquenete alemán, católico, oriundo de Suabia. Su padre lo había llamado Johannes en honor al maestro de armas de Liechtenau, cuyas enseñanzas en verso podía recitar de corrido aun borracho. Un doble sueldo del emperador Carlos que perdió la diestra durante el asedio a Milán y servía como entretenido en la compañía de Julio. Grande tal que un oso y pálido como si jamás hubiese visto el sol, había entablado una entrañable amistad con el cordobés, que apenas le llegaba al hombro.

El portalón se entreabrió con un gemido siniestro y de él asomó un mozuelo engalanado.

—*Andiamo* —dijo el zagal en un susurro, para no perturbar la gélida quietud de aquel mundo gris.

Julio lo acompañó por el corredor abovedado, una rampa sumida en tinieblas que giraba en las entrañas del coloso de hormigón y travertino. En la sala de las urnas un pendón en oro y sable exhibía la tiara papal y las llaves de San Pedro. Bajo el blasón que

encarnaba al menguado poder pontificio aguardaba Hernando de Alarcón junto a un italiano ataviado con ropas de peregrino.

El marqués de la Valle Siciliana superaba ya los sesenta años. Había entrado en milicia a los dieciséis, durante la guerra del Moro en Granada, y después sirvió a Su Majestad en Nápoles bajo las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Soldado viejo en todos los sentidos, el militar conquense mostraba un rostro ancho y vigoroso de cejas pobladas y dos grandes entradas, carencia capilar que compensaba con una barba grisácea que afloraba de su recia mandíbula como un matorral. Saludó a Julio y señaló a su acompañante, quien, con una gorra de paño y un manteo zurcido, intentaba ocultar, sin demasiada fortuna, su condición de clérigo.

—Debéis llevarlo a Capranica, una aldea a medio camino de Orvieto —dijo Alarcón—. Allí os aguarda la hueste de Luigi Gonzaga. Una escolta más aparatosa llamaría la atención.

El capitán hispalense asintió. Cincuenta ducados por cabeza bien valían los riesgos de aquel encargo, y, como oficial al mando, él obtendría diez veces más.

—Los alemanes desconfían de vueseñoría —respondió Julio con cautela—: habrán apostado vigías en torno a Sant'Angelo.

El marqués sonrió con los ojos, el resto de facciones sepultadas bajo un denso zarzal hirsuto. Hacía meses que las bandas de soldados ebrios, en perpetua búsqueda de vino y mujeres, suponían la única autoridad más allá de los muros de Roma, y no contaban con más divertimento que toda suerte de ocurrencias impías: tres días antes, unos lansquenetes habían degollado a un cura por negarse a darle de comulgar a un asno. Los germanos del ejército imperial, luteranos en su inmensa mayoría, veían al papa como el Anticristo y su presencia en la ciudad pontificia, como una suerte de peregrinación sacrílega. Exigían sus pagas atrasadas y, no sin motivo, desconfiaban de recibirlas. Tal y como empezaba a ser costumbre, los españoles habían sido los primeros en asaltar las murallas y serían los últimos en cobrar.

—Ayer repartimos soldada —explicó Alarcón—, y he procurado

que las tabernas estén bien abastecidas.

Descendieron por la rampa hasta el paso de ronda. Los arcabuceros se giraron al verlos llegar y Delicado se adelantó al resto.

—No tenía en mente reclutar sotanas. —El marqués, por supuesto, hablaba de forma figurada: no había hembra o varón que osara mostrarse en hábito eclesiástico por las calles de Roma.

—El bachiller conoce bien el Lacio —respondió Julio—. Atenderá nuestras heridas o nos dará la extremaunción, según toque.

—¿Y qué hay del lansquenete?

—Juanillo nos hará de intérprete —añadió el sevillano—. Es un buen católico y persona de entera confianza.

No lo decía muy convencido, mas no quiso mostrar tales inquietudes ante el capitán general, no fuera que reconsiderase la confianza que había depositado en él. Saltó sobre el palafrén retinto y se despidió del marqués con un firme apretón de manos. Delicado y el italiano montaron las mulas, y la escuadra —veinte soldados a pie y media docena de criados— abandonó el Borgo Vaticano por la puerta de Sant'Angelo.

A su paso por la vía Trionfale, sólo se oía el entrechocar de las armas, los relinchos de las bestias, las herraduras que arañaban la ajada pavimentación romana. Olía a espliego húmedo por el rocío, a perfumes de miseria, entre un manto de niebla espectral aferrado a los escombros de una civilización extinta. Inmensas ruinas afloraban en ángulos imposibles, y, entre ellas, aún resonaban los gritos agónicos acallados por la muerte. Los cadáveres se pudrían a orillas de los caminos, la escarcha les servía de mortaja.

Un graznido rompió el silencio.

—Cuando el grajo vuela bajo hace un frío del carajo —murmuró Guillem Fabrat, con la piel pálida teñida de sombras.

—Frío hace en Teruel. —Las minas del Moncayo habían sido la infancia de Román Calavera; la mecha del arcabuz era su nueva realidad. Trataba de mantenerla seca como si le fuera la vida ello.

—Chitón —ordenó Julio.

Ante un ruinoso caserío, una escuadra de lansquenetes montaba guardia. La mirada del cabo recayó fugazmente sobre el peregrino y retornó al pichel de cerveza. Aliviado, Julio escrutó a su protegido, un florentino de unos cincuenta años. Decían que era una persona reservada, una cualidad desdichada para alguien de su rango. Vio círculos de insomnio bajo sus ojos cansados, y una tempestad de emociones al percibir la atención indeseada. No halló maldad en ellos, sino temor, y una petulancia nacida de sus propias virtudes y de un noble linaje paterno: lástima hacia los débiles, compasión por los humildes y desdén hacia los necios. Por un instante sus miradas entraron en liza, y el florentino hurtó la suya con fingido desdén.

El capitán poseía tres virtudes que servían bien a sus propósitos: un asombroso talento para comprender la naturaleza humana que, en ocasiones, rayaba la clarividencia, unido a una desesperante paciencia, como si viviera ajeno a las restricciones temporales de la existencia humana, y unos ojos zarcos, veteados en plata, insólitos en su rostro tan atezado, indolentes y engañosos a la mirada, que ocultaban unos pensamientos que nadie lograba descifrar.

—Capranica se halla a nueve leguas, siguiendo la vía Francígena —le informó el bachiller, tras azuzar a la mula—. Una aldea hermosa, recóndita, entre las villas de Sutri y Vetralla.

—¿Cómo acabó vuestra merced en Italia? —le preguntó Julio, intrigado.

—Todos los caminos llevan a Roma —respondió Delicado—, o eso decían antes.

Recorrieron la ladera del monte Mario para adentrarse en la Insugherata, un paraíso natural cuajado de ruinas. Algunas suponían vestigios de un imperio remoto; otras, más recientes, parecían obra del ejército cesáreo. Al contemplar la desolación desde el puente del Crémera, el rostro de Julio se ensombreció, asaltado por un tropel de recuerdos.

—Todo sucedió por el implacable juicio del Altísimo —le dijo Delicado, y añadió con voz gruesa—: El Señor nos dio por maestro al santo padre, para que de él aprendiésemos a vivir como buenos

cristianos. Mas él nada de eso hizo. Con su ejemplo, Cristo nos conminó a que vivamos en la pobreza, y sus ministros nos enseñan que ninguna cosa podemos tener sino por dineros. Al bautismo, dineros; a la confirmación, dineros; al matrimonio, dineros; para confesar, dineros; para comulgar, dineros. Sólo nos darán la extremaunción por dineros y no nos enterrarán en sagrado si no es por dineros. Eran tantos los vicios eclesiásticos que el Señor inspiró a Erasmo Roterodamo, quien, con suma elocuencia, los denunció en sus escritos. Mas el papa hizo oídos sordos a tales advertencias y a los libelos de fray Martín Lutero. De suerte que el Hacedor decidió castigar a la ciudad pontificia, y ahora toda esa fortuna, obtenida de pleitos, bulas, indulgencias, confesionarios, dispensaciones, excomuniones, agravaciones y canonizaciones, está en manos de los soldados, siempre necesitados de plata, para repartirlo entre las mujeres de bien.

Al escuchar aquello, el clérigo florentino le dedicó una furibunda mirada. Después, bajó la vista y comenzó a porfiar en dialecto toscano.

—Erasmo despreció la cátedra en Alcalá que le ofreció el cardenal Cisneros —señaló Julio—. «*Non placet Hispania*», escribió: a su parecer, en nuestros reinos sigue habiendo demasiados judíos.

—Entonces que le den por el sieso.

Existen certezas tan inamovibles como la estrella Polar en el cielo: que un soldado, si desea vivir, ha de comer; que su único medio será la espada, que todos lo odiarán por ello y que morirá, tarde o temprano. Corrían tiempos difíciles, y el florentino al que escoltaban era, en gran medida, culpable de ello.

El rey de Francia, Francisco de Valois, se disputaba Italia con Carlos de Habsburgo, rey de España y emperador del Sacro Imperio. El Francés reclamaba para sí el ducado de Milán y el reino de Nápoles, que se hallaban en manos de su rival. Mas fue derrotado y apresado en Pavía y se vio forzado a rubricar un tratado por el que renunciaba a sus ambiciones, algo que, una vez liberado, dadas las gravosas imposiciones, por supuesto, no cumplió. En su lugar, se alió

con el papa Clemente para fraguar una nueva alianza contra Carlos: la infame Liga de Cognac, compuesta por el reino de Francia, las repúblicas de Venecia y Florencia, el ducado de Milán y la puta de Inglaterra. El papa no deseaba que ni Carlos ni Francisco señoreasen Italia. De modo que traicionó al primero para apoyar al segundo, pactó con el segundo para guerrear contra el primero y así una vez tras otra. Entre tanto, en el norte, al ejército de Carlos de Borbón, un renegado francés al servicio del Imperio, se le adeudaban más y más pagas.

El invierno que vio nacer el año mil quinientos veintisiete había sido recio, los soldados no tenían dineros ni para comprar paño con que abrigarse, la tropa pisaba la nieve enlodada, descalza o con alpargatas de esparto. Alentado por tales privaciones, Clemente ofreció pecunio y vituallas a la Serenísima República y al lugarteniente del Francés, para que juntos asaltaran el reino de Nápoles. Pero aquel papa embustero no cumplió lo prometido, y, a esta causa, los de Cognac hubieron de retirarse. Entonces, el santo padre hizo treguas con Charles de Lannoy, el virrey de Nápoles, convencido de que así conjuraba la amenaza imperial. Y así fue, pero sólo la del sur: cuando les llegó la noticia a las tropas españolas del Borbón, los colonneses, enemigos declarados del papa florentino, les dejaron caer, de pasada, que el emperador no podría pagarles más que con el Saco de Roma. Los soldados de Castilla y Aragón se presentaron ante la tienda de Carlos, duque de Borbón y de Chantellerault, y capitán general de los ejércitos en Italia, para reclamar su dinero, dispuestos a acuchillarlo si fuera menester. Y tal vez lo hubieran hecho, de no ser porque este último, prevenido, buscó refugio en los cuarteles de los mercenarios alemanes, quienes, a cambio de su auxilio, le exigieron lo que les adeudaban. Puesto que la tropa se mostraba ansiosa por marchar a Roma, batirse y saquear el Vaticano, el Borbón, al no verse comprometido por una tregua firmada a sus espaldas, declaró con gallardía: «*Yo iré con vosotros*».

Sin bastimentos ni dineros ni apenas artillería, los imperiales

cruzaron los Apeninos, dispuestos a que la Ciudad Eterna dejara de serlo. En vano los emisarios de Lannoy les entregaron cien mil ducados, reunidos a escote entre Roma y Florencia, pues les respondieron que harían falta al menos doscientos cuarenta mil más para abortar la empresa. Clemente amenazó entonces con excomulgarlos. El ejército cesáreo, formado por mil quinientos jinetes y dieciocho mil infantes, continuó avanzando por la vía Emilia y la noche del cinco de mayo acampó en la falda del monte Mario.

Al amanecer, los imperiales asaltaron el recinto amurallado que, flanqueado por el castillo de Sant'Angelo, defendía el Palacio Apostólico y la basílica de San Pedro. Al cabo, recibieron la ofensa de los cañones, y, al ver su ataque por dos veces rechazado, Carlos de Borbón se apeó del corcel con bizarría, tomó una escala y ordenó a sus hombres que lo siguieran. Nada más arrimarse a la muralla fue herido en la ingle por un disparo de arcabuz. Dicen que, con la hombría hecha jirones, el Borbón pronunció esta postrera arenga: «*Cubridme, soldados, para que los enemigos no sepan mi muerte, y seguid animosamente la empresa: no impida mi desgracia que alcancéis tan gloriosa y segura victoria*». Otros aseguran que berreó como un puerco en San Martín hasta morir desangrado. Sea como fuere, aquel percance, lejos de desalentar a la tropa, avivó aún más sus ánimos, y, sin nadie que la acaudillase, se desperdigó por la ciudad santa como las diez plagas de Egipto. Los soldados saquearon palacios, basílicas y monasterios, violaron a madres e hijas, a nobles y criadas e incluso a las vírgenes consagradas al Altísimo. Cardenales travestidos a la fuerza pasearon por las calles a empujones; mercenarios descalzos y en harapos jugaron a los dados en los altares del Vaticano, entre mujerzuelas engalanadas con las joyas de los santos. Las pérdidas ascendían a doce millones de ducados y la tropa seguía reclamando sus pagas atrasadas.

Mientras que en las siete colinas se desataba el infierno fabulado por Dante, Clemente permanecía asediado en Sant'Angelo. Sólo cuando perdió toda esperanza de auxilio y los españoles trajeron artillería gruesa de Nápoles para reducir el castillo a escombros,

accedió a pagar cuatrocientos mil ducados. Desde entonces, el santo padre había estado recluido en Sant'Angelo bajo la custodia de Hernando de Alarcón. El acuerdo firmado con Carlos establecía que pagaría la mitad del rescate y, una vez liberado, entregaría el resto. Pero los alemanes desconfiaban de aquel papa tacaño, desleal y embustero, eterno conspirador, pues temían que, una vez que estuviera a salvo, se olvidase de sus promesas y si te he visto no me acuerdo. Entre tanto, el rey de Francia y los príncipes italianos protestaban ante aquella sacrílega atrocidad, Martín Lutero se mofaba de un emperador que lo perseguía en nombre de un papa al que mantenía preso, el Turco se apoderaba de Hungría y ponía sus ojos en Viena e infinidad de voces reclamaban la unidad entre cristianos. Para Carlos de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio y rey de Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, duque de Borgoña y Lorena, archiduque de Austria y señor de los Países Bajos, la liberación del sumo pontífice se había convertido en una cuestión de Estado.

Y ahí estaban ellos, escoltando al italiano vestido de peregrino, a cambio de cincuenta ducados.

A lontananza, entre bosques y viñedos, las villas del Lacio se encastillaban en cerros de toba volcánica. A septentrión, se alzaba el Borgo de Sutri; más allá, el aserrado horizonte de los Apeninos y, por todas partes, bandadas de cuervos, graznando entre los despojos.

—*Vivat Lutherus Pontifex!*

De una iglesia en ruinas surgió una escuadra de lansquenetes borrachos con su acostumbrado aspecto canalla: rubicundas barbas sobre rostros sonrosados bajo enormes sombreros de ala ancha con más pluma que el colchón de un obispo; ropajes estridentes, ya deslucidos, con calzones y mangas acuchilladas. Portaban cruces e imágenes de santos, e iban armados con alabardas, montantes y espadas cortas «destripagatos» por las que los germanos mostraban tanta querencia. Sin duda, habían pasado una noche animada tras asaltar alguna bodega, y proclamaban a Martín Lutero como nuevo

papa en aquel paródico vía crucis.

—Nada de pendencias —ordenó Julio a sus hombres—. No quiero demasías.

Los arcabuceros se hicieron a un lado ante aquella procesión sacrílega; los teutones los triplicaban en número, aunque los hispanos andaban sobrios y con las armas dispuestas. Mas el interés de los lansquenetes era un matrimonio italiano que marchaba en una desvencijada carreta. El esposo esgrimía el acta notarial que acreditaba el rescate pagado por ambos, con Antonio Zamora, el alcaide imperial, como garante. Pero los germanos no sabían ni querían saber nada de papeles ni de otra autoridad que no fuera la suya. Algo que Julio sintió como ofensa.

No lo hagas, se dijo. *La misión es lo único que importa*.

Con la diestra apoyada en el muslo, a un palmo de la espada, Julio vio cómo un sargento alemán tomaba a la mujer del brazo. Cerró los ojos y sus fosas nasales se dilataron.

—Dejadlos marchar. —El sevillano mordió las palabras y el sargento tudesco dio un paso atrás, al advertir que había desnudado una cuarta de acero.

Un chasquido de rienda y el carromato comenzó a traquetear por el lodo. La atención del capitán lansquenete, ataviado aún con la casulla sobre el coselete, recayó sobre la escuadra española, y su mirada adusta se clavó en el florentino: había reconocido la nariz afilada, la mirada de párpados caídos, las bolsas bajo los ojos negros. Echó mano al montante y caminó hacia él con paso decidido. Juanillo se interpuso y ambos discutieron. El rostro del clérigo italiano había perdido cualquier vestigio de color.

—Quiere que se lo entreguemos —tradujo Juanillo, mirándolo de soslayo.

Julio de Castillo descabalgó tras empuñar la tizona que llevaba en talabarte y sus hombres avivaron las mechas de las serpentinas.

—Decidle que he jurado escoltarlo —respondió—, y que un soldado con honra de su palabra es esclavo.

Tan pagado de ella que arrastrarás a veinte almas al infierno, se

reprochó a sí mismo. En lo alto, la esfera celeste derramaba su mezquina luz sobre el filo de las armas, sobre los ojos fanáticos del luterano, clavados en el florentino como si se tratase del mismísimo diablo.

Un exabrupto en tudesco anunció el inminente duelo. Julio tomó un arcabuz de manos del cabo de escuadra y dio dos pasos al frente. Cualquier persona cabal se habría alertado ante el brillo de la mecha encendida, pero el germano se despojaba de la casulla. El español alzó el arma y tiró del gatillo: el percutor introdujo el ascua en la cazoleta, y resonó un estallido cuando una onza de plomo atravesó el peto de acero del alemán, para salir por el espaldar, reventando las entrañas que halló a su paso.

El tudesco se desplomó, salpicando de lodo y sangre el rostro de su sargento, un tirolés de cabello pajizo, suelto y desgreñado. Empuñó la destripagatos y, sin mediar un latido, una hoja le atravesó la garganta; emitió un grito, ahogado en sangre, y sus manos crispadas arañaron el aire negado a sus pulmones. Con la zurda, Juanillo le extrajo del cuello su propia espada y barrió con ella el espacio alrededor, apuntando en todo momento a los atónitos mercenarios:

—*Komm verdammt nochmal raus!* —rugió—. *Raus!*

La veintena de españoles les apuntaba con los arcabuces, prestos al disparo. Ningún germano portaba aquella arma mortífera forjada en el averno, gracias a la cual un Hércules de punta en blanco podía perecer a manos de cualquier infame. Impotentes, los lansquenetes se hicieron a un lado, y la escuadra reanudó la marcha por la desolada calzada a través de un feraz paisaje de abadías y torres.

—Dispararle mientras se desnudaba… —Delicado negó con la testa—. Muy honroso no fue.

—Hay que ir al meollo del asunto y no perderse en detalles —razonó Julio.

Recorrieron la vía etrusca con las armas dispuestas y el bachiller guiándolos por aquel sendero que marcaba el ansiado fin de aquella

maldita historia. Anochecía cuando se presentaron en Capranica, un puñado de casas apiñadas en un escarpe que dominaba la campiña latina. Los lugareños los vieron desfilar por las angostas callejuelas como si fueran los heraldos de la muerte. Hacía meses que los soldados imperiales no se aventuraban solos por los caminos, a causa de la mala voluntad que les mostraban las gentes del Lacio.

En la plaza Mayor se reunieron con el centenar de jinetes de Luigi Gonzaga, un condotiero enorme, apodado Rodomonte, barbado, de mirada aviesa y trato amable, que lucía una ostentosa armadura de Negroli y un tabardo blasonado. La tensión quebradiza en los ojos de Gonzaga se relajó cuando vio llegar al clérigo al que escoltaban.

—Los corredores del campo oyeron un disparo —dijo el condotiero, despojándose del almete—. Temíamos por vos.

—¿Por nos o por el florentino? —replicó Julio.

—Una pregunta ociosa —le reprochó el mantuano—. Que ambos somos del gremio.

—Dadme pan y llamadme perro —dijo el sevillano, con la confianza entre veteranos de Pavía. Y a un gesto de Gonzaga, un contador les trajo una veintena de bolsas con cincuenta ducados, que el andaluz repartió entre sus hombres. Él dedicaría su parte a proveerse de un atuendo más lucido, zurdidos los remiendos tras ocho años de guerra y once meses sin soldada.

—Os aguardan unos jergones limpios y una mesa bien dispuesta —les dijo Gonzaga—. Holgaos, ahora que podéis, y, por favor, no matéis a nadie.

Fatigados, los españoles fueron a posar a la fonda y Julio condujo a su montura por la brida hasta una cuadra de mampuestos y adobe. En el umbrío interior, una figura femenina le daba la espalda, inclinada sobre las patas delanteras de una yegua torda. Al acercarse, el capitán vio cómo empleaba una legra para reducir el grosor de las pezuñas. La mísera luz de un candil mantenía su rostro en penumbra.

—Cojea —le explicó la mujer, sin abandonar su tarea—. Tiene un

absceso en el casco. —Su habla en castellano era culta, y vestía un delantal abrochado a la espalda sobre un vestido bermejo. Guardó el trebejo en una bolsa de corambre que colgaba de su hombro izquierdo y extrajo una gasa—. ¿Tenéis un filo a mano?

Cuando se giró hacia él, Julio se topó con unos ojos verdes con un halo de ámbar sobre un bello rostro ovalado de labios gruesos. Unos treinta años, supuso; en cualquier caso, algo más joven que él. Le entregó su daga testicular, que ella sopesó con destreza. Al palpar el filo, la expresión femenina mostró respeto.

—Un buen acero —dijo ella—. ¿Toledo?

—Vizcaya.

Cortó el paño y, con el retal, vendó el casco para drenar el absceso. Luego acarició las crines, al modo de quien mantiene un añejo vínculo con su montura. El retinto de Julio comenzó a pifiar con el cuello arqueado, y tuvo que tirar de las riendas.

—Está en celo —dijo la mujer, y él observó a la yegua: la cola alzada, las patas traseras abiertas. Después, se giró hacia los ojos verdes. Hacía más de un año que ninguna mujer honesta se atrevía a sostenerle la mirada, y, sin poder evitarlo, su atención descendió por el cuello, hasta la cruz argéntea que lucía en el pecho—. *Ma io non*. —La hembra sonreía, vanidosa, y él quiso responder algo ingenioso, mas su mente se hallaba en letargo.

—¿Quién sois? —preguntó Julio, pero ella pasó ante él en dirección a la portañuela. Sus formas femeninas oscilaron rotundas bajo la saboyana encarnada.

—Preguntáis demasiado —dijo, y, con un gesto enérgico, le arrojó la daga.

La vizcaína se clavó en la viga maestra, a un palmo de su mano enguantada, y la mujer se perdió en las tinieblas. Enfundó el arma Julio y dejó su caballo atado al pesebre. Lavóse las manos en el lebrillo y entró en el albergue, angosto, mugriento, y aun así el crepitar de la chimenea prometía calidez y consuelo. Los soldados se habían despojado del hierro que amortajaba sus cuerpos y se acomodaban en torno a las mesas. Francisco Delicado demandó a la

posadera una torta de pan con torreznos.

—La valía de un español se demuestra ante un plato de tocino —declaró con bizarría el bachiller, mas la atención de la italiana recaía en otra parte.

—¿Perdisteis el brazo? —le preguntaba a Juanillo, secándose las manos con el delantal.

—No —dijo el lansquenete—. Sé dónde está enterrado.

Una vez liberado del peso de la brigantina, Julio sentóse a la mesa y dio un tiento al mendrugo, mientras la moza les servía. Recordó los preceptos de Juan de Aviñón para prevenir los malos humores: poca carne, salvo conejo y aves pequeñas, y sólo a veces carnero. *Más mató la cena que sanó Avicena*, concluyó, y, de mala gana, empezó a engullir la gallina en pepitoria.

Vaciada la escudilla, observó a sus hombres trasegar vino y engrasar las herramientas del oficio; cómo medraban y malográbanse los negocios al son de los naipes; gestos inconscientes, palabras inaudibles, cruces de miradas. La posadera tal vez aguardaría a que el sargento Román Calavera se encontrara lo bastante ebrio como para hallarla hermosa, o quizá olvidase sus requisitos irrazonablemente elevados para darle al alférez Abencio Verdugo una oportunidad. El hispalense bebió en silencio, a sabiendas de cómo acabaría la noche. A sabiendas de cómo acabaría todo. Se apoyó contra el muro encalado y cerró los ojos, al tiempo que rememoraba la jornada, tratando con todas sus fuerzas de no sentir.

Estoy viviendo la vida que me juré a mi mismo que jamás viviría.

Apuró el contenido del vaso; olía a fruta añejada en roble y sabía a medicina. Sobre la mesa, las velas proyectaban un oscilante anillo de luz que se desvanecía en los rincones. Se limpió la barba con el dorso de la zurda y el corazón le dio un vuelco al descubrir al clérigo florentino sentado ante él. De nuevo, esa enigmática mirada: arrogancia, gratitud e interés que le hicieron rechinar los dientes y, debajo de todo, acechando, algo más siniestro.

—*Mi chiamo Giulio* —dijo—. *Siamo omonimi. Vero?*

—*E vero* —admitió el sevillano, sabedor de que la semejanza entre ambos empezaba y concluía en el nombre.

Una deleznable sensación se deslizó por su espalda, como las patas de mil arañas. La minúscula lengua de fuego conjuraba sombras que bailaban en aquel rostro de nariz afilada, y extraía un brillo extraño a unos ojos que parecían escudriñar hasta el último de sus pensamientos.

—¿Es vuestra merced un buen cristiano? —le preguntó el religioso en dialecto toscano.

—Tanto como me permite mi oficio.

El florentino asintió y Julio supo que había dado la respuesta acertada: ni una mentira piadosa ni la cínica aceptación de su rol de matarife por mor de la patria y el rey.

—Jesús dijo que un hombre no puede tener dos señores —señaló el clérigo, en una tácita alusión a lo acaecido en el Saco—. Es imposible servir a Dios y al dinero.

—¿Y qué otra cosa quiso hacer su santidad Clemente séptimo?

—El emperador Carlos le usurpó Milán. —El italiano se relamió los labios—. Temía que hiciera lo mismo con Roma y Florencia. Por eso se alió con Francisco, el rey de Francia.

—¿Y eso hízolo el papa como Julio de Médici o como vicario de Cristo?

El andaluz se topó con una sonrisa agria, junto a la inquietud de cómo podía obrar aquel hombre, si en verdad lo importunaba. Por instinto, acarició la medalla de oro que llevaba al cuello. Un gesto impensado que el florentino no pasó por alto:

—¿Qué pensáis de las santas reliquias?

La boca del capitán se colmó de palabras amargas que a duras penas logró tragar. Aquella pregunta hundía el dedo en la llaga, en los motivos por los que había acabado tan lejos de su Sevilla natal. Tan lejos de su familia. Tan lejos de prácticamente todo.

Era un recuerdo esquivo, desdibujado en los márgenes, desvaído como una pintura ajada y oculta en algún oscuro rincón. Pese a ser hijo ilegítimo, su padre le había procurado el cargo de alguacil de los

Veinte en la collación de Santa María, un laberinto de callejones, barreduelas y adarves atestados de tenderetes, tabernas y lonjas en torno a la catedral de Sevilla. Bajo su autoridad quedaba la gran mancebía que se extendía entre la puerta del Arenal y el arrabal de la Ribera donde fondeaban los navíos que zarpaban a las Indias. Una tapia medio derruida y la vetusta muralla mora aislaban aquel inmenso burdel del resto de la urbe, aunque repletas de portillos ocultos para favorecer los encuentros venéreos y la huida de rufianes.

En aquella Sodoma andaluza las querellas se sucedían a diario, y Julio acabó bregado de acuchillar tragahombres. El alguacilazgo se tenía por una fuerza venal y corrupta, tiránica con los débiles y servil ante los poderosos, y mucho había de cierto. Con todo, no había sido una mala vida, con dinero en la bolsa, una bella prometida y expectativas de medrar. Hasta una noche de ronda en la que, alertado por unos gritos, tuvo que personarse con la gurullada en una hospedería de la plaza de Molviedro. Tras derribar el portillo, se toparon con un canalla en cueros, fustigando con un vergajo a la inquilina por negarse a practicar algo que Julio, criado en el puerto junto a un burdel, ni siquiera supo en qué consistía. Quiso darle un escarmiento y se desató una trifulca con los criados.

El canalla resultó ser el comisario mayor del obispado de Coria, que retornaba de su peregrinaje a la Ciudad Pontificia. Allí, el santo padre otorgaba el privilegio de impresión de indulgencias para todo el reino de Castilla. El beneficiado revendía las bulas de cada obispado a los comisarios mayores, quienes, a su vez, mercadeaban con los comisarios arcedianales, los cuales, por su parte, las subastaban entre los buleros, para que estos, en último término, las vendieran a un tercio de ducado. Junto con las resmas que aligeraban el tránsito de almas desde el purgatorio, aquel santo varón traía consigo dos ampollas con leche de la Virgen, media docena de costillas de san Pancracio y un haz de plumas del arcángel Gabriel. Todo con el oportuno certificado pontificio. Tales mercancías, valoradas en ochocientos ducados, se perdieron en la

riña, y el juez, primo segundo del cuñado de un amigo del injuriado, decidió que Julio debía reparar lo extraviado. Malogrado de esta suerte y perdido el cargo de alguacil, hubo de pedir prestado a un usurero y, por mediación paterna, se unió al ejército de Nápoles, desnudo de dinero y vestido de presunción.

—Mi fe nunca se ha basado en un pedazo de madera. —Julio acarició el amuleto: antes de partir a Italia, su madre le había entregado esa medalla de la Virgen del Socorro. Para adquirir aquel disco áureo que lo protegería de las lanzas francesas había empeñado sus joyas.

Vio asentir al clérigo, quien, a modo de veredicto, extendió la mano para ofrecerle algo:

—Guardadlo. Os abrirá muchas puertas.

El sevillano lo tomó sin verlo y ni tan siquiera pensar. Lentamente, sus dedos se abrieron para examinar el objeto que yacía en la palma, inocuo, engañoso, brillante: un crucifijo de plata con las llaves entrecruzadas de San Pedro. La atención de Julio retornó al vaso, al tiempo que sus entrañas hervían de pánico. Intentó sofocarlas con más vino.

Ojalá supiera qué significaba aquello.

II

Resonó el tambor mayor y la infantería española comenzó a escuadronar. Los piqueros formaron un bosque de astas de veinticinco palmos de vara, con los coseletes, protegidos por media armadura, en vanguardia; las mangas de arcabuceros debían situarse en los cuatro costados del cuadro. De mala gana, Julio colgose la rodela a la espalda, tomó el arcabuz y desplegó a sus hombres en vanguardia. Sobre una loma, entre jirones de niebla, podían distinguir las cruces blancas de los cuatro mil tudescos de la Banda Negra, con un millar de coseletes bien escogidos al frente. Al verlos llegar, los mercenarios alemanes empezaron a calar las picas y a gritar: «*Heer, heer!*».

Haciendo caracolear a su montura, Fernando de Ávalos tendió las riendas y se giró hacia la peonada para ordenarles que hincaran la rodilla e hicieran oración. La tropa española obedeció, y los capellanes recorrieron las filas con sus rezos y absoluciones. Julio metió la mano en el saquillo del cinto y saboreó el plúmbeo amargor de la munición. Vio a doscientos tiradores salir del escuadrón enemigo.

—¿Qué coño hacen? —A su diestra, Álvaro de Sessa reía; una dentadura perfecta resplandecía en su rostro agraciado, una oscura sombra sobre el pálido cortinaje de bruma. El humor de su viejo amigo era tan negro como su tez. Los tudescos sostenían las escopetas con una sola mano, al tiempo que, con la otra, acercaban

la mecha encendida enrollada a un palo. Así difícilmente harían algo de provecho.

Un atronador rugido estalló en el parque de Mirabello cuando doscientos proyectiles de media onza desgarraron la calígine. Arrodillados, los españoles soportaron la tempestad de plomo susurrando un padrenuestro, con cinco balas en la boca y las mechas encendidas. Al fin, los escopeteros se retiraban para meterse en la formación enemiga.

El tambor mayor resonó de nuevo.

—Compañía, ¡arriba! —gritó Julio—. Vamos a traerles dolor.

Los soldados se pusieron en pie, en tres filas apretadas, dispuestos a dar cumplida réplica. Un estruendo, seguido de una nube de pólvora, y las picas tudescas se agitaron como si una galerna barriera un cañaveral. Una nueva rociada de balas, después otra, y otra, y en medio cuarto de hora no se veía coselete en la vanguardia enemiga. Algunos españoles habían tirado diez veces, y los que menos, seis. Abrasaban las armas y la munición se agotaba.

—¡Adentro! —ordenó Julio, y los arcabuceros se replegaron entre las picas.

A un redoble de caja, cuatro mil astas de fresno se abatieron para entrar en liza. El rechinar del metal y el crujir de la madera astillada apenas lograron sofocar los gritos de los heridos. Llegándose a la distancia de las espadas, los rodeleros irrumpieron por las brechas de la formación enemiga y alcanzaron la mitad del cuadro. Julio sacó el cuero empapado en vinagre para enfriar su arcabuz y escrutó el horizonte hacia poniente, a través de las filas de piqueros.

En el flanco izquierdo, los lansquenetes de Georg von Frundsberg se habían topado con los esguízaros y escuadronaban con picas y alabardas, precedidos por una doble fila de doblesueldos con montantes. Bajo el estandarte imperial —un águila bicéfala sobre un campo de oro—, reconoció el penacho negro de Frundsberg, que gritaba furioso su lema «*Viel feind, viel ehre*», «Muchos enemigos, mucha honra», y en verdad enemigos no les faltaban. La rivalidad

entre mercenarios suizos y alemanes era proverbial, y ni pedían ni daban cuartel.

—¡Han herido al comandante!

El sevillano se giró alarmado. Vio a Fernando de Ávalos, el marqués de Pescara, retirándose de la refriega, con una herida de pica en la cara bajo la borgoñona y otra más en la diestra, amén de un arcabuzazo en el pecho que, pasándole el coselete, llegaba a la carne. Su caballo tordo lucía un feo corte en las quijadas y otro en el vientre que le hacía arrastrar las entrañas. Leyó la divisa pintada en la rodela del comandante: «*Regresa con él o sobre él*», y un sudor gélido como el aliento de la muerte se deslizó por su espalda.

Entre tanto, en el flanco derecho, los cañones franceses seguían despedazando a la maltrecha caballería imperial.

—¡Seguidme! —La orden de Julio salió de su boca sin tan siquiera pensar—. ¡Santiago, y España!

La compañía comenzó a trotar tras la deshilachada Cruz de Borgoña hacia una docena de falconetes apostados en un alto. La espesa niebla y el humo de la pólvora difuminaban sus formas; de vez en cuando, un destello, seguido de un retumbar, y una bala de seis libras despedazaba a los jinetes italianos y españoles.

—Julio… —Álvaro se había detenido y señalaba una alameda.

Más allá de la cubierta arbórea el cielo perdía su tono acerado y el sol teñía de ámbar la ribera del Vernabola. Fue el olor quien los delató. Una tenue brisa, un remoto tufo a estiércol y, de súbito, la tierra palpitó cuando doscientos jinetes acorazados surgieron de la espesura. Bajo un bosque de lanzas y gallardetes, adornados con flores de lis y cruces blancas sobre azul celeste, relucían las armaduras y las bardas de la Gendarmería francesa. Príncipes, duques, compañeros de reyes. Magníficos. Aterradores.

—¡En cinco filas de fondo! —gritó Julio, y los arcabuceros se desplegaron en una manga volante. No hubo tiempo para más. La colina retumbó con un pavoroso estruendo cuando una avalancha de centauros de acero cargó contra los harapientos soldados, exhaustos y con el rostro tiznado de pólvora.

Por encima del hombro, Pedrín miró al escuadrón que habían dejado atrás.

—¡La vista al frente, *figamolla*! —rugió Guillem—. ¡De aquí no se mueve ni Dios!

Ya no podían darles la espalda. Sólo tenían sus armas, una orden y quienes estaban a su lado. Condenados a morir por un rey al que no le importaban. Y aunque hubieran sido arrancados de sus hogares para librar una guerra que apenas comprendían, y aunque en su patria ignorasen aquel sacrificio, sus enemigos, ellos sí lo sabrían.

Iban a regar con su sangre azul las escaleras del infierno.

—¡Fuego! —ordenó Julio.

Resonó un trueno, seguido del martilleo del plomo contra el acero. Una decena de monturas cayó sobre el terreno enlodado, aplastando a sus dueños.

—¡A los caballos, hostia! —gritó Álvaro—. ¡Tirad a los caballos!

Los cuerpos obraron por sí solos. Las mentes dejaron de pensar. Verter pólvora en el ánima, escupir una bala, dos golpes de baqueta, cebar la cazoleta, cerrar la cobija, avivar la mecha, apuntar y disparar de nuevo.

Julio escuchó un grito sobre el bramido de las bocas de fuego.

—Me cago en la Puta de Oros. —A Román le había estallado la espingarda en la cara: olvidó enfriarla con el cuero.

—¡Más pólvora! —vociferó alguien.

Les había prohibido demandar munición a viva voz, pues alertarían al enemigo de semejante flaqueza. Poco importaba ya. Pálido como un espectro, Pedrín les trajo la última saca. Con la daga Julio rasgó la corambre: apenas quedaba nada, y se preguntó por qué había dado aquella maldita orden.

Una docena de soldados se disputó el mísero tesoro. Con dedos trémulos, el sevillano tomó un puñado de polvo grisáceo, lo introdujo en el ánima y escupió la última bala. El sudor le escocía en los ojos, el humo le arañaba los pulmones, el cañón le abrasó la mejilla al apuntar. Los gritos en francés se hacían más audibles. Los

gens d'armes se hallaban a diez pasos.

—¡Fuego!

Una última rociada de balas, casi a quemarropa. Las bestias se desplomaron sobre el fango, como títeres a los que se cortan los hilos. Y a la ofensa del plomo se sumó la del acero.

—¡Sin cuartel! —La Gendarmería habían segado demasiadas vidas como para que la orden de Julio se pasara por alto. La peonada española se adentró en la formación enemiga, postrada y deshecha, a degüello, para desjarretar a los caballos y apuñalar a la nobleza franca, engalanada con sedas azules y plumas de avestruz. Hundidos en el fango, los aristócratas se rendían y prometían rescates, mas allí no había remedio y los soldados hicieron lo que estaba mandado. Julio vio a un francés con una linda armadura gatear por el fango. El *monsieur* comenzó a berrear, y lo acuchilló una y otra vez por las aberturas, entre un violento agitar de brazos y piernas. Álvaro hundió el cañón entre las escarcelas del *coutillier* y disparó.

Jadeando, Julio alzó la vista. Los artilleros franceses azuzaban a los caballos que arrastraban los falconetes. Esta vez, los cañones les apuntaban, e iban cebados de metralla.

—¡Abencio! ¡Guillem! —gritó el capitán—. ¡Que no disparen!

Un centenar de arcabuceros corrió hacia la posición artillera; Julio tropezó, arañó el barro. Se detuvo a veinte pasos y apuntó contra un francés que arrimaba una mecha encendida a un falconete. Tenía el hombro en carne viva; tiró del gatillo y sintió la coz de la pólvora. A través del humo comprobó, satisfecho, que el artillero había caído. El ánima de tres pulgadas no había escupido su carga de muerte. Los españoles asaltaban la posición y cortaban las bridas, para dejar a los falconetes y los sacres hundidos en el cieno.

La sonrisa de Julio se esfumó cuando vio una mano aparecer sobre el fogón.

—¡Julio! —Álvaro corrió hacia él y lo empujó hacia un lado.

El mundo se estremeció con un estallido que sintió retumbar hasta en los huesos. Cayó al suelo, cerró los ojos, cegado por el

dolor, y se llevó las manos al pecho. Un haz de esquirlas de hierro irradiaba oleadas de agonía y convertía en fuego el aire que engullían sus pulmones.

Despertó aferrándose el hombro. Como si la metralla se hubiera adentrado en su carne hacía sólo un instante. Amanecía en Capranica, y los soldados se desperezaban en los jergones tendidos sobre el suelo. Julio miró a través del portillo. La mañana se mostraba anubarrada, el bosque vomitaba una niebla húmeda y espesa como el aliento de un leviatán. Los días como aquel eran los peores. Diciembre significaba frío, humedad, el dolor constante en una vieja herida…, como si somatizara el que habitaba en su alma.

—¿Otro ajuste de cuentas con vuestra conciencia? —le preguntó Juanillo tras bostezar.

Las lenguas doctas aseguraban que, cuando un general romano celebraba un triunfo en la Ciudad Eterna, a su vera siempre había un esclavo cuya misión consistía en susurrarle al oído: «*Recuerda que eres mortal*». En la compañía, Juanillo era su *memento mori*. Era incapaz de explicar por qué no había despedido al tullido lansquenete cuyo mayor talento consistía en soltarle a bocajarro lo que nadie más se atrevía a decirle.

—Sí —contestó Julio, estirando las piernas.

—¿Y el hombro?

Los dedos de Julio acariciaron la cicatriz que recorría la cabeza del húmero. Contempló de nuevo el paisaje.

—Hoy lloverá.

Un viento gélido agitaba los cabellos de la escuadra española cuando formó ante la caballería de Luigi Gonzaga. Un centenar de estradiotes con arnés escoltaría al florentino hasta Orvieto, en los límites de la Toscana. Al ajustarse la brigantina, el capitán andaluz se percató de que el clérigo entregaba una carta al condotiero y luego se giraba hacia él.

—*Addio* —se despidió Gonzaga.

—A Dios va quien muere —masculló Delicado.

Nubes negras cubrían el horizonte y al oeste se gestaba una

tormenta: un trueno apagado llegó a sus oídos y un relámpago brilló en la distancia. El regreso transcurrió en silencio por un camino sinuoso de fuertes pendientes. Gemía el cuero de los arreos y el viento en las avellanedas cuando sintieron las primeras gotas de lluvia en el rostro. En el margen del camino descubrieron el cadáver de un anciano, con los enseres desperdigados por el fango. Descabalgó Julio, recogió un libro abierto, lo limpió con la manga y examinó el íncipit de la primera página: el *Decamerón*, de Giovanni Boccaccio. Guardolo en el morral y esperó a que Delicado terminara con el responso.

—Debemos partir cuanto antes.

Cruzaron el Tíber por el puente Molle. Una escuadra de colonneses montaba guardia bajo la arcada de la torre que defendía su extremo norte. Entre el edículo y la estatua de san Gregorio, el legendario puente Milvio había sido demolido para colocar una plataforma de troncos que podía retirarse ante cualquier amenaza. Una vez rebasaron ese tosco entarimado, el horizonte romano apareció ante sus ojos erizado de torres y campanarios.

—Roma —anunció el bachiller—: gloria de príncipes, purgatorio de jóvenes, paraíso de putas, infierno de todos, engaño de pobres.

Recorrieron la calzada hasta la Porta del Popolo. Para entonces el sol rayaba el ocaso, resplandecía sobre los colosos de piedra y alargaba sus sombras reflejadas en el Tíber. Pasaron bajo el arco triunfal para adentrarse en una explanada de la que surgía un tridente de avenidas, y tomaron la vía Leonina, que conducía a la plaza Navona. Balaustradas, voladizos y pórticos invadían un laberinto de callejuelas que apestaba a basura, humo, especias, perfume y pescado. Les sorprendió toparse con una procesión de frailes que entonaba un *Te Deum laudamus* por la liberación del sumo pontífice. Hacía meses que en la sede de la Cristiandad no repicaban campanas, ni se decía misa ni había fiestas de guardar.

La Roma que conocieron Séneca y Quintiliano se asentaba en torno a las siete colinas, donde residían las clases pudientes. La plebe malvivía hacinada en las vaguadas que se veían anegadas de

forma periódica por las crecidas del Tíber. Con el devenir de los siglos, los acueductos se derrumbaron y la urbe se fue desplazando hacia el noroeste, atraída por el sepulcro de San Pedro y las insalubres aguas del río. Los confines de la ciudad quedaron definidos por la vetusta muralla Aureliana: el *abitato*, la parte habitada, se concentraba en lo que antaño fuera el Campo de Marte, de suerte que el *disabitato*, el inmenso despoblado intramuros, ocupaba la mayor parte, salpicado de villas, granjas y monasterios entre viñedos y ruinas. El mecenazgo papal hizo que la Ciudad Eterna resurgiera de los despojos de un pasado imperial. Durante el *Quattrocento*, cientos de artistas y masones acudieron a sus escuelas y universidades, atraídos por la opulencia de los mercaderes y banqueros que competían por dignificar su prosapia y exhibir su oropel, entre la muchedumbre de mendigos que malvivía de la beneficencia destinada a los peregrinos. La Babilonia italiana se había convertido en la ciudad más sacra, obscena, corrupta, monumental y decadente de toda la Cristiandad.

El nepotismo y la simonía señoreaban la Curia, y el Cordero de Dios abrió el primer sello: cinco años ha que la peste diezmó la sede pontificia y cuarenta mil almas la abandonaron. Los ingresos de la Cámara Apostólica se vieron mermados, las obras de la nueva basílica de San Pedro tuvieron que abandonarse. Ni siquiera las indulgencias lograron paliar el desastre. Se abrió el segundo sello y acudió el segundo jinete empuñando su espada. El asalto de las tropas imperiales causó aún más estragos, la pestilencia engendrada entre cadáveres insepultos produjo una nueva mortandad. Cuando el jinete negro recorrió las siete colinas con su balanza, hasta el Sacro Colegio Cardenalicio hubo de alimentarse de ratas. Desde entonces, la muerte había señoreado Roma.

Con las facciones pálidas, los cuerpos fatigados y las almas roídas, la compañía de Julio irrumpió en la plaza Navona, el sórdido epicentro de la comunidad hispana, donde aún se organizaban los mercados. En torno a la iglesia castellana de San Giacomo, rival de la aragonesa de Santa Maria in Monserrato, se congregaban los

hospicios para los peregrinos de la piel de toro. La escuadra bordeó aquella gran explanada, un antiguo circo romano, y se detuvo ante la deslucida estatua de un hombre barbado, llamada Pasquino. El pedestal veíase cubierto de hojas volanderas, pliegos de cordel, epigramas y viñetas toscamente impresos. Guillem Fabrat se arrimó a leer uno de los panfletos, la *Frottola di Maestro Pasquino*, de Pietro Aretino:

«En el cul ferri caldí,
tutti e coglion pelati,
credendo che ducati en chiocca avessi…
e co'denti m'han mozzi ambo gli orecchi,
e anche ebbi parecchi
crudi di corda tratti».

—«En el culo hierros candentes, ambos cojones desollados, creyendo que tenía montones de ducados…, y con los dientes me cortaron las orejas, entre crueles tirones de cuerda» —tradujo Guillem.

—En este otro —añadió Román—, Luigi Guicciardini afirma que, durante el Saco, a los cautivos los llevábamos atados por los huevos. Dice que a algunos los obligábamos a comerse asadas sus propias criadillas, narices y orejas. La castración resultó tan común, asegura, que había montañas de cojones en las calles.

—¿No estaba él en Florencia? —gruñó Abencio—. Ese no ha visto el Saco ni en estampa.

El capitán deslizó su mirada por un zafio grabado. Conocía docenas de medios mucho menos aparatosos para averiguar dónde alguien ocultaba su oro que colgarlo de una balaustrada por las partes pudendas. Aquella parodia del *strappado* o garrucha sería la mofa de cualquier verdugo. La morbosa fijación testicular del mayor

de los Guicciardini decía más sobre su propia mente que de lo acaecido en el Saco.

—«*Roma in potesta di tanto libidinosa nazione, quanto e la spagnola, massime che allora fra essa erano molti marrani e giudei*» —leyó el bachiller—. Merced al boca a boca, a cada semana que pasa, los estragos y bellaquerías del Saco se engruesan, y se culpa de ello a nuestra sangre semita.

—Primero, Benvenuto Cellini se atribuyó el letal arcabuzazo al Borbón —comentó Julio—. Después, se jactaba de haber herido al príncipe de Orange, y ahora se vanagloria de la defunción de Juan de Ávalos. De aquí a un par de meses, habrá matado al Gran Capitán; a Ruy Díaz, el Cid, o al rey Rodrigo en Guadalete.

Prosiguieron hasta un caserón de piedra ocre y, alojadas las monturas en los establos, ascendieron por la ajada escalinata hacia el sombrío comedor. En el rellano, se toparon con un rufián que arrastraba a un infeliz por el mugriento enlosado, al tiempo que le atizaba puñetazos y patadas hasta dejarlo doliente y exánime.

—¡Gana me viene de mataros! —gritaba el rufián—. ¡Y vive el Dador que peor será si volvéis!

Desde el corredor surgió la dueña de la casa, una belleza cordobesa de ojos azabache que fulminaban a quien no fuera de su agrado. Llamábase Aldonza y en su mocedad había malvivido de vender ungüentos, fraguar hechicerías, enmendar virgos y leer manos. Regentaba aquella mancebía, y no es que realmente importase. En la plaza Navona, igual daba si la morada perteneciera a un mercader de perfumes o una mujerzuela leprosa: el hedor de la orina rancia persistía en los soportales, los suelos de madera pútrida crujían a cada paso y una luz mortecina centelleaba en los techos abovedados, siempre atestados de humo.

—¡Rampín! —dijo la lozana andaluza—. ¿Qué cosa sucede? ¿Acaso ha maltratado a alguna de las mozas?

—Peor aún —respondió él, y pateó al galán con saña—. ¡Le ha ofrecido matrimonio!

El semblante de Aldonza se arrugó con disgusto y encaró a la

atónita parroquia mientras el rufián se llevaba a rastras al pobre desgraciado.

—¡Escuchadme bien, malparidos! —voceó la dueña—. He invertido una fortuna en traer a estas nínfulas a la Ciudad Eterna. ¡Quien desee desposar con alguna antes habrá de apoquinar!

Escrutó a la escuadra española con ademán severo y Delicado alzó la bolsa con los cincuenta ducados, para dejar claro que sus intenciones eran honestas.

—Probad suerte fuera —dijo ella, zumbona—. Este año, muchas romanas se han arrimado al oficio.

—El mal francés ha hecho más que mis votos en favor de mi castidad —quejose Delicado.

Al poco de llegar a Italia, al bachiller le asaltaron unas fiebres. Se trataba del mal que contrajeron los castellanos al cohabitar con las indias en la Española y que, de regreso a Sevilla, contagiaron a las mujeres públicas, y estas a los soldados que pasaban a Italia y a las tropas francesas que asediaban Nápoles. Los españoles lo llamaron «el mal napolitano», los italianos «el mal francés» y los franceses «la sarna española», pues nadie quería tener algo que ver con el asunto. Las pústulas cubrían el cuerpo de la cabeza a las rodillas y la carne se desprendía del rostro; una cruel afección que se cebó con la soldadesca y el clero y que se llevó a la tumba a los papas Alejandro sexto, Julio segundo y León décimo.

—¡Claudia! —gritó Aldonza—. ¡Apareja que coman algo de lo bueno!

Los soldados irrumpieron en el comedor, tan necesitados del calor de un abrazo que muchos decidieron comprarlo. Más allá de los palacios del Borgo Vaticano y el *rione* Ponte subsistía un inframundo donde las mujeres sólo eran mercancía, pues todo el estamento clerical, desde el sumo pontífice hasta el último de los sacristanes, engrosaba su clientela, junto a los miembros de las embajadas atraídas por el poder temporal de la Iglesia y los peregrinos que atestaban las calles en los años de Jubileo. Un inframundo de apetitos enfermizos y deseos desviados, donde el pecado no existía,

pues hasta el perdón de Dios podía comprarse. Cada año, cientos de muchachas acudían a la Ciudad Eterna con una dirección anotada en un pedazo de papel. El último censo estimaba en cinco mil las rameras de una urbe de cincuenta y cinco mil almas, y, en las trastiendas de los comercios las matronas ejercían el oficio llamado *da candela*, pues empleaban velas para medir el tiempo de cada servicio.

Fatigado, Julio se acomodó ante la mesa. El sosiego de la misión cumplida se había diluido en cansancio. Observó con suspicacia la *carabaccia* de cebolla que les servía la criada: a decir de los galénicos, su jugo producía un exceso de flema en el cerebro que devenía en epilepsia.

—Habéis vuelto pronto de Capranica. —Aldonza traía consigo una botella de vino—. ¿Cómo le ha ido a vuestra merced?

—Bien —respondió él, evasivo—. ¿Y a voacé?

—Un día horrible. Me alegro de que hayáis regresado. —La lozana se sentó junto a él y, cuando le ofreció un vaso, sus dedos se rozaron.

—¿Algún percance? —preguntó Julio.

—No —dijo ella—. Necesito compañía, eso es todo. Étienne marchó a Florencia.

—¿Busca mercancía nueva? —En la mente del hispalense se formó la imagen de Étienne Archambault, un comerciante de sedas bordelés, alojado en la embajada francesa, sofisticado y rico más allá del decoro.

La cortesana se detuvo, con el vaso a medio camino de los labios, y sus ojos de obsidiana le horadaron al tiempo que sopesaba el comentario.

—En cierto modo.

Refutada la sospecha, Aldonza apuró el contenido de un solo trago.

—En tal caso, ¿qué celebramos?

—No me preguntéis qué me pasa esta noche, ¿de acuerdo? —dijo ella tras un suspiro—. Y si trato de contároslo, pedidme que me

calle.

—Ninguna objeción. —Julio saboreó el vino añejo—. En Sevilla, me fingía enamorado de las taberneras para beber de balde.

—Vos no hacíais eso, ¿verdad? —Aldonza alzó una ceja.

—No —admitió él—. ¿Cómo lo sabéis?

—Porque sois decente. La persona más honorable que he conocido.

Bebieron, y un denso silencio engulló la melodía de sus respiraciones. El sevillano vio cómo Aldonza apuraba otra vez el contenido del vaso y se escanciaba otro. Tuvo ojos para ver que la lozana conservaba algo de ingenuidad. Vislumbró un vestigio de Lucía en ella, aunque la moza con la que antaño estuvo prometido sólo era ya un borrón en su memoria. Y sentado ante el hogar, escrutó la gélida miseria de las calles a través de los vidrios de la ventana, un lujo italiano desconocido en su patria.

—Me encanta sentarme aquí a ver pasar a la gente —comentó Aldonza—. Intento adivinar quiénes son, adónde van, qué hacen, de dónde vienen. Él, por ejemplo. —Señaló a un soldado que caminaba con expresión sombría entre una algarabía de figuras embozadas—. Es un mercenario italiano. Regresa armado al acuartelamiento, de noche. Observad la ansiedad en su rostro. Ha de sufrir algún percance.

—Acude a una cita con una adúltera —terció Julio—. Ha puesto mucho empeño en su apariencia: un jubón de armar bajo el sayo, caro, aunque pasado de moda; un broquel, prohibido en las ciudades en tiempos de paz, y una espada de punta y corte con señales de uso, no una ropera. No deja de mirar a los lados. Muestra temor a un asalto nocturno, quizá por un marido despechado. —El mancebo llamó a una portezuela y la abrió una mujer—. Ella luce un vestido pardo, muy sobrio, medio abotonado. Desea mostrar sus encantos y fingir que reza las completas. La profesión de su esposo ha de ser nocturna: panadero, carnicero o, tal vez, vigilante.

—Vuestras célebres artes —murmuró Aldonza—. ¿Una costumbre heredada del oficio de alguacil?

—El lenguaje del cuerpo nunca miente… Aunque un gesto, una evidencia, un atuendo por sí solo no aporta nada concluyente. Es la naturaleza humana quien facilita la tarea. A diario, interpretamos un papel para ocultar quiénes somos, para mostrar quiénes deseamos ser, para acomodarnos a cada auditorio. Un repertorio fijo de personajes, como en la *commedia dell'arte*. El mundo no es más que un corral de comedias y basta con identificar a cada intérprete.

—Ojalá nos hubiéramos conocido en Sevilla, tiempo atrás. —La cortesana suspiró y, con un gesto, devoró la distancia entre ambos. Los pensamientos de Julio sobre la farándula fueron reemplazados por una coreografía más carnal.

—En Roma tuvisteis la oportunidad de conocerme.

—Una hembra como yo se debe al oficio —respondió Aldonza, alcahueta de sí misma, avezada en placeres propios y ajenos—. ¿Os sentís solo, Julio?

La botella estaba vacía y Aldonza lo escrutaba, la brisa nocturna alzó las cortinas con un aliento susurrante y Julio trató de no estriar el ceño. El retorno de su misión coincidía con un renovado interés de la cortesana hacia su persona, y no estaba tan pagado de sí mismo como para pasar por alto la feliz coincidencia. En la capital de la Cristiandad cohabitaban más espías que en el resto del orbe terráqueo; la mayoría, al servicio de la Santa Madre Iglesia y el resto de Venecia, Francia o Génova. Todo capitán del ejército cesáreo poseía un anecdotario sobre los intentos de seducción de alguna bella hembra. Acceder al lecho de un oficial suponía el mejor modo de obtener información, y los apegados a placeres prohibidos, como la sodomía y otras prácticas contra natura, se mostraban desvalidos ante el chantaje.

—¿Y si fuera más joven? —inquirió Aldonza—. ¿Es eso?

—No —replicó Julio.

Claro que no, pensó. *Es el miedo a la sífilis. En el fondo, soy un cobarde*.

El escote de la cortesana se derramó ante él en una impúdica exhibición de carne trémula. Demasiados peligros a la vista y ningún

puerto seguro para su mirada errante, así que Julio centró su atención en los ojos negros. La madera del banco emitió un agónico gemido cuando alguien se aposentó a su vera:

—Buenas noches tenga vuestra merced.

El capitán se giró hacia un hombretón de aspecto zafio, ancho de pecho y moreno de rostro. Venas, pliegues y manchas moteaban su piel cetrina; iba tocado con una carmeñola y armado con un bracamarte, y un jubón amarillento revelaba su condición de judío. La cortesana sonrió con malicia, dio a Julio una palmada en el hombro y se retiró de la mesa.

—Interrumpís una charla —le reprochó Julio.

—He venido a hablar de dinero… De mi dinero.

No debería sorprenderle ver a Mosse Abenarroy en los cuarteles, se reprochó Julio. Alguno de sus avispones lo habría informado de que, en casa de Aldonza, corría el oro recién acuñado, y no había tardado en personarse. Amén de prestamista, Mosse presidía la cofradía de ladrones y otra gente de mala entrada, y, por consiguiente, lo acompañaban dos valentones de bigotes largos y sombreros de falda ancha, espadas repletas de marcas y broqueles pendientes de la pretina. Conocía al más alto, Giuseppe Grasso, el Siciliano: había estado tres años en galeras por desorejar a un fraile. La única vez que un juez halló a alguien dispuesto a testificar en su contra. Nunca supo por qué al otro lo llamaban «el Badajo». Cuando alguien aún lleva marcada la soga al cuello, no se le hacen demasiadas preguntas.

—Os lo he devuelto con creces. —El capitán se escanció otro vaso.

—Todavía me debéis mil doscientos ducados. Ya sabéis: los intereses. Prestar a un soldado siempre entraña un riesgo. Puede perecer de forma trágica el día menos pensado —dijo Mosse con una mueca, complacido ante su propio ingenio, y, frente a tal amenaza, el capitán recurrió al gracejo andaluz:

—Somos compatriotas. *Marrani spagnoli*, nos llaman. Nuestra herencia semita es el pecadillo de España, o eso dicen. Somos culo y

mierda, Mosse. Casi como hermanos.

—Ya. Como Caín y Abel.

—Existen muchas raleas de cainitas.

—No me ofende que me llamen usurero. Es una palabra tan buena como cualquier otra para describir mi oficio. —El tono suave y pausado del sefardí contrastaba con la ferocidad de su semblante—. Me expulsaron como a una alimaña de mi tierra natal, llegué a Roma pobre, bruto y famélico. Tuve que abrirme paso a puñaladas. Me hice a mí mismo. Mas no os equivoquéis: me volví más rico, pero no más suave. ¿Entendéis?

—Te hiciste con malas hechuras. —Julio lo apuñaló con el tuteo y con su mirada acerada—. También llegué yo a Italia desnudo. Mi único patrimonio han sido mi honra y esta espada, la lealtad de mis camaradas y el temor de mis enemigos. No hay parte de mi cuerpo que esté libre de heridas. Ni hay algún tipo de arma de cuyas huellas mi persona no lleve recuerdo. Comprended esto: la guerra somete a los hombres a una taxidermia; los abre en canal, extrae sus entrañas, rellena el vacío con estopa y lo cose. Pareces vivo, pero careces de alma. Una bala perdida, una cuchillada nocturna, una ponzoña en el vino, lo que sea, y mis compañeros soldados os harán añorar los horrores del Santo Oficio. ¿Entendéis? Pues está dicho.

En la mesa contigua, Guillem Fabrat y Román Calavera no les quitaban el ojo de encima. El mundo no era más que un corral de comedias, y cada palabra pronunciada, una apuesta que ganar. Mosse pareció darse cuenta de dónde se hallaba y el murmullo de la calle les recordó que, allá fuera, había un mundo que vivía ajeno a su drama.

—Soy usurero —repitió Mosse—. Lo cual no me impide apelar a los mandos de vuestro ejército. Bien sabéis que los banqueros meamos en corro con el Emperador y sus privados.

Esta vez, Julio no sólo escuchó el siseo de las voces lejanas, sino también el crujido de las vigas y el susurro de los ratones en las entrañas de la casa. Para subsistir, los ejércitos del Emperador en Italia dependían de los banqueros, pues adelantaban las soldadas a

través de letras de cambio. Aunque Mosse fuese un prestamista de poca monta, el mayor temor del gremio de esos fulleros de pluma era que se extendieran los impagos. Querrían un escarmiento y sin duda los mandos se doblegarían a sus demandas.

El hispalense exhaló el aliento y depositó un limosnero sobre las tablas.

—Quinientos ducados —dijo a desgana—. En febrero os daré los setecientos restantes.

Una vez puesto en pie, Mosse Abenarroy guardose el oro en la manga.

—En febrero serán novecientos. Ya sabéis: los intereses.

Cuando el judío se marchó, la dueña había hallado una nueva presa. Escuchó Julio el crujido de los escalones de la segunda planta, una puerta cerrarse, el eco sordo de la madera vieja y el chirriar de las tablas junto a los golpes de las carnes.

Tomó la única decisión sensata a su alcance: buscar una jarra de vino en la bodega y emborracharse en su cuarto. No había lujos en él: un arcón de roble carcomido albergaba su ropa zurcida, el desvencijado camastro hacía que el suelo se antojara cómodo y una tabla encastrada en la pared servía de escribanía. Su único capricho, una gran librería con quinientos códices e incunables salvados de la quema o adquiridos a un precio irrisorio en los mercados del Borgo: Homero, Aristóteles, Virgilio, Petrarca, Erasmo, Vives, Maquiavelo…, y su mayor tesoro, *De Dignoscendis Hominibus*, de Pietro Monti, el primer tratado de esgrima alumbrado por el ingenio de Gutenberg.

Aquel cuarto colmado de libros se había convertido en su santuario. Julio se despojó de los borceguíes, dejolos junto al brasero y avivó los rescoldos. Fuera, el viento aullaba con un lamento espectral y la lluvia golpeaba en las contraventanas. Encendió una vela,

extrajo el maltrecho *Decamerón* del morral y se sentó ante el escritorio. Limpió el barro del incunable con un pincel húmedo, pasó un lienzo seco por la apergaminada cubierta y deslizó un trapo por el papel grisáceo, impreso en letra gótica. Al finalizar la tarea, lo

deposito entre dos tabillas atadas con cordeles, para aplastar los cuadernos. Tomó el vino y dejó a Boccaccio abandonado en un estante.

Se acostó en el lecho y una imagen fugaz cruzó su mente para desvanecerse antes de que mediara un latido. Sangre roja sobre piel oscura. Un humor escarlata que manchaba la hierba, el fango, sus manos, el coleto de Álvaro, despedazado por la metralla. En su mente, acunó de nuevo el rostro de su amigo y la cabeza cayó hacia un lado. Estaba flácido… No. Deshecho. Los hilos invisibles que mantienen unido un cuerpo, incluso durante el sueño o el desmayo, se habían roto para siempre. «*Álvaro*», murmuró, y lo atrajo hacia sí, sollozó en su pecho. Apartó pliegues de tela chamuscada bajo el peto de acero para extraer una carta ensangrentada, escrita por su propia mano, dirigida a su familia, y cerró los ojos de su compañero de juegos.

Para entonces el dolor en el hombro se hacía insoportable, y quebró en mil pedazos sus recuerdos. Había dejado de llover más allá de la ventana; en las calles, los charcos reflejaban el brillo dorado de los hogares. Los transeúntes que no se afanaban en el mercadeo carnal se hallaban tan ebrios que a duras penas conseguían caminar, o mostraban el aspecto furtivo de los derrotados en la pugna entre su moralidad y su cobardía.

El capitán palpó sus cicatrices ocultas bajo la camisa. El vino apenas le ofrecía consuelo, y el postrer sorbo le supo amargo. Se acomodó en el camastro y cerró los ojos, a sabiendas de que aquel sería el último fragmento de la noche que lograría recordar con certeza.

III

Los latidos en las sienes le anunciaron lo que sin duda sería su peor resaca en meses. Tal vez un trago lo arreglaría. Buscó a tientas la jarra bajo el camastro. La halló vacía. Masculló una maldición. Si, al menos, los condenados pálpitos se detuvieran… Entonces se percató de que no estaban en su cabeza: algún malnacido aporreaba la puerta. Se las apañó para levantarse y, tras correr el postigo, parpadeó ante el súbito resplandor de las antorchas. Le sorprendió aquella inesperada visita. Habían pasado meses desde la última vez en que vio a Juan Pérez de Pineda, el secretario del Emperador en Roma.

—Me huelgo de veros, Julio. —Pérez era un hombre enjuto que vestía un hábito oscuro bajo una garnacha de paño valenciano; mostraba el cabello ralo y un haz de arrugas perenne en torno a los ojos. Su voz poseía esa dicción perfecta que sólo se adquiría en la corte, y sepultaba un ceceo cordobés casi imperceptible. El invierno romano se reflejaba en las lentes de sus anteojeras y una sonrisa cínica perfilaba la oscuridad de su alma. A su diestra, aguardaba un teniente con el rostro oculto por una celada de engole, y, más allá, en el corredor, Julio atisbó a una decena de hombres de armas.

—¿Qué desea Vuestra Paternidad? —preguntó el capitán, tratando de ocultar su inquietud.

—Lo lamento, pero debéis acompañarme. —Pérez no parecía lamentarlo en absoluto, mas el sevillano había aprendido a guardar

para sí sus reproches.

—Aguardad un momento.

Caminó desnudo hacia la jofaina y se roció el rostro con agua fresca; los músculos de su espalda cobraron vida mientras exhibía las cicatrices de quince años de milicia. Tras secarse, estudió su aspecto en el espejo tondo, uno de tantos frutos de la rapiña. Apenas vislumbró una sombra distorsionada por la convexidad del vidrio. Se vistió con la ropa del día anterior, la misma de toda la semana. Unos botines hicieron crujir la madera a su espalda y, en el reflejo, vio al secretario examinar la montaña de libros que cercaba el lecho. Julio se ciñó la espada al cinto y se dispuso a tomar la jineta y la rodela, los símbolos de su rango.

—Voacé no las necesita —dijo Juan Pérez, colocándose las lentes sobre el arco de la nariz.

El sevillano sintió que sus labios se entreabrían, y los halló extrañamente resecos. Abandonó el cuarto con el semblante sombrío, seguido del secretario y los hombres de armas. El patio estaba oscuro; el dosel negro de la noche se deshilachaba con el atisbo de un nuevo día. Les sobresaltó el retumbar de unos pasos en la tarima: Román y una docena de soldados salían a su encuentro, en distintos grados de desnudez, aunque todos bien herrados.

—Reunid a la escuadra —ordenó Julio al sargento.

—Tampoco necesitaréis escolta —le advirtió el secretario.

El capitán echó la vista hacia atrás con la incertidumbre marcada en las líneas del rostro. Sólo entonces se arriesgó a mirar a Pérez a los ojos, con la diestra en el pomo de la espada:

—¿Para qué se me requiere?

Un índice manchado en tinta empujó las lentes que, pese a los cordeles, se negaban a permanecer en su lugar.

—Lo ignoro —adujo el covachuelista—. Sólo soy un humilde secretario.

Otro cínico embuste. Por todos era sabido que Juan Pérez de Pineda redactaba las cartas que la embajada enviaba al rey Carlos sobre todo lo acaecido en Italia y dirigía su red de espías en Roma,

amén de gestionar la valija diplomática. Aquel clérigo de aspecto apocado se había convertido en los ojos del Emperador en la sede de la Cristiandad y podía condenar o encumbrar a cualquiera con una sola palabra, un único verbo esbozado con su elegante caligrafía.

En el pórtico los aguardaba Aldonza, tan pálida que parecía un espectro.

—¿Qué buscáis, mi señora? —inquirió el secretario.

—Vuestros hombres han forzado mi puerta.

—Pasan de mil las veces que se ha forzado vuestra puerta, mi señora, ya sea delantera o trasera. —Juan Pérez le dedicó un afectado y sarcástico gesto de despedida.

A duras penas, Julio sosegó el ánimo de sus hombres antes de acompañar al secretario y su escolta por la plaza Navona. Pronto el laberinto de pasajes oscuros desembocó en el puente de Sant'Angelo, donde una brisa helada les castigó la piel. El amanecer los sorprendió en la vía Alessandrina, que atravesaba el Borgo Vaticano, una de las más recientes calles romanas, rectilíneas, amplias, flanqueadas por soberbios palacios, hospitales y albergues destinados a los peregrinos. Como si las ruinas de los días antiguos hubiesen cobrado vida tras milenio y medio de letargo.

Ascendieron por la rampa que conducía a la entrada al Palacio Apostólico, ante la imponente fachada de la basílica de San Pedro. El complejo áulico se mostraba desolado, ruinoso, las vidrieras emplomadas habían sido despedazadas para fabricar balas de arcabuz y las paredes tenían vestigios de incendios. El secretario se detuvo en uno de los patios, el Cortile Borgia, junto a la entrada de la Capilla Sixtina.

—Aguardad aquí —le dijo Pérez antes de retirarse.

La decena de soldados se acomodó en los bancos, con las alabardas apoyadas en el muro, y Julio se descubrió reflexionando sobre los motivos de aquel llamamiento a deshora. Tal vez tuviera que ver con la muerte del capitán tudesco, quizá se descubriría ante un tribunal militar. Cabía la posibilidad de que Mosse Abenarroy

desconfiara de recuperar lo adeudado y hubiera cumplido su amenaza. Hacía años que Julio vivía a salto de mata, y su porvenir siempre era incierto.

Aburrido y hastiado, comenzó a deambular por el pórtico. Entró en la Capilla Sixtina, la basílica donde se elegía al sumo pontífice con las medidas exactas del santuario del Templo de Salomón. En lo alto, los frescos de Miguel Ángel mostraban la creación del universo, el nacimiento de Adán y Eva, la expulsión del Paraíso, pero el relicario de la Santa Cruz había desaparecido, al igual que los tapices de Rafael, cuyos ganchos y bastidores aún permanecían anclados en las paredes. Una repentina congoja hizo que Julio cruzara el patio y ascendiera por las escaleras del Palacio Apostólico. Los lansquenetes habían encendido hogueras con los muebles de las Estancias de Rafael. Los frescos se hallaban cubiertos de hollín y aun así pudo admirar *La escuela de Atenas*: Platón charlaba con Aristóteles entre Heráclito, Sócrates, Euclides, Hipatia… En el muro opuesto, *La disputa del Sacramento* presentaba a Jesucristo flanqueado por María y Juan Bautista. Sobre aquellas soberbias pinturas, alguien había inscrito a punta de daga: «*V. K. Imp. Martinus Lutherus*».

Los mercenarios luteranos habían desatado su inquina reformista mancillando las imágenes sacras y aquellos monumentos que, a sus ojos, encarnaban el paganismo y la indecorosa sensualidad del arte nacido bajo el mecenazgo papal. Hacía años que un furor iconoclasta corrompía el corazón de Europa. Las exaltadas homilías de Ulrico Zuinglio propiciaron una oleada de vandalismo contra las imágenes sacras de Zúrich; la decisión de las autoridades de Wittenberg de retirar las estatuas de Jesús y la Virgen, alentada por Thomas Müntzer, desembocó en su destrucción pública. Sería Juan Calvino el responsable de que la iconoclasia protestante se tornara aún más fanática: óleos furiosamente rasgados, Cristos mutilados, esculturas de la Piedad decapitadas, monedas acuñadas con el oro de crucifijos y cálices. Décadas después, una fiebre, la *Beeldenstorm*, acabó extendiéndose por los Países Bajos y el Sacro Imperio: las esculturas sagradas fueron derribadas de los nichos, se rompieron las vidrieras

y se quemaron los retablos en una sarcástica y demencial ordalía: si en verdad las imágenes sagradas unían a los fieles con Dios, él las defendería, y puesto que era posible destruirlas, qué mejor prueba de que suponían vanidad terrenal. El fanatismo calvinista se contagió a los luteranos, y el puritanismo anglicano no sólo proscribió las imágenes, sino también la lectura de Homero, pues era ficción. Durante siglos, la religión cristiana había aportado los principales temas al arte. Aquella querella teológica se convirtió en una cruzada contra la capacidad creadora del ser humano.

De regreso al Cortile Borgia, Julio contempló una hornacina, con una talla de María derribada de su pedestal.

—Vuestra merced anda extraviado —dijo Juan Pérez a su espalda.

—Algo tuve que hacer después de una hora —replicó Julio.

La mirada del secretario recorrió la estela de hollín que mancillaba la imagen de la Virgen.

—Erasmo Roterodamo cree que la veneración de un objeto lo convierte en ídolo. —Tras sus lentes, los ojillos del secretario se mostraban hueros—. Un pecado condenado por el segundo mandamiento. ¿Qué piensa voacé?

—Las imágenes sagradas son hermosas. —De ordinario, a Julio no le interesaba tanto la teología como los aspectos mecánicos del mundo; aquellos resortes que, una vez conocidos, pudiera emplear en su provecho. La suya era una inteligencia pragmática, e intuía que, con aquella diatriba, el secretario imperial le estaba sondeando, y no quería decir sobre sí mismo más de lo que recibía a cambio. Aun así, aquel breve parlamento bastó para tomarle la horma: una persona piadosa, instruida, que se preciaba de su razón, pero que siempre razonaba bajo la autoridad de otros.

—Acompañadme. —Juan Pérez le hizo un gesto para que lo siguiera por el Jardín de los Borgia. Tras una silenciosa caminata, cruzaron la enorme puerta que, blindada en hierro, conducía a un laberinto de estanterías repletas de códices de pergamino, volúmenes de papiro e incunables de papel que procedían de todas

las épocas de la historia humana y cuyo contenido Julio ni siquiera podía imaginar. La Iglesia católica había invertido siglos en reunir aquella biblioteca, y, para librarla del Saco, los mandos del ejército cesáreo había establecido allí su cuartel general.

Accedieron hasta un monumental despacho decorado con el escudo pontificio. Entre madera añeja y polvo albino, la sala abarcaba un inmenso espacio, vacío de ruido, en cuyo centro se hallaba una inmensa mesa presidida por el cardenal Lorenzo Campeggio. De barba luenga gris y cuerpo enjuto, bajo una esclavina escarlata y una túnica talar, el representante del sumo pontífice en Roma era un jurista avezado en atajar las corruptelas del clero, un teólogo consagrado en combatir la herejía luterana y un diplomático curtido en la defensa de la unidad cristiana ante el Turco. En ese momento, sostenía la carta que el florentino había entregado a Luigi Gonzaga en Capranica, con el lacre recién abierto.

A su diestra, con un sayo de damasco azul guarnecido con terciopelo negro, Hugo de Moncada; un valenciano de cincuenta años, de cabello largo y unos ojos entrecerrados que apenas parpadeaban. Había sucedido en el cargo al difunto virrey de Nápoles y nada parecía alterar la mortal quietud de su rostro ancho y lampiño; a veces, Julio se preguntaba si, al menos, respiraba. Junto a él, acomodado en un escaño, Hernando de Alarcón, hombre de confianza del emperador Carlos, mostraba esa sobriedad tan propia de él.

La autoridad en Roma recaía sobre aquellos hombres. Un repentino vértigo asaltó al capitán andaluz, como si el pavimento se hubiera hundido bajo sus pies. Al fin, las manos de Moncada cobraron vida y hallaron el camino hacia un libro abierto sobre la mesa que empujó hacia él:

—Leed.

Apenas conocía Julio mil palabras en tudesco, mas pudo reconocer el Nuevo Testamento publicado por fray Martín Lutero cinco años antes. Estaba abierto por el Apocalipsis y una tosca xilografía recreaba la destrucción de Babilonia: «*Ven acá, y te*

mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas y con la que han fornicado los reyes de la tierra». Bajo un ejército celestial encabezado por el Cordero de Dios, el grabado mostraba, desmoronándose, a Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra, cuyas siete cabezas son siete colinas. No resultaba difícil distinguir el Borgo Vaticano, con el Belvedere, la Capilla Sixtina, la basílica de San Pedro y el castillo de Sant'Angelo.

Campeggio arrojó un fajo de folios sobre las tablas. Pasquines burdamente impresos de los que se vendían en las plazas y adornaban los pedestales de las estatuas parlantes de Roma. Hojas volanderas nacidas al calor del ingenio de Gutenberg que contribuían a la difusión de noticias por toda Europa. Muy pocas decían la verdad, y la exageraban cuando lo hacían. Lutero había hallado en los libelos el arma definitiva contra el papado. La desquiciada imaginación del antiguo fraile había engendrado cerca de tres mil panfletos que mostraban una estirpe germánica laboriosa, cumplidora y bien dotada para las artes y las ciencias, sometida por una raza meridional vaga e indolente, de sangre bastarda, venal, estulta y fanática. Y para tan grata tarea contaba con la ayuda del pintor de cámara del príncipe del electorado de Sajonia. Mientras que el papa financiaba los frescos de la Capilla Sixtina y las Estancias de Rafael, el Antipapa empapelaba las iglesias y tabernas de Alemania con grabados, caricaturas y panfletos cuya zafiedad y virulencia escandalizaron incluso al propio Erasmo.

—Ciento treinta opúsculos, sólo en la última década —comentó Campeggio en un castellano perfecto—: libelos que vaticinan la inminente destrucción de la ciudad pontificia. El Saco de Roma ha confirmado las perversas profecías de los enemigos de la Santa Madre Iglesia.

Los padres de la Iglesia engendraron algo siniestro cuando decidieron incluir el libro del Apocalipsis en el canon cristiano. Las plazas de Italia se veían atestadas de clérigos vagabundos que veían señales de la inminente destrucción de Roma por todas partes.

Aquel año no habían faltado las premoniciones funestas, como el rayo que cayó en el Vaticano o el ermitaño que, en el Jueves Santo, gritó al papa Clemente: «*Bastardo sodomita, per ituoi peccati Roma sara distrutta!*».

—¿Sabéis quién sustrajo los relicarios de la basílica de San Pedro? —Campeggio le habló con una autoridad percibida como derecho de nacimiento, y transmitida, durante siglos, por una aristocracia poseedora de tierras, dinero y personas.

—Lo ignoro, Vuestra Reverencia Ilustrísima —respondió Julio—. En ese momento, yo andaba con Juan de Urbina construyendo los bastiones y las trincheras en torno a Sant'Angelo junto a dos mil soldados.

—¿Españoles? —preguntó el cardenal.

—¿Hay otros?

Campeggio apretó la mandíbula e inspiró todo el aire que había en la sala.

—Rodomontada española —masculló—. *Il Capitano della commedia dell'arte*, bravucón y jactancioso.

De ordinario, Alarcón sonreía más que hablaba, una costumbre adquirida en milicia. Esta vez quiso romper el hábito:

—El nombre de soldado viene de sueldo, y aquel que no lo tiene no puede recibir ese nombre, ni servir como tal.

—Bien dice vueseñoría —convino Julio—. Pero aún le queda honra.

—Vuestra honrosa heroicidad con Alonso de Córdoba en el palacio Colonna les costó cincuenta y dos mil ducados —comentó Campeggio.

—Según derecho de guerra y a repartir entre las dos mil almas que el palacio albergaba —respondió Julio, mezclando devoción por la ley y cinismo a partes iguales.

Todo soldado tiene un precio, pero, a veces, el precio no vale el soldado, pues su auténtica valía reside en lo lejos que esté dispuesto a llegar a cambio de nada. En Pavía, las tropas tudescas amenazaron con abandonar la plaza si no se les entregaban las pagas

adeudadas, y los españoles decidieron reunir su menguado pecunio para poderles remunerar. Siervos prófugos, campesinos sin tierras, hijodalgos y burgueses arruinados, célebres por su modo de vida licencioso y brutal, los lansquenetes eran los hijos bastardos de la ruina del régimen feudal. No era raro que regimientos enteros cambiaran de bando en el fragor del combate, o que desertaran en masa si no había más oro que entregarles…, lo cual estaba a punto de suceder en Roma si el papado no satisfacía la segunda mitad del rescate.

—¿Para qué me han convocado Sus Señorías? —añadió Julio.

—Vais a recuperar las reliquias mayores —declaró Hugo de Moncada, con una convicción que hizo que sus palabras sonaran como un hecho.

El rostro del hispalense permaneció impávido, como tallado en piedra. Cuatro grandes tesoros había albergado la basílica de San Pedro: la calavera de San Andrés, la lanza de Longinos, un fragmento de la cruz y la Verónica, la reliquia más preciada de toda la Cristiandad. El lienzo que enjugó la sangre del rostro de Jesús y en el que quedaron sus facciones impresas. Durante siglos, la más solemne liturgia romana había consistido en la bendición apostólica bajo la Verónica, el símbolo del poder pontificio y de la peregrinación a Roma. Ninguno de los incontables santuarios y basílicas, museos y monumentos, salas de banquetes, prostíbulos, tabernas y baños públicos de la Ciudad Eterna atraía a tal número de visitantes. En ocasiones, los romeros perecían aplastados entre la enardecida muchedumbre que pugnaba por tocar la tela sagrada.

—Recia empresa parece —dictaminó Julio—. ¿Qué obtengo yo a cambio?

—Redención.

El capitán aguardó a que Campeggio añadiera algo más.

—¿Eso es todo?

—¿Se os antoja poco, después de los innumerables sacrilegios, latrocinios, torturas, estupros, homicidios e infamias que cometisteis durante el Saco?

—Su Santidad emitió una enmienda a la bula de excomunión.

—Es sólo un papel —gruñó el cardenal.

—Algo ha de valer. De ordinario, se pagan a trescientos ducados.

—La absolución restituye los derechos perdidos sobre los sacramentos, mas no perdona el pecado en sí. —La sonrisa de Campeggio no alcanzaba a los ojos y, una vez más, Julio constató que unía las yemas de los dedos, en un gesto ensayado, cada vez que recitaba un discurso aprendido. Algo que obviaba cuando expresaba una opinión sincera. Lo había calado lo suficiente como para atreverse a preguntar:

—¿Por qué yo?

—Sois hombre de afilado ingenio y habéis trabajado como alguacil —respondió el cardenal—. Su Santidad teme que, al devolverle las reliquias, vuestro rey, o algún inferior, le dé gato por liebre. Sabe que vuestra merced no lo hará si empeña su palabra.

Apenas gesticulaba y las razones tenían sentido: en Roma había tantos peritos en falsear reliquias como en enmascarar venenos y zurcir virgos.

—Dicen que, si se juntasen todos los pedazos de la Santa Cruz, bastarían para construir una barca —razonó Julio—. Se conocen catorce santos prepucios, treinta clavos de Cristo, diez cráneos de San Juan Bautista y dieciocho brazos del apóstol Santiago. Dientes de los que mudaba Jesús cuando era niño pasan de quinientos los que se muestran sólo en Francia. Su Santidad debería saber que desconfío de tales tesoros tanto como de una moneda de cuero.

—Razón de más, a su entender, para que sea vuestra merced quien asuma la tarea —declaró el cardenal.

—Las iglesias fueron saqueadas hace siete meses —dijo el capitán español—. Las reliquias que no se destruyeron entonces habrán sido adquiridas por mercaderes y habrán abandonado Roma, en el mejor de los casos.

No hubo un Saco, sino tres. Del cinco al siete de mayo, el ejército cesáreo saqueó la ciudad. Mientras que los luteranos se afanaban en la rapiña y se cebaban con las iglesias y el estamento clerical, los

españoles tomaron prisioneros para exigir rescates, o los sometían a tormentos para averiguar dónde ocultaban sus bienes. Los germanos no tardaron en imitar tan católico ejemplo y la tropa italiana, engrosada por bandidos, pícaros y desertores, se afanó en el latrocinio, la *vendetta* y el estupro. Ocho días de saqueo dictaba el derecho de guerra; mas allí no hubo derecho ni izquierdo, ni autoridad para imponerlo. El diez de mayo, los Colonna acudieron con refuerzos para tratar de restablecer el orden, mas se lucraron con los últimos despojos al tiempo que ajustaban cuentas con sus enemigos y compatriotas. En julio, a causa de la peste, el grueso del ejército partió de la ciudad pontificia y sólo quedó el contingente español de Sant'Angelo y los veteranos que Alarcón había traído de Nápoles. El tercer y último Saco se produjo cuando los soldados retornaron el veinticinco de septiembre y rapiñaron los escasos bienes que habían permanecido ocultos. Los frutos del pillaje pasaron de mano en mano en los mercados de la plaza Navona y el Borgo: vestidos, terciopelos, sedas, joyas, tapices, muebles…, y si no hallaban un comprador, los dejaban tirados en la calle. Recuperar aquellas antiguallas se antojaba una tarea imposible, y para Carlos de Habsburgo se había convertido en una cuestión de Estado.

—Tenemos motivos para pensar que las cuatro grandes reliquias no salieron de Roma —dijo el cardenal Campeggio.

—¿Y qué motivos son esos? —preguntó Julio, asqueado de que se le hurtara información. La mayor parte de la población romana se ganaba la vida gracias al peregrinaje o al mecenazgo papal. Directa o indirectamente, todos trabajaban para la Iglesia, y su red de confidentes alcanzaba hasta el último callejón de las siete colinas.

—No me agradáis, Julio —dijo Moncada con su habitual parsimonia—. No me gusta vuestra indisciplina, ni tampoco vuestros métodos. Mas, por algún motivo ignoto, Su Santidad os ha elegido y contáis con la confianza de Urbina y el resto de capitanes. Os daremos mil escudos para comprar voluntades. —El valenciano no daba puntada sin hilo, y Julio supuso que, entre aquellas voluntades, bien podía estar la suya—. El secretario Juan Pérez, aquí presente,

os llevará las cuentas.

El silencio se hizo tenso; todos los ojos recaían sobre el capitán andaluz, a la espera de la anhelada respuesta. Sisar de los pagos militares se había naturalizado hasta el extremo de considerarse un derecho aparejado al cargo. ¿Estaban al tanto de sus muchas deudas? Era de lo más probable. En cualquier caso, Julio no tenía más elección. Les dedicó esa mirada muerta que había perfeccionado con los años y sepultó lo poco que quedaba de sí mismo en lo más hondo de su ser.

—Sea como mandareis, vueseñoría —se limitó a contestar.

Hugo de Moncada le hizo un gesto para que se retirase y él obedeció, sumido en un lodazal de inquietudes. Halló el Belvedere aún más silencioso cuando irrumpió en él.

—Mantenedme informado de vuestras pesquisas. —Juan Pérez de Pineda se había quitado las anteojeras y usaba un pañuelo para limpiar las lentes. Puso el artilugio óptico en su lugar y le ofreció una arqueta aherrojada antes de retirarse. El capitán sopesó el oro con un gesto adusto y, cuando se disponía a marcharse, sintió una presencia entre las sombras del pórtico.

—Julio… Desconfiad —le dijo Alarcón, con la mirada fija en el secretario—. No todos los súbditos del rey, por muy leales que sean, quieren ver las reliquias restituidas. Algunos matarían por que fracaséis, a vos y a quien sea. Que en Roma todo pasa sin cargo de conciencia.

IV

Un diluvio azotaba las ventanas de La Lozana Andaluza; el agua corría en regueros por el vidrio y distorsionaba el mundo que habitaba más allá. En el comedor del caserón resonaba el sonido de la loza y, en torno al hogar, las metresas engatusaban a los soldados para que les pagaran otra copa de vino aguado. En una mesa aparte, Julio reunió a los oficiales de la compañía: los entretenidos Juanillo y Guillem Fabrat, el alférez Abencio Verdugo, el sargento Román Calavera y una decena de cabos. Atravesó Aldonza el portillo con el cabello cubierto por un velo y un vestido pardo, abotonado hasta el cuello. En las manos enjoyadas sostenía un paternóster de cuentas de marfil.

—¿Venís de misa? —le preguntó Julio.

—¿Os sorprende?

—No realmente, aunque jamás os vi hacerlo.

—Los oficios se suspendieron por el Saco y acaban de reanudarse. ¿Hay cosa nueva? Confío en que no tengáis querellas con los mandos. —Un halo de almizcle, sándalo y jazmín envolvió al capitán cuando la cortesana se le arrimó para clavarle su mirada de obsidiana. Sombras de *verdeazzurro* y carbón adornaban sus párpados; cosméticos de a veinte maravedís la onza. Cuando una cortesana componía una mirada como aquella, esperaba obtener algo a cambio.

—Todo va bien —comentó el sevillano con cautela—. Debo

recuperar unas reliquias. Eso es todo.

Su voz era suave. El silencio era áspero. Una concesión para ganarse su confianza, algo que acabaría averiguando de todas formas. Sentose Julio ante la mesa y las cantineras les trajeron más vino con el que mojar la canal. Hacía meses que no ingerían otro brebaje. La mayoría de romanos cocinaba y bebía a expensas del Tíber, principal alcantarilla y vertedero de la Ciudad Eterna; un agua parduzca que se decantaba en tinajas y después se mezclaba con vinagre.

Los oficiales se acomodaron en torno a la mesa y el bachiller arrugó el semblante en cuanto Julio les expuso la misión.

—Debemos elaborar una relación de las principales reliquias de Roma —les dijo a modo de conclusión.

—Existen cuatro basílicas patriarcales en la ciudad del Tíber —declaró el bachiller—. Junto a la archibasílica de San Juan de Letrán se encuentra el Sancta Sanctorum, el lugar más sacro de toda la Cristiandad dados los tesoros que albergaba: el Arca de la Alianza, las Tablas de la Ley, el Santo Ombligo y el Santo Prepucio, las Sandalias de Cristo, el Triclinio de la Última Cena y un trozo de pan servido en ella, el bastón con el que golpearon a Jesús en la coronación de espinas, el manto de San Juan Bautista, los cráneos de San Pedro y San Pablo, el hombro de San Mateo y la mandíbula de san Bartolomé.

—No muy lejos de allí vieron a unos tudescos jugando a la pelota con las cabezas de los dos apóstoles —dijo Román Calavera.

En la penumbra Juanillo sonrió y se llevó el vaso a la boca.

—Allende de esto tenemos la archibasílica de San Pablo Extramuros —prosiguió el cura amancebado—, construida sobre la tumba de Pablo de Tarso. Atesoraba los restos de san Andrés, san Bartolomé y San Mateo, un pedazo del leño de la Santa Cruz y las momias de varios mártires, como Lorenzo, Timoteo, Severino y Crisanto. Sus relicarios contenían el báculo de San Pablo y el brazo de santa Ana, la abuela de Jesús.

—¿Eso es todo? —El sevillano apuró el vaso, e hizo una mueca al

saborear el poso.

—En modo alguno —afirmó Delicado—. Bajo la basílica de Santa María la Mayor se encuentra la cripta de Belén, con astillas y briznas de paja de la Santa Cuna. Y junto a las ya mencionadas iglesias patriarcales existen otras dos menores y un santuario. La basílica de la Santa Cruz en Jerusalén contenía los vestigios de la crucifixión que trajo consigo santa Elena de Tierra Santa: un pedazo de la Vera Cruz, la corona de espinas de Jesús, la esponja empapada en vinagre, un par de clavos y la inscripción del inri.

—Voto a Cristo.

—Ese mismo —le confirmó el bachiller—. Bajo el altar mayor de la iglesia de San Lorenzo Extramuros reposaban los cadáveres de san Lorenzo y san Esteban traídos de Constantinopla. En la capilla de San Sebastián de las Catacumbas se custodiaba una piedra con la impronta del pie de Cristo, un fragmento de la columna a la que estuvo atado durante el suplicio y una de las flechas que mató a san Sebastián.

—Olvida voacé la basílica de San Pedro, erigida sobre el sepulcro del primer pontífice —dijo el capitán.

—Dejaba lo más granado para el final. Sus capillas contenían la lanza que Longinos clavó en el costado de Jesús, la calavera de san Andrés, un fragmento de la Vera Cruz y la celebérrima Verónica, el lienzo con el que la santa enjugó la sangre del rostro de Cristo y donde quedó su rostro impreso.

—Las reliquias mayores que anhelan el papa Clemente y nuestro bienamado rey Carlos —masculló el hispalense—. Nuestra principal tarea.

—Sin duda, las más veneradas —apostilló el bachiller—. Todos los reprobadores de la Iglesia católica, desde Erasmo a Lutero, se han cebado con el culto a las reliquias y la concesión de indulgencias para financiar las obras del Vaticano.

El papado había proyectado una nueva basílica provista de una inmensa cúpula que cubriría la tumba del apóstol San Pedro, cuyas dimensiones empequeñecerían a Santa Sofía de Constantinopla, que

el Turco había convertido en mezquita. En cada uno de los cuatro pilares que sostendrían el domo vaticano habría un nicho para albergar las cuatro reliquias mayores. La mayor bóveda concebida por el ser humano se sostendría, física y simbólicamente, en los tesoros que debían recuperar.

—En caso de hallarlas, ¿cómo verificar su autenticidad? —inquirió Julio.

—El cuarto Concilio de Letrán proscribió la veneración de aquellas reliquias que carezcan de un certificado que especifique su procedencia y si son reales, es decir, fragmentos del cadáver; o si son reales no corpóreas, como partes del atuendo; o si son *ex contactu*, esto es, elementos que tocaron su cuerpo.

—Sería harto ingenuo esperar que todavía conserven el certificado pendido de un cordel. —Abrumado, el capitán se llevó las manos a las sienes—. ¿Alguna idea?

—El *Beutmeister* —terció Juanillo—. Por una bolsa de reales de a ocho, podremos averiguar qué iglesia desvalijó cada compañía, si en verdad fueron tudescos.

—Hablad con él y preparad una reunión —dijo Julio—. Guillem marchará a San Lorenzo Extramuros, Román a Santa María la Mayor y Abencio a San Juan de Letrán. Yo tengo una charla pendiente con Mosse Abenarroy.

No había más hilos de los que tirar, así que Julio apuró el vino y se ajustó la tizona.

Apenas logró transitar por las callejuelas del *rione* Sant'Angelo, atestadas de puestos de mercaderes vociferantes, barberos afeitando a clientes, matronas cocinando en anafres, artesanos almorzando en figones y casas de gula y ancianos sentados en los brocales de las fuentes. Roma, eterna superviviente, recobraba su maltrecha vitalidad, y, escoltado por Juanillo y media docena de soldados, Julio se abrió paso hacia el Campidoglio, la colina sagrada donde, en tiempos remotos, se alzaba el gran templo de Júpiter, y el lugar donde nacían todas las vías que recorrían su imperio.

—Por aquí no se va a la judería —comentó Juanillo, zumbón—.

¿Otra vez al convento?

—La discreción es virtud del buen nacido —le reprendió el capitán—. Haced el favor.

La tropa estaba al tanto de sus furtivas visitas al cenobio del *rione* Campitelli. Todos asumían que se trataba de encuentros galantes con alguna dama acogida entre las monjas, a la que entregaba una parte del dinero prestado. El hispalense no se molestó en contradecir tales rumores; sabía que, amén de resultar inútil, los alimentaría aún más.

La callejuela, rodeada de pinos y cipreses, perecía abruptamente: una senda de adoquines se convertía en tierra batida y después se difuminaba en la hierba. Las hojas muertas del otoño en ocasiones cobraban vida y se amontonaban en la entrada de un vetusto monasterio. Julio hizo un gesto a su escolta, para que aguardara en el soportal, y golpeó el recio portón. No tardó en asomar el ajado rostro del portero:

—Vuestra merced puede entrar.

El anciano lo condujo a través de un laberinto de fríos pasajes de piedra. Caminaron ante un modesto refectorio con las cocinas repletas de fogones y alacenas donde un decena de mujeres y niñas, la mayoría con hábitos de legas, preparaba la gallofa a partir de col y tocino rancio. La priora aguardaba a Julio en el acceso al claustro, con la vista baja, en un gesto de serena piedad que a Julio le recordó a la estatua de Miguel Ángel conservada en Santa Maria della Febbre.

—Vuestra maternidad. —Desde el pórtico, Julio contempló, a través de una celosía, el patio ajardinado, con una fuente de piedra bellamente labrada en el centro y un naranjo en cada una de las esquinas.

La dama a la que visitaba cada semana tenía nueve años y, en esos momentos, jugaba con una muñeca de trapo. El trinar de los vencejos y el verdor invernal añadían una insólita serenidad a la escena. La niña se giró ante el sonido de los pasos y el capitán apartó la vista.

El odio hacia sí mismo era una llama helada que lo abrasaba por dentro, que lo destruía y lo mantenía con vida. Lo forzaba a construir baluartes, a cavar zanjas, a caminar por barrizales, a romperse la espalda y a luchar, mutilado en cuerpo y alma, para tratar de olvidar tantas batallas ganadas, tantas operaciones fallidas, tantos cadáveres abandonados, tantos ideales corrompidos y esperanzas destruidas…, tantos triunfos que no lograban colmar el vacío. Cualquier expiación, como donar un puñado de monedas, por fútil e irracional que fuera, se convertía en un acto de puro egoísmo.

—¿Cómo se encuentra? —Julio entregó a la monja una limosnera que ella, a su vez, confió a la hermana tesorera.

—Cada día mejor, gracias a vuestra merced —dijo la abadesa, y una frágil sonrisa iluminó su rostro—. No hay día que pase que no nos traigan a otra criatura. Estamos abrumadas. Empero, agradecemos vuestra ayuda y rezamos a Dios por la salvación de vuestra alma.

Hacedlo, le rogó Julio sin palabras. *A ver si a os hace más caso que a mí*.

Sita en el barrio de Regola, con apenas dos mil almas, la judería romana era una destilada esencia del mundo que había florecido merced a los sefardíes huidos de Castilla, Aragón, Portugal y Provenza. Cruzaron el puente Fabricio para acceder a la isla Tiberina. Bajo los arcos del añejo viaducto fluía un torrente de agua marrón, apestosa y nociva, coloreada por las tintorerías, las cloacas y los detritos mezclados con los peces muertos. Ante los ojos de Julio se alzaba la basílica de San Bartolomé junto a un pilar marmóreo, llamado «la Columna de la infamia» debido a su funesto propósito: cada noche de Pascua, las autoridades eclesiásticas fijaban un listado de los criminales a los que se negaba el sacramento de la comunión. Allí, pensó Julio, había estado su nombre.

La casona de Mosse se hallaba en la parte sur del islote y, aunque aquella visita suponía una tarea riesgosa, resultaba esencial

para su propósito. Cuando Julio se unió al alguacilazgo, a los veteranos en el cargo les gustaba pontificar sobre alguna regla de oro para desempeñar cumplidamente su labor y aposentar las nalgas en una poltrona de la corregiduría. Algunos lo animaban a que hiciera buenas migas con los jefes del hampa para contar con soplones. Otros le aconsejaban sobre cómo usar la cuerda en los interrogatorios. En opinión de Julio, no existía ninguna llave maestra para resolver un crimen y, sin embargo, había una pauta que rara vez fallaba: seguir el rastro del dinero.

Ordenó a sus hombres que aguardasen junto al portalón de roble y, con un recio golpe, hizo sonar la aldaba.

—Abra voacé, que soy Julio.

Resonaron unos pasos y, seguidamente, el chasquido del postigo. Al fin, se abrió la puerta y se topó con la cara grasienta de Giuseppe Grasso, un renombrado matarife incapaz de pronunciar diez palabras sin que cuatro fueran blasfemias. El mangurrián lo condujo a través de un sombrío corredor hacia una arcada, más allá de la cual se hallaba el despacho. Flanqueado por dos estantes atestados de legajos, Mosse, vestido a cuerpo, sonrió al verlo y entrelazó las manos sobre el escritorio. Con el jubón abierto y la camisa desabrochada, el vello renegrido y ensortijado le asperjaba los pectorales. Tras él, apoyado en la cal del muro, el Badajo lucía una doble sonrisa: la de sus dientes ambarinos y la dejada por la corbata de esparto.

—Haberes buenos, soldado español —dijo el usurero.

—Bueno es saber que en Roma alguien nos quiere —contestó Julio, acomodándose en un escaño.

—¿Conocéis la leyenda del judío errante? —La hiel pudría cada palabra del usurero—. Dicen que se burló de Jesús en la cruz, y Yahveh lo condenó a vagar hasta el Fin de los Tiempos. Somos una raza maldita. En tres siglos, nos han expulsado de al-Ándalus y de los reinos de Inglaterra y Francia, del archiducado de Austria, de los ducados de Parma y Milán, de las coronas de Castilla y Aragón, del gran ducado de Lituania… Las guerras, la peste y el hambre hacen

que la gente se pregunte por el origen del castigo de Dios, y la respuesta que les ofrecen los charlatanes no alberga dudas: los hebreos, asesinos de Cristo, envenenan los pozos, asesinan a los niños de pecho y profanan las hostias consagradas. Guardaos los lamentos: a esta casa se viene llorado. ¿A qué se debe vuestra visita?

—A satisfacer mi deuda —dijo Julio, palmeando la arqueta que portaba bajo el brazo, con setecientos escudos sisados al secretario imperial.

—Veo que os va bien con Juan Pérez. —Mosse rio de buena gana y tosió como un buey asmático—. Me huelgo de ver que al fin podéis aligerar el peso de vuestros apetitos carnales.

Me endeudo con un usurero para dar dinero a la beneficencia y finjo gastármelo en putas, reflexionó Julio. *Que patético resulta todo, y sobre todo yo*.

Depositó el arca sobre la mesa, mas, cuando el judío extendió la mano para tomarla, la alejó de su alcance.

—Antes —señaló el capitán— debéis responder a unas preguntas. Después, estaremos en paz.

—Me pagaréis por la información con el oro que ya me debéis —concluyó Mosse—. Tenéis valor, os lo concedo.

—Sin duda sabéis de las cuentas del ejército imperial, y vuestro enjambre de avispones os habrá informado del trasiego de bienes saqueados. No os cuesta nada contestar.

En germanía y jerigonza se decía «avispones» a la gente de toda edad y condición que servía de andar por la ciudad para avispar qué casas se podían desvalijar de noche. Otros miembros insignes de la Cofradía de postulantes a gurapas eran los palanquines, quienes vigilaban las entradas y salidas de la urbe, y sabían qué moradas podían ser de provecho y cuáles no. A cambio de su industria, se llevaban un quinto del botín, como Su Majestad en las Indias.

—«Nunca digas dónde meas porque va otro y caga». —Mosse recitó un viejo proverbio ladino—. No es de sabios airear tus negocios.

—Si deseáis culpar a alguien, hacedlo a un papa tacaño. —Julio le dedicó una sonrisa forzada—. Me deben doce meses de soldada y no tengo otro modo de solventar mi deuda que incluirla entre los gastos de una tarea que me han confiado.

—El papa no es tacaño: simplemente, no tiene dineros. Y los gastos secretos se abonan con fondos reservados, sin necesidad de responder ante la contaduría real.

—Un soldado siempre debe rendir cuentas ante alguien.

—Está bien. —El judío se mostró resignado—. Decidme qué deseáis saber, y veré si os respondo.

Los ojos del capitán vagaron por los papeles apilados en los estantes. Se rumoreaba que Abenarroy andaba en negocios con el delegado de los Fugger en Roma. Aquella charla supondría un doble flujo de información, y, sin duda, el prestamista trataría de sonsacarle algo con lo que trapichear.

—¿Quién comerció con los bienes saqueados? —preguntó Julio.

—Durante el Saco, todos mercadearon con todo: joyas, mujeres, vestidos, muebles… No se respetó ni lo más sagrado. Ferrante Gonzaga, vuestro joven superior, recibió una montaña de cartas de amigos reclamándole esculturas para ornar sus palacios. Y su ilustre madre, doña Isabella d'Este, le entregó quinientos escudos para adquirir dos de los tapices de Rafael, robados de la Capilla Sixtina, para después devolvérselos, previo pago, al papa. Nos encontramos ante el mayor trasiego de objetos de arte en más de mil años. El monto total de lo saqueado asciende a doce millones de ducados.

—La soldadesca no obtuvo más de un millón, que, repartido entre veinte mil, salen a cincuenta por cabeza. ¿Dónde está el dinero restante?

—En manos de los banqueros, como no podía ser de otro modo. Los gerifaltes del ejército imperial se encargaron de que las casas de cambio fueran inviolables. A través de ellas se pagaban los rescates, merced a préstamos y letras de cambio. Dado que Florencia se había hecho cargo de las deudas contraídas por vuestro ejército, a cambio de librarse del Saco, los cambistas florentinos obtuvieron el

monopolio para comerciar con el botín romano. Y puesto que los soldados ignoraban el precio de lo que vendían, pudieron adquirir los bienes a una centésima parte de su valor.

Día y noche, las gabarras remontaban el Tíber desde el puerto de Civitavecchia y todas las mercancías conocidas por la raza humana pasaban por la dársena fluvial de Roma: sedas turcas, vidrios venecianos, mármoles de Carrara, esclavos de Berbería, especias de Egipto. Lujos de nacionalidades híbridas para satisfacer la obscena opulencia de los palacios del Borgo Vaticano. Las dos terceras partes no pasaban por la aduana y decenas de miles de florines se perdían en los aranceles. Julio conocía bien el chanchullo, lo había visto en Sevilla, el puerto europeo de las Indias: documentos falsos, mordidas a los fielatos, fardos numerados con la misma cifra. Así la mercancía llegaba a manos del comprador sin dejar rastro. Banqueros florentinos, armadores genoveses y mercaderes venecianos orillaban sus añejas rivalidades por amor al dinero. Un muelle de apenas un centenar de codos absorbía este colosal tráfico, y las cofradías del hampa se disputaban cada palmo. Si Jesús dijo que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja antes que un rico entrara en el reino de Dios, hombres como Mosse habían obrado el milagro y la Curia Vaticana les vendía la salvación eterna. El Saco de Roma sólo había alterado el sentido de aquel colosal flujo de bienes, y las mordidas ahora iban a parar a los mandos del ejército imperial.

—Las casas de Fugger y Welser de Augsburgo son los principales financieros del Imperio —objetó Julio—. Nuestro emperador Carlos les debe muchos favores. Hace ocho años, le aportaron los fondos requeridos para sobornar a los príncipes electores alemanes y, con ello, conseguir la ansiada corona imperial. ¿Por qué no obtuvieron los banqueros germanos tan lucrativo privilegio?

—Por el rencor del sumo pontífice —aseguró Mosse—. Como bien decís, los ejércitos imperiales se financian gracias a los Fugger, y Carlos tuvo que ofrecerles como garantía las rentas de las minas de Almadén, los impuestos del Maestrazgo y el oro y la plata de las

Indias. A medida que el imperio español se extiende por todo el orbe, su deuda con los banqueros se incrementa de igual modo, pues los intereses llegan al cuarenta por ciento. Durante el Saco de Roma, los rehenes tuvieron que pedir prestado a las casas de cuentas para satisfacer los rescates exigidos por los soldados imperiales…, y dado que no estaban en condiciones de negociar, los beneficios resultaron colosales. La filial romana de los Fugger comenzó a remitir ingentes cantidades de dinero a la central de Augsburgo, y después Anton Fugger procedió a liquidar las dos últimas deudas contraídas por el Imperio, lo que sin duda formaba parte de un acuerdo. Sin embargo, los Fugger han tenido que liquidar todos sus efectivos en Roma, a raíz de los pleitos interpuestos por el sumo pontífice y el Sacro Colegio Cardenalicio. Además de colaborar en la extorsión de las tropas imperiales, los alemanes se negaron a prestar el oro del rescate papal.

—En tal caso, ¿quién aportó los doscientos mil ducados para que Clemente pudiese abandonar Sant'Angelo?

—El santo padre tuvo que aceptar un crédito, en condiciones de usura, del banquero genovés Ansaldo Grimani y de otro catalán, Miguel Jerónimo Sánchez, por un importe de ciento noventa y cinco mil escudos, de los cuales cuarenta y cinco mil eran intereses. —Mosse rio entre dientes—. Como garantía, tuvo que empeñar la ciudad de Benavento y el diezmo eclesiástico del reino de Nápoles, junto con obras de arte valoradas en treinta mil escudos. Dudo que Clemente pueda satisfacer la segunda mitad del rescate.

—Primero, los banqueros alemanes se lucraron con los rescates y, después, los florentinos obtuvieron patente sobre las riquezas rapiñadas —concluyó Julio—. ¿Adónde han ido a parar estos bienes?

—¿Qué clase de bienes os interesan? —Mosse le mostraba una sonrisa afable, convincente, mas sólo en la superficie, y Julio dedujo que, si deseaba sacar algo de provecho, debía irse de la lengua, con lo cual le entregaría más mercancía con la que trapichear.

—Reliquias sagradas.

—Ese comercio es tan antiguo como la herejía de Yeshu —

murmuró el sefardí—. Como sede apostólica, Roma siempre ha exportado esa ralea de tesoros, ya fueran reales o falsos. Obispados y abadías enviaban delegados a la Ciudad Eterna para engrosar el contenido de sus relicarios y, con ello, atraer a más peregrinos y donaciones. Cuantos más visitantes reciba una catedral, tanto más se lucrará la ciudad, desde los posaderos a los mercaderes de especias. Así que los obispos reúnen dinero entre la burguesía local para comisionar algún santo varón en la adquisición de algún nuevo reclamo, ya sean las lentejas sobrantes de la Última Cena o una ampolla con un suspiro de san Cipriano. Como no podía ser de otro modo, el Saco de Roma ha reavivado el mercadeo de lo sacro.

—Necesito nombres.

—La lista sería luenga —señaló Mosse, evasivo—. Todos los coleccionistas de Italia cuentan con algún delegado en Roma para husmear entre lo afanado.

—El traslado de dinero en moneda resulta arriesgado en tiempos de guerra —señaló Julio—. Esas compras tuvieron que realizarse mediante letras de cambio. Lo cual habrá dejado un rastro en los archivos.

—Tengo entendido que, en los registros del banco de San Giorgo de Génova, figuran importantes partidas entregadas a la comunidad florentina de Roma —admitió el usurero—. Edoardo Strozzi, un banquero de Florencia, posee vínculos con esa entidad y es un renombrado coleccionista de arte.

—Edoardo Strozzi, el Libertino. —Julio conocía su reputación—. ¿Realmente compró todas las entradas de un teatro veneciano para presenciar él solo la obra de Trissino?

—Sí.

—¿Es cierto que entregó una hacienda en la Toscana a cambio de una efigie de Venus?

—Si habéis oído algo extravagante sobre él, y está relacionado con obras de arte o antigüedades, lo más probable es que sea cierto. ¿De qué reliquias estamos hablando?

—De las reliquias mayores.

—Los coleccionistas no suelen mancharse las manos. Recurren a intermediarios, ya sean eruditos o artistas —explicó el usurero—. Isabella d'Este ha ampliado recientemente el número de piezas de su *studiolo* gracias a Gian Cristoforo Romano. Dicen que Strozzi adquiere sus antigüedades a través de un tal Francesco Malavita y se rumorea que, entre los clientes de este tratante, también se encuentra el cardenal Paolo Costantini. Al parecer, su colección de reliquias se ha engrosado en los últimos meses.

—El secretario del papa Clemente —murmuró Julio—. En un par de años, pasó de ocupar la diócesis de Arezzo a un alto cargo en la Curia… Se rumorea que pactó con el diablo.

—En cierto modo, así fue —declaró Mosse—. Durante décadas, Costantini fue, en efecto, un ignorado obispo de provincias, eterno aspirante a cardenal. Cometió el error de cuestionar en público la licencia papal otorgada a Edoardo Strozzi para excavar en el foro romano en busca de antigüedades. En su carta admonitoria, Costantini lamentaba que el sumo pontífice hubiese cedido ante las demandas de un codicioso banquero cliente de los Médici. Los resultados fueron devastadores para sus ambiciones: sus contactos en la Curia le dieron la espalda y, de la noche a la mañana, fue enjuiciado por malversar las arcas del obispado.

—Todo por obra y gracia de Strozzi.

—No tardó en reunirse con él, para hincar la rodilla y enmendar las cosas. Unos días más tarde, Costantini redactó un panegírico elogiando la iniciativa de Strozzi, y el referendario de la Segnatura di Giustizia resolvió la querella con una multa simbólica.

—¿Y qué hay de su ingreso en el Sacro Colegio Cardenalicio?

—Los obispos lo eligieron por una abrumadora mayoría poco después. Desde entonces, Costantini se ha mostrado como un firme defensor de los intereses de los banqueros florentinos en Roma… Así que andaos con tiento. Sé quién hace cola en el vestíbulo del palacio de Strozzi en Florencia. Nadie medra sin su beneplácito y nadie se atreve a contrariarlo.

—Gracias por vuestra ayuda. —Julio púsose en pie y le entregó el

arca con el oro.

Bienvenido al gremio de las corruptelas, las mamandurrias y el cohecho, se dijo a sí mismo. *Al fin he borrado la pátina de honradez que permitía dignificar mi deprimente existencia*.

—Sano y recio —le dijo el hebreo—. Id con Dios.

El militar hispalense abandonó el edificio con talante sombrío; aliviado por verse libre de una deuda, y acongojado por lo que acababa de escuchar. El ejército cesáreo había sido pastoreado por los mandos para extorsionar a las repúblicas italianas en beneficio de los Fugger, el linaje de banqueros que financiaba al Imperio. Sabía por experiencia que pedir prestado era como vender tu alma al diablo: a medida que la deuda se va engrosando, implacable, te obligará a demandar un nuevo crédito para satisfacer los intereses. Tarde o temprano, aquella guerra contra todos desangraría al imperio español, y ni siquiera el oro y la plata de las Indias podrían evitarlo.

Fuera, la noche mordía. Cada exhalación invocaba un fantasma helado que surgía de entre sus labios trémulos.

—¿Todo bien? —le preguntó Juanillo con la frente arrugada.

—Sí. Muy bien.

Caminaron en silencio por las calles desiertas; un calabobos les empapaba los hombros y conjuraba una turbadora soledad. Las sombras se habían adueñado de la Ciudad Eterna, patria de rufianes, sicarios, hechiceras y damas fingidas. Recorrieron los muelles de la Ripetta y la vía Giulia en dirección al Borgo Vaticano. Tras un breve parlamento con la guarnición del puente de Sant'Angelo, tomaron la avenida del Borgo Nouvo, entre hospitales, monasterios y albergues para peregrinos.

La plaza de San Pedro era una desolación apenas iluminada por un disco argénteo. Una amplia escalinata conducía hasta el templo más sacro de la Cristiandad, cuya fachada exhibía tres grandes puertas y, a su diestra, otros tantos niveles de arcos desde los que el

papa oficiaba las bendiciones. El monumental portón de bronce se hallaba entreabierto y, tras cruzarlo, Julio se detuvo ante una enorme losa circular de pórfido rojo. En ese preciso lugar, en la Natividad del año ochocientos, Carlomagno se había arrodillado ante el papa, para alzarse como emperador de Occidente. Ese era el mayor anhelo de Carlos de Habsburgo: convertirse en la cabeza de la *Universitas Christiana*.

—Esperadme aquí —le dijo a Juanillo, y atravesó el monumental vestíbulo.

Un talludo campanario, con un gallo broncíneo en la cúspide, se alzaba sobre el Cortile del Paraiso, un enorme patio rodeado de arcadas y columnas que precedía a las puertas de la inmensa basílica. La segunda fachada de San Pedro resultaba imponente aun en la oscuridad, los mosaicos mostraban al primer pontífice junto a Cristo, la Virgen y los cuatro evangelistas. Julio atravesó el umbral y sus pasos resonaron por las tres grandes naves tenuemente iluminadas, donde se había construido un *tegurium*, un modesto edificio para albergar el altar mayor. El techo de la iglesia terminaba de súbito, y, al alzar la mirada, entre cuatro gigantescos pilares, pudo contemplar el cielo estrellado.

Cerró los ojos y recordó a un pescador del lago Tiberíades, llamado Simón, discípulo de un rabino errante, hijo de un carpintero de Nazaret. «*¿Quién dice la gente que soy?*», preguntó en una ocasión el rabí a sus doce discípulos, y, tras armarse de coraje, fue Simón quien respondió: «*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*». Todos lo escucharon sobrecogidos ante el peso de sus palabras, y él dijo a Simón: «*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y no la derrotará el poder del infierno. Te daré las llaves del reino de los cielos*».

La primera sede de Pedro había sido esa cabaña en Cafarnaúm. Después, otra igual de humilde, en Jerusalén, luego otra en Antioquía y una cuarta en Roma, adonde el pescador acudió para predicar en nombre de su maestro, que había perecido en la cruz. Él mismo fue crucificado por mandato de Nerón y acabó enterrado no

muy lejos del lugar de su martirio, donde, siglos después, el emperador Constantino hizo construir aquella soberbia basílica. Las vidrieras habían sobrevivido al Saco milagrosamente intactas; el aura sagrada persistía en aquella construcción inacabada. El papa Julio segundo había desafiado al Sacro Colegio Cardenalicio, y a toda la Cristiandad, al ordenar que la antigua basílica fuera demolida para construir un edificio aún más grandioso. Desde la catedral constantinopolitana de Santa Sofía jamás se había proyectado una cúpula de tal envergadura, que emplearía unas técnicas de hormigón casi olvidadas desde hacía un milenio. Y al escándalo de demoler el antiquísimo templo se sumó la venta de indulgencias para financiar las obras. La construcción de Donato Bramante, incompleta, inabarcable a la vista, mostraba un aspecto desolador. Las cuatro enormes columnas sostenían otras tantas arcadas coronadas por un manto de hierba.

Caminó hacía uno de los altares, dedicado a san León Magno, en el transepto meridional de la antigua basílica. En un nicho, tras una sólida reja de hierro, un pequeño fresco mostraba a la Virgen del Socorro abrazando al niño Jesús. La misma imagen que Julio llevaba al cuello, el único recuerdo palpable de la familia que dejó atrás, hacía ya quince años, con tan sólo veinte. Cumpliendo con su acostumbrado ritual, abrió el morral y depositó un ramillete de alhelíes ante la Madre de Dios.

El eco de unos pasos deslizándose por el mármol le hizo girarse: una pareja de ancianos barría el interior del añejo templo, y se sobresaltaron al verlo emerger de las sombras. En un ademán protector, el octogenario menestral pasó su escuálido brazo sobre los hombros de su esposa. El español se excusó con un gesto afable y penetró en el *tegurium* del altar mayor. Un triple relicario custodiaba la cátedra desde la que había predicado el primer vicario de Cristo. No muy lejos, una antiquísima estatua, hierática, oscura, de una belleza serena e inquietante, mostraba a Pedro sentado y sosteniendo dos llaves. La arcana escultura, bruñida por las manos de millones de peregrinos, se alzaba bajo el centro de la futura

cúpula. El agua de lluvia rezumaba por los muros, dejando un rastro de moho en el sitial. Del rostro de Pedro parecían surgir lágrimas.

Recordó Julio la mañana del cinco de mayo. Tras rebasar la muralla leonina, a toque de pífano y tambor su compañía se desplegó tras la puerta de Santo Spirito. Entre el estruendo de los disparos y el humo de la pólvora, la milicia romana comenzó a desbandarse. Alemanes y españoles no les ofrecieron cuartel y juntos asaltaron la basílica de San Pedro, donde aún rezaba la Curia.

«*¡Por ahí va el hideputa!*», gritó Román. «*¡Cierra, cierra! ¡España e Imperio!*».

El hideputa era su santidad Clemente séptimo, quien, remangados los hábitos de seda, trataba de escapar junto a sus trece cardenales. En la plaza del obelisco, la Guardia Suiza formó con las alabardas para proteger su huida por el Passetto, un corredor elevado que unía el Palacio Apostólico con el castillo de Sant'Angelo.

«*Landsknecht voran!*». Los alemanes se abalanzaron sobre el Sacro Colegio Cardenalicio como una jauría de lobos rabiosos, seguidos de los españoles al grito de «*¡Santiago, y a ellos!*» Aquel día, la Guardia Pontificia escribió con sangre su leyenda: de ciento noventa helvéticos sólo cuarenta y dos sobrevivieron. Los imperiales avanzaron por el angosto pasillo y sólo se detuvieron cuando arreciaba la lluvia de balas de Sant'Angelo. Para entonces, el Borgo era un infierno llameante. A pesar de las órdenes, no hubo iglesia, palacio o morada que no fueran saqueados. A los tudescos los arrastraba un impulso sacrílego; a los españoles, un afán de lucro; a los italianos, el odio viejo entre linajes que dejaba pintado en los muros «*Perparte di vendetta*».

La compañía de Julio marchaba hacia la plaza Navona cuando comenzaron a llegar los rumores de que los alemanes habían comenzado el Saco. A esas alturas, Carlos de Borbón era un fiambre y a Georg von Frundsberg le había dado un síncope unos meses antes. El príncipe de Orange y los dos vástagos del viejo coronel eran unos pipiolos con más cojones que seso. No había ningún

veterano al mando, y la tropa, más tiesa que la mojama después de diez meses sin paga, ansiaba llenarse la bolsa, y los tudescos, resarcir la excomunión de Lutero.

«*¡Que nadie abandone el escuadrón o juro por Dios que lo haré colgar!*», gritó Julio a sus hombres. Estando en esto, llegaron las órdenes de Juan de Urbina: había que cercar Sant'Angelo. Herido en el rostro por una pica suiza, el alavés dirigía a tres compañías españolas que tendían un pontón de barcas río arriba. No había ingenieros, ni zapadores ni dineros para pagarlos, así que, tras una extenuante jornada de lucha, los veteranos palearon tierra, excavaron zanjas y erigieron baluartes, bajo el incesante fuego de arcabuz, mientras los mercenarios alemanes se dedicaban al pillaje. A lo lejos, resonaban los gritos. Las llamas crecían a medida que el contenido de las bodegas menguaba.

Parapetado entre los cestones de la Piazza di Ponte, ignorando el siniestro zumbido de las balas, Ferrante Gonzaga contemplaba el monte Cavallo, donde residía su madre.

«*Julio*», dijo. «*Acompañad a Alonso de Córdoba al palacio Colonna. Debéis garantizar la seguridad de doña Isabella d'Este*».

La compañía de Julio se adentró en la ciudad. Los arcos del Palazzo Massimo alle Colonne vomitaban columnas de un humo negro que el viento dispersaba y convertía en polvo. El capitán escuchó un chillido infantil, e irrumpió por las escaleras del edificio entre una muchedumbre enloquecida. Un tórrido vendaval le abrasaba el rostro; a su paso, los techos se hundían. Entre los crujidos de la madera ardiente y el granizo de escombros, vio a una niña de doce años, con la piel pálida, bruñida por el sudor, y una expresión aterrada.

Lentamente, Julio depositó su espada en el suelo, y dio un paso al frente. Con una muralla de fuego rugiendo a su espalda, su sombra se proyectaba sobre el frágil cuerpo.

«*No tengas miedo*», dijo, y la chiquilla se encogió ante su voz. Su sombra iba creciendo hasta oscurecerle el rostro. Un sollozo y la niña se aproximó aún más al vacío. «*Non ti faro del male*». Palabras tan

frágiles como la ceniza que arrastraba el viento. Alzó la diestra para sujetarla, y ella se echó hacia atrás, precipitándose por la ventana. Un chillido infantil se le clavó en el alma. Al asomarse con el brazo aún extendido, la tierra batida estaba teñida de sangre.

A partir de ese instante, los recuerdos se difuminaban. Retazos de lo ocurrido apenas hilvanados, esbozos de lo que había hecho…, de lo que había dejado de hacer. Sobre el horizonte, el sol se convertía en crepúsculo y los incendios rugían por todas partes; chispas como enjambres de luciérnagas, gritos a través de las llamas. Palacios saqueados, iglesias profanadas; monjas violadas y vendidas en los mercados. Calles desoladas, fosas comunes, donde hombres y bestias compartían sepulcro.

Sacudió la cabeza para ahuyentar sus recuerdos y se percató de que había abandonado la basílica. Dejándolo a solas con su silencio, Juanillo caminaba tras él. En la plaza Navona un puñado de soldados se aventuraba bajo los arcos, las mujerzuelas les salían al paso y juntos regresaban a las sombras. El sevillano se detuvo ante Pasquino y ojeó las hojas atestadas de lamentos, canciones, sonetos y madrigales sobre el Saco: *La presa di Roma*, de Eustachio Celebrino; *Amicitia Romana*, de Pierio Valeriano; *Deh, havess'io quella terribil tromba*, de Pietro Aretino. Leyó un poema anónimo, la *Romae Lamentatio*:

«Già di preciose perle, ori e metalli
adorno fu di Piero il sacro templo,
or fatto è stalla d'asini e cavalli».

Por arte de aquellos a quienes nunca les pareciese poco lo malo que oían, la basílica de San Pedro se había convertido en establo. Arrancó, furioso, los papeles que engalanaban el pedestal y condujo a su escuadra hacia los soportales. Distinguió a Aldonza entre las sombras de la entrada de servicio, con la saya oscura y una toca

cubriéndole el rostro. La vio acercarse al muro de mampuestos seguida de Rampín; entonces, rebuscó bajo el manto y comenzó a susurrarle algo.

—¿Otra vez en misa? —preguntó el capitán.

La cortesana se giró sobresaltada y Julio apoyó la mano en la portañuela, cerrándole el paso, a la espera de una respuesta que no llegaba.

—Una mujer como yo tiene muchos pecados que expiar. —Aldonza hizo un gesto a su criado para que no interviniera.

—Escuchadme bien —dijo Julio con voz grave—: a partir de ahora, no saldréis de la casa sin informarme de vuestro paradero. Y, sobre todo, tened cuidado de con quién habláis, con quién os veis, y nunca… —Hizo una pausa—. Nunca diréis a nadie lo que aquí escucháis. —Sus ojos acerados se clavaron en los suyos—. ¿Entendéis?

La dueña de la casa no respondió, su boca se torció en una mueca engreída. Ambos se sostuvieron la mirada, ninguno dispuesto a ceder, y ella se sobresaltó cuando la mano de Julio, convertida en puño, aporreó la puerta. La sonrisa abandonó el bello rostro de Aldonza.

—Entiendo —dijo ella, y caminó hacia el comedor, ante la atenta mirada del bachiller, que aguardaba sentado ante una de las mesas, armado con un pliego de cordel. El andar de Aldonza era una lúbrica danza que a Delicado le incendiaba el alma y mantenía vivo ese añejo querer del que también ama su mocedad.

El hispalense se acomodó a su lado, e hizo un gesto a la criada para que les sirviera la cena.

—«Y como ella tenía gran ver e ingenio diabólico y gran conocer» —leyó Delicado—, «en ver un hombre sabía cuánto valía, y qué tenía, y qué la podía dar, y qué le podía ella sacar, para ser siempre libre y no sujeta a ninguno». ¿Qué os parece?

El cura sifilítico había sido discípulo de Antonio de Nebrija, el autor de la primera Gramática castellana, y por entonces escribía una novela licenciosa con Aldonza como musa.

—Resentido y mordaz en exceso, incluso para vos —apostilló Julio.

—¿Acaso reprobáis mi obra? —inquirió el bachiller.

—Pocas plumas hay a vuestra altura —respondió el capitán—. No es tal cosa lo que os reprocho. En España, comenzamos a emplear la prosa para señalar los vicios y defectos de nuestra nación y, con ello, tratar de mejorarla. Sátiras emponzoñadas de sarcasmo,

como *La Celestina*, pobladas de alcahuetas taimadas, rufianes sin escrúpulos, alguaciles corruptos y clérigos avaros. Por el contrario, franceses, italianos y tudescos anhelan el renacer de la antigüedad clásica y hacen que los personajes encarnen sus ideales, para que los imite el vulgo.

—Olvidáis nuestras novelas de caballerías.

—Deshacedores de entuertos en los reinos de Sobradisa, Gaula e Hircania, que se codean con el emperador de Constantinopla y la reina de las Amazonas —se mofó Julio—. Nadie toma esas fábulas como reales, al contrario que los relatos picarescos. Toda máxima abrevia y para alguien supone injusticia, pero bien sabéis que digo verdad.

—Lo sé, Julio —admitió el bachiller—. Pero el idealismo sólo conduce al fracaso, pues cualquier ideal es inalcanzable. Mejor mirarse al espejo y enmendar las faltas que querer encarnar un imposible.

—Tan extraviado es rebuscar en lo sublime como recrearse en lo peor. Al leer vuestra obra, o la de Fernando de Rojas, diríase que los españoles somos una chusma rufianesca, farisaica y venal, mientras que otras naciones se adornan a sí mismas, o conciben utopías como las de Tomás Moro. ¿Acaso no hay pícaros, putas y mendigos en París, Núremberg o Londres? El género que estáis alumbrando nos otorgará una imagen grotesca.

—Sois un ingenuo, Julio. El orgullo patrio os ciega. ¿De verdad pensáis que, en los siglos venideros, únicamente nos recordarán por esto? —Delicado esgrimía su propio manuscrito.

—Por lo que decimos de nos y por lo que otros dicen de nos.

Nuestros enemigos empapelan con patrañas las plazas de toda Europa y nadie ve necesaria réplica alguna. Antes al contrario: leed *Los quince remedios*, de fray Bartolomé de las Casas.

—La grandeza de nuestro legado se sostendrá por sí sola —afirmó el sacerdote—. De nosotros dirán que vimos en la crítica propia una virtud en la que otros pueblos no se prodigaban. No te quepa duda, estimado Julio, de que esos embustes serán flor de un día.

Cuando el cansancio lo asaltó y la madrugada engulló sus palabras, el capitán se retiró a su aposento con la última jarra. Sentose en el lecho para escanciarse un vaso y mientras el vino abrasaba hasta el último de sus recelos, sentía esa vieja falta de preocupación por sí mismo, acechando. Algunas noches ganaba la batalla consigo mismo; otras muchas no. Quiso refrescarse la cara, hundió las manos en la jofaina y, al alzar la vista, la sombra estaba ahí, en el espejo tondo, escrutándolo… Y esa maldita voz. Ese fantasma de su pasado.

«*No puedes huir de lo que eres*», le recordó la sombra. «*No puedes huir de lo que hiciste*».

—Cállate —murmuró—. No eres real.

«¿Acaso importa?».

—No existes.

«Admítelo».

—No hay nada que admitir.

«Eso díselo a ella».

Dio un puñetazo al espejo, y se rompió en mil pedazos; le cortaron los nudillos y cayeron en el agua. Cerró con furia los ojos, los abrió de golpe y se contempló mil veces en el vidrio craquelado. Inspiró hondo y se lavó la sangre. En el arcón halló un lienzo de lino para vendarse. Miró los fragmentos de cristal esparcidos por el suelo, reflejando las diversas facetas del techo, y, cuando abandonó la oscuridad del rincón para acostarse, la sombra se quedó allí para recoger los pedazos.

V

Los adoquines del Campo dei Fiori relucían por la lluvia reciente. La inmensa plaza reflejaba los palacios y las ruinas que bordeaban su colosal perímetro, y por ella deambulaban los lansquenetes con sus esposas e hijos, entre los mercaderes y la legión de pendengas que los acompañaban. Una multitud tan rufianesca que contaba con su propia fuerza del orden a cargo del *Hurenweibel*, «el sargento de las putas», cuyos oficiales recorrían los soportales armados con estacas.

A su paso, la escuadra española recibía miradas feroces. Tras el deceso de Carlos de Borbón durante el asalto a Roma, la autoridad del ejército imperial recayó sobre Filiberto de Chalons, el príncipe de Orange, un jovenzuelo falto de experiencia y sobrado de valor que quiso cimentar su autoridad favoreciendo los lansquenetes, de suerte que los teutones estuvieron tan crecidos que no sólo padecieron sus abusos los romanos, sino también la gente de guerra. A mediados de junio, los alemanes tuvieron que hacerse fuertes en aquella plaza cuando los soldados españoles e italianos se presentaron armados y dispuestos a batirse, y aunque finalmente la sangre no llegó al río, la hostilidad entre ambas naciones aún era palmaria.

Entraron en la Hostaria della Vacca, una de tantas tabernas romanas adornadas con parras y vides, antaño regentada por Vanozza Cattanei, la amante del papa Alejandro sexto y la supuesta

madre de César y Lucrecia Borgia. El añejo establecimiento había cambiado de dueño y se hallaba repleto de tudescos trasegando vino como si fuese agua. Los lansquenetes vivían ajenos a las leyes que dictaban la vestimenta según el estamento social. El emperador Maximiliano les había otorgado tal privilegio, pues sus vidas resultaban demasiado cortas y brutales, decía, como para no contar con dispensa alguna. Así que vestían los ropajes más estridentes que uno podía concebir: jubones acuchillados de colores absurdos, medias a rayas y braguetas abultadas para intimidar a sus enemigos, hacer alarde de su condición de mercenarios y escandalizar a la población civil.

El murmullo de las conversaciones cesó, como por ensalmo, cuando los españoles entraron. Haciéndose los bigotes, Juanillo frunció el entrecejo y, bajo el herreruelo, Delicado echó mano a la daga. Los frutos de Baco acostumbraban a embravecer a los germanos, siendo bravos ya de por sí, y por motivos incontestables en las fondas se obviaba la prohibición de portar armas. Los españoles demandaron un par de jarras de vino y ocuparon la mesa más apartada. Un enorme teutón con la camisa tiznada se detuvo a su lado y exhaló el aire que contenía su pecho ciclópeo.

—Acompañadme —les dijo el recién llegado, en un latín intoxicado por un acento bávaro. Apuraron las bebidas para seguirlo hacia el patio trasero. Allí su anfitrión abrió el portillo de una bodega, repleta de cajas y estantes con botellas, y lo cerró una vez entraron—. Mejor. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

El tudesco se sentó en una desvencijada mesa que cedió bajo su colosal peso.

—Dijisteis que voacé nos podría ayudar —le dijo Juanillo.

—Primero necesito que vuestra merced demuestre que es quien dice ser.

El capitán le mostró el crucifijo con las llaves de San Pedro: una de oro, que abría las puertas del cielo, y otra de plata, para gobernar en la tierra. Después, le entregó un documento firmado por Lorenzo Campeggio y Hugo de Moncada.

—¿Voacé es el *Beutmeister*? —preguntó Julio.

—Así es. Mantendréis vuestra palabra, ¿verdad?

El capitán depositó una bolsa de cuero sobre la mesa: cien reales de a ocho que, sumados a los setecientos escudos que dio a Mosse, a lo entregado a las monjas y a lo repartido entre sus oficiales, le dejaban de nuevo sin blanca.

—Estoy autorizado a hacer tratos y ampararos ante los Frundsberg —dijo Julio—. ¿Qué compañía asaltó el Sancta Sanctorum de San Juan de Letrán?

Los lansquenetes se preciaban de asignar oficiales incluso a las tareas más peregrinas.

El *Beutmeister* se encargaba de estipular qué calles debía rapiñar cada compañía y, después, ponían todo en común para repartirlo en función del rango, los méritos y la veteranía de cada cual. Los regimientos de mercenarios tudescos eran auténticas repúblicas militares, y nadie deseaba jugarse la piel mientras otros se escaqueaban para rapiñar, dándose la paradoja de que los soldados más arriesgaban no obtuvieran beneficio alguno y quienes más se lucraban no hubiesen combatido.

—No sabría decirlo —respondió el *Beutmeister*—. Ese día no hubo orden ni concierto, y se ignoró el mandato de no saquear. Nuestros hombres mataron sin mesura, hasta que se dieron cuenta de que, tomando rehenes y exigiendo rescates, tal como hacían los españoles, podían sacar más tajada. En el Sancta Sanctorum rapiñaron cuanto pudieron y después jugaron un partido de *calcio* con las cabezas de San Pedro y San Pablo. El grueso de los tesoros sacros se salvó gracias a las rejas de hierro.

—¿Quién dirigió el asalto a la basílica de San Pedro? —preguntó Julio—. ¿Qué fue de las reliquias mayores?

—Melchiorre von Frundsberg. —Fue la respuesta—. Vi cómo despojaban de los adornos de plata a la calavera de San Andrés y, después, la arrojaban al suelo. El lienzo de la Verónica y la lanza de Longinos pasaron de mano en mano por las tabernas del Campo dei Fiori.

—¿Quién las compró?

—Recuerdo que un artista recorría las cantinas y los mercados en busca de reliquias. Se apellidaba Malavita, aunque todos lo llamaban *il Greco*. Pagaba bien y pronto se corrió la voz. Los soldados lo buscaban cuando creían tener algo de valor. Andaba en tratos con un sargento prusiano que adquirió la Verónica y la lanza de Longinos por treinta y dos liras venecianas.

—La lanza de Longinos. —Julio había oído hablar de esa reliquia: los peregrinos que la veneraban no sólo se libraban de doce mil años de purgatorio, sino que, además, obtenían la remisión de un tercio de sus pecados.

—El prusiano la colocó en el asta de su jineta. —El *Beutmeister* se encogió de hombros—. Lo vimos cabalgar por el Borgo con ella. Hasta donde sé, aún la conserva.

—¿A qué se debe este alarde? —dijo el sevillano.

—Es el arma enastada con la que el legionario Longinos atravesó el costado de Jesús cuando fue crucificado —le explicó Delicado—. Es comprensible que la codicie un soldado. Al haber entrado en contacto con la sangre del Redentor, hace invencible a su portador: estuvo en manos de Constantino en la batalla del puente Milvio, hizo retroceder a Atila ante las murallas de Roma y, gracias a su poder, Carlos Martel aplastó a los sarracenos en Poitiers.

—¿Invencible? —comentó el capitán; aquello no pintaba bien—. ¿Quién es el prusiano?

—Rudolf Grünenwald —respondió el *Beutmeister*—. Perdió su escuadra durante el asalto a la puerta Torrione. Tenía un corazón bondadoso, y eso le pudrió el alma.

—¿Luterano? —preguntó Julio.

—Hasta la médula —asintió el germano—. A veces, se paseaba ante el castillo de Sant'Angelo proclamando su deseo de comerse las péndolas del papa para después contárselo a Lutero. Es un erudito de la historia germánica que colecciona libros de las bibliotecas saqueadas.

—Imagino que reside en el Campo dei Fiori.

—No. Vive solo, en una casona abandonada del monte Cavallo. Es un hombre retraído, muy excéntrico, al que muchos consideran lunático. De vez en cuando se deja caer por aquí e invita a alguien a una cerveza, ávido de noticias o en busca de rarezas. En ocasiones, se aventura a las tabernas del puerto fluvial y de esas confidencias susurradas obtiene los códices y las antiguallas que atesora. Hace tiempo que no se le ve.

—Gracias por todo —concluyó Julio, poniéndose en pie.

—Una cosa más. —El oficial alemán lo sujetó del brazo—. Los lansquenetes andan resentidos porque un español mató a uno de nuestros capitanes, en la vía Francígena, hará unos días. Cuando sepan quién es, tendrá problemas.

Agradeció la advertencia y se dispuso a marcharse. En la taberna, la camarilla de soldados que los había escrutado al entrar se había marchado.

—¿Qué haréis? —le preguntó Delicado cuando cruzaban la plaza. En unos soportales, percibieron la presencia de más tudescos que, con las manos apoyadas en las armas, les dedicaban miradas hurañas.

—Decirle a Grünenwald que he sido comisionado por Carlos, el emperador del Sacro Imperio, para recuperar las reliquias extraviadas —declaró Julio con cautela—. Le ofreceré trescientos escudos por ambas…, y aquí paz y en el Cielo, gloria. No demos de cenar al diablo.

—Bien me parece —asintió el bachiller—. ¿Y si no accede?

—En tal caso, estoy autorizado a emplear la fuerza, y pese al diablo.

—Tened presente que la moharra sagrada lo hace invencible —le advirtió Delicado, mortalmente serio, y el capitán no supo si se trataba de una nueva chanza.

Una bandada de cuervos se agitaba sobre el monte Cavallo como una tempestad lejana. La plaza del Macello dei Corvi se hallaba junto a un terreno baldío, entre el foro romano y la ladera oeste de la colina de antiguo llamada Quirinal. Un desolado paraje de huertos y

casas abandonadas, donde los escasos habitantes, gente hosca y desconfiada, los escrutaba por los resquicios de las ventanas.

Ante este cruce de caminos, la residencia de Grünenwald se ocultaba tras una mezquina arboleda de cipreses rodeada por una cerca de mampuestos engullida por la hiedra. Las manchas de moho corrían por la deslucida fachada como lágrimas negras, y, pese a la ruina y el abandono, el edificio aún exhibía una insólita y decadente belleza.

El bachiller les hizo un gesto e introdujo las manos bajo el herreruelo, para protegerlas del frío, y juntos recorrieron el camino de zahorras que conducía a la entrada. Julio desnudó la daga al hallar la puerta entreabierta. Apoyó la espalda en la pared de sillarejo y miró a Juanillo, asintió dos veces y pateó la desvencijada tablazón, que se abrió con un estridente chirrido de charnelas oxidadas.

—Inspeccionad la parte trasera —ordenó Julio al germano—, y andaos con tiento.

Hallaron el caserón vacío, colmado de grietas y humedades. A la puerta principal le habían añadido un grueso postigo de forma reciente, mas no había sido forzado. Las ventanas de la primera planta estaban cegadas con tablas carcomidas y la penumbra señoreaba el lóbrego interior, en cuyo suelo yacían pedazos de la cal de los muros. En el vestíbulo de paredes melladas Julio encendió un farol y se lo entregó a Delicado. Registraron metódicamente cada habitación, examinando todo lo que se les antojara extraño: tres dormitorios, un comedor y una bodega, además de una logia y un establo en la parte trasera. La chimenea del salón estaba cubierta de una fina capa de polvo, los muebles mostraban señales de uso a pesar de la dejadez y las telarañas y, bajo la parpadeante luz del farol, una oxidada panoplia hacía alarde de antiguas proezas.

Las escaleras crujieron cuando ascendieron al segundo piso. Por el corredor accedieron a la alcoba principal, sobria, casi monacal. La cama, con postes de madera torneada, donde antaño hubo de haber un dosel, aún estaba revuelta; las moscas se apiñaban sobre los

platos rotos, junto a los restos de fruta podrida esparcidos por el suelo. Bajo el lecho, hallaron un cajón repleto de pasquines, hojas volanderas y breviarios de literatura entre cuadernos de mitología e historia. Hojearon las páginas polvorientas, mas no encontraron nada de interés. El bachiller señaló un arcón a los pies del lecho con la cerradura forzada.

—Alguien más ha estado husmeando —murmuró Julio.

El cofre sólo contenía ropa deslucida en varios compartimentos y mamparos. Uno de los cajones parecía atascado. Lo movió de un lado a otro Julio hasta que, con dificultad, pudo abrirlo y volcó el contenido: un puñado de florines. Fuera lo que fuese lo que buscara quien llegó antes no se trataba de dinero. Aún acuclillado, escuchó un movimiento a su espalda y alzó la daga. Un par de ratas reptaba por la madera apolillada. Bajó el arma hasta que la hoja rozó al suelo.

En la pared revestida de madera oscura descubrió una portezuela apenas visible desde la entrada. Probó con el tirador y se abrió con un suave chasquido; enfundó el arma e hizo un gesto al bachiller para que le alumbrara. Allí el aire se hizo más húmedo y denso sobre un persistente hedor a corrupción. Rayos de luz se filtraban por las rendijas de las tablas que sellaban el portillo, entre cortinas de telarañas adheridas a la mugre. La oscilante luz del farol proyectaba monstruosas sombras sobre las estanterías colmadas de libros. Intrigado, Julio tomó uno de los ajados volúmenes y examinó las páginas adornadas con símbolos y leyendas desterradas hacía siglos. El polvo hizo que el tacto le resultase áspero.

—Diversas ediciones de la *Germania*, de Tácito. —La voz de contralto del bachiller creaba un eco sordo en las paredes desvencijadas—. *Epitome rerum Germanicarum*, de Jacob Wimpfeling; *Proverbia Germanica*, de Heinrich Bebel…, y abundan los estudios sobre el alfabeto rúnico.

—Explicádmelo como si fuera un idiota.

—Un sistema de escritura de los paganos del norte —respondió Delicado—. Antes de que se construyera la Torre de Babel, la

humanidad sólo conocía una lengua. Es creencia común que se trataba del hebreo. Mas algunos eruditos germanos piensan que ese idioma primigenio, conocido por Jafet, uno de los hijos de Noé, se encuentra en las runas, y utilizan los fundamentos de la cábala judía para intentar descifrarlo.

Menuda chaladura tiene el fulastre, pensó Julio, y se dirigió hacia un escritorio, junto al que había un arcón de hierro con la cerradura forzada.

—Está vacío —comentó el capitán, desalentado. Si el sargento alemán había atesorado alguna reliquia, sin duda la habría guardado allí.

—Grünenwald trabajó con febril diligencia en transcribir escrituras olvidadas desde hace siglos, que parecen susurrarle certezas sobrenaturales —concluyó el bachiller tras estudiar los legajos.

El capitán examinó la elegante escribanía, repleta de cajoncillos y gavetas, decorada con una taracea de ébano creando figuras animalescas y símbolos arcanos. En España los bargueños a veces poseían compartimentos secretos para ocultar objetos de valor. Mas no halló ninguno. Los cajones estaban abiertos y las huellas de dedos creaban surcos en el polvo. Sobre la mesa descubrió un ejemplar de *La Eneida*, de Virgilio.

—¡Julio! —Fuera, Juanillo los llamaba.

Se reunieron con él en la entrada. La agitada respiración del germano evidenciaba que había avivado el paso por el sendero, y con la zurda señalaba un reguero que manchaba el firme. Lo siguieron por el camino que conducía al jardín trasero, una porción de bosque mediterráneo entre matas de adelfas de aspecto enfermizo. Una vez allí, se detuvieron ante un gran árbol. Una bandada de cuervos se había posado en sus armas desnudas y otros se disputaban los pedazos de carroña.

—La Lanza del Destino —murmuró el bachiller.

Si alguna vez Grünenwald tuvo un corazón bondadoso, la reliquia se lo habría partido de cuajo. Ningún aura celestial descendía sobre

el arma, ni resplandecía como si albergase un fuego místico. Mellada y cubierta de roña, la moharra rezumaba sangre reseca y no mostraba un aspecto lucido. El alemán estaba clavado con ella al tronco de un viejo fresno, como una horrenda mariposa disecada. Su cabeza, picoteada por los córvidos, caía hacia un lado, en una expresión agónica y antinatural.

El capitán sintió una súbita arcada cuando sopló una brisa y el hedor de la carne corrompida le golpeó en el rostro.

—Cristo —masculló Delicado, y se giró para regurgitar un torrente de vómito.

—Aguantad —le demandó Julio—. Os necesito.

El bachiller asintió ferozmente, y limpiose los morros con la manga. Resonó una cacofonía de gorjeos y graznidos cuando Julio se aproximó al cadáver y las aves carroñeras aletearon para reunirse a unos pasos de distancia. Se arrodilló para examinar una cuerda tirada en la hierba que debieron de emplear para colgar el cadáver: delgada, de esparto. Sin duda le ataron las muñecas, arrojaron el otro extremo sobre una rama y, después de izarlo, lo clavaron al tronco con la lanza y deshicieron el nudo. Había huellas a su alrededor, en el suelo enfangado. Todas del mismo calzado. Alguien de mediana estatura, a juzgar por el tamaño.

—Ya había fallecido, o estaba inconsciente, cuando lo hicieron —dijo Julio, con la frialdad de quien ha visto la muerte en multitud de formas—. Las ligaduras de las muñecas apenas le dejaron rozaduras. Si hubiera estado consciente, se habría debatido.

Contó hasta cuatro heridas de arma blanca: una en el cráneo, dos en el antebrazo y una más en el pecho. El rostro, contraído por el terror, con las facciones hinchadas y la boca abierta en un grito inaudible y eterno. Varias ampollas cubrían la piel amoratada que se desprendía junto al cuero cabelludo. La parte inferior del cadáver, desde la cintura a los pies, había adquirido un color negruzco, donde la corrupción de la carne era mayor, y el vientre mostraba un tono verdoso. Coágulos de sangre reseca rezumaban de las fosas nasales en hebras oscuras y se derramaban sobre el suelo. Las cuencas de

los ojos estaban vacías. Los cuervos también habían devorado la lengua y los labios y después le abrieron el vientre: las tripas colgaban como un haz de serpientes tumefactas.

El capitán examinó el asta del arma sagrada: era de nueva factura, aunque la moharra parecía antiquísima.

—¿Es la que buscamos? —preguntó.

—Yo diría que sí —dijo el bachiller—. Sólo la vi una vez, en la basílica de San Pedro, después de que la trajeran de Constantinopla hace tres décadas. Fue el obsequio del sultán otomano para que el papa le entregara a su hermano, que se había refugiado en Roma.

Julio se secó las palmas de las manos y caminó alrededor del cadáver. Quienquiera que lo hubiera hecho deseaba que fuera visible. Yendo en estas razones, Juanillo observó a una pareja de cuervos posarse sobre los hombros del cadáver y tuvo una revelación:

—Es un fresno —dijo el germano, señalando el árbol.

—Sí —contestó Julio—. ¿Y qué?

—Los antiguos germanos creían que el dios Odín inventó la escritura después de permanecer nueve días clavado al fresno Ygdrassil, atravesado por su propia lanza. Gracias a este sacrificio logró descifrar el secreto de las runas.

—¿Asesinaron a Grünenwald como ofrenda a un dios pagano? —musitó el sevillano.

—No habléis tan a la ligera —le reprochó el bachiller—. Un sacrificio consiste en desprenderse de forma voluntaria de algo en favor de una divinidad: al mostrarse dispuesto a inmolar a su único hijo, Abraham probó su sumisión a Yahveh. Todo forma parte de un canje: o bien el sacrificio se realiza *antes*, para demandar algo, o bien se realiza *después*, en gratitud por ese algo. La ofrenda puede ser una vida humana, un cautivo o esclavo, y ese *algo*, la muerte de alguien, pero uno sólo puede sacrificar aquello que posee. No tiene sentido realizar un sacrificio para agradecer la muerte de la propia ofrenda.

—Si mato a mi enemigo, ¿qué estoy sacrificando? —concluyó

Julio.

—Exacto —asintió Delicado—. Los sacrificios humanos en las Indias se realizan para que el sol siga su curso, o para traer la lluvia.

—Entonces, ¿qué sentido tiene reproducir el sacrificio de Odín?

—Todo ritual escenifica un hecho primordial, protagonizado por una deidad en el pasado. —El bachiller se encogió de hombros—. Algo que supuso una revelación.

—¿Alguien que se cree un dios?

—En absoluto. En la comunión cristiana, el sacerdote imita la acción de Jesús en la última cena. Reparte entre los fieles el pan y el vino, esto es, la carne y la sangre del Redentor. Un acto simbólico, que no implica asumir la identidad del hijo de Dios; algo inconcebible para cualquier católico.

—El asesino conocía a la víctima y quiso honrar su erudición de un modo póstumo —concluyó el capitán tras recordar el contenido de la biblioteca—. De momento, debemos asumir esta hipótesis.

—Es extraño. —Delicado se había arrimado al cadáver, y descubrió unas marcas bajo la manga izquierda del jubón—. Fijaos en la hinchazón de los bordes: estos cortes se hicieron mientras aún estaba con vida.

Echó la manga hacia atrás y Julio se inclinó para examinar unas líneas oscuras sobre la piel hinchada y repleta de llagas. Formaban seis letras: «*Fenrir*».

—En el antebrazo derecho…, y Grünenwald era zurdo —comentó el capitán, tras examinar las manchas de tinta en los dedos de la otra mano—. Se lo hizo él mismo. ¿Qué diablos es Fenrir?

—Un lobo engendrado por un dios maligno —dijo el lansquenete —. Según la mitología nórdica, en la batalla del fin del mundo dará muerte a Odín.

A grandes zancadas, el capitán regresó a la casa seguido de sus dos camaradas; su vista recorría la fachada del edificio abandonado.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Juanillo.

—Un lobo. Cualquier cosa relacionada.

—Ahí. —El alemán señaló el dintel de la entrada: había un

símbolo pintado, con forma de «N» invertida y una línea vertical en el centro.

—¿Qué es? —preguntó el capitán.

—Una runa, llamada Wolfsangel. Su nombre procede de una trampa para cazar a estas alimañas. Es un símbolo mágico de protección contra los lobos que se inscribe en las puertas de los hogares. Fue empleado como emblema en las revueltas campesinas contra los príncipes alemanes.

—Grünenwald formó parte de la rebelión de hace dos años —conjeturó el bachiller—, antes de unirse al ejército del emperador Carlos. ¿Un mensaje oculto dirigido a sus camaradas…, o un intento de conjurar una amenaza?

De nuevo se adentraron en el reino enclaustrado de Rudolf Grünenwald, el cual, bajo la certeza del descubrimiento reciente, se antojaba aún más siniestro. El vestíbulo mostraba esa cualidad remota de lo irreal y un silencio siniestro acentuado por el gemir de la madera. Una cegadora luz apareció a su lado y Julio alzó la mano para protegerse el rostro. Era el farol del bachiller, cuyo haz cortaba las tinieblas a medida que avanzaban.

—Vamos arriba —ordenó Julio.

Sus pasos resonaron a destiempo en las escaleras que conducían a la segunda planta y, una vez en la alcoba, el capitán apoyó la espalda en la pared opuesta a la entrada.

—¿Estudiáis la escena? —le preguntó Delicado.

—Examino los detalles y dejo que el lugar me cuente su historia —asintió el antiguo alguacil—. Hay que detenerse. Mirar. Oler.

—¿Oler?

—En una ocasión, el cadáver aún conservaba el perfume del asesino. —Julio se arrodilló ante la cama y rebuscó bajo el colchón. Pasó la mano entre las mantas hasta descubrir una daga—. Bien. Veamos. —Púsose en pie, reflexivo, y caminó hacia la ventana cegada con tablas, desde la que se podía escudriñar la entrada—. La puerta no ha sido forzada. Grünenwald yacía en el lecho. Alguien llamó abajo, él acudió para abrir y no llevó consigo el arma oculta.

¿Qué os dice todo esto?

—Que conocía a su asesino —dijo el bachiller—. Confiaba en él.

Entraron en la biblioteca. Una luz mortecina se filtraba a través de las tablazones de las ventanas, otorgándole un aspecto siniestro. El aire, cargado con la fragancia del polvo y la vitela, se volvía irrespirable. Ojearon de nuevo las ruinosas estanterías hasta detenerse junto al escritorio. La atención de Julio recorrió las gavetas de la escribanía, decoradas con taracea, hasta encontrar una que evocaba la testa de un lobo. Debajo había un lema tallado en letras góticas.

—En alemán, dice: «El sacrificio necesario para encadenar al asesino del creador de las runas» —explicó Juanillo, y los otros lo observaron sin pronunciar una sola palabra—. Es un *kenningar*.

—Oh, sí, claro —replicó el oficial español—. Por supuesto.

—Una figura retórica, típica de la poesía nórdica. —El germano suspiró—. Una sucesión de alusiones mitológicas: el creador de las runas fue Odín…

—Y Fenrir es quien le dará muerte.

—… y para encadenarlo Tyr, el dios de la guerra, tuvo que ganarse su confianza metiendo la mano en sus fauces.

El capitán introdujo los dedos en el hueco del cajoncillo, que hacía las veces de boca, y se detuvo a preguntar:

—¿Qué le sucedió a Tyr?

Con una sonrisa torcida, Juanillo alzó el antebrazo derecho, exhibiendo el muñón. A desgana, el capitán concluyó el gesto y palpó el interior. Resonó un chasquido al tiempo que un cajón oculto surgía en la parte inferior del mueble. Contenía un par de cartas manuscritas, formadas a partir de un pliego de marca doblado tres veces. Julio examinó la primera misiva, de papel azulado, con el nombre de Grünenwald bellamente esbozado con tinta oscura. El escrito estaba encabezado por «*Stg. i.5*» y el cuerpo de texto suponía un conglomerado de letras carente de sentido. En la otra carta, de un blanco hueso, el lacre partido aún conservaba estampado un escudo de franjas horizontales con un crancelín en

diagonal. El contenido resultaba similar al anterior, aunque esta vez el encabezamiento consistía en «*Stg. ii.1*».

Dobló Julio el pliego, con cuidado de no arrugarlo, y descubrió algo más en el compartimento oculto: un librillo encuadernado en piel escarlata, deslustrado y descolorido por la humedad. Al desempolvar la portada leyó «*Steganographia*» repujado en la corambre. Lo sostuvo con ambas manos, observando su minuciosa factura a pesar del deterioro.

Una tabla cifradora en forma de libro, junto a correspondencia encriptada, concluyó. Los labios de Julio se movieron en silencio para pronunciar una sola palabra: «*Espía*».

El prusiano era un espía.

Fuera, resonaron unas voces en tudesco, y Julio ahogó una maldición. Salieron de la casa a toda prisa, con las manos en los puños de las armas. Ante la fachada de la vivienda un capitán lansquenete los llamaba a gritos, acompañado por una docena de camaradas. Tendría unos cuarenta años y vestía un costoso traje de estilo alsaciano y dos gruesas cadenas de oro colgaban de su cuello taurino sobre un peto con escarcelas. Un capacete de acero bajo el gorro de ala ancha completaba un arnés apresuradamente ceñido: debían de haberlos seguido desde el Campo dei Fiori.

Con la rodela colgada a la espalda y la espada de punta y corte al cinto, Julio manoseaba los gavilanes, al tiempo que tasaba al mercenario, cuyos ojos brillantes hurgaban muy hondo dentro de él.

—Juanillo —dijo el capitán—. Preguntadles qué desean.

Adecentándose el jubón de mangas abullonadas, el entretenido dio un paso al frente, hizo un gesto alusivo al andaluz y se dispuso a traducir sus palabras. Por respuesta, el capitán lansquenete se plantó ante él para ladrarle algo en tudesco.

—Su nombre es Matthias de Alsacia y quiere saber si fuisteis vos quien mató a Adelheid Schadlich —dijo Juanillo—. Ha de ser el capitán al que matasteis de camino a Capranica.

A punto estuvo Julio de suspirar de alivio. Aquello no tenía nada que ver con su misión…, ni sabían nada sobre la muerte de

Grünenwald. Debían ganar tiempo de algún modo e informar al secretario imperial. Con diplomacia tal vez pudieran solventar la tesitura.

—Decidle que Schadlich se interpuso en una misión que nos había encomendado su señor natural, el emperador Carlos —declaró el militar español—. Lamento su muerte, mas cumplía órdenes. Decidle que, como soldados, ambos sabemos lo que el deber representa.

De nuevo, Juanillo tradujo su parlamento y, a la segunda frase, el lansquenete reaccionó como si le hubiera lanzado un esputo en la cara. Entre la furibunda algarabía germánica, Julio pudo distinguir *«türkischen Spanier», «der Marrane»* y otras lindezas. Supo que de ahí no había más salida que con el acero desnudo y se aprestó a ello de mala gana. Fijose la rodela en el antebrazo y desenfundó la tizona, dispuesto a batirse en duelo. Había aprendido Destreza en Sevilla de la mano de Francisco Román, lo cual no era decir poco, mas, conociendo la maestría teutona en el manejo de armas, aquello no iba ser una bicoca.

Las dos naciones formaron un círculo en torno a sus capitanes. Enfrentábanse dos escuelas de esgrima: la Destreza española y el *Zedel* de Johannes Liechtenauer. El andaluz conocía bien sus diecisiete técnicas de espada larga, y se preguntó si el tudesco haría lo propio. Dio un paso atrás cuando le vio alzar el montante, un enorme espadón de hoja flamígera concebido para barrer picas. Reconoció la guardia: los alemanes la llamaban «*vom tag*» y los italianos, «*posta di falcone*».

Las guardias no son posiciones, sino entendimientos del daño que pueden hacerte. El teutón buscaba hendirle el cráneo, y su propia espada apenas rebasaba la mitad de la longitud del montante. Lo cual lo forzaría a arrimarse, protegiéndose como pudiera de los devastadores mandobles.

Ambos se tantearon en el medio de proporción. La tarde era gélida, las hojas susurraban sobre la hierba y los gorriones trinaban en los cipreses ignorando la violencia que estaba a punto de

desatarse. Una calma antinatural envolvía a Julio como un sudario. Sopesó la espada y se observó a sí mismo tal y como Dios podría verlo. Y, al fin, el germano entró en distancia: un gesto breve, insinuado, concebido para calibrar su reacción; Julio se retiró hacia un lado y lo que fue un tanteo se convirtió en ataque.

Resonaron chanzas en tudesco cuando el sevillano eludió la primera acometida. El alemán empleó la inercia de su colosal espada para realizar barridos que le impedían acercarse. La rodela retumbó ante el terrible impacto del acero alemán; después, un juego de palanca y el pomo teutón le acertó en la boca. Julio trastabilló, los germanos lo celebraron, él se relamió las comisuras y sintió el sabor de la sangre. Por primera vez, pensó que iba a morir aquel día.

Recibió otro impacto en las armas. Dio un nuevo paso hacia atrás, escrutó lo más hondo de aquellos ojos glaucos, y en ellos halló desprecio. De acuerdo a la Destreza, quien defendía poseía ventaja. El *Vor und Nach*, por el contrario, suponía la esencia del arte de Liechtenauer. Estar en *Vor* significaba ostentar la iniciativa, controlar la pelea, hacer que el enemigo no pudiera más que defenderse. Depender de los errores ajenos nunca había sido del gusto de Julio, mas formaba parte del teatro.

Todas las armas son engaños y todos los que las manejan, engañadores.

A pesar de los chismes de la tropa, Julio de Castillo no podía leer las mentes. Intuía si alguien mentía por su forma de sonreír, sabía si una esposa era feliz por el modo de acariciar su alianza. Y en las clases de esgrima descubrió cuán útil resultaba ese talento. Su filosofía de lucha se basaba en corromper a su oponente, descubrir sus flaquezas y el papel que interpretaba.

¿Qué rasgo caracterizaba a Matthias de Alsacia? La arrogancia.

Dio un paso atrás, hundió los hombros; su cuerpo encogido mostraba temor. El alsaciano no se detuvo a pensar. Lanzó un nuevo tajo que Julio logró esquivar. La punta alemana hendió el aire y, de un molinete, trató de herirle en la pierna adelantada. Pero el español dio una zancada en un compás transversal, cruzando rodela y

espada, abajo, para atajar el golpe. El lansquenete, despreciándolo, buscó la cabeza desguarnecida. Mas había perdido la inercia, y Julio hizo lo que no esperaba: anuló su ataque con la rodela, al tiempo que su tizona, mucho más ligera, se movía como un rayo. La cuchillada surgió al extender el brazo y girar la muñeca; un corte fulminante, que el tudesco no pudo esquivar. El estramazón de la espada de punta y corte española le tajó el rostro, de la frente a la quijada.

—*Stoppen!* —Los lansquenetes se interpusieron cuando un humor rojizo comenzó a manar de la herida. Había sido un duelo a primera sangre. A sabiendas de aquello no había terminado, Julio se santiguó, enfundó la tizona y arrojó una dobla a uno de los alemanes:

—Buscadle un galeno.

Al menos no han visto el cadáver, se dijo, exhausto. La vieja herida le roía el hombro, como si estuviera recién abierta y le hubiesen arrojado un puñado de sal.

—No estoy muy versado en la parla tudesca —le dijo el bachiller al oído—, mas diría que Juanillo tradujo vuestras palabras muy a su modo y añadió cosas de su cosecha.

Olvidé que Juanillo odia a los alsacianos, se dijo Julio. *Señor, vaya tropa*.

—Tenemos uno de los cuatro pilares —celebró Juan Pérez sosteniendo la moharra en las manos—. ¿Qué habéis averiguado?

—Es Rudolf Grünenwald, un sargento lansquenete —dijo Julio mientras contemplaban el cuerpo sin vida del alemán que habían desclavado del árbol y yacía en el suelo—. Buscaba libros y reliquias en las tabernas frecuentadas por alemanes. Ignoramos cuándo se produjo el homicidio: nadie lo había visto en semanas. A juzgar por su biblioteca, se trataba de un erudito de la historia germánica y los secretos de las runas. El cadáver aún viste la camisa de dormir, y la cama está deshecha. Debió de levantarse para abrir la puerta; sin

duda conocía a su asesino. Tiene cuatro heridas de arma blanca.

La compañía de Julio se había desplegado en torno a la residencia de Grünenwald, al tiempo que Juanillo y el bachiller recorrían las inmediaciones para interrogar a los vecinos. Tras enviar un emisario al secretario imperial, este se había personado con una nutrida escolta.

—¿Algún testigo? —Pérez entregó la lanza a un subalterno, tomó un paño de anascote y empezó a pulir meticulosamente el cristal de sus antiparras.

—El barrio está casi deshabitado —replicó Julio—. Ningún vecino oyó nada. Decenas de labriegos pasan a diario, sin que ninguno descubriera el cuerpo. O eso dicen.

Después de los millares de muertes acaecidas durante el Saco, a nadie le importaba una más, sobre todo si era un soldado imperial.

—¿Y qué hay de la casa? —prosiguió el secretario.

—Pertenece a un mercader pisano que la abandonó poco antes del Saco. Estaba vacía, y Grünenwald debió de ocuparla. La hallamos revuelta, desordenada; se diría que el asesino, o alguien que viniera más tarde, buscaba algo. En el despacho había un arcón con la cerradura forzada. Es posible que guardase allí la Verónica y se la llevaran después de asesinarlo. Tenemos motivos para pensar que Grünenwald había adquirido el lienzo sagrado de forma reciente.

Había decidido no mencionar las cartas cifradas; desconfiaba del secretario y parecía un buen naipe para guardarse en la manga.

—No obstante, dejó la lanza sagrada —señaló Pérez.

—Sí. En cierto modo. —A Julio le asaltó una sensación extraña, como si estuviera en una obra de teatro, con un compañero de reparto que conocía sus líneas y fingía lo contrario.

—¿Sabéis quién pudo matarlo?

—No. Ni me importa. Mi misión es encontrar las reliquias.

—Debéis averiguarlo —aseguró el secretario—. Y, para tal fin, no estaréis solo.

Señaló a una figura que salía de la casa: la mujer morena, de unos treinta veranos, con la que se había topado en Capranica unos

días antes. Labios gruesos y ojos verdes con un halo de ámbar; un lustroso cabello negro, recogido y trenzado en un *coazzone*, enmarcaba una tez de marfil, sólo mancillada por una cicatriz que le hacía mostrar un ceño perennemente fruncido. Tranquila, plácida, dueña de sí, con unas curvas rotundas bajo la saya carmesí con sedas florentinas y mangas acuchilladas. En bandolera portaba una desgastada bolsa de cuero, disonante con su refinado atuendo.

—Salud os dé Dios; soy Giovanna Inverno —dijo ofreciéndole la mano, y Julio parpadeó, atónito, hasta que ella se inclinó para susurrarle al oído—: Ahora es cuando uno se presenta.

Por un instante, lo envolvió su perfume —esencia de naranja y rosas silvestre—, y admiró aquellos ojos de un color imposible. Al fin, se atrevió a besarle la mano, a la usanza española.

—Me llamo… Julio de Castillo —dijo aturdido, como si descubriera el sonido de su propio nombre—. Beso las manos de vuestra merced.

—Dios os guarde, Julio, me huelgo mucho de veros en tan buena disposición. —Su forma de hablar era arcaizante, como si hubiese aprendido castellano leyendo al Arcipreste de Hita.

—¿Qué hace una dama soltera lejos de su Bolonia natal y de sus padres napolitanos? —inquirió el sevillano, y ella entornó el rostro hacia el secretario; los ojos del soldado no abandonaron los suyos ni por un instante.

—Habéis oído hablar de mí —dijo la mujer, y se recogió un mechón rebelde con un gesto que Julio no pudo evitar que le resultara sensual.

—No sé nada de voacé —respondió Julio—. Sólo sé que las ces salen aspiradas de vuestra boca y que, aun siendo boloñesa, vestís a la española. Al besaros vi que no lucís alianza, ni tampoco lleváis un *zibellino*, esa piel de marta que sirve como amuleto para la fertilidad. Así que asumo que, a pesar de vuestra edad, seguís estando soltera. Tenéis callos en los dedos y vuestro manto de seda no es propio de quien trabaje con las manos. Tampoco sé qué hacéis aquí. —Concluyó, volviéndose hacia el secretario—. ¿Acaso debo cuidar de

una dama?

Una pregunta sencilla. Muchas posibles interpretaciones. Les dejó elegir a cada cual la suya.

—Giovanna os ayudará en las pesquisas —anunció el secretario —. Ha servido en casa de Vittoria Colonna, la viuda de Fernando de Ávalos, a quien vos servisteis en Pavía.

En efecto, había combatido bajo las órdenes de Ávalos, el marqués de Pescara, en Pavía, Rávena, La Motta, Bicoca y Sesia. Él le había enseñado todo cuanto sabía sobre la guerra, o al menos todo lo que merecía la pena recordar. Italiano de nacimiento, español por linaje y elección, Fernando de Ávalos había compartido las aficiones literarias de su cultivada esposa, Vittoria Colonna, quien resumió en un lema sus innumerables virtudes: *virtù, celerita, forza ed ingegno*. A lo que, en opinión de Julio, cabía añadir una valentía sin límite, una ambición desmedida y una férrea camaradería hacia sus hombres. Tras su trágica muerte, unos meses después de Pavía, su viuda acabó mudándose a la isla de Ischia, donde mantenía una relación epistolar con su primo, el cardenal Pompeo Colonna, un viejo rival de Clemente por la tiara papal, lo cual lo convertía en aliado del emperador Carlos. El Saco había brindado a Vittoria la oportunidad de ganarse la simpatía del sumo pontífice, merced al socorro que había prestado a la población romana.

—¿Habéis investigado antes algún homicidio? —inquirió el capitán, contrariado de que una moza se inmiscuyera en sus asuntos.

Giovanna se mordió el labio y afrontó la mirada escéptica con sus ojos verdes.

—Sé de fármacos —dijo con firmeza—, y también de cadáveres.

—Entiendo.

—Lo dudo —comentó Juan Pérez—. ¿Giovanna?

La aludida extrajo un delantal de su morral de cuero, y después de ponérselo, procedió a examinar el cadáver, metódicamente, desde el cráneo a los pies. Abrió de nuevo la bolsa y Julio frunció el ceño ante el instrumental médico que contenía. Giovanna les habló

con un tono desapasionado:

—En la hemicara izquierda hay una herida lineal de un dedo de longitud, que avanza desde la región preauricular hasta el mentón en sentido descendente. El antebrazo de ese lado presenta un corte y una fractura de cúbito. —Examinó la otra extremidad con atención, descubrió las letras inscritas a punta de daga y observó a Julio, quien eligió el silencio. Aquella sabionda no contaba con un germano aficionado a la historia antigua, y no pudo otorgarle ningún sentido a la inscripción—. La lesión facial parece compatible con una daga —prosiguió Giovanna—. Los traumatismos en el antebrazo responden a las clásicas lesiones de defensa: a juzgar por el ángulo, el agresor era diestro, y la víctima, zurda, se hallaba en el suelo. La muerte se produjo por una puñalada, a través del hueco de la clavícula izquierda, lo bastante profunda como para perforar el corazón. —Giró el cadáver con esfuerzo y lo dejó en una postura imposible; con un escalpelo, desgarró la camisa, dejando al descubierto un tórax blanquecino salpicado de vello oscuro—. En la región torácica se aprecia otra herida incisa lineal bajo la duodécima costilla: sin duda, una punta de lanza. Los bordes presentan un escaso infiltrado hemorrágico, lo que sugiere que el cuerpo fue clavado al árbol una vez muerto.

Una costra de sangre reseca descendía en un reguero continuo desde la profunda incisión, que dejaba entrever una masa de gusanos albinos. La muchacha extrajo unas pinzas de la bolsa y tomó uno de los insectos que habitaban en los orificios del rostro y las heridas.

—En invierno, las larvas surgen a los dos días de producirse la muerte —añadió—. A medida que devoran el tejido blando, pasan por tres tamaños: las dos primeras fases duran entre uno y dos días, y la tercera, de cuatro a siete, antes de convertirse en moscas. Grünenwald debe de llevar muerto entre cuatro días y una semana. —Después, examinó las manos del cadáver y descubrió unas minúsculas manchas, entre azuladas y grisáceas, de forma irregular, sólo en las palmas—. En dosis bajas y continuadas, la intoxicación

por arsénico produce ictericia y estos cambios de coloración en la piel.

Limpiose con un trapo y caminó hacia la entrada a la casa. Se acuclilló en el umbral y, con la punta del índice, acarició una mancha oscura, casi invisible, adherida a la terracota. Para entonces Julio había decidido que aquella mujer no le agradaba. Supo que la odiaba cuando añadió con voz queda:

—Aún resulta visible un rastro en la mugre del enlosado…, desde las escaleras hasta la puerta, ¿vuestra merced no se dio cuenta? —preguntó, fingiendo inocencia—. La misma suciedad que en la camisa: Grünenwald debió de llegar arrastrándose. En el momento de la agresión, agonizaba por un envenenamiento prolongado.

Permanecieron en silencio mientras ella guardaba el instrumental en la bolsa de corambre.

—Excelente —dijo Juan Pérez, satisfecho—. ¿Alguna pista sobre el resto de reliquias?

—Román Calavera negocia con un mercader provenzal la compra de la estauroteca de la Vera Cruz —respondió Julio, enfurruñado—. Un lansquenete se llevó el Santo Prepucio a Calcata, en el Lacio. Encontramos el *Titulus Crucis* de la basílica de la Santa Cruz entre la leña dejada por los germanos. Todo induce a pensar que el resto de reliquias insignes se encuentra en colecciones privadas.

—Muy bien —comentó el secretario—. ¿Algún sospechoso?

—Edoardo Strozzi, un banquero florentino que, en ocasiones, acude a Roma para adquirir antigüedades. Otro posible comprador es Paolo Costantini, el secretario papal. Me disponía a interrogarlo.

—El cardenal Costantini no os dirá nada —señaló Juan Pérez—. Esta mañana apareció muerto en el jardín de su mansión.

Un cuervo graznó en algún lugar, rompiendo la muda quietud de la tarde.

—Muerto —repitió Julio, estupefacto.

—Asesinado —precisó el secretario.

El antiguo alguacil inspiró entre dientes. Nada menos que el secretario papal. El torbellino de implicaciones lo dejó aturdido.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Eso debéis averiguar —dijo Pérez—. Para tal fin, necesito alguien que actúe con sutileza y discreción. —*Y que cargue con las culpas si todo acaba en fracaso*, pensó Julio—. En Sevilla, descubristeis quién envenenó al marqués de Tarifa, y apresasteis al asesino de la priora del monasterio de Santa Inés. Esta vez contaréis con ayuda. —Con un cabeceo señaló a la mujer—. No me cabe duda de que, juntos, hallaréis al culpable.

—¿Con su ayuda? —inquirió el capitán—. ¿La de una mujer sola, sin escolta y desarmada?

—Por supuesto, estaréis a cargo de su seguridad… Su labor consistirá en mantenerme informado. Contaréis con el respaldo de mi autoridad.

Contaré con una multitud de enemigos y un único valedor del que tampoco me puedo fiar, concluyó Julio. *Y si todo termina en descalabro, perderé el rango de capitán, amén de mi menguada honra*.

—Acepté la tarea de recuperar las reliquias. —El capitán fruncía el ceño—. Miles han muerto desde que empezó esta maldita guerra. ¿Qué importa otro más?

—La gente común muere en la guerra —admitió Pérez—. Costantini era un cardenal del más alto rango. Mis hombres os conducirán a su residencia. —Hizo un gesto que incluía a la muchacha—. A no ser que prefiráis renunciar y devolverme el dinero.

Ambos sabían que no podía. Al aceptar aquella condenada misión, para satisfacer su deuda con un usurero, sólo había cambiado un acreedor por otro aún más implacable, y no tenía más alternativa que ceder de nuevo.

—Sea como mandareis. —Con una gélida cortesía de la que más tarde se arrepintió, el capitán se despidió de Juan Pérez.

VI

La imponente villa de Costantini se asentaba sobre una colina que los antiguos nombraron Palatiolum, un fastuoso distrito del Borgo Vaticano que exhibía toda la opulencia terrenal de la Santa Madre Iglesia. Construida en piedra caliza, pálida como los huesos de un cadáver, su fachada resplandecía bajo la desvaída luz de diciembre, y la rectilínea geometría de inspiración clásica le confería un aspecto inmune al paso del tiempo. Una veintena de mercenarios suizos y arcabuceros españoles, con coletos cortos, cueras y alabardas, custodiaba la reja de hierro que servía de entrada.

—¿Cómo va todo? —Julio saludó a sus compatriotas con una inclinación de testa. Mas la atención de los soldados de inmediato recayó sobre su acompañante, cuyo aspecto era difícil de ignorar.

—Sin novedad —respondió el interpelado, un sargento rubicundo de acento extremeño—. Los helvéticos montan guardia en la entrada porque nosotros la custodiamos, y nosotros la custodiamos porque ellos montan guardia.

—¿Habéis inspeccionado la escena del crimen? —preguntó Giovanna.

—No…, sólo la mansión —dijo el sargento—. El cadáver apareció en un edificio aparte, una torre que alberga la biblioteca. No había huellas ni nada sospechoso en los alrededores.

—¿Habéis tocado algo? —preguntó Julio.

—No, y fui el primero en llegar. —Por instinto, el extremeño se

llevó la mano al crucifijo que lucía en el pecho—. Dudo que alguien más haya tenido el cuajo de hacerlo: es un lugar inquietante, que rebosa conocimiento prohibido. El mayordomo se puso histérico al descubrir el cadáver, e informó a la Curia de inmediato; el secretario Pérez nos ordenó cercar el palacio, y nadie ha entrado o salido desde entonces. Preguntamos a los criados; a todos les aterra esa maldita biblioteca. Susurran historias sobre el cardenal y sus noches en vela descifrando textos arcanos, de insólitos artefactos y visitas extrañas de madrugada. Un tal Alessandro, el maestresala, trató de huir con algunos cubiertos de plata escondidos bajo la ropa. Lo hemos encerrado en la bodega.

Sin duda, algún oportunista sin escrúpulos que intentaba aprovechar la muerte de su señor para lucrarse. Julio conocía la utilidad de cualquier lacayo bajo cargos: resultaría sumamente fructífero presionarle para que les revelase algo útil.

—¿Lo interrogasteis? —inquirió el capitán.

—Muy por encima. Intentó inculpar al mayordomo, el favorito de la señora Elisabetta. Es la amante del cardenal y quien de verdad administra la casa.

—¿Lo creísteis? —preguntó Julio.

—Envidias y rivalidades entre lameculos, tal cosa me pareció. —El sargento meneó la cabeza—. Alessandro es un miserable al que gustoso daría un bofetón, aunque, al menos en lo último, no creo que mintiera.

El sevillano evaluó su expresión para asegurarse de que él tampoco lo hiciera. El trabajo de alguacil consistía en escuchar o leer mentiras y tratar de descubrir las migajas de verdad. Agentes de la ley con un mísero estipendio que hurtan algún objeto de valor del lugar del crimen, sin saber que resultaría crucial para resolver el caso. Interrogatorios a cargo de algún funcionario inepto, actas y documentos redactados de forma descuidada por algún aburrido escribano. Todo el mundo yerra en algún momento e intenta ocultarlo.

—Bien hecho —dijo el capitán, tras desechar tales temores—.

Aguardad aquí.

Cuando la reja comenzó a abatirse, Julio creyó percibir una vaga aprensión en la italiana. Atravesaron la senda flanqueada por cipreses ante una ostentosa estatuaria de ángeles cubierta de musgo. Únicamente se oía el débil trinar de los petirrojos y el murmullo del agua; el jardín se hallaba desierto, nada se movía, ni siquiera el viento mecía los árboles, como si el paisaje fuera una pintura. Hiedras y arboledas pugnaban por engullir los muros del palacio y, en el lado izquierdo, descubrieron un laberinto de setos, más allá de un estanque engullido por los nenúfares.

Al llegar a la logia de entrada, les salió al paso un criado, ataviado de forma impecable, pálido, demacrado y sombrío.

—Bienvenidos. —El lacayo extendió el brazo solicitando la *zimarra* de la boloñesa—. En breve la señora Elisabetta se reunirá con vuestras mercedes. Por favor, acompañadme.

Avanzaron a través de una sucesión de pasillos decorados con pinturas y retratos marmóreos de dioses y héroes antiguos; por todas partes se exhibía la perfección del cuerpo humano. Cocineros, mayordomos, doncellas, camareras y criadas se asomaban, curiosos e inquietos, a su paso. Tal vez una treintena de sirvientes, concluyó Julio, y el número de mujeres doblaba el de los hombres.

—No es agradable recibir esta clase de visitas, ¿verdad? —El capitán se enfrentó a la mirada resentida del lacayo.

—Lamentamos la muerte de Su Reverencia —respondió este, huraño—. A nadie le gusta que se husmee en cosas que es mejor olvidar.

Los condujo a una grandiosa estancia con suelos de mosaico cosmatesco. Un clavicordio con taracea de marfil resplandecía en un extremo del inmenso salón, junto a un ventanal que los obsequiaba con una privilegiada vista del Trastévere. La vida en el pináculo de la Iglesia siempre era lujosa y, si bien la Curia seguía entregada a sus vicios con la voracidad de antaño, al menos lo hacía a resguardo de la privacidad de sus palacios. Durante el Saco, sólo las mansiones de los Colonna y los Gonzaga, los viejos aliados del Imperio, se habían

salvado del pillaje a cambio de un abultado rescate. Las residencias de otros cardenales gibelinos —los Siena, Dal Valle, Enkevoirt y Cesarini— también fueron asimismo respetadas previo pago, y Costantini engrosaba esta facción. Una ostentosa colección de pinturas informó a Julio de que el cardenal tenía una amante mucho más joven que él. Una bella cortesana, pálida y de cabello castaño, amancebada con un octogenario miembro de la Curia, quien sin duda la sedujo con su madurez.

—¿Puedo traerles un refrigerio? —El lacayo les ofreció asiento junto a un ornado ajimez y, acto seguido, les trajo un líquido ambarino en dos elegantes copas de cristal de Murano. Después se retiró y, por un instante, ambos se recrearon en el trinar llegado de la floresta y los lejanos sonidos de la loza. La tersa voz de Giovanna quebró el silencio:

—Ya que trabajaremos juntos, contadme algo sobre voacé.

Una aspiración razonable, dadas las circunstancias, que Julio no estaba de humor para satisfacer:

—Creo que os voy a mentir.

La italiana se detuvo con la copa alzada y sus ojos verdes lo escrutaron.

—*Va bene* —dijo—. Entonces yo también lo haré.

—Me parece justo —Julio contemplaba el jardín a través de la ventana bífora.

—¿Me vais a mentir en todo? —preguntó Giovanna tras catar un sorbo.

Él pestañeó y apartó la mirada de la ventana. No iba a ser tan fácil librarse de aquello.

—No. Sólo en lo personal —contestó, evasivo—. Así podréis emplear conmigo vuestras portentosas artes de deducción. —Husmeó, ceñudo, el contenido de la copa que le acababan de entregar.

—*Amaretto*, un licor de almendras —le explicó la boloñesa—. Lo inventaron en Saronno, una aldea próxima a Milán. La señoría local encargó un cuadro de la Virgen al pintor Bernardino Luini, y él se

enamoró de la hija de la posadera que le servía de modelo. Dicen que, para seducirlo, la muchacha le ofreció un afrodisíaco que ella misma había elaborado con los frutos de su huerto. Lo llamó «amarguito». ¿Sabéis lo que decimos aquí al brindar? *Cin-Cin*. —Giovanna tomó un nuevo sorbo y el líquido ambarino se reflejó en sus ojos verdes.

—Os lo acabáis de inventar.

—Puede. ¿Cómo llegó a Italia un alguacil sevillano?

El capitán enderezó el torso y se aclaró la garganta; había logrado moderar su ceceo y no comerse las consonantes, y aun así ella había adivinado su ciudad natal.

—Por sentido del deber —respondió él de forma mecánica—. El Consejo de Guerra tuvo a bien otorgarme la conducta e hice leva de soldados, dispuesto a morir, si fuera menester, al servicio de la patria y el rey.

—Qué bonito.

—¿Y vos en qué bando estáis? —le soltó Julio a bocajarro.

—¿A qué os referís?

—En esta guerra hay cinco bandos —respondió el capitán—: los españoles y nuestros aliados en Italia; los franceses y sus coaligados; los italianos que nos odian, pero saben que somos sus únicos valedores frente al Turco; los que odian a los franceses, pero piensan que ellos lo son, y los que nos detestan tanto a hispanos como a galos. ¿En cuál de ellos estáis?

Estudió aquel rostro agraciado para evaluar su reacción, consciente de que Giovanna Inverno era mucho más de lo que aparentaba. Como agente de los Colonna, la italiana había puesto una vela a Dios y otra al Diablo…, a la Santa Madre Iglesia y al diablo del mediodía, es decir, al emperador Carlos. Los Colonna y los Pescara engrosaban el cuadro de oficiales del ejército hispánico en Italia y suponían sus mayores aliados, aunque era un secreto a voces que el cardenal Pompeo Colonna codiciaba la tiara papal, y poseía sus propias lealtades en la Curia y su propia red de espías. Por su parte, la Iglesia constituía un estado aparte en los reinos de

la Cristiandad, cuyos miembros estaban sujetos por votos de obediencia al sumo pontífice. Desde los diáconos a los obispos, todos lo informaban puntualmente sin respetar ni el secreto de confesión. Los embajadores de la Santa Sede habían convertido sus nunciaturas en centros de espionaje y el correo pontificio era el más eficiente de Europa. Sólo Dios sabía qué secretos escondían los cientos de cartas que, a diario, le llegaban a la Curia de todo el continente y de las posesiones portuguesas y españolas de ultramar.

Recuperar las reliquias formaba parte de algún pacto encubierto entre el papa Clemente y el emperador Carlos. Un precario acuerdo que pendía de un hilo, en tanto el primero no entregarse el dinero adeudado y el segundo no retirase sus tropas de Roma. Que ahora se complicaba con la desaparición de las reliquias mayores y la muerte de un cardenal del más alto rango. La hegemonía española no sólo se disputaba en campos de batalla, sino también en despachos, palacios y embajadas, en misiones secretas, en cínicos cambalaches, y Julio no dejaba de preguntarse qué papel desempeñaba él mismo en aquel despiadado juego.

—Sois demasiado mordaz —respondió Giovanna—. Hispania fue una creación romana y habláis una lengua latina. Pese a vuestras guturales y esas modas moriscas, en el fondo, Italia es vuestra madre.

Hacía años que las palabras habían perdido la capacidad de causarle malestar a Julio, aunque esta vez anduvieron cerca. Sus miradas se despegaron una de la otra cuando una dama enlutada, con la piel mortalmente pálida, se presentó ante ambos, y el capitán se puso en pie.

—Lamento haberles hecho esperar. —Elisabetta encarnaba el ideal de *sprezzatura*, esa gracia cortesana presente en cada gesto sin necesidad de poner el más mínimo empeño. Exhibía líneas de dolor grabadas en su frente y alrededor de la boca, y los evaluaba a través de las largas pestañas de unos ojos convenientemente acuosos.

—Beso los pies de vuestra excelencia —dijo Julio—, y mi más

sentido pésame. Nuestra labor es indagar en la trágica muerte de Su Reverencia, bajo la autoridad del santo padre y del emperador Carlos.

—Por favor, llamadme Elisabetta. —Le tendió una delgada mano para que él la besara y, en la distancia corta, el bético se percató de que la lividez del rostro se obtenía con albayalde y las ojeras con un esfumado de polvo de carbón. Recursos de las plañideras de oficio, cuyos desgarradores lamentos dignificaban al muerto a cambio de un puñado de maravedís. Sólo entonces Julio se percató del individuo menudo que aguardaba de pie a su lado.

—Salud os dé Dios, señores —dijo el hombrecillo—. Soy Tomasso Altanero, el mayordomo.

—Sé que es un momento difícil, pero necesito conocer las circunstancias de la muerte de Su Reverencia —declaró el sevillano —. ¿Dónde y cuándo apareció el cadáver?

—Al rayar el alba —respondió Elisabetta—, en la biblioteca del jardín.

—¿Pasasteis toda la noche sin saber de él? —inquirió Giovanna.

—Su Reverencia era… muy reservado. Ayer tuvimos una cena y, a eso de la medianoche, se despidió de nuestros invitados para recluirse en la biblioteca y estudiar su colección de antigüedades. A veces pasaba días allí encerrado, cumpliendo ayuno y penitencia. Esta mañana, Tomasso, tal y como acostumbra, le llevó el desayuno y lo halló muerto. —La cortesana, que contemplaba las pinturas, advirtió que un cuadro estaba torcido y lo enderezó, abstraída.

No se trataba de una simple meretriz de lujo, se dijo Julio, que permanecía atento a cada gesto, sino de una de esas cortesanas romanas célebres tanto por sus destrezas en el lecho como por su ingenio, sofisticación y cultura, capaces de componer y recitar poemas en italiano y latín, aunque, en aquellos ademanes resueltos, el capitán vislumbraba la muda desesperación de una belleza que se desvanecía en un lento declive, y su virtud carecía de las garantías necesarias para que ese trágico percance se pasara por alto.

—¿No compartíais lecho? —preguntó Giovanna.

—No para lo que tenéis en mente —replicó la cortesana—. Hacía años que Su Reverencia había perdido el vigor.

—¿Hubo algo extraño en su conducta durante los últimos días? —inquirió Julio—. ¿Algo fuera de lo común?

Antes de responder, Elisabetta tomó una copa que le ofrecía el criado y dio un mesurado sorbo con una expresión extraviada:

—No. Nada que pueda recordar.

—¿Mantenía querellas con alguien? —prosiguió el capitán—. ¿Alguna vez os dijo que temía por su vida?

—No. En absoluto.

—¿Y qué hay de vos? —Julio la miró directamente a los ojos—. ¿Os reunís con otros clientes? ¿No pudo ser algún amante celoso?

—No tenéis una buena opinión sobre las cortesanas, ¿verdad? —le preguntó Elisabetta, súbitamente irritada—. ¿Tanto os cuesta entender que el cardenal y yo manteníamos una relación?

—Cada cual se gana la vida como puede —respondió él con sequedad—. Pero, sí, en general, dudo de la fidelidad de las mujeres que venden su cuerpo.

—Mi padre fue uno de tantos *zontaroli* —dijo la cortesana—, un condenado a servir en galeotas para satisfacer una deuda. No era oficio agradable. Los cañones turcos destrozaban las naves creando una tormenta de astillas en la cubierta. En una ocasión, le pregunté a mi padre por qué le faltaban un brazo y media pierna. Imaginad la respuesta. Obviamente, tenemos ideas muy distintas de lo que supone vender tu cuerpo.

—¿Quiénes acudieron a la cena? —Giovanna dedicó una mirada de reproche al capitán.

—Todas las semanas, mi señor organizaba cenas a las que acudían artistas, como Francesco Malavita o Giulio Romano —contestó la otra mujer—. Esa noche, además, se presentaron dos banqueros: Edoardo Strozzi, un florentino que estaba de paso, y Nicholas Hartmann, el delegado de los Fugger en Roma.

El capitán tomó buena nota de aquellos nombres, al recordar que el usurero judío y el *Beutmeister* ya habían mencionado a Malavita

como mediador en la adquisición de antigüedades y reliquias, y a Strozzi como ávido coleccionista. Quiso preguntar por el tercero en discordia, mas Giovanna se le adelantó:

—¿Nicholas Hartmann, el filántropo? —preguntó la boloñesa, y Julio percibió un vago resquemor en su voz.

—El mundo puede admirar la elegante fachada del apuesto banquero que financia hospicios y orfanatos —dijo Elisabetta—. Mas es sólo una fachada. Los tentáculos de Hartmann abarcaban cualquier negocio: desde mancebías hasta fábricas de pólvora, tanto bienes raíces como el comercio de esclavos.

—¿Y qué hay de Edoardo Strozzi? —prosiguió el capitán—. ¿Mantenía Su Reverencia una buena relación con él?

—No. Sólo una fría cordialidad entre rivales en la adquisición de rarezas y antigüedades. Esa noche, durante la sobremesa, ambos discutieron en el jardín. Un par de meses antes, mi señor le había presentado a algunos artistas de su círculo personal… Giulio Romano construyó para él escenarios de comedias, atuendos para fiestas y torneos.

La cortesana sonrió con timidez y les mostró una dentadura perfecta.

—¿Las rarezas que acabáis de mencionar incluyen reliquias sagradas? —preguntó Giovanna.

—Oh, sí. Sin duda.

—¿Sabéis si Su Reverencia había adquirido algún tesoro sacro de forma reciente? —continuó Julio.

—Hará dos meses se reunió con Francesco Malavita, un joven artista, antiguo discípulo de Rafael, apodado *Il Greco*. —El semblante de Elisabetta mostraba su desagrado—. Medió en la compra de una reliquia, y mi señor se mostró muy excitado. Su Reverencia era una persona afable, sin enemigos conocidos. La única actividad ilícita en la que podía perseverar era la adquisición de antigüedades de procedencia dudosa. Su muerte ha de estar relacionada con la compra de esa pieza, además. —Súbitamente se detuvo.

—Además, ¿qué?

Con la mirada perdida más allá del ajimez, Elisabetta fruncía el ceño.

—No nos desviemos del tema —dijo.

—En tal caso, ciñéndonos a él —insistió Julio—, tal vez podríais explicarnos por qué pensáis que esa compra guarda alguna relación con el asesinato.

—Tanto el gabinete como la biblioteca estaban desordenados: quien lo mató buscaba algo —comentó la cortesana—. Y la madera ha desaparecido.

—¿Qué madera? —preguntó el capitán.

—La Vera Cruz.

—¿La de San Juan de Letrán?

—Eso tengo por cierto. —Elisabetta hizo una pausa—. Me gustaría que vuestras mercedes mostraran discreción en las pesquisas, para que no llegasen a oídos de la Curia ciertos… detalles que pudieran ensuciar su buen nombre. Su Reverencia era mi único apoyo financiero y, en cierto modo, mi única familia. —La cortesana esbozó una sonrisa apocada que trataba de ser cómplice—. Así que podéis considerarme una dama en apuros y, por tanto, apelo a la proverbial caballerosidad española.

—Hace meses que no pisáis las calles de Roma, ¿verdad? —Esta vez, Julio fruncía el ceño—. Lamento decepcionaros, pero sin duda tenéis recursos sobrados para apañaros sola.

La cortesana caminó hasta la mesilla del *amaretto* y se llenó la copa en una fastuosa exhibición de gracia femenina. Al beber, dedicó a Julio una mirada aviesa por encima del borde del vidrio, y él no pudo leer lo que había en sus ojos.

—Creéis que lo tengo todo, ¿verdad? —preguntó la cortesana de súbito.

—La mayor parte —contestó él.

—Su Reverencia era muy tacaño en mi asignación. Ni siquiera podía comprarme un vestido nuevo sin su permiso, aunque él podía gastarse trescientos ducados en un cuadro.

El oficial español compartió una discreta mirada con Giovanna…, y también pensamientos. Pocas veces un sospechoso se inculpaba a sí mismo de un modo tan convincente.

—Y ahora tal vez podáis heredar una parte de su fortuna, ¿no es cierto? —comentó la boloñesa.

La aludida la observó durante un instante, y luego los obsequió con una sonrisa resignada.

—Sí —admitió Elisabetta—. Supongo que sí. Estoy fatigada; ¿puedo retirarme?

—Por supuesto.

Elisabetta depositó la copa sobre la mesa. Alzó la diestra, para comprobar que su cabello aún estaba en su lugar, y abandonó la sala acompañada por un susurro de la seda.

—¿Podemos examinar el cadáver? —preguntó Julio al mayordomo.

—Acompáñenme —dijo Tomasso.

Fuera, en el jardín, un entramado de setos formaban una red de pasillos que rodeaba a una solitaria torre. En el enigmático laberinto resonaba una cacofonía de quietud, una sinfonía discordante de hojas susurrantes y gemidos del viento. No había más que recodos y giros entre muros de boj. Los adoquines estaban marcados con millares de cicatrices, fruto de los estragos del tiempo, las ruinosas estatuas marmóreas susurraban secretos y el gélido céfiro arrastraba el hedor acuoso de las hojas muertas. Una arcada de hierro oxidado exhibía un rótulo broncíneo:

—«Me encontré en un bosque oscuro, porque el camino recto se había perdido» —leyó la italiana—. *La divina comedia*, de Dante Alighieri.

—Las costumbres italianas me resultan del todo intrigantes —comentó él—. ¿Para qué sirve esto?

—El laberinto simboliza la búsqueda del conocimiento —dijo Giovanna—. Aquellos representados en las iglesias son de tipo unicursal: para alcanzar la sabiduría, sólo existiría un camino posible, el mensaje de Cristo. El multicursal, por el contrario, posee una

estructura ramificada con puntos ciegos que, a veces, te obligan a regresar por donde has llegado y puedes dar vueltas en círculos. Los humanistas creen que esta suerte de laberinto supone la clave para conocerse a uno mismo: enfréntate a lo desconocido, resuelve el enigma y busca un hilo que te ayude a regresar a tu existencia mundana.

—Teseo y el Minotauro —concluyó el capitán—. ¿Acaso debemos guiarnos por las fábulas?

—Somos el único ser de la Creación que posee la facultad de contar historias. Un modo de adquirir experiencias sin necesidad de haberlas vivido.

El sevillano tuvo que admitir que tales razones tenían sentido.

—Si Paolo Costantini era un humanista, nos hallaremos ante un laberinto multicursal —concluyó—. Si era un religioso dogmático, no hará falta el ovillo.

En realidad no fue una tarea difícil. Tomasso los guio por la caótica maraña de pasajes y recovecos entre muros vegetales hasta que rebasaron un último recodo y se toparon con la torre marmórea de tres plantas, un cilindro albino de unos cuarenta codos de diámetro, revestido con pálidos mármoles bajo una cúpula octogonal. La lúgubre entrada, flanqueada por dos pilares salomónicos de pórfido negro, vomitaba un insólito hedor.

—Peor que una alcantarilla —comentó Julio—. ¿A qué se debe?

—Lo ignoro —balbució Tomasso—. Algunos creen que la biblioteca está endemoniada, debido a los sonidos que pueden oírse de noche y a la siniestra aura que, en ocasiones, escapa por los resquicios de la puerta.

—¿Qué clase de ruidos?

—Lamentos, invocaciones… A veces, Su Reverencia pasaba días recluido y sólo me permitía entrar a mí, y a uno de los criados, un anciano al que se llevó la peste a comienzos de año. Lo cual, por supuesto, alimenta los rumores.

Empujaron la puerta blindada en hierro para acceder a una sala hexagonal, con una enorme mesa labrada, un sitial de ébano, un

gabinete y una capilla portátil como mobiliario. Por encima de sus cabezas había dos plantas de suelos de roble en torno a una escalera en espiral. Las contraventanas estaban cerradas y las estancias permanecían en penumbra, apenas iluminadas por un óculo con vidrieras que, desde lo alto del domo, proyectaba una débil claridad a través del patio de luces sobre un níveo suelo de mármol. Y allí estaba Costantini, vestido con un camisón de lino y unos escarpines de cuero blanco, tendido boca abajo. No mostraba ningún signo de violencia. Sus ojos miraban fijamente el suelo, sin pestañear, como si escrutara algún detalle del jaspeado, con las facciones congeladas en una mueca agónica. Yacía sobre un extraño símbolo en taracea de ónice, un hexagrama con la letra griega tau inscrita en el centro.

—¿Qué es este símbolo? —preguntó Julio, arrugando la nariz ante el hedor de la carne corrompida que atraía a un enjambre de moscas. Los gruesos muros hacían que el interior de la torre resultase insólitamente frío.

—El Sello de Salomón —dijo Giovanna—. Una representación simbólica del universo, con Cristo, la letra tau, en el centro. La imagen central y las seis puntas representan los siete nombres de Dios, los siete metales y los siete planetas: oro y Sol, plata y Luna, cobre y Venus…

Examinaron los útiles dispuestos sobre una mesa: un cuchillo con la empuñadura blanca, otro de mango negro y una lanza corta de asta de boj, todos envueltos en sedas.

—Alquimia —masculló Julio, que poco sabía de tales asuntos, y se encaró al mayordomo—. ¿Son estos los *detalles* por los que Elisabetta nos rogaba discreción?

—Durante la infancia, Su Reverencia se aficionó a la historia. —La vista del mayordomo vagaba incómoda por el sombrío interior—. Con los años, su devoción por las cosas antiguas medró, hasta el punto de que el mecenazgo se convirtió en su modo de reconstruir la gloria perdida de Roma. El abandono de las obras de la basílica de San Pedro, por la escasez de fondos en la tesorería pontificia, lo

sumieron en una honda melancolía, lo cual agrió su carácter. Como si un espíritu maléfico se hubiese adueñado de él, fuimos testigos de una excentricidad que se tornó en obsesión, y lo condujo a construir esta biblioteca.

—¿Ese malsano interés guardaba alguna relación con la adquisición de reliquias? —preguntó Julio.

—No, que yo sepa.

Miente, concluyó el capitán. Tomasso apretaba la mandíbula, como quien trata de ocultar algo, y la entonación final elevó el tono de la frase como si hiciera una pregunta. De forma inconsciente, les había dicho: «*¿Me creéis, verdad?*».

La boloñesa se acuclilló ante el cuerpo sin vida y el enjambre de moscas salió volando. Comprobó que el cardenal aún llevaba una estola obispal, y bajo ella descubrió una marca encarnada en la piel:

—Hay una excoriación en el lateral izquierdo del cuello.

—¿Estrangulado? —inquirió Julio.

—No, parece *post mortem*. Debieron de arrancarle un colgante.

—La llave del armario del gabinete, que pendía de una cadenilla —dijo Tomasso—. Jamás se la quitaba.

—Aguardad fuera —le ordenó el capitán—. Vamos a inspeccionar el lugar.

Ascendieron por las escaleras hasta la segunda planta. El grueso cristal que coronaba la bóveda derrababa un torrente de claridad sobre la estancia, evocando el espíritu reverente de una catedral, como si su artífice hubiese querido sacralizar el contenido de las sólidas estanterías de roble. El ambiente estaba saturado por el humo del brasero, cuyos rescoldos resplandecían en la penumbra; plomizos filamentos de incienso se enroscaron en el aire. A su lado había una gran tina de duelas de roble con un caldero de cobre. El ábside de aquel silencioso templo había sido esculpido en piedra oscura; sobre él y haciendo de retablo, halló otra estantería labrada y, a modo de altar, una sobria mesa de roble.

—Extraño lugar para tomar un baño —comentó Julio, tras examinar el agua perfumada con hinojo y sales.

Deambularon ante las polvorientas librerías mientras sus ojos se habituaban a la creciente oscuridad. Vieron rollos de papiro encerrados en vitrinas, con etiquetas pendidas de hilos y una caligrafía indescifrable. Al azar, Julio tomó un códice de un anaquel para examinarlo. Observó cómo la boloñesa se adelantaba para hojear un par de incunables con talante reflexivo, y reconoció el cuidado que empleaba al pasar las páginas, la misma delicadeza de quien acaricia a un niño de pecho.

—El mejor modo de conocer a una persona es examinando su biblioteca —comentó Giovanna—. Costantini poseía una muy selecta: *La Leyenda Áurea*, de Jacopo della Voragine; la *Vida de San Benito*, de Gregorio Magno; diversas *Acta martyrium*, compendios hagiográficos, martirologios y vidas de santos: lo que cabría esperar de un coleccionista de reliquias.

Caminó Julio hacia el ábside, hasta detenerse ante un armario de ébano, colmado de libros, con las baldas surcadas por una intrincada decoración y arqueadas bajo el peso del pergamino. Acarició los lomos de las obras, escrutando los títulos decorados con pan de oro. El aire se volvía más frío a medida que su mano se acercaba a un códice. Trató de extraerlo y resonó un chasquido metálico; el armario se abatió hacia atrás. Una ráfaga de aire que arrastraba un hedor pútrido sopló del resquicio recién abierto: había un portillo oculto que daba a un alargado cubículo, a modo de pasillo, con dos estantes apoyados en los muros y, hacia el fondo, un rosetón con una vidriera polícroma.

Al entrar, Julio reconoció el caduceo de Hermes, símbolo de los alquimistas, proyectando su luz coloreada sobre los volúmenes pulcramente ordenados. Y, entre ellos, una colección de estatuillas paganas, demonios con formas grotescas entre dioses antiguos, hacía tiempo olvidados. Examinó la más siniestra de todas, una figura con tres cabezas; la primera de un toro, la segunda humana y la tercera de un cordero. Sintió una inexplicable aprensión. El mineral irradiaba una inaudita sensación de podredumbre y corrupción. Julio retiró la diestra para limpiarse en las perneras de

las calzas.

No seas estúpido, se amonestó, *es sólo una piedra*.

—Tratados de demonología y nigromancia —comentó Giovanna a su espalda—: *Albanum Maleficarum, El libro de las artes oscuras*, de Capricúo; *Heptamerón* de Pietro d'Abano…, y *La clave de Salomón*, un famoso grimorio.

Este último no se hallaba en las baldas, sino sobre un atril colocado ante la vidriera.

—Salomón. ¿El rey del Antiguo Testamento, maestro en la magia y la hechicería? —Julio abrió el códice ornado con pan de oro: en la tapa se repetía ese inquietante amasijo de simbología astral; su marchito estado sugería una gran antigüedad, y la cubierta, correosa y ennegrecida, había sido reparada en repetidas ocasiones con una devoción profana. Extraños símbolos y sellos decoraban las páginas, y su texto latino en dos columnas estaba glosado con notas manuscritas en italiano, griego y una escritura indescifrable que Julio tomó por árabe.

—El rey de Israel, hijo de David, de quien dicen que superó a todos los reyes de la tierra en riquezas y sabiduría —precisó Giovanna.

—Y que amenazaba a las madres con trocear a sus hijos.

—Nadie es perfecto. Lo que no menciona la Biblia es el anillo de Salomón, un regalo del arcángel Miguel, con cuyo sello logró dominar a toda suerte de demonios, quienes le revelaron las ciencias y los secretos del universo. *El testamento de Salomón* describe cómo construyó el primer Templo de Jerusalén gracias a su ayuda. Hasta que Asmodeo, el príncipe de los demonios, robó el anillo para gobernar el mundo. Salomón tardó cuarenta días en recuperarlo, capturó a los setenta y dos demonios más poderosos y los encerró en recipientes de cobre.

—¿Cómo termina la historia?

—Salomón se enamoró de una hermosa gentil y accedió a adorar a Moloch para intimar con ella. Como castigo, el espíritu de Dios se apartó de él. A modo de colofón, *El testamento* incluye una

advertencia…

—No abandones tu fe a cambio de favores venéreos.

—Algo parecido.

—Fábulas —sentenció Julio, tras abandonar el cuarto.

—Símbolos —precisó Giovanna, siguiéndolo—. Un demonio representa una influencia mundana y perniciosa a la que está sujeta el ser humano. Mientras que Satanás nos tienta con algún desafío moral específico, cada demonio encarna un pecado capital o un mal metafísico. En el Edén primigenio, el ser humano gobernaba sobre el mundo natural, y, después de la expulsión, se vio sometido a él. El templo de Salomón recreaba ese paraíso perdido. Gracias al sello de Salomón, el rey bíblico convocaba a un demonio y le preguntaba quién era y a qué se dedicaba para después obligarlo a trabajar en el templo. Ya no haría daño a ningún mortal, sino que repararía la Creación perdida.

—Demonología —murmuró Julio, desconcertado—. Dicen que Johann Georg Faust, un alquimista de Knittlingen, firmó un pacto con el diablo mediante el cual le entregó su alma a cambio de conocimientos prohibidos.

—Ningún grimorio o tratado de demonología expone pacto alguno con el maligno. No se trata de vender tu alma, sino más bien al contrario: el conjurador obtiene la obediencia de los demonios gracias al poder de Dios. Antes de iniciar un ritual, debe purificarse mediante la castidad, el ayuno y la oración. Además, puede emplear reliquias, talismanes o agua bendita como auxilio.

—¿Nada de orgías? Qué decepción —murmuró el hispalense—. Eso explicaría el desaforado interés de Costantini por las reliquias…, como protección para sus rituales arcanos.

Examinaba el ajado ejemplar de *La clave de Salomón* cuando algo se deslizó entre los folios: una lengüeta de pergamino que servía para marcar páginas. Al abrirlo por ese capítulo, el texto daba comienzo con una invocación:

«Oh, tú, estulto y desobediente deimon, porque te has

revelado y no has acatado mis palabras con las que te ordené que acudieras: por los gloriosos e inescrutables nombres del Dios verdadero, el que nos creó a ambos y también el universo, yo, a través del poder de tales nombres que ninguna criatura puede resistir, te encadeno en lo profundo del gran Abismo, para que seas castigado hasta el día de la maldición y acudas sin demora a este círculo y cumplas mis mandatos. Ven raudo y manso por estos nombres de Dios: Adonai, Tzidkeinu, Shaddai, Elohim y Hashem. ¡Ven ahora! Pues él es el rey de reyes, y es Adonai quien te comanda».

Palabras que habría que pronunciar con la suficiente convicción como para otorgarles poder. Asmodeo, Bael, Caacrinolas, Malphas… Setenta y dos entidades demoníacas que, desde hacía siglos, se escondían en los rincones más oscuros del cosmos. Julio hojeó el ajado códice. Los rituales abundaban en detalles grotescos; un listado blasfemo de ofrendas y sortilegios destinado a atraer lo insondable desde el abismo estigio del Averno.

Alzó la vista del libro. Una claraboya aportaba luz sobre una escribanía y un faldistorio de boj ricamente labrados. Junto al humeante brasero, descubrió una arqueta forrada de cuero negro y aherrojada con un anillo de acero. Al abrirla, exhaló una nube de gas pestilente: contenía un pedazo de pergamino sobre carbones encendidos con asafétida y azufre. Examinó, intrigado, el minúsculo fragmento de vitela: abocetado en tinta roja, un círculo tenía inscrito un enigmático emblema rodeado por las letras «*asmoday*».

—El sello de Asmodeo. —Giovanna lo escrutaba por encima de su hombro—. Según *El testamento de Salomón*, el rey bíblico invocó a ese demonio para que lo ayudase a construir del templo de Jerusalén.

El capitán se dejó caer sobre el escaño y se llevó las manos a las sienes.

—Su Reverencia preparaba la *Conjuración menor de las cadenas* —concluyó Julio—. El azufre formaba parte del ritual y explica el

hedor. ¿Por qué querría someter a un demonio?

La mirada de Julio vagó hacia la escribanía donde se amontonaban varios libros. *Costantini era metódico*, se dijo. *La biblioteca está ordenada según unos criterios estrictos… Ese libro no debería estar ahí*. Tomó un infolio encuadernado en pergamino con medio centenar de páginas repletas de anotaciones manuscritas. El texto suponía una abigarrada relación de obras de arte, antigüedades y reliquias sacras, con una letra minúscula, afilada, casi ilegible, sin apenas dejar márgenes en el papel.

—Parece un inventario de las reliquias que fue adquiriendo —dijo el sevillano.

—¿Estáis seguro?

—Las entradas incluyen una fecha de compra. —Julio fue pasando las hojas mientras hablaba—. El quince de julio obtuvo los restos de San Bartolomé, procedentes de la archibasílica de San Pablo Extramuros. El doce de septiembre, los vestigios de la Santa Cuna. Tres dientes de leche de Jesús, una corona de espinas…

Se plantó ante el escritorio para ojear en los cajones. No halló nada más de importancia: cartas, papeles en blanco, plumas, tinteros, y una edición barata de *La Eneida*, de Virgilio. Al caminar a su alrededor, los borceguíes de Julio crujieron sobre cristales rotos. Bajó la vista, hacia un charco de vómito reseco y una jarra de agua hecha añicos. Giovanna se había acercado a las escaleras que conducían a la segunda planta:

—Han de estar ahí —d jo.

Más estanterías y escritorios, esta vez repletos de reliquias. La mano de una momia yacía sobre un polvoriento estante, y a su lado, una portezuela de vidrio había sido abierta.

—Fragmento de la Vera Cruz con su estauroteca —leyó el capitán —. La madera sagrada no está. —Señaló la arqueta cruciforme diseñada para albergar el pedazo de madera—. En el registro, aparecen las siglas «F. M.» como mención a su origen.

—¿Francesco Malavita? —conjeturó Giovanna, tras recordar la lista de invitados a la cena de la noche anterior.

—Tal vez —replicó él con cautela—. ¿Qué tenemos aquí? —Dentro de un marco argénteo, un lienzo extendido de un pie cuadrado mostraba el retrato de un hombre barbado. El capitán consultó el libro—: Según el inventario, se trata de la Verónica. ¿Por qué no se la llevó el asesino?

—Hay muchas Verónicas —comentó la boloñesa—. No tiene por qué ser la de la basílica de San Pedro.

Dominado por un impulso que no supo explicar, Julio extrajo la tela del bastidor y la dobló un par de veces antes de guardársela bajo el sayo. Descendieron por las escaleras hasta la planta baja, donde se hallaba el cadáver. El capitán se sentó sobre un escabel para observarlo.

—¿Seguro que no fue una muerte natural? —reflexionó en voz alta, aunque sin expresar su mayor inquietud: que algún numen demoníaco estuviera implicado.

—Eso me propongo averiguar. —Giovanna abrió las contraventanas y un haz de luz los cegó, al tiempo que una brisa helada agitaba los visillos. De su morral extrajo varios artefactos metálicos que depositó, meticulosamente alineados, sobre el escritorio. Se arrodilló para examinar el cadáver, y Julio tuvo que ayudarla a darle la vuelta. El cuerpo escuálido, casi mortificado, mostraba el tórax como una jaula cubierta de piel apergaminada. La túnica de lino tenía unos extraños signos bordados con seda roja en el pecho.

—Las livideces están en el lado posterior. —La italiana señalaba unas grandes manchas amoratadas en la espalda—. Es el *livor mortis*, que comienza a formarse cuando el corazón deja de palpitar: la sangre se acumula en la parte del cuerpo que está en contacto con el suelo.

—Alguien movió el cadáver.

—Debía de estar arriba, junto al brasero. —Giovanna señaló la segunda planta, junto al barandal, donde la estufa de hierro aún humeaba, y después mostró a Julio el muslo del difunto—. Esta quemadura se produjo una vez fallecido. No presenta eritema, el

clásico halo rojizo de las causadas en vida.

—Después de bañarse con el agua exorcizada… Un requisito purificador antes de conjurar al demonio.

—Ayudadme a subirlo a la mesa.

Cargaron con el cadáver y lo depositaron sobre las tablas. La piel, moteada y arrugada por la edad, mostraba un aspecto pálido y escamoso; mechones desiguales de vello áspero cubrían el pecho. Los músculos mostraban flacidez, los brazos eran huesudos, ninguna herida a la vista. Giovanna lo examinó, dedicándole un momento de respeto, tras lo cual tomó un escalpelo y comenzó a abrirlo en canal, desde la garganta hasta el pubis. El militar desvió la mirada cuando el súbito hedor de las entrañas le golpeó en el rostro.

—¿Sois médica? —inquirió, mortalmente pálido.

—Estudié cirugía —comentó ella abstraída—. Los médicos no suelen mancharse las manos.

—Pensaba que la Iglesia prohibía abrir cadáveres. —Julio contempló, atónito, cómo introducía las manos en el vientre y empezaba a extraer los intestinos—. San Agustín lo proscribe.

—En la Universidad de Bolonia se llevan realizando autopsias judiciales desde el año mil doscientos setenta y cinco, con licencia papal. Hace cuatro décadas, una bula del papa Sixto sancionó las disecciones en las facultades de Bolonia y Padua.

—Un labor muy poco femenina —señaló él, al verle eviscerar por completo el cuerpo y después tomar unas enormes tijeras de acero.

—En las cátedras de la Schola Medica Salernitana se sientan mujeres desde hace seis siglos. —Giovanna empleó un costotomo para seccionar las costillas, hasta dejar a la vista el corazón y los pulmones—. La Universidad de Bolonia siempre ha contado con féminas entre los auxiliares del profesorado.

Con un bisturí, Giovanna sajó el saco pericárdico, una membrana viscosa, para amputar el corazón y depositarlo sobre una batea de peltre. Julio se acercó a la mesa, sin desviar su atención del rostro femenino. Sintió un escalofrío en la espalda cuando la dama rebuscó entre el amasijo de vísceras y, empleando el escalpelo, abrió un saco

de color grisáceo.

—El estómago está repleto de llagas y úlceras —dijo la boloñesa, concentrada en su labor—. Estuvo en contacto con un veneno irritante.

Utilizó un cuenco de cobre para recoger los restos de vómito y lo depositó sobre un mechero de alcohol, con el español a su lado. Luego lo encendió para inhalar los vapores.

—Huele a ajo —murmuró Julio.

—Gas arsina. Una alta concentración de arsénico… que Costantini pudo ingerir durante la cena.

A paso vivo, el capitán abandonó la torre en dirección al laberinto. Por un instante temió que el mayordomo hubiera escapado, pero los aguardaba de pie ante los setos.

—Imposible —declaró Tomasso cuando lo sentaron ante el cadáver—. Soy el responsable de la *bocca*, el almacenaje y la distribución de alimentos. En la mesa, empleamos tres métodos para detectar venenos: el cuerno de unicornio, que suda ante la presencia de ponzoñas; los platos de oricalco, que cambiarían de color, y el anillo de esmeralda de Su Reverencia, que perdería su tono verdoso. Además, contamos con dos catadores, y ambos se encuentran en perfecto estado.

—¿Alguno de los invitados trajo consigo alguna bebida o manjar? —inquirió Julio.

—Sí. Una antiquísima botella de vino Falerno —respondió Tomasso—, obsequio del señor Francesco Malavita, de la que ambos bebieron. Como de costumbre, Hartmann trajo unos dulces que pasaron por el protocolo de seguridad. Como mayordomo dirijo a los treinta criados, junto a mi subalterno, Alessandro, el maestresala.

—¿Qué comidas se sirvieron y de qué modo?

—Pastel de lamprea, merluza a la mostaza y perdices a la catalana, con un antipasto de entrante y *zabaione* de postre —respondió el interpelado—. Al salir de la cocina, pasaron por la *credenza*.

—Significa «confianza» —explicó Giovanna, al percibir la

extrañeza del español—. Es la cata de alimentos que da nombre tanto al cuarto donde se realiza, junto a la sala de banquetes, como a la alacena donde aquellos se guardan.

—Los catadores buscan cualquier sabor ácido o amargo que delate la presencia de venenos —prosiguió Tomasso—. Esperan un tiempo señalado por un reloj de arena y, después, los camareros acarreaban las viandas a la mesa. De la despensa al plato, la comida puede pasar por una docena de manos. Todas de entera confianza.

—El abuso de especias puede ocultar el sabor de un veneno —señaló Julio.

—Las especias son indispensables —declaró Tomasso—: conservan la comida y enmascaran el sabor de la carne pasada o el pescado en mal estado. ¡Muy pocas residencias cuentan con fresqueras!

—En Italia, no hay anfitrión que se precie que no sirva vino o algún alimento especiado —dijo Giovanna—. Canela, pimienta, clavo o nuez moscada son los onerosos condimentos que reafirman su posición.

—Un camarero pudo verter el arsénico después de la cata y antes de servir el plato —opinó Julio.

—La comida se lleva en fuentes desde la *credenza* a la mesa, donde el trinchante la reparte en los platos —dijo Giovanna, quien sin duda conocía bien el proceso—. En los banquetes se sirven multitud de manjares, entre cinco y catorce, según la magnitud del evento, y se comparten entre varios comensales. No se contempla que alguien pruebe todas las recetas, y las sobras se reparten entre la servidumbre.

—Resulta imposible envenenar a la persona elegida sin que otra acabe intoxicada —concluyó Julio—. Elisabetta dijo que, ayer noche, Su Reverencia discutió con Strozzi. ¿Podemos interrogarlo? —La pregunta iba dirigida al mayordomo.

—El señor Strozzi se hallaba de paso —contestó Tomasso—. Partió a Florencia esta misma mañana.

—¿Tuvo Su Reverencia algún otro encuentro privado después de

la cena? —inquirió Giovanna.

—Sí. Con casi todos los invitados, incluido Nicholas Hartmann. En los banquetes resulta habitual que se aborden asuntos de negocios, lo cual, obviamente, se hace en privado.

—¿Es posible acceder a la biblioteca sin pasar por la mansión? —Julio había decidido soslayar el quién para centrarse en el cómo.

—En el muro hay portillo cerrado con llave —dijo el mayordomo —. La entrada de servicio.

—¿Y quién tiene la llave?

—Yo mismo.

—¿Existe alguna otra copia?

—Sí, la del señor Costantini. En cualquier caso, el muro no es muy alto. —El jefe de los criados se apresuró a añadir—: No resultaría difícil trepar por él.

Cuando alguien se ve amenazado, su cuerpo empieza a hablar por él. Tomasso comenzaba a intuir que él sería el primer candidato al tormento.

—Podéis… Debéis retiraros —le ordenó Julio, y cuando el mayordomo obedeció, se giró hacia la italiana—. ¿Dónde pudo el asesino obtener arsénico?

—La principal fuente son los sulfuros, rejalgar y oropimente, de color rojo sangre y amarillo dorado —dijo Giovanna—. Ambos pueden oxidarse para producir arsénico; un polvo soluble en agua, insípido, incoloro e inodoro: el veneno perfecto. Es posible adquirirlo en cualquier botica, pues se emplea como medicamento contra el asma, la tuberculosis y la diabetes. Incluso se usa como cosmético para blanquear la piel. El oropimente es un pigmento utilizado por muchos artistas, aunque, en su *Libro del arte*, Cennino Cennini nos advierte sobre su toxicidad.

—Para sintetizar el arsénico a partir de esos minerales, se requieren ciertos conocimientos.

—Que infinidad de personas poseen: alquimistas, médicos, perfumeros, boticarios, artistas e incluso alcahuetas.

—¿Cuándo pudo ser envenenado?

—Todo depende de si Costantini tomó una gran cantidad de arsénico de forma puntual o si fue una ingesta continuada en pequeñas dosis.

—Como Grünenwald.

—No parece ser el caso, a causa de las llagas en el estómago —señaló la italiana.

—Su Reverencia estaba en la segunda planta, preparándose un baño, como parte del rito de purificación —conjeturó Julio—. Devolvió en el suelo, trató de beber agua y, al hacerlo, rompió la botella. Tal vez gritase, mas nadie lo oyó. Cayó junto al brasero y, una vez muerto, sufrió la quemadura. Después, alguien, probablemente el asesino, movió el cuerpo hasta el hexagrama del suelo. Le arrancó la llave que llevaba al cuello y abrió la vitrina para robar la Vera Cruz…, y nada más. Ni siquiera la Verónica, que podría valer una fortuna. ¿Por qué? —Julio se acuclilló sobre la estrella de seis puntas del suelo y examinó la marca dorada del centro: el oro y el sol, junto a la letra tau, el símbolo de la cruz de Jesús. Pasó los dedos por el centro del sello de Salomón, y el pigmento dorado le impregnó las yemas—. La pintura aún está fresca.

—Los alquimistas creen que el oro es engendrado en las entrañas de la tierra a partir del azufre —reflexionó Giovanna, tras examinar la sustancia—. Oropimente, *auri pigmentum* o pigmento dorado: el sulfuro del que se obtiene el arsénico. Nuestro asesino sin duda posee un macabro sentido del humor.

En ese instante gimió la puerta y la mujer se sobresaltó. Julio se giró hacia la entrada en el momento en que irrumpía una figura espigada de ropajes negros, herrado a la usanza boloñesa, con una *spada da lato* y una daga. Su rostro cadavérico, sobre una muceta oscura en la que relucía un crucifijo, iba cubierto a medias por una máscara argéntea que parecía flotar entre las tinieblas.

—«La belleza del cuerpo sólo reside en la piel» —recitó el recién llegado, como si hablara desde un púlpito—. «Si los hombres vieran lo que hay debajo, la visión de las mujeres les daría náuseas».

—«… puesto que ni con la punta de los dedos tocaríamos a un

excremento» —prosiguió Giovanna—, «¿cómo podemos querer abrazar a un saco de heces?».

El diácono caminó hasta detenerse ante al cadáver del cardenal. La máscara le cubría la mitad siniestra de las facciones, bajo la cual se intuía la putrefacción de la sífilis. Sonreía, como si conociera vagamente el concepto, mas no las emociones implicadas en el gesto. Sus ojos acerados proyectaban una mirada penetrante que reptaba de un punto a otro, permaneciendo a veces fija sin motivo, como si tratase de extraerle sentido a la nada. Hasta que se clavaron en Giovanna como si fuera portadora de una corrupción física y moral. Avergonzado de sus propios deseos, dedujo Julio, e incapaz de asumir las consecuencias, culpaba a un ente externo, ya fuera la mujer, o a un numen demoníaco que lo tentaba. Algo más fácil de asumir que el que la lujuria habitase en su alma.

—¿Os interesa Odón de Cluny? —preguntó el clérigo enmascarado.

—En realidad no —dijo la boloñesa—. Pero me encanta esa expresión.

—¿Cuál?

—La de quien descubre a una mujer sabiendo más de lo que espera de ella —respondió Giovanna—. He abierto infinidad de cuerpos y ambos sexos somos iguales. —Le hizo un gesto hacia el cadáver que yacía sobre la mesa—. Su Reverencia Paolo Giovio os lo podrá confirmar, o podéis comprobarlo vos mismo…, si tenéis redaños.

Con una inclinación de la testa, la dama boloñesa saludó al obispo bajito y nervudo, vestido con una sotana negra y una muceta púrpura sobre el balandrán.

—Sí. Sois una hembra instruida —admitió el diácono—. Aunque os resultaría de más provecho que dedicaseis vuestro tiempo a buscaros un marido.

—No es mi deseo desposar con nadie.

—Vuestro deseo. —El religioso enmascarado ensanchó su sonrisa con un estirar de tendones—. «Hacia tu marido estará tu deseo y él

te dominará». Los deseos de una mujer como vos sólo pueden conducir al pecado. —Caminó ante ella, le acarició un mechón con el dorso de los dedos y se recreó en la sensual desnudez de su cuello, apenas cubierto por una gorguera de red dorada—. Hay algo turbador en ese encanto femenino. Algo perverso que ya estaba ahí cuando erais una niña. —Se retiró, satisfecho ante la turbación de Giovanna—. Un marido piadoso acallaría los rumores sobre vuestro malsano interés por los cadáveres.

—Sólo me interesa la ciencia.

—Pero la ciencia, tal y como vos la entendéis, nos lleva a cuestionarlo todo y, por tanto, es enemiga de la fe. Conduce al hombre a la soberbia, a creerse igual que Dios.

—En tal caso, no debéis preocuparos.

—¿Por qué?

—Porque no soy un hombre.

—Y por eso jamás saldréis de este laberinto, Ariadna. Los varones tendemos, aunque no siempre, a seguir los dictados de la fe y de la razón. Las mujeres no. Sois volubles criaturas de rebaño y establecéis la verdad a través de las emociones.

—«*Quid est veritas?*», dijo Pilatos.

—Dios es la Verdad. La Verdad que no necesita justificarse. La Verdad no tiene emociones, no siente amor ni odio. La Verdad no asigna culpas, no se preocupa de los sentimientos heridos. La Verdad simplemente es, y se encuentra en manos de la Santa Madre Iglesia.

—Guardaos las homilías para misa, Vuestra Paternidad —dijo el sevillano, hastiado de la perorata—. La labor de un juez o alguacil consiste en estudiar las evidencias racionales.

—Y por eso vos también fracasaréis, Julio de Castillo —respondió el diácono—. No buscáis una tela, un pedazo de madera, una calavera, una vieja moharra. Buscáis el rostro de Dios, su instrumento de martirio, los restos corpóreos del hermano de Pedro, el pilar de nuestra Iglesia y el arma que se impregnó del espíritu de Cristo. Para vos ¿cuál es la Verdad?

—La verdad es que la vida de un hombre suele condicionar su muerte. Si se acuesta con mujeres casadas, tal vez lo apuñale un cornudo. Si bebe demasiado, quizás su hígado reviente. La verdad, según mi experiencia, suele ser muy prosaica. Monseñor.

—Habéis renunciado a vuestra fe —concluyó el diácono— y aun así tenéis la respuesta ante vos. Estáis rodeado de reliquias, testimonios de la fe, y vuestra razón os fuerza a ignorarlas. Debe de resultar descorazonador.

—Al parecer, atesorar reliquias también puede serlo. —Con un ademán, Julio señaló la bandeja que contenía los órganos del cardenal.

—Así es —convino el diácono, escrutando a Giovanna—. Como bien dijisteis, entrar en determinados juegos puede resultar dañino. Tenedlo presente.

—Lo haré.

—Me temo que vuestra visita ha terminado. —El diácono les habló con mortal indiferencia—. Nos haremos cargo de la investigación…, y para ello contamos con la autorización de su reverencia Lorenzo Campeggio y don Hugo de Moncada. —Les mostró un documento plegado que exhibía la firma del virrey de Nápoles. El robo de las reliquias por los soldados imperiales suponía un delito bajo jurisdicción militar. El homicidio de un cardenal en el Borgo Vaticano, por el contrario, se hallaba bajo la autoridad pontificia.

Allí todo el pescado estaba vendido, y tuvieron que abandonar la torre marmórea bajo la atenta guía de Tomasso. Sólo cuando se reunieron con la escuadra de arcabuceros que custodiaba la cancela, Julio exhaló el aire que retenía en los pulmones.

—Debemos retirarnos —se excusó el sargento—. Órdenes de Moncada.

—Lo sé —asintió Julio, desalentado, y se giró hacia la mujer—. ¿Y ahora qué hacemos?

El capitán suspiró; una tempestad de dudas enturbiaba su razón. El cardenal Costantini había estado adquiriendo tesoros robados de

las iglesias para emplearlas en rituales nigromantes. Un escándalo y una traición a la Curia que tratarían de ocultar a toda costa. Campeggio, el delegado del sumo pontífice en Roma, habría tomado cartas en el asunto y Hugo de Moncada no pudo —o no quiso— negarse. La efímera alianza entre el papa Clemente y el emperador Carlos, dos de los príncipes más poderosos de la Cristiandad, dependía de que Julio lograse recuperar las reliquias mayores, una ardua tarea, en la que cada vez obraban más fuerzas en su contra y, entre ellas, el mismísimo diablo.

El rostro de Giovanna se había ensombrecido. Él intuía que ella pensaba lo mismo y deseaba decirle algo de enjundia. Durante un momento, ella guardó silencio, ensimismada, hasta que una vez más sus palabras le sorprendieron:

—¿Os gustan los macarrones?

VII

El día en que a Julio de Castillo le ordenaron recuperar las reliquias más sagradas de la Cristiandad y resolver el asesinato de un destacado miembro de la Curia, un crimen que amenazaba a la Iglesia católica y la paz en toda Europa, y la agente de la secretaría imperial con la que debía trabajar le preguntó si le gustaba los macarrones, la única respuesta a su alcance fue:

—¿Qué?

—Macarrones —repitió Giovanna—. En esta misma calle hay una hostería con los mejores macarrones de Roma. —Dado que Julio se mostraba dubitativo, decidió emplear la última baza a su alcance—: También tienen *tortellini in brodo*.

Desarbolado ante semejante oferta, el capitán no pudo más que asentir:

—¿Y por qué no?

Hallaron una mesa libre en una posada para peregrinos de alcurnia y se sentaron el uno frente al otro junto a la ventana. El vidrio anaranjado irradiaba una cálida luz sobre el rostro de Giovanna, y arrancaba destellos irisados en sus ojos verdes. Incómodo ante aquella intimidad forzada, Julio desplazó su atención, primero al mesonero y después al enorme plato de macarrones cortados en tiras y cubiertos con queso gratinado, manteca de cerdo y tajadas de probatura que sirvieron a la italiana.

—Así que esto es lo que describe Boccaccio —comentó—: una

montaña de parmesano con macarrones y *ravioli* en caldo de capón.

—Bolonia, además de como «la Docta», también es conocida como «*la Grassa*». —Giovanna tomó un sorbo de leche de almendras.

—¿Por sus macarrones a la boloñesa?

—¡No! El trigo del norte de Italia no es adecuado para los macarrones, que son típicos de Nápoles. Sin embargo, resulta excelente para la pasta fresca, como los *tagliatelle* o los *ravioli* de Bolonia. Jamás mencionéis los macarrones a la boloñesa. ¡Son un insulto a la cocina italiana!

—Procuraré evitar el tema —dijo el sevillano, y se centró en su modesto cuenco de pasta con judías, nabos y vinagre. Por su parte, Giovanna tomó unos macarrones con el tenedor y, tras impregnarlos en salsa, se los llevó a la boca con deleite.

—Mmm. Esto es un auténtico vicio —aseguró, con hilos de queso parmesano cayendo por sus comisuras—. ¿Seguro que no queréis?

—Cultivo una dieta moderada; no mezclo alimentos gruesos con leves, y procuro que se ajusten a mi carácter sanguíneo —comentó él abstraído—. No sé cómo podéis tener esa figura ingiriendo tanta grasa.

—Se acumula en los lugares apropiados —dijo la italiana con un encogimiento de hombros.

—Ya me he dado cuenta, y no he sido el único. ¿Quién era ese lunático?

—Antonio Malfatto, un referendario de la Segnatura di Giustizia, y perro faldero del cardenal Franciotto Orsini.

El tribunal supremo de la Curia, un nombre susurrado con temor. El cargo de juez oreferendario era codiciado por quienes aspiraban a ejercer autoridad en el brazo ejecutor de la Iglesia. No era un puesto para pusilánimes, y, desde luego, Malfatto no parecía serlo.

—Un fanático —concluyó Julio—, con competencia sobre cualquier homicidio cometido en el Vaticano tras el conocimiento *per inspectionem oculorum*. ¿Quién era el otro?

—Paolo Giovio, secretario y médico privado del papa Clemente;

un hombre docto donde los haya —respondió ella más seria—. Estuvo junto al pontífice durante el Saco y después marchó a la isla de Ischia, para alojarse en casa de Vittoria Colonna, mi antigua señora. Dicen que redacta una crónica sobre las guerras de Italia, donde españoles y franceses no salen muy bien parados.

—¿Cuáles son sus lealtades?

—Giovio formó parte de una embajada pontificia para intentar atraer a Venecia al bando de los Habsburgo. Dadas sus simpatías hacia el emperador Carlos, vio con desagrado la creación de la Liga de Cognac. —Giovanna tomó un pedacito de pan y se lo llevó a la boca—. Imagino que hará una nueva autopsia a Costantini.

—Si en verdad es tan influyente, ¿por qué se encarga de una tarea tan mundana?

—Ha publicado un tratado sobre venenos: cicuta, eléboro, beleño, acónito, *scamonea, pietra infernale, polvere di Cesare Borgia…* Es todo un experto y ha ensayado con diversas panaceas, como la piedra de bezoar, o la triaca, unos remedios contra cualquier ponzoña. Hará tres años, el papa Clemente le entregó a dos condenados a muerte para que probara el antídoto de un tal Gregorio Caravita. A ambos les dieron un mazapán emponzoñado con acónito. Un reo recibió el antídoto y sobrevivió. El otro pereció tras varias horas de agonía. Giovio realizó otra prueba con arsénico y el óleo de Caravita también funcionó. O eso dicen.

Gesticulaba mientras el sol resplandecía en su cabello negro. Julio estudió sus dedos, delgados, con dos grandes anillos de plata en cada mano y cuatro piedras astrales: ágata, aguamarina, lapislázuli y ópalo negro. Después, su atención se desplazó hacia el rostro. Una cicatriz, apenas cubierta con afeites, recorría el ceño en diagonal, e imaginó a una niña tropezando en las luminosas callejuelas de una aldea napolitana. ¿Qué le hizo abandonar el sur de Italia? ¿Cómo había adquirido esa exquisita educación una simple aldeana? ¿Cómo entró a formar parte del espionaje imperial? Quiso obtener alguna respuesta:

—Si el papado cuenta con un antídoto, pudo utilizarlo para

envenenar a Costantini y recuperar las reliquias. Una solución discreta, muy a la italiana. —Julio dejó caer tales insinuaciones y escrutó la expresión de su acompañante, sin lograr arrancarle más que un leve parpadeo.

—No deis crédito a las malas lenguas —le advirtió Giovanna—, como esos embustes sobre Lucrecia Borgia. El envenenamiento por arsénico fácilmente puede confundirse con enfermedades muy frecuentes en Roma, merced a la pésima agua del Tíber, como la disentería o el cólera. El odio viejo entre linajes resulta feroz, cualquier muerte repentina se achaca a los rivales y los libelistas se frotan las manos. En lo único en que todos coinciden es en el odio al extranjero. Los Médici, los Sforza, los Orsini, los Colonna… consideran los privilegios del Pontificado y del Colegio Cardenalicio como una *cosa nostra*. Los papas españoles, como Rodrigo Borgia, fueron vilipendiados con especial saña. Todo ello alimenta la paranoia. No es fácil emponzoñar el plato de un noble. Los protocolos son muy estrictos y, a veces, incluyen cualquier objeto que roce el cuerpo desnudo.

—¿En verdad sirve el cuerno de unicornio? —preguntó Julio—. Valen hasta diez veces su peso en oro.

—Hay quien se maravilla de que los unicornios sólo perezcan en las gélidas playas de Escandia. Otros aseguran que se trata del cuerno de una ballena ártica. Hace años, ayudé a mi maestro en Bolonia a elaborar una panacea y Giovanni Corrado Orsini nos prestó su alicornio. Tras sumergirlo en una disolución de arsénico, no vi que sudara o temblase; se lo di de comer a un perro y pereció en el acto. Según mi experiencia, contra el veneno tampoco son útiles los anillos de esmeralda y los platos de oricalco. La nueva ciencia se basa en la comprobación empírica de cualquier premisa, en cuestionar cualquier creencia establecida.

—Como el alguacilazgo, aunque tal opinión no esté muy extendida.

Giovanna asintió, mordiéndose el labio.

—¿Qué creéis que hará Antonio Malfatto? —le preguntó.

—Interrogar a los criados. Sin duda averiguará que Su Reverencia andaba en tratos con demonios y Giovio le confirmará que murió envenenado. No le será difícil deducir que, en la casa, alguien oculta algo, y podrá recurrir al tormento. Me temo que el bueno de Tomasso pasará una noche ajetreada. Treinta criados y un maestresala envidioso: demasiados para guardar un secreto.

—El mayordomo ocultaba algo —convino Giovanna—. ¿Creéis que alguno hablará?

—Creo que alguno pensará que alguien ya ha hablado. Las rencillas entre la servidumbre harán el resto.

—¿Tratarán de igual modo a Elisabetta?

—Dado su oficio, resulta de lo más probable. En Italia, la *publica fama* supone la piedra angular del sistema probatorio. En especial si consiste en un delito grave, el sospechoso es de condición infame y existen indicios que lo inculpen.

—Una romería de torturas —concluyó la mujer tras depositar los cubiertos sobre la mesa—. No os veo muy preocupado.

—Mis inquietudes son de otra índole: ¿por qué el asesino de Costantini se llevó la Vera Cruz, y no el resto de tesoros sacros? ¿Para qué querría la Verónica un luterano como Grünenwald? Ambos homicidios sólo son un obstáculo para cumplir mi misión: recuperar las reliquias mayores.

—¿Sois siempre así de cínico?

—El alguacilazgo me hizo serlo —admitió Julio—. En Sevilla, no hay domingo o día festivo sin algún asesinato, y apenas hay ochenta alguaciles entre sesenta mil almas. Enjambres de proxenetas, valentones, falsos mendigos, charlatanes, vagabundos, capeadores y salteadores campan a sus anchas, pues pasan de tres mil los burdeles y de trescientas las casas de juego. Las leyes para restringir las armas en público sólo alentaron la creación de un gremio de sicarios. Todos los soldados ciñen espada, los rufianes se unen en cuadrillas y no hay noble que no pueda reunir a una veintena de parientes y criados armados. En Sevilla, no se ahorca ni se dan azotes a menos que al criminal le falten compadres, ni se le condena

a galeras a menos que estos carezcan de armas. Para apresar a un malhechor, se ha de reunir una gurullada como para tomar la ciudadela de Argel. Damián de Carmona sólo pudo ser apresado tras una batalla campal contra cien alguaciles. Después de ahorcarlo, lo despedazamos para clavar sus restos en la picota y advertir de las consecuencias de desafiar a la autoridad. Mas eso no basta. Las penas buscan la disuasión, y todo lo que no tiene coste supone una recompensa. Si un criminal no ha de pagar por su delito, el crimen escala, y la ley aumentará la brutalidad de las penas en consecuencia. Mas eso tampoco basta.

»En un juicio, nadie es declarado culpable a menos que ande falto de dinero y no pueda comprar a escribanos, abogados y jueces. Existen disputas entre el alguacilazgo hispalense y la Santa Hermandad de los concejos de Castilla. Y como la justicia ordinaria se muestra implacable, los soldados se acogen al fuero militar, los clérigos acuden a los tribunales eclesiásticos, los caballeros de las órdenes a sus respectivos consejos, los mercaderes a sus consulados… y los rufianes buscan refugio en suelo sagrado. No hay bastantes alguaciles, ni siquiera recursos para mantener las cárceles. De ordinario, la prisión de Sevilla alberga a ochocientos reclusos, y por ella pasan dieciocho mil al año. No hay dineros para financiar su estancia, y los pocos que existen suelen mermarse en corruptelas, así que los reos deben procurarse su propio sustento o, en caso contrario, perecer de hambre. Aun así, muchos viven mejor que sus guardianes. Hay celdas que se alquilan por quince reales al mes, y algunos guardias vigilan las letrinas para obligar a pagar a quien desee usarlas. Dudo que en Roma las cosas sean distintas.

—Resolvisteis dos célebres asesinatos —comentó Giovanna tras una pausa reflexiva—. Eso dijo el secretario imperial.

—También dijo que la gente común puede morir sin que a nadie le importe un ardite, pero con la nobleza la cosa cambia. En tales ocasiones no faltan el dinero ni los medios, y las jurisdicciones desaparecen como por ensalmo. No exageréis mis méritos. En los casos de Enríquez de Ribera y Soledad Fernández sólo pregunté a

los testigos y pude leer entre líneas. Eso es todo.

—¿Habéis torturado a alguien para obtener información?

—¿Os referís a mi antigua labor de alguacil, o a lo ocurrido durante el Saco? —Para su satisfacción, Julio percibió una repentina tensión en la mandíbula femenina.

—A lo primero —dijo Giovanna, mascando las palabras.

—En el reino de Castilla, el alguacil sólo busca pruebas y testigos. El interrogatorio está en manos del juez, quien dirige la investigación. Es el procedimiento habitual.

—¿La garrucha?

—O el potro, o el tormento del agua. Cada maestrillo tiene su librillo, decimos en España.

—¿Qué objeciones os despierta?

—¿Morales?

—De cualquier tipo.

—El problema más palmario es que el reo acabe confesando lo que el verdugo desea escuchar. En su manual para inquisidores, Nicolás Aymerich considera que el tormento no es un medio seguro de conocer la verdad. Hay hombres débiles que, al primer desconcierto, esto es, a las primeras vueltas de cuerda, confiesan incluso crímenes que no han cometido. En cambio, existen criminales, más fuertes y obstinados, que soportan en silencio los peores suplicios.

—¿Eso dice la Inquisición española?

—Dejaos de supercherías. —Esta vez fue él quien se mostró enojado—. En los reinos de España, el Santo Oficio limita la tortura más que cualquier tribunal laico de Europa. Sólo se aplica a uno de cada veinte acusados, durante no más de media hora, ante un galeno y sin derramar sangre. El tribunal de Toledo ha emitido veintiséis autos de tormento en casi cincuenta años: catorce reos condenados, diez absueltos, uno con sentencia incompleta y otro con suspensión de pena. Fueron las ciudades italianas quienes comenzaron a emplear la tortura en los procesos judiciales, tras una bula del papa Inocencio cuarto. En toda Europa, la *inquisitio* acabó

sustituyendo a la *accusatio* como procedimiento judicial para delitos graves. El sistema antiguo concebía el crimen como un asunto privado: la parte ofendida debía presentar los cargos y reunir las pruebas y los testigos, amén de pagar las costas. Y el juez podía recurrir a ordalías, en las que el veredicto se establecía por un combate judicial o tras sumergir la mano en agua hirviendo… En el nuevo sistema, por el contrario, los jueces pueden actuar de oficio y contrastan testimonios y evidencias racionales.

—No parece un mal canje.

—El riesgo ha sido sustituir un modelo tripartito, en el que el acusador y el acusado presentaban sus alegatos ante un juez, por otro en el que el juez es capaz de asumir los papeles de investigador y de fiscal y, en la práctica, puede forzar al reo a confesar unos cargos que él mismo ha elaborado. Por tales razones, los juristas más reputados, como Guillermo Durando, aconsejan establecer restricciones al procedimiento inquisitorial de oficio.

—¿Cómo evitar ese interrogatorio dirigido?

—Me reservo información que sólo puede conocer el asesino. Es el único modo de validar una confesión.

—Os importa la verdad.

—Sí.

—¿Como una cuestión ética, movido por un sentido elemental de justicia, o por mero prestigio profesional?

—Mi trabajo consistía en torear con la luna —respondió Julio, y al percibir su desconcierto, añadió—: Es una frase hecha, de Sevilla. En San Bernardo, los mozos ensayan quiebros y pases ante el público y las autoridades. Allí te juegas la honra y te juegas la vida. El qué dirán. Algo muy distinto a entrar en una dehesa de noche, sólo tú y el toro. Allí no hay nada que te obligue…, salvo tu amor propio.

Su mente evocó la sonrisa de Álvaro de Sessa. Decían que los sevillanos se asemejaban a los trebejos del ajedrez, pues los había tanto negros como blancos. En las gradas de la Catedral, y en la plaza de San Francisco, se vendían esclavos traídos de Guinea para servir como criados, porteros, curtidores o albañiles. Álvaro era el

vástago de una sierva del conde de Cabra y, en las celebraciones del Corpus, cantaba con la Hermandad de los Negros de Triana. Recordó una noche en la que, con apenas catorce años, juntos fueron a torear con la luna. Cruzaron a nado el Guadalquivir, hasta la dehesa de La Tablada, y, desnudos, despertaron a un bravo para ensayar quiebros y recortes y después regresar a Sevilla, tiritando, al filo del alba. Julio recordaba llamar al toro de frente, salir a su encuentro y cortarle el viaje ganándole la cara, una vez tras otra, y Álvaro, una grácil sombra que desafiaba a la muerte astada bajo una luz de plata.

—Os gusta forzaros hasta el límite —concluyó Giovanna.

—La verdadera naturaleza de alguien sólo se revela bajo presión.

—¿Lo estáis haciendo conmigo? ¿O es que, sencillamente, no os gusto?

—A veces me pregunto por qué las mujeres tenéis tanta necesidad de gustar. ¿Vuestro valor depende en la aprobación masculina? Por supuesto, no. Habéis perfeccionado el arte de mostraros bella, sin que parezca que os importa vuestra apariencia, de exhibir vuestro afilado intelecto sin que resulte una amenaza para el frágil ego masculino. Os sabéis más docta que la inmensa mayoría de hombres, pero, en el fondo, necesitáis su validación. No podéis evitarlo, os han educado para ello, y eso también lo sabéis. Debe de resultar frustrante.

—No me habéis presionado lo bastante como para dignificar vuestra opinión con una respuesta —respondió ella con mortal indiferencia, y Julio quiso cambiar de tercio:

—¿Qué conclusiones habéis alcanzado?

Taciturna, Giovanna se limpió los dedos con la servilleta antes de contestar:

—Detrás de todo esto hay algo más que un robo con homicidio.

—La Vera Cruz ha desaparecido —objetó el capitán.

—En el gabinete de Su Reverencia había decenas de bienes sacros por los que el asesino podría obtener más dinero, como la Verónica que os guardáis. ¿Por qué no llevárselos?

—Tal vez tenía prisa y sólo pudo guardarse el pedazo de madera. Fray Guillermo de Ockham estableció que la explicación más simple suele ser la más probable.

—Poco hay de simple en estos crímenes —dijo Giovanna—. ¿Soléis juzgarlo todo por su aspecto exterior?

—En vuestro caso, me atrevería a hacer una excepción.

—¿Es eso un cumplido?

—No. Proseguid.

—El asesino es una persona erudita que, obviamente, conocía a las víctimas: sabía dónde ocultaban sus tesoros, y, en ambos casos, les hizo un cínico homenaje póstumo. Posee conocimientos de farmacología, además de anatomía o esgrima, como evidencia la puñalada letal de Grünenwald. No actuó movido por la pasión o la ira: cualquiera que fuese el modo de envenenarlos requirió paciencia, ingenio y un cierto desapego. Si un asesino siente remordimientos, puede ocultar o dignificar de algún modo el cadáver; si alberga algún odio hacia la víctima, suele producirse algún ensañamiento. Esto último tal vez ocurrió con el alemán. Eso es todo, al menos por mi parte.

—¿El asesino? —inquirió Julio—. ¿Asumís que fue un hombre?

—Colgar a Grünenwald del árbol y cargar con Costantini requieren fuerza.

—En el caso de Su Reverencia, tenemos una amante necesitada de plata que pudo engatusar a algún criado. Las rameras y las alcahuetas mercadean con cosméticos que incluyen arsénico. El veneno es un recurso muy femenino, un modo artero de matar, basado en la manipulación y el engaño. Una esposa maltratada, una amante despechada… He visto docenas de casos.

—Tenéis demasiadas ideas preconcebidas sobre las mujeres.

Julio apartó el plato vacío y se apoyó en el respaldo para escrutar a la italiana.

—Lleváis un atuendo muy por encima de vuestros posibles —comentó el hispalense—, elegante, pasado de moda, inadecuado para diseccionar cadáveres. Para vos esta misión reviste una especial

relevancia. Tenéis buena mano con la costura; ¿fue vuestra madre quien os enseñó? Imagino que las sedas son retales, piezas sobrantes, tal vez un obsequio de vuestra antigua señora. Cuánta generosidad por su parte. Abandonasteis la aldea para servir a los Colonna y, durante años, habéis comido de las sobras, marginada en los banquetes; lo único que alimentasteis fue vuestra ambición. Asistíais a las clases de vuestra señora para después practicar a escondidas, en vuestro cuarto, hasta adquirir esos exquisitos modales. Contemplar todo ese lujo a diario, sin poseer nada en realidad, ha de ser frustrante, ¿verdad? Igual que Elisabetta. ¿No creéis que eso pudo inducirla a cometer un crimen tan atroz?

El rostro femenino había palidecido a pesar de que su mirada esmeralda no se había movido ni un ápice. Julio se recreó en el momentáneo placer de ponerla en apuros.

—Capitán de una compañía española, héroe de Pavía, antiguo alguacil —dijo la boloñesa.

—No puedo ni imaginar cómo habéis podido averiguarlo.

—Es sólo el comienzo —señaló ella—. ¿Puedo entrar en vuestra vida íntima sin ofenderos?

—No lo sé. ¿Podéis?

—Capitán por carta antes que por canas. —A Julio le sorprendió que empleara esa expresión militar—. Primogénito de un rico hidalgo, que hubo de huir de Sevilla por algún entuerto. ¿Cómo voy de momento?

—Demasiado bien.

—Aficionado a la lectura, acosado por las deudas, con una madre que os ama y un padre que os ignora. Tenéis una vieja herida en el hombro izquierdo, y otra un palmo más abajo, en lo más hondo, que también tratáis de ocultar. Fuisteis rechazado por alguna dama y vuestra experiencia venérea se limita a las pendangas, lo cual ha fraguado en vos una imagen muy desfavorable de la feminidad. ¿Me equivoco en algo?

El comentario hizo que Julio bajara la vista hacia sus dedos ennegrecidos por la tinta, y ocultó la medalla de la Virgen que

pendía de su cuello. Permaneció un buen rato en silencio y ella apartó la mirada, en un recato fingido, para esconder su sonrisa.

—No soy el primogénito de un rico hidalgo, sino el bastardo de un marqués —dijo al cabo—. Respecto a…

—Vamos, Julio. Sólo bromeaba. Es imposible que una aldeana como yo pueda deducir todo eso, ¿verdad? —Giovanna sonreía—. ¿Tenéis alguna idea de cómo continuar las pesquisas?

—El nexo común entre ambos crímenes es el interés del difunto por las reliquias. Debemos tirar de ese hilo: Malfatto estará pisándonos los talones y *esto* —mostró el libro con el registro de la colección de Costantini— será nuestra única ventaja. Esto y lo que averiguamos en casa de Grünenwald.

—En tal caso —concluyó la italiana—, tenemos una visita pendiente.

No había nada más que decir, y Julio dejó que su vista vagara a través de la ventana, más allá de las gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal.

Soplaba un gélido Bora en el *disabitato*, desierto salvo por un puñado de labriegos que atendían los huertos entre las colosales ruinas del Foro romano. Era una vaguada, situada más allá del Campidoglio, que, siglos atrás, había sido el corazón de un inmenso imperio que se extendía por tres continentes. Ahora llamábase Campo Vaccino, a causa del ganado que pastaba entre los vestigios de un pasado glorioso; bajo los arcos de triunfo, sepultados hasta casi la mitad de su alzado, las reses se apiñaban para refugiarse de la lluvia. Entre las montañas de escombros y las arboledas surgían tres columnas ciclópeas del templo de Saturno, coronadas por frisos marmóreos suspendidos milagrosamente en el aire. Cabalgaban Julio y Giovanna ante al arco triunfal de Septimio Severo cuando una minúscula cripta de mampostería llamó su atención.

—El *Umbilicus urbis* —le explicó la boloñesa, acariciando a su yegua torda—. De antiguo, considerado el centro del mundo.

La italiana continuó ponderando la ruinosa grandiosidad de la Ciudad Eterna, pues parecía conocer hasta el último resquicio de aquella urbe sepultada. Pasaron ante un derruido muro de piedras, y le explicó que se trataba de la Rostra, la tribuna desde donde antaño los magistrados se dirigían al pueblo. A medida que atravesaban la antigua vía Sacra, un terreno baldío cubierto de malas hierbas y sembrado de desperdicios y escombros, el arco de Tito, con su ático cubierto de hiedra, se volvía más imponente. Bajo su arcada, el capitán detuvo a su semental retinto para admirar la inmensa mole que se alzaba ante ellos.

—El Coliseo, anfiteatro y lugar del martirio de los primeros cristianos —le explicó Giovanna—. Hoy pertenece a la Cámara Apostólica y la Confraternita del Santissimo Salvatore.

Bajo las gradas cubiertas de encinas, el gigantesco anfiteatro había quedado sepultado por el tiempo. Una cuadrilla de peones desmontaba lajas y sillares marmóreos para cargarlos en carretas; despojos para edificar nuevos palacios o alimentar los hornos de cal. Los vomitorios se habían convertido en cavernas que daban cobijo a todas las manifestaciones imaginables de la miseria humana. En los días antiguos, sus arcos, llamados *fornices*, dieron origen a la voz «fornicar», y se diría que en un milenio poco había cambiado: mancebas escuálidas y ancianas desdentadas vendían su cuerpo a cambio de un pedazo de pan.

—Permaneced fuera —dijo Julio, tras desmontar del caballo, y el rostro de Giovanna se contrajo de disgusto ante tal petición.

—No.

—Hablo en serio —insistió el capitán—. Puede ser peligroso.

—No podéis darme órdenes. ¿Quién os creéis que sois?

—¿Que quién soy? —Él rio entre dientes—. Soy quien debe manteneros a salvo. ¿Qué tal si os sentáis ahí mismo y no hacéis nada? Le diré a Juan Pérez que habéis estado estupenda.

—¿Olvidáis quién ha de informar al secretario?

—Está bien —refunfuñó Julio—. Por cuenta y riesgo de vuestra merced.

Se adentraron en las entrañas de la catedral de una cultura del espectáculo extinta, a través de un corredor abovedado de sillares enlucidos con una pátina de moho. Todas las tabernas romanas mercantilizaba su decadente pasado; aquel tugurio no suponía una excepción, y un tosco rótulo proclamaba su nombre: «*In bocca al lupo*».

Tras dejar las monturas en las cuadras, se adentraron en la mugrienta bodega entre una siniestra sinfonía de risas zafias y conversaciones susurradas. La selecta parroquia, apiñada en torno a una humeante chimenea, estaba compuesta por toda una ralea de indeseables: sicarios, salteadores, proxenetas, sodomitas, poetas, sacristanes y mendigos. Giovanna tuvo que abrirse paso ante sus miradas tratando de fingir indiferencia. Julio se apoyó en la barra, ante cientos de botellas polvorientas, y sopesó los méritos de cada una.

—Un vino Frascati y una leche de almendras —demandó en su mejor italiano.

Si las miradas pudieran matar, Giovanna habría agonizado ante el despiadado escrutinio del selecto elenco de rameras, pastoreadas por un rufián de jubón acuchillado, daga al cinto y calzas ajustadas y rellenas de paño en la bragueta para mayor lucimiento. El alcahuete se arrimó a la boloñesa, que sonrió, gélida, ante sus ojos voraces.

—Me llamo Gennaro Bacigalupo —dijo el verriondo en un resonante dialecto lombardo—. No os había visto antes por aquí.

El brillo nacarado de sus dientes resaltaba sobre su negra barba, y entre ellos relucía un incisivo dorado.

—Eso es fácil de explicar —contestó Giovanna, consciente de que Bacigalupo no contemplaba a una mujer, a un ser humano, sino a una mercancía.

—Ha venido conmigo —dijo Julio, y depositó la diestra sobre el pomo de la espada.

—No importa con quién viene, sino con quién se va. —Bacigalupo apoyó una manaza en la pared, sobre el hombro de la boloñesa, y la disparidad física entre ambos se hizo palmaria.

—El triángulo femoral —masculló Giovanna—. Una abertura entre los músculos sartorio y aductor largo que deja expuestas la arteria y la vena femorales. A un pulso ordinario, cada setenta y cinco latidos pasan por ellas cuatro *fagliette* de sangre. Basta un leve corte en el tejido subcutáneo, profundo como la yema de un dedo, para expirar sin tiempo ni de pronunciar un padrenuestro.

La mirada de Julio se deslizó hacia abajo, y vio un *stiletto* apoyado a una pulgada de la ingle del artabán. Centelleaba el metal desnudo, perversamente afilado, y los ojos del rufián estaban muy abiertos, la respiración se le había atascado en la garganta. El acento toscano de Giovanna se había esfumado, y una mirada muerta afloraba en sus ojos verdes. Comprendió Julio que estaba dispuesta a matarlo. El valentón también lo supo y una mancha oscura se extendió por su entrepierna bajo el relleno, al tiempo que sus groseras facciones se descomponían como manteca orillada al fuego.

«*La verdadera naturaleza de alguien sólo se revela bajo presión*», le había dicho Julio esa misma mañana. Esa dama ingenua poseía un filo oculto, e intuyó el contenido de sus cuatro anillos de gemas.

—*Ma vaffanculo, pezzo di merda* —susurró Giovanna entre dientes; Bacigalupo reconoció el tono de voz y asintió justo antes de marcharse. Ella se giró hacia el español—: Gracias por no intervenir. —Guardaba la daga en la bolsa y había recuperado la sonrisa en su rostro aún ruborizado.

—Veo que podéis apañaros sola —respondió Julio—. Vamos. Creo que es ese de ahí.

El colmenar de avispones de Mosse les había reseñado, previo pago, los lugares que frecuentaba Francesco Malavita, el mediador de Su Reverencia en la adquisición de reliquias. Un joven artista de origen griego, apuesto y delgado, que exhibía unos ropajes de calidad del peor modo posible: demasiadas cadenas de oro, demasiados botones abiertos. Sórdido incluso en aquel lugar, lo cual era un logro. Acomodado ante una mesa bajo un tragaluz, mantenía una acalorada charla con un rústico de barba desaliñada, alquicel

raído, uñas sucias y ropa zurcida.

—Sé lo que hacéis con mi mercancía —decía el labriego—. No soy un necio.

—Lo que yo haga con ella, después de pagarla, no es cosa de vuestra merced —respondió el galán con mortal indiferencia.

—Me paso el santo día destripando terrones; merezco una parte.

—Está bien. ¿Cuánto?

Reflexivo, el ganapán se relamió los labios.

—Diez *baiocchi* por pieza.

—Hecho.

—No, esperad. Que sean veinte.

—Anda y que os den por el sieso. Ya me buscaré otro.

—Está bien… Diez.

—Siete y una jarra de vino. —Los ojos de Malavita brillaron de diversión mientras lo escrutaba de pies a cabeza.

—¿Qué? —gruñó el campesino—. ¡Ni hablar!

—Pues nada, buscaos otro comprador.

—Está bien. —El labrador tomó la bolsa que el griego le ofrecía y se marchó refunfuñando.

Sin mediar palabra, Julio y Giovanna se acomodaron en torno a la mesa. Las tablas, pegajosas como una noche de verano, se adhirieron a las manos del sevillano cuando las apoyó sobre ellas.

—Mi nombre es Julio de Castillo.

—Soy Francesco Malavita, aunque todos me llaman «*Il Greco*». —El artista hablaba sin mirarlo; toda su atención se concentraba en su acompañante—. ¿En qué puedo ayudar a vuestras mercedes?

—Me llamo Giovanna Inverno. —Ella no se inmutó ante su atento escrutinio.

—Tenéis un bellísimo perfil —declaró el artista—. Una perfecta estructura ósea…, delicada y femenina. Me encantaría retrataros.

—¿Acaso vuestra merced es pintor, señor Malavita? —le preguntó Giovanna.

—Ciertamente lo soy.

—¿Utilizáis oropimente? —continuó ella.

—¿A eso habéis venido a hablar? ¿De pigmentos?

—No. De Paolo Costantini —intervino Julio—. ¿Lo conocéis?

—Hemos coincidido en alguna ocasión —respondió el pintor con cautela, girándose hacia él—. ¿Cómo se encuentra?

—Muerto. Tal es el motivo de nuestra visita —dijo Julio—. Soy capitán del ejército cesáreo y el santo padre nos ha encomendado la tarea de indagar en el crimen.

—Lamento oírlo —masculló Malavita—. Su Reverencia era un buen hombre. Aunque no entiendo cómo puedo serles de utilidad en un asunto tan trágico.

—Tal vez esto se lo explique a voacé. —De la bolsa, Julio extrajo el libro del cardenal—. Es el registro de la colección de reliquias de Costantini. Hace unas semanas, adquirió la Vera Cruz de la basílica de San Pedro por mediación de un tal F. M. La noche antes de que hallaran el cadáver cenasteis con él en su casa…, y la madera sagrada ha desaparecido.

—Está bien, está bien —dijo Malavita—. Sí, cierto, hacíamos negocios y acudí a la cena. Soy un pintor fracasado: jamás he vendido un cuadro. Trato con arte y cosas viejas, cuanto más viejas, mejor. Mi trabajo consiste en encontrar pinturas en los desvanes, esculturas entre las ruinas. Mis hallazgos suelen acabar en manos de gente adinerada, como Paolo Costantini, o en algún refinado bazar del *rione* Ponte.

—Y, a raíz del Saco, ese comercio estará en alza. No os habrá resultado difícil medrar en él siendo alguien tan bien dotado en las artes. —El antiguo alguacil había decidido emplear la vanidad del artista como cebo, para tirar del sedal en el momento oportuno.

—En efecto. Adquirí algunas reliquias en los mercados del Borgo —admitió Malavita—. Mas con la Vera Cruz sólo fui un mediador.

—¿Cómo llegó a vuestras manos?

—Eso no es algo que se diga así como así —declaró el artista—. Mi trabajo consiste en saber quién está interesado en qué cosas y quién podría tenerlas. Compro barato y vendo caro. Si ambas partes se conocieran, prescindirían de mí. Mas, en esta ocasión, el precio

era demasiado alto para mí y sólo hice de intermediario, llevándome una comisión, por supuesto.

—¿Quién fue el vendedor?

—*Il Capo delle reliquie* —dijo Malavita, e hizo una pausa. Era evidente que pretendía mentir; luego suspiró, reelaboró el embuste, no le agradó el resultado y se dio cuenta de que no tenía más remedio que decir la verdad—: Wolf Dietrich von Hohenems, un capitán lansquenete. Un muchacho ambicioso y de gustos caros que emplea sus contactos entre los mercenarios imperiales para obtener bienes saqueados, que después revende.

—¿Podría tener algún motivo para atentar contra Su Reverencia?

—No, de ningún modo. Ni siquiera se conocían. Nunca le dije al alemán quién era el comprador, ni al cardenal quién vendía. Jamás revelo tal información.

—¿De qué modo os iniciasteis en semejante mercadeo? —preguntó Giovanna.

—Hace cinco años entablé amistad con algunos buscadores de curiosidades —dijo Malavita—. Cada año, acuden a Roma cientos de jornaleros para trabajar en el *disabitato*, y, al arar la tierra, encuentran antigüedades que después venden por una bagatela. Me hice popular entre los vendimiadores. Entre otros tesoros, obtuve la escultura de un delfín, un camafeo de Hércules y una medalla de bronce con la testa de Júpiter. Aparte del lucro que obtuve gracias a este trueque, logré tejer una red de contactos en la Curia.

—¿Habéis hecho negocios con Rudolf Grünenwald? —Julio percibió una vaga inquietud en el artista cuando pronunció ese nombre.

—Sí, tiempo ha, en un par de ocasiones. Buscaba libros de historia y le vendí una edición antigua de la *Germania*, de Tácito. Mis principales clientes han sido el cardenal Costantini, un banquero florentino llamado Edoardo Strozzi y Nicholas Hartmann, el delegado de los Fugger en Roma.

El capitán se aclaró la garganta. Aquella revelación confirmaba quiénes habían sido los principales beneficiados en el mercadeo de

reliquias y antigüedades durante el Saco. La facilidad con la que había obtenido sus nombres sugería que, al menos con ellos, Malavita no tenía nada turbio que ocultar.

—¿Mantenían Hartmann y Grünenwald algún tipo de relación? —preguntó Julio.

—Ahora que lo decís, sí, ambos se conocían. Empero, mi actividad depende de la mutua discreción. Nunca hablé con ellos de mis otros negocios, ni ellos me contaban los suyos.

—Explicadme cómo alguien tan humilde como vos se ha ganado el favor del cardenal Costantini. —De este modo, el capitán inició el asedio final a la plaza.

—Su Reverencia organizaba tertulias frecuentadas por artistas, a las que acudí varias veces como invitado. Un día, me presenté en la casa con una pintura de Masaccio. Su amante, Elisabetta, se acercó para admirarla y, a diferencia del cardenal, enseguida reconoció su valor: «¡Dios mío! ¿Dónde la encontrasteis?». Una pregunta retórica, pues nadie, en este negocio, os lo dirá. Costantini quiso saber quién era Masaccio. No podía creer que no lo conociera, ya que es un pintor legendario. Le expliqué que había pintado una treintena de cuatros y se rumoreaba que existían varios perdidos…, como el que había hallado en el trastero de un sombrerero ascolitano. Los ojos de Costantini adquirieron un brillo depredador y me pagó cuanto pedía.

—Además de servirle de intermediario —inquirió el capitán—, ¿cuál fue la naturaleza de vuestra relación?

—Las antigüedades son un negocio muy especializado y se ha de ser un experto, o contar con uno de confianza, para no ser estafado. Su Reverencia creyó que yo podía ser el suyo. Solicitó informes sobre mi persona y supo que, después de trabajar en el taller de Rafael, durante algún tiempo formé parte de los *pictores veronicarum*, un gremio autorizado por la Curia para realizar copias de la Verónica. Costantini me encargó una réplica de este lienzo sagrado y quedó tan satisfecho con el resultado que me ofreció ser su mediador.

—¿Os referís a la Verónica que guardaba en su gabinete? —intervino Giovanna.

—Sí, diría que sí. Su Eminencia era muy desconfiado, jamás me permitió entrar. En cualquier caso, a partir de entonces, comencé a visitar gabinetes y colecciones privadas. Evaluaba las piezas, y, si realmente eran valiosas, negociaba en su nombre.

—Nadie mejor que un artista u orfebre para averiguar si una pintura o escultura es una creación moderna —añadió Julio, decidido a dorarle la píldora.

—Sí, pero no. La lógica sugiere que, en efecto, cuantos más expertos haya en el mercado, menos antigüedades falsas existirán. La realidad demuestra justo lo contrario: a menudo los expertos se convierten en falsarios, o cobran comisiones por dar gato por liebre, según su acomodo. Cuando se trataba de pintura, Elisabetta era quien de verdad sabía lo que tenían entre manos.

—El interés de Costantini residía en las reliquias —conjeturó el sevillano.

—Es un mercado muy extravagante. Negocias con meapilas, o apasionados a la demonología y chaladuras semejantes. Nunca supe qué hacía Costantini en su gabinete con los tesoros sacros. Hay tres clases de coleccionistas: los que lo hacen por pasión, los que lo hacen por dinero y los que no pueden evitarlo, porque llevan el mercadeo en la sangre. Su Reverencia era del primer tipo, Hartmann es del segundo y Strozzi del último: pasión y una gran dosis de codicia. Para él todo es negociable, y todo encuentro, el preludio de algún trato, de un esto por aquello.

—Nicholas Hartmann, el delegado de los Fugger en Roma —murmuró Julio—: ¿adquiere reliquias, obras de arte o antigüedades?

—Un poco de todo. Veréis… A quienes compran por interés sólo les importa el precio, es decir, cuánto podrán sacar después. Los amantes del arte y las antigüedades, por el contrario, siempre buscan algo en concreto: las obras de algún maestro, las reliquias de algún santo. Con ellos siempre trabajas por encargo. Su Reverencia estaba obsesionado con los grimorios y los restos de Jesús de

Nazaret. No poseía el menor gusto o comprensión por el arte, pero Elisabetta es una apasionada de la pintura, y él se limitaba a seguir su criterio.

—Es difícil concebir que una cortesana hubiese adquirido tal destreza e interés.

—Hay quien dice que el teatro de la plaza de San Marcos es el burdel más caro de Venecia. Elisabetta trabajaba como actriz, y, gracias a su atractivo, logró medrar en una célebre compañía. Así conoció a Tiziano y le sirvió de modelo para alguno de sus cuadros: la *Mujer ante el espejo, Salomé, Venus Anadiómena…* De este modo se aficionó a la pintura. Un bagaje que le resultó sumamente útil en Roma, donde comenzó a frecuentar tertulias de artistas. Solía ir acompañada por una meretriz española, Aldonza, una experta en hechicerías. A través de ella conoció a Su Reverencia, quien quedó prendado de su belleza, saberes y encanto. Cuando las charlas en casa de Costantini pasaban de las reliquias a las bellas artes, él perdía cualquier interés y ella se mostraba entusiasmada. Hablábamos de los grabados de Andrea Mantegna, de las técnicas de fundición de Cellini o del *stiacciato* de Donatello. La residencia del cardenal se convirtió en mi segundo hogar.

—¿Desde cuándo mantuvisteis una aventura con Elisabetta y empezasteis a estafar a Costantini de mutuo acuerdo? —preguntó Giovanna, implacable, que también había leído entre líneas. Por vez primera, el aludido agitó la testa, aturdido ante el repentino golpe.

—Eso no duró demasiado —admitió Malavita—. Puede haber mujeres bellas y mujeres felices, pero nunca hallaréis una que sea ambas cosas al tiempo. No saben serlo; el atractivo alimenta su ambición. Para una hembra tan agraciada como Elisabetta, la felicidad es un estado antinatural: nadie es lo bastante rico o lo bastante apuesto para ella. Siempre ocurre lo mismo. Te enamoras de una mujer, descubres su carácter y, cuando te ves incapaz de contentarla, piensas que has tenido mala suerte. Buscas otra, pensando que con ella será distinto. Y cuando el amor se agota del mismo modo, descubres dónde reside la tragedia. En fin… Nuestra

relación acabó como un simple acuerdo comercial: yo le presentaba una pieza a Costantini, ella la tasaba por encima de su valor y después yo le entregaba una parte. Quién puede culparla. Una cortesana vive de su belleza y necesita unos ahorros para cuando esta se marchite.

—Quizá ahora obtenga esos dineros —señaló Giovanna—. En la cena, Su Reverencia bebió de la botella que vos le llevasteis y, a la mañana siguiente, apareció muerto. Tal vez os pusisteis de nuevo de acuerdo.

—Una botella de vino de Falerno; una reliquia que descubrí en una bodega olvidada. —Malavita parecía irritado—. Un obsequio, una muestra de gratitud, del que ambos bebimos. Después nos despedimos y a la hora nona retorné a casa.

—Sí —asintió el capitán—. Los criados confirman vuestra salida hacia esa hora.

—Me alegro de que me crean. Espero haberos sido de provecho. —El artista se levantó de la mesa exhibiendo una sonrisa impostada —. Si me excusáis.

—Esto no es una despedida —le advirtió Julio, poniéndose en pie —. Sois un experto en reliquias; tal vez necesitemos vuestra ayuda.

—Trabajo con cosas viejas, no con cadáveres octogenarios. —Se apresuró a decir Malavita—. Os enfrentáis a gente muy poderosa, si os metéis en sus asuntos. —Cabeceó una negativa—. Diciéndoos esto ya he hecho bastante.

—En tal caso, no tendré más remedio que entregarle esto a la Segnatura di Giustizia. —El sevillano hizo un leve gesto aludiendo al registro del cardenal—. Y no os sorprendáis si recibís alguna visita desagradable: al fin y al cabo, tuvisteis los motivos y la oportunidad para cometer tan horrendo crimen. Antonio Malfatto os hará cantar con un acompañamiento de cuerda.

El rostro de Malavita había palidecido, y, al pasar a su lado, el capitán le dio una palmada en el hombro.

Abrieron la ajada puerta y les asaltó el hedor a orines, tierra empapada y podredumbre de las entrañas del anfiteatro en ruinas.

—Poco sacaremos en claro si recurrimos a algo llamado chantaje —le reprochó Giovanna.

—Tenéis razón. Necesitamos una palabra mejor. «Chantaje» suena tan vulgar, ¿no creéis? —Julio suspiró teatralmente—. Claro que podemos: nos hemos quedado sin más opciones.

Caminaron entre la decrepitud y el abandono de las bóvedas invadidas por la humedad, el agua pútrida y las ratas. El suelo era irregular y estaba colmado de cascotes y, más allá, en el otro extremo del vomitorio, relucía la claridad de la luna. El silencio poseía un timbre peculiar que penetraba en sus oídos y dejaba como legado un tenue silbido. Por instinto, el militar examinó el corredor y percibió un tenue soplo de viento que agitó el rótulo de la taberna. La noche estaba colmada de sonidos furtivos, y Julio sintió una presencia en las sombras.

Echó mano a la daga y apuñaló el aire a ciegas.

La realidad lo golpeó. En el costado izquierdo. Por un instante el dolor lo ofuscó; hizo una mueca y acuchilló de nuevo a las sombras. En los corrales de comedias, los villanos siempre desfallecen de un certero golpe de daga tras musitar un agónico «Muerto soy». En los arrabales de Sevilla, Julio adquirió la costumbre de contar las heridas de los cadáveres que amanecían en los callejones casi a diario: lo habitual eran diez o quince puñaladas antes de perecer. Román, su maestro de armas, le había enseñado dónde acuchillar a un estafermo. Los buenos esgrimidores sabían más de anatomía que la mayoría de galenos.

Cuando Julio acuchilló a su agresor en la garganta, pudo darlo por muerto y se incorporó con torpeza. El mundo giraba en una visión deforme salpicada de líneas borrosas y puntos negros. Apoyó la palma de la mano contra la pared mohosa y tomó aire. Giovanna lo observaba preocupada; las náuseas le revolvían las entrañas.

—Podéis salir —dijo Julio, y después tosió.

En el pálido disco de entrada se recortaban tres recias figuras: Gennaro Bacigalupo, el rufián al que Giovanna había humillado, venía a cobrarse lo adeudado. Envalentonado por la presencia de

dos compadres, sus ojos crueles se clavaron en el capitán como si tomase las medidas de su ataúd.

—Mirad lo que vuestras mercedes han logrado con esa bravata —les dijo.

Al aproximarse, Julio se percató de la cinquedea que blandía: una espada corta, de estilo veneciano, con hoja de lengua de buey, muy apropiada para aquella angostura. Los otros dos rastracueros no andaban mal herrados: un *falcione* milanés y una daga de orejas.

—Tengo un cliente al que le encantan las morenas. —El rufián se dirigía a Giovanna—. Seréis un buen regalo… cuando los tres hayamos acabado con vos.

Soltó una carcajada estentórea y la caverna vibró con el timbre grave de su voz. Los gélidos ojos de Giovanna lo perforaron. El miedo anidaba en ellos, aunque lo ocultaba bien, concluyó Julio, que había visto a mil soldados intentarlo.

—Piensa bien lo que haces, *stronzo*. —Las palabras de Julio resonaron, sibilantes—. *Li mortacci tua*.

Bacigalupo rio, al comprender que pretendía atraer su atención, e hizo un gesto a sus acompañantes. El siseo de una hoja templada en el Cantábrico rasgó el silencio como una jaculatoria fúnebre. El peso de la espada, tan familiar en su mano, transmitió a Julio una seductora confianza:

—Soy un capitán del ejército imperial en una misión del papado.

Alzó el crucifijo con las llaves de San Pedro y se obró el sortilegio: las manos abandonaron los puños de las armas, dos sombras dieron un paso atrás. El rufián no tardó en imitarlos cuando el español caminó hacia ellos blandiendo espada y daga. Tal y como Julio había imaginado, el alcahuete no había sido honesto al reclutar a sus compadres. Desalentado, escupió al suelo cuando él se acercó.

—Si nos volvemos a ver, os mataré —gruñó el rufián.

—Lo sé.

A una velocidad endiablada, el hispalense dio un paso recto y luego un compás curvo. El medio tajo se inició con movimiento remiso para terminar con un ataque en reducción. Bacigalupo

trastabilló cuando dos codos de acero barrieron el espacio entre ambos, abriéndole un surco en el cuello. Durante un instante, miró a Julio con fijeza, estupefacto, antes de caer de rodillas, con las manos aferrándose la garganta. Quiso decir algo, mas el aire de los pulmones no llegó a su boca, y borboteó la sangre que manaba de la herida. Agonizante, se arrastró por el suelo, entre las tinieblas. Santiguándose, Julio le arrojó un limosnero y se giró hacia sus secuaces:

—Encargaos de que tenga un buen funeral.

Los matasietes echaron a correr como alma que lleva el diablo.

VIII

En la cuadra, Julio recompensó al mozo con un par de monedas. Las manos de Giovanna temblaban cuando le entregó las riendas. Sus miradas se cruzaron por un instante; ella rehuyó la suya y él saltó sobre el semental y se abotonó el manto mientras una llovizna congelaba su cuerpo fatigado.

Aún estaba vivo, a pesar de la pesadez del cuerpo y el dolor en el costado. Las hojas arrastradas por el viento cubrían la vía Sacra, que se diluía entre la basura y los monumentos en ruinas. Una enorme luna proyectaba su pálido resplandor sobre Giovanna, y no había nadie más a su alrededor, ningún sonido más que el viento y el resonar de los cascos herrados. Un tercio de legua a caballo hasta la plaza Navona que le hizo reflexionar sobre lo acaecido en aquella demencial jornada.

Rudolf Grünenwald, luterano, era un espía al servicio de algún príncipe alemán. La práctica habitual consistía en quemar la correspondencia una vez leída, y él no sólo había conservado un par de cartas, sino que además dejó un mensaje en su propio cuerpo para que las pudieran encontrar, junto con el *Steganographia* de Johannes Trithemius. Sin duda sospechaba que su vida se veía amenazada, desde hacía un mes, a juzgar por la fecha de la última misiva. El otro asesinado, Paolo Costantini, había sido el secretario del papa Clemente, además de un reputado mecenas… y un perito en invocar demonios.

¿Qué tenían en común? Ambos habían adquirido reliquias robadas y eran aficionados a la demonología, como atestiguaba el libro oculto en el escritorio de Grünenwald. Si el móvil había sido sustraer las reliquias, los sospechosos habrían de ser otros competidores, cuyos nombres habían aflorado de forma recurrente durante sus pesquisas: Isabella d'Este, hija del duque de Ferrara y viuda del marqués de Mantua. El capitán rememoró la dignidad regia de aquella nieta de los monarcas de Aragón, madre de Ferrante Gonzaga, el comendador imperial del rey Carlos, a quien él mismo había servido. Le resultaba imposible concebir que aquella virtuosa dama fuera responsable del asesinato de un cardenal, y había aprendido a confiar en su instinto.

Los otros dos grandes coleccionistas de reliquias eran banqueros: el florentino Edoardo Strozzi y el augsburgués Nicholas Hartmann. Tampoco cabía descartar a los intermediarios en la adquisición de tesoros, como Malavita, Cellini o Romano. El listado de oportunistas de esta ralea podía ser interminable. Si, por el contrario, la causa del crimen estaba relacionada con la demonología, tendría que hablar con su amiga Aldonza, pues conocía al cardenal Costantini, y le presentó a su amante y cortesana. Sin embargo, la pregunta que acudía una y otra vez a su mente era: ¿quién era Giovanna Inverno? Julio susurró el nombre de aquel enigma encerrado en un cuerpo de mujer.

—Sea lo que fuere, decidlo ya —declaró ella al percibir su escrutinio.

—No sabía que fuerais capaz de estar callada durante tanto tiempo. —Un comentario estúpido, sincero, inapropiado, y entonces escuchó algo insólito. Era la primera vez que la escuchaba reír sin sarcasmo, con una risa genuina y musical.

Arribaron a la plaza Navona de madrugada, exhaustos de cuerpo y mente, y dejaron los caballos ante un pesebre bien cebado antes de irrumpir en el comedor de La Lozana Andaluza. Algún desagradable olor arrugó la nariz de Giovanna cuando examinó, atónita, el atuendo de las criadas.

—Esto es una casa de lenocinio —murmuró.

En la mesa corrida, una hilera de candiles aportaba un mísero fulgor que apenas bastó para identificar a Francisco Delicado entre la escuadra. El bachiller apuraba el contenido de una jarra mientras leía un opúsculo con el codo apoyado en la madera.

—Caballeros —dijo Julio, y todos entornaron el rostro—. Su Gracia es Giovanna Inverno, y, a efectos de nuestra misión, será nuestra dueña y protegida.

Las patas de veinte sillas chirriaron al levantarse los soldados. Abencio, Román y el resto de oficiales asintieron solemnes; aquello significaba que debían defenderla aun a costa de su vida. La italiana asintió en gratitud y abrió la bolsa con el instrumental médico.

—Quitaos el jubón y el sayo. —Giovanna observó al capitán mientras él, de mala gana, desabrochaba los botones, dejaba el lienzo sagrado sobre la mesa y desnudaba el torso para dejar a la vista una enorme mancha rojiza en la región lumbar—. ¿Cómo os encontráis? —Sus ojos de gata evaluaron su rostro antes de depositar una mano en su costado.

—He estado peor.

Ella le vio hacer una mueca cuando apretó de súbito.

—¿Sentís náuseas? —preguntó la italiana.

—A veces.

Poco después, Giovanna tomaba un lienzo hervido y lo aplicaba sobre sus heridas. El calor alivió en parte el dolor. Su mejilla femenina estaba fría cuando le auscultaba en la espalda. Del morral ella extrajo un rollo de vendas.

—Poned las manos sobre mis hombros —dijo Giovanna, y abrazó su torso desnudo para fajarle la cintura. Resultaba imposible hurtar la mirada del rostro femenino: cada rasgo, por sí solo, desafiaba los cánones de belleza, pero juntos componían un fascinante atractivo. Su perfume le recordaba el aroma del azahar entre los rosales; cruda feminidad y piel tostada por el sol mediterráneo. Al fin, ella terminó de vendarle y extrajo un recipiente de vidrio soplado de su bolsa—. Veamos cómo está vuestro riñón izquierdo.

—¿Qué es esto? —preguntó el sevillano.

—Un uroscopio.

—¿Un qué?

—Un matraz para analizar orina. Permite diagnosticar enfermedades a partir de su olor, color y sabor.

—¿Sabor?

Giovanna le entregó el frasco y él, de mala gana, se dirigió hacia el corredor para llenarlo. Sintió una punzada de dolor al vaciar la vejiga mucho más rápido de lo que hubiera creído posible. Al terminar notó un tremendo alivio en el vientre.

—No hay restos de sangre. Tanto la cantidad como el color parecen normales. —La boloñesa alzó el matraz de orina para mirarlo al trasluz—. ¡Muy bien!

Gruñó Julio en respuesta. Nunca antes lo habían felicitado por su pis. Ella comenzó a guardar el instrumental en su bolsa de cuero.

—Sois un gran espadachín. —Los modales altivos de la italiana se habían desvanecido y el ser humano real empezaba a emerger, como una escultura inacabada en un bloque de mármol.

—Mi padre me pagó un buen maestro —declaró el hispalense—. Estudié derecho en el colegio de Santa María de Jesús y ejercí de alguacil en Sevilla. Aunque, la verdad sea dicha, cultivé más la germanía que los latines.

—Leyes y esgrima… Una extraña mezcla. Cicerón creía que la fuerza es el derecho de las bestias.

—Cicerón se equivocaba —declaró Julio con sequedad—. Sin un acero en la mano, las leyes sólo son tinta, como hoy habéis podido comprobar.

Ella sonreía, como si se hubiese habituado a su hostilidad y aprendido a no tomarla en serio. Ambos se sentaron, y Julio escanció dos vasos para ofrecerle uno.

—No suelo tomar vino —dijo Giovanna—. Se me sube a la cabeza.

—Bebed. Os hará bien.

La italiana, fatigada, obedeció y su vaso estuvo vacío antes de

que Julio pudiera catar el suyo. El repiqueteo de unos chapines anunció la llegada del bachiller, quien depositó su pichel en las tablas y sentose ante ellos.

—Os presento a Francisco Delicado —dijo Julio—, un médico incompetente y una absoluta vergüenza para el estamento clerical. —Entornó el rostro para señalar a su acompañante—. Su Gracia es Giovanna Inverno.

—Es un placer conocer a vuestra merced. —El cordobés le besó el dorso de la mano—. Llevo diez meses fingiendo llevarme bien con este papanatas. Diría que ha sido una actuación aceptable. ¿Cómo han ido vuestras pesquisas en el palacio de Costantini?

—No muy bien —admitió Julio—. El referendario de la Segnatura di Giustizia dirige una investigación paralela. De momento, hemos conseguido el registro de la colección de reliquias de Su Reverencia, una copia de la Verónica y un puñado de antiguallas. Resultaría útil interrogar de nuevo a Elisabetta, la amante del cardenal, y también al mayordomo. Pero me temo que, a estas alturas, ambos estarán en tratos de cuerda, y Dios sabe qué dirán esos pobres desgraciados.

—¿Qué otra cosa podrán decir si no es la verdad? —ironizó el bachiller.

—La verdad resultará demasiado evidente para alguien como Malfatto —concluyó Julio, fatalista—: un cardenal que invocaba demonios con reliquias robadas, una meretriz ávida de dineros y un mayordomo estúpido y venal. La historia se escribirá por sí sola. El referendario buscará algún cabo suelto, tirará de él y no se detendrá hasta obtener una confesión a su gusto. Debemos resolver el asunto antes de que ambos acaben en el patíbulo.

—Empero, Malfatto os hizo una objeción oportuna. —Giovanna tomó otra vez el vaso y probó un nuevo sorbo—. No dejáis de hablar de maderas podridas, pinturas falsas y moharras cubiertas de roña. Asumís que, para el asesino, no son sino cachivaches con los que mercadear. Así jamás comprenderéis sus motivos.

—¿Y qué se supone que debo pensar de una calavera del niño

Jesús? —respondió el capitán—. ¿Acaso el Redentor mudaba de cráneo como las serpientes de piel?

—No os preguntéis qué es, sino qué significa —sentenció la boloñesa—. Ningún ladrón elabora una escena del crimen cuajada de símbolos arcanos ni se lleva unas reliquias al tiempo que deja otras atrás.

—La Verónica del cardenal es una copia de Malavita. —Taciturno, Julio desplegó el lienzo sobre la mesa—. Lo cual explica por qué el asesino no quiso robarla. Lo mismo podría ocurrir con la lanza de Grünenwald…, o con los restos del Santo Pesebre: si alguien quisiera un puñado de paja, bastaría con tomarlo de algún establo. —Hizo una pausa para inspirar—. ¿Qué otra cosa sugerís que hagamos?

—Lo primero, averiguar el modo en que envenenaron a ambos —dijo la boloñesa—. A partir de ahí podremos deducir la identidad del asesino. Grünenwald falleció por la ingesta de pequeñas dosis continuadas de arsénico. No resultaría difícil sobornar a un tendero del Campo dei Fiori para emponzoñarle la despensa. El cardenal Costantini es harina de otro costal…

—¿Realizará Giovio una nueva autopsia?

—Las opiniones de Malfatto sobre la «nueva ciencia» no son las de la Curia —declaró Giovanna—. Paolo Giovio no tiene escrúpulos en abrir cadáveres, os lo aseguro. Es una práctica cada vez más habitual. Mi maestro fue un pionero en los estudios anatómicos, y encargó al artista Hugo da Carpi unas láminas para su tratado de anatomía.

—¿Acaso sois alumna de Giacomo Berengario? —inquirió Delicado.

—Berengario fue mi profesor en la universidad de Bolonia.

—Ese mercachifle y sabandija —refunfuñó el bachiller— que tanto mal me hizo después de que yo publicase *El modo de adoperare el legno de India occidentales…*

—Si Berengario tuvo más fortuna que vos se debe al éxito de sus tratamientos.

—¡Porque yo publico mis remedios para que estén al alcance de

todos! —replicó Delicado—. Vuestro maestro no suelta prenda, para sacarle los cuartos al Sacro Colegio Cardenalicio, que está plagado de sifilíticos. El mercurio no sirve, por sí solo, para sanar, como podemos deducir por Galeno.

—No podemos guiarnos ciegamente por la autoridad de los antiguos. —Giovanna apuró el vaso y se lo llenó de nuevo—. La ciencia médica sólo podrá avanzar mediante estudios anatómicos y ensayos clínicos.

—¿Como ese antídoto ideado por Gregorio Caravita? ¿Dándole de catar ponzoñas a unos pobres desgraciados? Dicen que Berengario odia tanto a los españoles que tomó a dos mellizos enfermos de sífilis y practicó con ellos la vivisección.

—¡Eso no es cierto! —exclamó la boloñesa—. ¿De verdad esperáis sanar el mal francés con oraciones y palo guayaco?

—Ese mal lo he padecido en mis propias carnes. ¿Qué otro remedio proponéis?

—¿Habéis probado a no ser un putero?

Giovanna mostraba al bachiller la sonrisa indulgente que una reina dedicaría a un bufón inepto, y él se levantó de la mesa bufando. Apartó la jarra de un manotazo y se dirigió a la puerta, maldiciente, pateando el suelo a grandes zancadas. Una vez allí, se detuvo para girarse.

—¡San Agustín sostiene que, si se suprimiera el puterío, el mundo entero se vería perturbado con la lascivia! —dijo a voz en grito—. ¿Que las mancebías tienen algo reprochable? Sin duda, pero también hay cosas deleznables que han sido respetadas por Dios. ¡El vicio sirve para enaltecer la nobleza!

Dio un portazo al salir y Julio meneó la testa.

—No es tan intratable como parece —aseguró.

—Igual que vos. —Giovanna dio un lago trago y se escanció otro vaso—: Al final, resulta que sí os preocupa el destino de Tomasso y Elisabetta.

—En ocasiones sientes cosas que ni tú mismo entiendes. —El militar español se encogió de hombros.

—Lo cual demuestra que lo que habita en vos es más noble de lo que pensáis. Mmm. Es una cuestión metafísica: la sustancia segunda que supone el atributo de la primera, pues muestra su identidad permanente. En fin. —Giovanna contempló el cubilete de barro—. Tales de Mileto diría que esto es sólo agua. Así que…

Apuró el contenido con un gesto enérgico y se volvió a servir. Julio la miró extrañado.

—¿Quién?

—Un filósofo griego. Creía que el agua es la base de tooodas las cosas. —Al comprobar que él no se inmutaba, la boloñesa continuó bebiendo—. ¡Bah! Si no fuerais tan ignorante, entenderíais mis chistes.

—Teníais razón. Dejad de beber. —Julio trató de alejar el vaso de su alcance; ella le sujetó la mano, y él le clavó una mirada gris—: Por favor.

—Disculpad —dijo Giovanna—. Lamento haberme comportado como una histérica. Es un viejo estigma femenino, ¿sabéis? Hipócrates pensaba que el semen del útero se vuelve venenoso si no se libera mediante el coito. Por eso, los médicos prescriben orgasmos a las mujeres con histeria. ¡A toda conducta mujeril ajena a los imperativos patriarcales!

—¿Veis cómo, en el fondo, el patriarcado no es tan malo?

Giovanna intentó no sonreír. Hizo hoyuelos, contuvo una mueca y, al fin, lo obsequió con una radiante sonrisa.

—Llegados a este punto, creo que es hora de retirarme —anunció levantándose.

—Tengo una propuesta que haceros —dijo Julio—. Es muy tarde, vuestra residencia está lejos y mi cuarto, aquí al lado.

—Soy una mujer decente, ¿recordáis? —Giovanna hizo un furibundo gesto con el ceño fruncido.

—Me ofrecía a cederos mi aposento. —Julio se apresuró a añadir —. Yo dormiré en alguna otra parte.

—No os podéis imaginar lo frágil que es la honra femenina… Esto es un lupanar.

—Es una alcoba enorme, con un lecho de plumas y cortinajes de raso —insistió el español—. Hasta tiene biblioteca.

—No.

—Para desayunar habrá *brazadela* de cerezas.

Achispada por el vino, Giovanna de nuevo sonreía.

—¿Creéis que podéis sobornarme con dulces?

—Estoy a punto de averiguarlo.

—Me conocéis demasiado bien —protestó, dándose por vencida —. Dejad de usarlo en mi contra.

Tomó el sobretodo, púsose en pie y lo acompañó por el patio, silencioso, oscuro y tranquilo; la ropa tendida en los barandales flameaba sobre sus cabezas como las banderas de un ejército espectral. Una vez en la segunda planta, recorrieron la galería para acceder la habitación de Julio. Este abrió la portezuela y la italiana examinó el desastrado mobiliario, acarició el dorso de los libros y sonrió resignada. Luego se asomó por la ventana. El astro nocturno resplandecía en un brumoso halo sobre las calles desiertas.

—Una hermosa vista —dijo, antes de cerrar la puerta.

El capitán contempló la ajada madera antes de dirigirse al otro extremo del corredor. Le dolía el lomo y la sangre le hervía; ansiaba un lecho y descanso. Necesitaba encontrar alguna conexión entre Grünenwald y Costantini…, algo tangible, y, siguiendo una corazonada nacida de la desesperación, caminó hacia otra estancia custodiada por una pareja de soldados.

—¿Todo en orden? —les preguntó.

Ambos asintieron, Julio dio dos golpes a la puerta, esta se abrió y ahí estaba Aldonza, tan hermosa como siempre. Se hizo a un lado para que entrara el sevillano, que se preparó para la bofetada.

—¿Cómo os atrevéis a mantenerme cautiva en mi propia casa? —exclamó Aldonza, y el bofetón resonó como un chasquido. Escocía como un látigo infernal, y Julio logró detener el segundo tortazo; ya le había dado algo con qué atemperar su maltrecho orgullo.

—Fingiré que esto no ha sucedido. —Julio pasó ante la cama de postes labrados que sostenían un barroco dosel con cortinas. En la

cámara de ungüentos, una mesa estaba colmada de tarros con hiervas, redomas de aceites e ingredientes alquímicos, entre almireces, alquitaras, un mortero de alabastro, un crisol de arpillera y un aludel para condensar los vapores de azogue—. Ahora retomaremos un diálogo honesto.

—Vos y yo nunca hemos tenido un diálogo honesto.

—Entonces os lo diré de otro modo. —Julio se masajeó la mejilla —. Hay gente muy poderosa que investiga la muerte de Paolo Costantini, el secretario papal. Pronto querrán haceros preguntas, y, creedme, preferiréis que sea yo quien os las haga. Ellos no se limitarán a platicar, y, una vez tiren del hilo, o de la cuerda, os harán confesar para quién habéis estado espiando.

A juzgar por su semblante, Aldonza comprendió lo esencial, y sus ojos dejaron entrever algo parecido al miedo.

—Espero que no me estéis jodiendo —dijo al cabo.

—¿Que sabéis de Paolo Costantini?

—Que era un chiflado obsesionado con los demonios. Pero eso vos también lo sabéis.

—¿Cómo lo conocisteis?

—Es una larga historia —comentó, resignada; se sentó en el alféizar y, tras asomarse por la ventana, expulsó una nube de vaho hacia el aguacero—. Vine a Roma con la esperanza de medrar. Es un pozo negro de libertinaje, me decían, donde las cortesanas ganan ríos de oro: hermosa, zalamera y talentosa, tenía el éxito garantizado. O eso pensaba. En la capital de la Cristiandad pasé de ser la más bella de la aldea a una más entre mil. Logré malganarme la vida vendiendo cosméticos y ungüentos, o leyendo los agüeros en las manos. Provocar el amor en terceros fue mi tarea más provechosa. Las mozas creían que yo misma recurría a tales hechicerías para ganarme la voluntad de mis galanes, así que les pedía a aquellas un par de florines, una gallina y un gallo negros, y siete huevos del mismo día junto a alguna cosilla de su amado. Metía la clara en un orinal, mataba a la gallina y la ataba al gallo con una correa. Las mozas contentas se iban y esa noche yo comía

capirotada con queso. Después de muchos fraudulentos sortilegios, conocí a Rampín y él me ayudó a entrar en el oficio venéreo… Me mostró la Ceca, el Campo dei Fiori, el Coliseo y las casas de las cortesanas. Hallamos una en alquiler por diez ducados al año, propiedad de un judío llamado Trigo que me publicó entre los hombres de bien.

—Uno de ellos, Costantini.

—Había oído hablar de mis hechicerías y se mostró interesado. Mas sus intereses excedían mis talentos, ya fueran remedios para la gota o ungüentos contra la sarna, amén de porvenires y males de ojo que aprendí por voluntad materna. Su Reverencia pretendía atar algún demonio para construir la basílica de San Pedro, como antaño hizo Salomón con su templo. Sabíase de corrido la lista de los setenta y dos príncipes infernales, y tuve que explicarle que mis artes no provienen de rendir pleitesía al maligno, y que tampoco poseo ningún secreto arcano.

No, se dijo Julio. *Son artes mujeriles, remedios de un vulgo que no puede pagarse un galeno*. Creencias no mucho mejores que pensar que la peste procede de miasmas pútridos surgidos de Marte y Júpiter al alinearse en Piscis, como se enseñaba en las más ilustres cátedras de medicina.

—¿Cómo conocisteis a Elisabetta? —preguntó el capitán.

—En el Cenáculo de los Cuervos. Un grupúsculo de artistas que se reunía de forma semanal: Giulio Romano, Benvenuto Cellini, Giovanni Antonio Bazzi, afectuosamente apodado *Il Sodoma*, y otros miembros ilustres del taller de Rafael. En esos días, Elisabetta se hacía llamar Pantasilea. Refinada, culta y apasionada del arte, suponía ser la acompañante idónea para esas licenciosas tertulias.

—¿Sólo acompañantes femeninas?

—En una ocasión, Cellini acudió con un muchacho travestido, llamado Diego, el hijo de un calderero español. Esto despertó los celos de Elisabetta, quien, por despecho, mantuvo un romance con Luigi Pulci, el mantenido de un noble florentino. A esta causa, Cellini organizó una celada nocturna en la que hirió a los dos amantes, y el

chambelán del papa que los acompañaba acabó pisoteado por una mula. Después de tal experiencia, Elisabetta decidió sentar la cabeza y buscarse algún acaudalado benefactor. Le presenté a Su Reverencia, y el resto ya lo sabéis.

—Una linda historia —concluyó Julio—. No es difícil imaginar la desobediencia de Martín Lutero tras visitar Roma, a la que llamó «sede del Anticristo». Los morbosos rumores, como que el papa Inocencio degollaba niños para beber su sangre, no contribuyen a lustrar su nombre.

—He oído infinidad de chismes sobre orgías en el Vaticano, como el célebre banquete de las castañas que habría organizado César Borgia en el Palacio Apostólico. Nunca he visto a cincuenta rameras desnudarse al son de la música, ni gatear en cueros para recoger con la boca frutas del suelo. En las cortesanas la mayor parte de clérigos busca intimidad, compañía, cuando no una familia. Empero, los cenáculos hedonistas subsisten en los márgenes de la Curia: gente adinerada que compite por organizar las mejores fiestas en los palacios del Borgo y el *rione* Ponte. Más allá de sus puertas, todo está permitido.

—¿Conocéis a Nicholas Hartmann el Filántropo? —preguntó Julio, y ella negó con un gesto—. ¿A Edoardo Strozzi?

—Qué meretriz romana no conoce a Strozzi el Libertino… El negocio que se trae entre manos es tan viejo como el mar: emplea a mujeres hermosas para agasajar a sus clientes en francachelas donde rubrican contratos de millares de escudos. ¿Qué se vende? De todo: obras de arte, antigüedades, bienes suntuarios y, sí, también reliquias. Existe un lúgubre averno en esta ciudad de mentiras, un sórdido mercadeo del que no sois testigo y, creedme, no desearíais conocer. Strozzi ha creado una red de nepotismo que implica a las figuras más influyentes de toda Europa.

—¿Habéis acudido a algún festejo de esa ralea?

—Sí, años antes del Saco, en una villa Strozzi de la Toscana, por mediación de Elisabetta. —Con manos temblorosas, la lozana andaluza caminó hacia la mesa y se escanció vino en una copa—. Un

día le expuse mis problemas pecuniarios y ella me habló de un trabajo que requería total discreción. Logró que la oferta se antojara más distinguida que sórdida, a lo que cabía añadir treinta florines por una sola noche. Antes de darme cuenta, había accedido a acompañarla «sólo por esta vez».

»Dos días después, un coche de caballos nos llevó a una villa de la Toscana. Antes de salir, Elisabetta me entregó una máscara de porcelana y luego un lacayo nos condujo hacia una plataforma elevada rodeada de mesas para unos cien comensales. Allí nos aguardaba nuestro *partenaire* enmascarado: me ordenaron desnudarme y Elisabetta me explicó qué se esperaba de nosotras.

»Allí no había rostros. Sólo máscaras de diseños variados que ocultaban la identidad de personalidades de gran influencia y poder. —Aldonza bebió abstraída—. Strozzi alquila los servicios de las mejores cortesanas para vender una depravada ficción a sus adinerados clientes, y la exclusividad otorga un valor añadido a su mercancía. Para sus invitados, acceder a tales eventos supone una afirmación de estatus. Una vez vestida y en el coche de caballos, me entregaron una limosnera con mucho más de lo prometido y descubrí que, en este negocio, los "sólo por esta vez" no existen.

—¿Visteis su colección de arte y antigüedades?

—Cómo no hacerlo, si estaba por todas partes. Mujeres, joyas, pinturas, estatuas… Para Strozzi son objetos de lujo, detalles de elegancia y buen gusto. Le gusta rodearse de lo mejor, de lo más bello, mas ignoro cómo acabó el festejo.

—Habladme de las otras mujeres.

—Por un tiempo, Elisabetta y yo acudimos juntas a los eventos, hasta que le presenté al cardenal y se convirtió en su mantenida. La organizadora de las veladas era Beatrice Mezzanotte, una viuda florentina, apodada «la Condesa». Un rumor, demasiado morboso como para ser ignorado, habla de un romance entre su madre y un gran hombre de Portugal, que habría sido conde, duque o incluso miembro de la realeza, según quién os cuente la historia. El rango de una cortesana depende de los banquetes que le abran las

puertas, y Beatrice posee esa llave: todas las meretrices de Roma y Florencia le rinden pleitesía.

—¿Gracias a ella empezasteis a trabajar como espía?

—Siempre habéis tenido instinto para leer entre líneas —señaló Aldonza—. Sí. Informaba a Beatrice de cualquier cosa que les oyera a mis adinerados clientes. Al descubrir esta pericia, mis actuales pagadores recurrieron a mí. Y no, no os diré quién me remunera por informarlo de todo cuanto escucho. Me va la vida en ello.

—¿Qué más sabéis de Strozzi?

—Es un miembro menor de uno de los grandes linajes de banqueros florentinos. Ejerce una gran influencia en la Curia romana; si algún clérigo o príncipe se muestra reacio a sus intereses, lo agasaja con cortesanas y lujos. En caso de negarse, destruye su carrera. No os dais cuenta de dónde pretendéis meteros, Julio —añadió, consternada—. Es gente muy poderosa y, sobre todo, despiadada.

—¿Nada más?

—Nada más —dijo Aldonza—. ¿Debería marcharme de Roma?

—Sin duda, eso convencerá a la Segnatura di Giustizia de que sois culpable. Pero hacedlo. Os va la vida en ello.

—Mañana partiré a la isla de Lípari —concluyó la andaluza—. Me acompañará Rampín y mudaré de nombre. Allí estaré más reposada y veré un mundo nuevo: no esperaré que él me deje a mí, sino yo a él. —Y, al fin, concluyó—: Adiós, Julio. No cambiéis.

IX

De súbito Julio se incorporó del jergón, con el sudor aún adherido a su piel. Buscó a tientas algún muro en la penumbra y se frotó los ojos, tratando de otorgarle sentido al entorno, mientras los fragmentos del sueño —el mismo de siempre— volvían a su oscuro rincón. Apartó la manta y se sentó sobre el mísero colchón relleno de paja; del petate sacó una bota y bebió bajo la tenue luz del amanecer. Recordó por qué se había acostado allí, bajo la escalera de la segunda planta, con el *Steganographia* de Trithemius.

Examinó la portada, cuyo título procedía de las palabras griegas *steganos*, «oculto», y *graphos*, «escritura». El subtítulo en latín rezaba: «*Esteganografía o el arte preciso de descubrir la voluntad de su propia alma a quienes están ausentes por medio de la escritura oculta*». El prefacio daba comienzo de un modo enigmático:

> *«Es opinión de los eruditos que cuando los antiguos sabios, a quienes en lengua griega llamamos filósofos, descubrían algún secreto del arte o de la naturaleza, lo ocultaban mediante diversos modos y figuras para que su conocimiento no cayera en manos de los malvados. Que incluso Moisés, el famoso caudillo de la raza israelita, en su descripción de la creación del Cielo y de la Tierra, ocultó con simples palabras los arcanos inefables de estos misterios lo confirman todos los estudiosos de los judíos. Entre los*

nuestros, el divino y erudito Jerónimo afirma que hay casi tantos misterios escondidos en el Apocalipsis de San Juan como palabras».

Aquella velada mención a la cábala judía apenas le dijo nada, y siguió hojeando las páginas redactadas en latín, repletas de anotaciones en alemán con una letra que había llegado a identificar con la mano de Grünenwald. La obra parecía dividida en tres libros que explicaban el modo de emplear demonios para enviar mensajes ocultos. Refería los distintos rangos de criaturas infernales junto a las horas, los planetas y las constelaciones con los que estaban asociados, entremezclados con signos cabalísticos en un sinsentido aparente. Cada capítulo recibía el nombre de un numen demoníaco, de suerte que el título del primero era *Pamersiel*, al igual que el de uno de los espíritus aéreos de Salomón. En el libro tercero, Julio halló varias tablas numéricas; cada columna estaba encabezada por un símbolo del zodíaco y el de un planeta. Al parecer, la forma de enviar un mensaje secreto consistía en redactar una carta e invocar la ayuda de un *deimon* mediante recitaciones extravagantes, como en un párrafo subrayado por el propio Grünenwald:

«Aseliel aproysi melim thulnear casmoyn mavear burson charny demorphaon theoma asmeryn diviel casponti vearly basamis ernoti chavalarson».

No logró extraer sentido a ninguna de las palabras. No se trataba de alguna lengua que él conociera y, de súbito, fue consciente de que no estaba capacitado para clarificar aquel enigma. No importaba cuántos crímenes hubiera resuelto en Sevilla. Aquello no eran ajustes de cuentas, crímenes de honor, disputas por herencias o peleas entre borrachos. Esta misión le superaba, y su único apoyo era una misteriosa dama que poseía sus propias metas.

Arqueó la espalda para abandonar el angosto espacio y, una vez

en el patio, levantó la vista hacia el sol como si fuera la primera vez que lo viera; se reclinó sobre el pozo para verter agua helada sobre su rostro, lo cual le hizo tiritar, y se secó como pudo. Después, se ciñó la espada de punta y corte, la deslizó dentro de la funda y se aseguró de tener el broquel fijo a la pletina, la daga atrás y una cuchilla oculta en la bota.

Poco después, golpeó la portezuela de su propia alcoba y escuchó un «*Adelante*». Descubrió a Giovanna sentada en el camastro junto a un montón de libros y los restos de tres velas consumidas.

—Buenos días tenga voacé —dijo Julio—. ¿Una noche sin dormir?

Ella se llevó la mano a la nuca, aquejada por una repentina punzada.

—Sí, aunque intuyo que por un motivo distinto al vuestro. —Estiró los brazos, se abandonó a un largo bostezo y sus pechos tensaron sensualmente el pectoral de la basquiña. La noche anterior había espiado a Julio por el portillo cuando entró en el cuarto de Aldonza—. Estoy hambrienta. ¿Hay algo para desayunar?

—En la despensa hallaréis comida sana: manjares asociados a Júpiter, como almendras, piñones y huevos, cuyas sustancias se concilian con el planeta en cuestión.

—¿Esas jarras de vino forman parte de tan saludable dieta? —La italiana señaló los recipientes de barro vacíos que se amontonaban bajo el escritorio.

—Bromeaba —le aclaró el andaluz—. La *brazadela* está en la mesa.

—Veo que sois un hombre de palabra.

Bajaron al comedor y, al descubrir el plato de dulces, la expresión de la boloñesa cambió de súbito, y se sentó para dar buena cuenta de la torta.

—¡Mmm! —dijo, tras saborear un pedazo; él se acomodó a su lado y demandó el desayuno acostumbrado: sopas de migas de pan con una loncha de tocino.

—Habéis encontrado lectura —comentó Julio, observando los

libros que traía consigo.

—Un Dioscórides ilustrado… Espero que no os importe —contestó la italiana con la boca llena—. Tomaba notas; os lo devolveré más tarde.

—Quedáoslo. Lo compré por cuatro reales en el Campo dei Fiori. Prefiero que lo tenga alguien que aprecie su valor.

—Al menos no mentisteis con lo de la biblioteca.

—¿Impresionada?

—Sí, ya sabéis cómo somos las pobres aldeanas —respondió ella con sorna, y dio otro mordisco al dulce—. Ayer dije que el mejor modo de conocer a alguien es estudiando su biblioteca. Mas la vuestra no me dice nada de vos. Impresiones baratas entre códices de un valor incalculable, sin ningún criterio ni temática reconocibles; parece una montaña de obras escogidas al azar.

—En cierto modo lo es. Conservo los libros que encuentro tirados en la calle, los que se malvenden por unas monedas. No sé qué haré con ellos cuando marche de Roma.

—Un orfanato de libros.

—Algo así. Supongo.

—¿Los habéis leído?

—Algunos.

—¿Como este? —Abrió el otro códice y leyó una página marcada con un cordel—: «Cuanto menos conoce un hombre los placeres de la vida, menos razones tiene para temer a la muerte».

—Vegecio —respondió Julio al reconocer su libro de cabecera, y se arrepintió de haberla dejado entrar en su cuarto—. Tratados antiguos sobre el arte de la guerra. Muy útiles para concebir estrategias e imponer disciplina.

—Vuestros hombres han de estar encantados con vos.

—Sólo cuando no nos ordena enfrentarnos a una docena de cañones y cincuenta lanzas de la Gendarmería —bromeó Juanillo, acercándose a ellos—. Aunque esa decisión contribuyó a la victoria en Pavía.

En efecto, pensó Julio. *Virgilio dijo que la fortuna favorece a los*

audaces, ¿verdad? Que se lo pregunten a Álvaro.

Al sentarse ante la mesa, el germano esbozó una mueca y se palpó el muñón con la zurda.

—¿Os molesta? —Sosteniendo un pedazo de torta en los dientes, Giovanna le examinó el antebrazo, y, para sorpresa del capitán, el alemán no recurrió a su acostumbrada panoplia de respuestas tajantes. La italiana parecía genuinamente interesada en la herida.

—A veces duele donde solía estar la mano —respondió Juanillo—. Ni siquiera el opio ayuda… Lo único que puedes hacer es mirarlo y convencerte de que no te puede doler, porque ya no está.

—Un miembro fantasma: algo que ya no se tiene y, aun así, duele. —La mirada esmeralda se había clavado en Julio—. La pérdida, si no te destruye, te vuelve más cínico, o, cuando menos, más sabio. ¿No creéis, Julio?

—Quizá —concedió el capitán—. Juanillo, estaréis a cargo de su seguridad. Escoged a un par de hombres de confianza.

El ceño de Giovanna se arrugó, lo que acentuó la palidez de su cicatriz. Apuró las migas de la *brazadela*, recogió los cubiertos y se dirigió a la cocina con el plato vacío; Julio la vio marcharse, recreándose en el balanceo de sus caderas.

—Buenos días tengan vuestras mercedes —dijo Delicado con mal talante, antes de acomodarse en las tablas para devorar una loncha de tocino—. ¿Y la dueña qué? ¿Sigue encerrada?

—Aldonza partió anoche, de madrugada —respondió el capitán.

—«Año de veintisiete deja Roma y vete».

—Olvidadla —le dijo Julio muy serio—. Hay mujeres que están lejos de nuestro alcance.

—Es una mera cuestión de dinero.

—Así es —convino el capitán—: muy lejos de nuestro alcance. «De lo que no habéis de comer dejadlo cocer».

—Y aun quemar.

En ese instante, Giovanna regresó de la cocina y se acomodó junto al bachiller.

—Quisiera pediros disculpas —le dijo—. Ayer fui grosera con vos.

—Y traéis una jarra de vino. —Delicado hízose los bigotes—. Qué detalle.

—Sé que sois un hombre de gustos sencillos.

—Es un modo de decirlo —comentó él, resignado, y tomó la jarra para llenarse el vaso—. Estáis haciendo grandes avances en lo de no ser grosera.

La italiana se arrellanó en el asiento con el codo apoyado en la mesa y la mano en la mejilla, girándose hacia el cordobés.

—Dicen que escribís una novela que romperá los cánones del Parnaso —comentó, más animada.

—No es menester que finjáis interés en mis escritos —declaró el bachiller, halagado muy a su pesar—. Sé que os importan un comino.

—Debo atender unos negocios —anunció Julio, depositando el cuenco vacío sobre la mesa—. Volveré en un par de horas.

Fuera hacía un día áspero y sombrío, perfecto para un funeral. Una mezcla de aguanieve y granizo caía de un cielo acerado, y, en las desoladas calles del Parione, los solitarios transeúntes caminaban envueltos en mantos, encorvados ante la gélida brisa. Julio se detuvo ante la imponente fachada del palacio de la Cancillería y, tras presentarse ante una pareja de soldados españoles, se adentró en el patio, una soberbia logia de dos plantas con columnas de granito.

A medida que cruzaba el inmenso pórtico, comenzó a oír los gruñidos. Era día de matanza y, en el soportal, se habían encendido fuegos para calentar las calderas. Los criados sacaban los puercos a rastras para degollarlos y almacenar la sangre en barreños con sal. El hispalense entró en la pocilga, tratando de no mancharse el calzado de estiércol. Encontró a Hernando de Alarcón en camisa ante un cerdo colgado del envigado. El marqués de la Valle Siciliana empuñó una espada bastarda de gavilanes curvos y le habló sin girarse:

—¿Qué os parece? —Alarcón se acercó al marrano que se

retorcía pendido del techo.

—Me gusta el jamón, como a todo cristiano viejo.

—Los galenos usan puercos en sus clases de anatomía —comentó el conquense, y palpó con los dedos el costillar—. También son útiles para la esgrima: para acabar con un enemigo, has de saber cómo es por dentro. Si estocáis en el pecho, debéis girar la hoja uñas abajo. Para que el acero pase entre las costillas. —Lanzó una estocada al tórax del marrano y lo ensartó de parte a parte; la bestia gruñó, debatiéndose, y les salpicó de sangre—. ¿A qué habéis venido?

—Quisiera preguntarle a vueseñoría quién es Juan Pérez, y qué intenciones alberga.

El marqués escrutó a Julio por encima del hombro.

—Para cumplir órdenes —dijo— esas cosas no cuentan.

—¿No cuentan o no se cuentan?

Embebecido en sí mismo, Alarcón tajó el vientre del animal y sus entrañas se desparramaron por el suelo.

—En los mentideros se afirma que Juan Pérez de Pineda, el secretario imperial, se aviene a las ideas de Lutero —respondió—. No cabe duda de que empleó su influencia para que el papa Clemente acordara con Alfonso de Valdés, el secretario del Gran Canciller, una amenaza de excomunión para quien estorbara a Erasmo en España.

—En tal caso, no sería prudente confiarle todos los detalles de mis pesquisas…, si he de servir bien a Su Majestad —concluyó Julio, y se trataba de una pregunta.

—Eso parece —convino Alarcón tras una pausa—. Alfonso de Valdés ha redactado un alegato en favor del emperador, un diálogo en el que pone en boca de un tal Lactancio que lo acaecido en el Saco fue un manifiesto juicio del Altísimo. Tales palabras llega a decir: «Las ánimas de los santos no sienten el mal tratamiento que se hace a sus cuerpos, y además con las reliquias se hacen engaños para sacar dinero de los simples, y se perdería muy poco en que no las hubiese».

—No se me antoja que el Consejo de Estado esté de veras interesado en restituir las reliquias —masculló el andaluz—. Mercurino Gattinara es otro erasmista declarado.

—En efecto —asintió Alarcón—. El pasado año, el marqués de Gattinara renunció al cargo de Gran Canciller para regresar a Italia, bajo el pretexto de inspeccionar sus estados. Mas el Saco de Roma hizo que lo reclamaran en la corte española, donde Su Reverencia Ilustrísima ocupa una posición preeminente como consejero del Emperador.

—Para erasmistas y luteranos, este percance supone una oportunidad dorada para deshacerse del inoportuno culto a las reliquias y reformar, por las bravas, a la Santa Madre Iglesia.

—Llamar «percance» al Saco es ser ducho en eufemismos, Julio —ironizó el marqués—. Mas tenéis razón. Vuestra misión forma parte de un acuerdo entre Clemente y Carlos que no satisface a algunos miembros de la Cancillería y del Consejo de Estado.

Alarcón dio otra espadada al cerdo. Le cercenó una pata, que cayó sobre el estiércol, mas Julio no le prestó atención. La Curia romana había acusado a Erasmo de poner el huevo que Lutero después empolló, a lo que el sabio de Rotterdam había respondido que él esperaba otra clase de polluelo. A esas alturas, el sevillano comenzaba a entrever que, del nido luterano, surgiría una bandada de cuervos que acabaría devorando el cadáver de Europa.

—¿Qué obtendrá nuestro rey a cambio de restituir las reliquias? —preguntó Julio, a pesar de intuir la respuesta.

—La coronación imperial en la basílica de San Pedro y el reconocimiento de su hegemonía sobre Italia. El canciller Gattinara, y el propio Erasmo, le han sorbido el seso con la idea de una monarquía católica universal: la anhelada *Universitas Christiana*.

—Para lo cual Carlos requiere una autoridad sancionada por Dios que sólo puede otorgarle su vicario en la tierra.

—Una pretensión detestada por los príncipes alemanes. Los Hohenzollern de Brandeburgo, los Zahrigen de Baden, los Wittelsbach de Baviera, los Landgraves de Hessen… Sólo una cosa

les preocupa: la fortuna de su casa, la grandeza de su linaje y la gloria de la nación alemana. Recelan del emperador, pues no sólo ostenta la corona del Sacro Imperio, sino también la herencia de los Habsburgo y los territorios del Nuevo Mundo. El culto a las reliquias, la venta de indulgencias y la endémica corrupción del clero son sólo la excusa para oponerse a Carlos. Las tesis de fray Lutero permitirán a los príncipes del norte adueñarse de los bienes de la Iglesia y fraguar un estamento clerical a su acomodo.

—Razones por las cuales los luteranos del ejército cesáreo tienen motivos sobrados para desear que desaparezcan las reliquias mayores.

Tal vez Grünenwald hubiera adquirido la Verónica con tales intenciones, se dijo Julio.

El lienzo sagrado aunaba la aversión protestante hacia las imágenes de Cristo con su odio a las reliquias.

—Al iniciarse la guerra por Italia, nadie hubiera apostado un ardite por nos —dijo Alarcón—. Francia nos duplica en población y nos triplica en ciudades; Italia nos supera a ambos en todo, salvo en unidad. Pese a habernos adueñado de Roma, nuestra situación sigue siendo precaria: el ejército de la Liga de Cognac acaba de acampar en Imola, a seis leguas de Bolonia. Nuestros baluartes itálicos, el Milanesado y el reino de Nápoles,

se ven amenazados: los Sforza aún resisten en Lombardía y la flota de Andrea Doria, a sueldo de Francia, bloquea el puerto de Nápoles. El papa Clemente se mantiene a la expectativa y se demora en el pago de la otra mitad del rescate. Un dinero que calmaría los ánimos de nuestros soldados, cuya lealtad ahora mismo pende de un hilo. Nuestra prioridad, por tanto, consiste en restituir las reliquias mayores. A cambio, Clemente nos entregará el resto del oro, nuestro ejército abandonará Roma y, en un par de años, Carlos será coronado como nuevo emperador de Occidente. Sólo entonces podremos enfrentarnos al Turco que amenaza a toda la Cristiandad. La paz en Italia, y tal vez en Europa, depende, en definitiva, del éxito de vuestra empresa. Decidme, Julio, ¿cuál es el verdadero

propósito de vuestra visita?

—Necesito un favor —admitió—. Uno que requiere total discreción.

—Entiendo —respondió Alarcón, confundido—. Decidme de qué se trata.

—Quiero reunirme con un experto en cifrado que no dependa de Juan Pérez y cuya lealtad a Su Majestad no admita dudas.

Hernando de Alarcón depositó la tizona sobre la mesa y se giró hacia el aguamanil, para lavarse las manos de sangre. El Consejo de Estado poseía un servicio de espionaje, y cada reino, cancillería y embajada en los dominios de la monarquía hispánica contaba con su propio gabinete negro. A veces compartían información; otras muchas, por rivalidades o recelos, obraban de espaldas al resto. El marqués de la Valle Siciliana reflexionó unos instantes antes de contestar.

—Sileno, un perlustrador —dijo con voz ronca—: si él no puede descifrar algo, nadie puede. Trabaja para Alfonso Granai Castriota, el marqués de Atripalda, el gobernador de Bari y Otranto. Un aristócrata de origen albanés que dirige el servicio de inteligencia del virrey de Nápoles y cuyo linaje ha sido fiel, desde hace generaciones, a la Corona de Aragón. Su hermano pereció en Pavía, dicen que a manos del propio Francisco de Valois.

—Sileno… ¿No sabéis su nombre real?

—Nadie lo conoce. —Alarcón se mostró categórico—. En ocasiones, recurrimos a él. Le pagamos a través de un banco genovés, y, creedme, sabe ocultar muy bien su rastro.

El sevillano asintió, ensimismado. Parecía la elección idónea.

—¿Podría decirle vueseñoría que alguien de confianza desea hablar con él? —Tras escuchar un gruñido de asentimiento, Julio añadió—: Por favor, olvidad que hemos tenido esta charla.

—Julio. No quiero volver a veros —le dijo Alarcón, y no sonaba a rechazo, sino más bien a ruego. El marqués de la Valle Siciliana mostraba la deferencia de mostrarse preocupado por él, y Julio se lo agradeció con un gesto.

—No lo haréis —respondió.

Una vez más, era mentira, y de la peor ralea posible: la de quien piensa que es verdad.

De camino a la plaza Navona, se detuvo ante un comercio del *rione* Ponte. Casi oculta en los bajos de un vetusto edificio de dos plantas, la entrada estaba cerrada con madera y clavos, y aun así Julio aporreó la puerta. Al cabo de un rato se abrió un portillo lateral, y el capitán se adentró en la siniestra penumbra. Unas angostas vidrieras teñían el interior de una suave luz dorada, centenares de libros cubrían las paredes y se amontonaban en pilas como si las paredes fueran de papel, cuero añejo y cartón.

—Otra vez por aquí. ¿Qué desea voacé? —La pregunta hizo que el capitán se girase hacia un espigado genovés de cabello gris, vestido con una indumentaria parda, el rostro enjuto y tiznado, como salido de un ahumadero. El mejor librero de Roma, y uno de los más reputados de Italia, con un milagroso olfato para rastrear los libros más raros. En ese momento, mostraba una afable sonrisa que apenas lograba ocultar su visceral rechazo a la mera idea de desprenderse de alguno de sus preciados volúmenes. Tras negociar con él la venta de algunas obras, Julio sabía que, en el fondo, aquel excéntrico comerciante de libros deseaba que sus potenciales clientes se marcharan con las manos vacías, para lo cual exigía unos precios descabelladamente elevados, y aportaba toda suerte de objeciones, que, por lo general, conseguían el objetivo inverso, pues convencían a los curiosos de que tenían un auténtico tesoro en las manos.

—Vengo por una consulta —le tranquilizó Julio y, tras sacudirse la lluvia, rebuscó en el morral para depositar el *Steganographia* sobre la mesa—. Quiero que vuestra merced me diga todo lo que pueda sobre él.

Intrigado, el librero examinó la cubierta con atención, sin llegar a tocarla.

—Interesante —murmuró al tiempo que, con sumo cuidado, pasaba las páginas repletas de anotaciones en los márgenes—. ¿Cómo acabó en vuestras manos?

—El propietario falleció y deseo conocer su origen. Os daré diez escudos.

El librero agitó la testa, desconcertado, al tiempo que su vista descendía hacia el volumen, atraído por el enigma que encarnaba.

—Encuadernación de cartera —dijo, acariciando la cubierta—. Cantoneras de latón, decoración muy sobria, en gofrada, esto es, estampada por medio de hierros candentes. El cuero no parece cordobán, marroquín o badana: posee un tono dorado, los *ostia foliculares* son claramente visibles y forman una textura rugosa —dijo, como si las palabras se hicieran más pesadas a medida que las pronunciaba—. La pigmentación refleja una variación en el bronceado que subyace bajo los taninos añadidos en la curtición. Sin duda, nos encontramos ante un ejemplo de bibliopegia antropodérmica.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Julio.

—Es piel humana.

El librero le mostró una minúscula línea de texto en la contracubierta con la frase latina:

«Hic liber Thomas Monetarius cute compactus est».

—«Este libro fue encuadernado con la piel de Thomas Müntzer» —tradujo Julio.

—Texto manuscrito, letra gótica, *littera textualis* —prosiguió el erudito, hojeando el interior—, típica de obras literarias y académicas alemanas. —Sostuvo en alto el códice e hizo correr las páginas con el pulgar cerca de la oreja—. Papel de calidad…, pese a ser germano. —Le mostró un dibujo al trasluz—. La marca de agua muestra una vid, con un racimo de uvas y dos hojas de parra. —Extrajo un grueso catálogo de un estante y pasó las páginas a toda prisa, hasta hallar el símbolo en cuestión—. Procede de una factoría

próxima a Zwonitz, en la región de Meissen.

—En el electorado de Sajonia —murmuró Julio tras leer la reseña.

—Es una obra inédita de Johannes Trithemius, uno de los mayores coleccionistas de libros herméticos del Sacro Imperio, y un conocido estudioso de la cábala y la astrología. El contenido resulta acorde con tales intereses: un códice en latín, manuscrito en letra gótica, no un libro impreso. Algo habitual en obras sin licencia ni privilegio de impresión y que, por consiguiente, no han de pasar por el control y la censura de las cancillerías y el clero. Lo cual se antoja conveniente, pues parece ser un grimorio, un tratado para invocar entidades demoníacas y realizar conjuros con los que enviar mensajes ocultos. Las anotaciones están en dialecto bajo alemán.

A partir de ahí, el librero comenzó a exponer algunas conclusiones que el propio Julio había alcanzado. Le costó ocultar su desazón. El interés por la cábala y la demonología parecía ser el eslabón perdido entre Grünenwald y Costantini. Y si el prusiano había sido capaz de desollar el cadáver de un reformista protestante, enfrentado a Lutero, para enlucir su maldito libro, a saber en qué consistía el texto cifrado. Decidió llegar al fondo del asunto y depositó las dos cartas sobre el mostrador:

—¿Qué podéis decirme de esto?

El interpelado se aclaró la garganta y, con una lupa, examinó el sello estampado del primer documento.

—La efigie del lacre… No resulta difícil distinguir la heráldica: un escudo de franjas horizontales con un crancelín en diagonal; yo diría que se trata de la Casa de Wettin.

—¿Johann der Beständige de Sajonia?

—Puede ser —murmuró el librero, sosteniendo el documento con manos trémulas—. Esta vez, el papel es una manufactura italiana, de Fabriano: la filigrana muestra un círculo con un arco y las siglas «AL» del fabricante. La caligrafía empleada es la *Kurrentschrift*, una escritura en cursiva típica de los países de habla germana. El texto me resulta incomprensible, aunque diría que es obra de un secretario o escriba: la uniformidad de los trazos y los renglones sin

duda son obra de un profesional. Ignoro el significado de las siglas «*Stg. 1.2*»; no responden a ninguna convención conocida.

—La otra misiva no tiene filigrana —comentó Julio—, y ha perdido el lacre.

El librero meneó la cabeza, restándole importancia.

—Es un pliego doblado tres veces hasta formar un octavo de dieciséis páginas. Después lo han guillotinado, y el verjurado sin duda estará en otro pedazo. Es un papel azul veneciano, fabricado a partir de trapos de lino teñidos de índigo. Esta vez, el tipo de letra es la redonda latina. La tinta, además, es distinta. Oled.

El capitán se llevó el papel a la nariz y percibió un aroma sutil y esquivo, y aun así reconocible. Existían dos clases de tinta negra: la de polvo de carbón, diluida en goma arábiga y agua de lluvia, y la ferrogálica, obtenida a partir de agallas de roble o ciprés, caparrosa y resina de acacia. Olisqueó de nuevo la hoja azulada: la tinta de agallas de ciprés, menos oscura, típica de Italia, desprendía un inconfundible olor a resina.

—Dos tipos de letra, dos tipos de papel, dos tipos de tinta —concluyó Julio—. En suma, una carta pudo ser enviada desde Venecia y quizá fue escrita por un nativo. La otra, aun en papel italiano, tal vez proceda del príncipe elector de Sajonia. La copia del *Steganographia* pudo realizarse en Sajonia y estaría encuadernada con la piel de Thomas Müntzer.

—Es lo más probable —declaró el librero con cautela, y fue tomando las monedas que Julio dejaba en las tapas—. ¿Habéis pensado en venderlo?

—Os dedicáis a buscar libros peculiares —dijo Julio, eludiendo la pregunta—. Vuestra clientela se encuentra por toda Europa, humanistas capaces de cortarse el brazo derecho por una obra inédita de Tucídides, Aristóteles o Cicerón, traída de Constantinopla. Sabéis quién podría estar interesado en cada legajo que pasa por vuestras manos. —El soldado depositó otros diez escudos sobre la cubierta de piel humana—. Si desearais vender este grimorio, ¿a quién se lo ofreceríais en Roma?

—Mis clientes exigen una total discreción… aunque hay un cardenal que, tal vez, podría estar interesado.

—Paolo Costantini ha muerto —declaró Julio, empujando las monedas hacia el librero—. No se verá comprometido por lo que digáis de él. De hecho, trato de encontrar a su asesino.

—Su Reverencia… adquiría libros principalmente de dos materias: demonología y vidas de santos. Era capaz de pagar una fortuna por un grimorio.

—Dicen que los empleaba para realizar ritos blasfemos en su biblioteca.

—Tal creencia es un vestigio del anterior dueño de su residencia —opinó el librero—. Esa torre rodeada por un laberinto se erige sobre una caverna en la que hallaron una figura del dios Pan, al que muchos identifican con Lucifer. Las malas lenguas aseguran que el anterior propietario realizaba ritos impíos sobre un antiguo santuario pagano, antes de ser ejecutado por la Penitenciaría apostólica, y el vulgo, en su ignorancia, no se acerca al lugar. Su Reverencia se consideraba afortunado por haber adquirido el palacio por una miseria, después de que estuviera desocupado durante casi treinta años. Tal circunstancia, según él mismo decía, resultaba ideal a sus propósitos: «Me siento cómodo a solas con mis antiguallas y libros», aseguraba, y, en una ocasión, le mostré mi sorpresa de que un cardenal se sintiera tan holgado en una hacienda con una historia tan sórdida. «¿Y por qué habría de preocuparme?», me preguntó, a lo cual respondí que es una creencia común que las casas absorben el ánima de sus inquilinos y de cualquier infamia que hubiese acaecido.

»Empero, mis palabras no hicieron mella en su ánimo. A menudo visitaba mi tienda y manteníamos acalorados debates. Sospecho que su solitaria existencia en aquella vetusta biblioteca, antinatural en un hombre tan extrovertido, en el fondo lo abatía, a pesar de sus frecuentes tertulias con artistas. Una tarde, tras venderle el *Kitab al-Bath*, un antiquísimo libro arábigo sobre los fundamentos de la teúrgia babilónica, me reveló las indagaciones en las que se veía

comprometido: la búsqueda de talismanes contra demonios.

—Deseaba convocar a Asmodeo para que lo auxiliara en la construcción de la cúpula de San Pedro.

—Le reproché que, tiempo atrás, hubiese declarado que su interés por la demonología era mero pasatiempo. Él se rio entre dientes y me aseguró que autoridades más eminentes que él daban crédito a tales libros. Existen muchos códices sobre nigromancia y ritos de invocación, aunque, en su opinión, la mayoría incluye información falsa. Los nigromantes, me dijo, guardan celosamente sus secretos ocultándolos bajo una montaña de falsedades. Unos meses antes, había conocido a Heinrich Cornelius Agrippa, un alquimista de Nettesheim, cabalista y nigromante que se tomó sus estudios lo bastante en serio como para tratar de persuadirlo de que los abandonara. Después de innumerables evasivas, Agrippa facilitó al cardenal los nombres de algunas eminencias que podrían estar dispuestas a mantener correspondencia con él.

—¿Existe alguna vinculación entre tales obras y el *Steganographia*? —preguntó Julio.

—A decir verdad, sí. Agrippa fue el autor de *De occulta philosophia, un* célebre tratado sobre adivinación, alquimia y magia ceremonial, cuyo primer borrador estaba dedicado a su maestro Trithemius, quien le aconsejó que mantuviera sus estudios ocultos.

El español, que hasta entonces parecía más interesado el contenido de las estanterías, se volvió para preguntar:

—¿Creéis en la demonología?

El rostro del librero mostró una expresión desconcertada; la de un mercenario al que interrogan sobre su lealtad hacia el país que le paga.

—Extraña pregunta —dijo—. Creo en la capacidad de la voluntad humana para hacer el bien o el mal, y en el poder de la fe para lograr cualquier cosa.

Como pagar cien florines por un manojo encuadernado de papeles, se dijo Julio. No sería él quien cuestionara los motivos de sus clientes.

—¿Creéis en la posibilidad real de conjurar a demonios, a través de reliquias y talismanes? —Hacía frío en la tienda; Julio carraspeó y se abrigó con el manto.

—Mi opinión es que Dios ha puesto en nuestras manos la capacidad de hacer un gran mal y un inmenso bien. Y que cada persona alberga, dentro de sí misma, ángeles y demonios.

Y proyectamos tales espíritus sobre el mundo que habitamos. «Los demonios encarnan un mal metafísico», le había dicho Giovanna. De esta suerte, los instintos que nos atormentan cobran vida y el universo escenifica nuestro conflicto interior. A veces,

transforman el cosmos en una réplica del lado más oscuro de nuestra mente, y nos hacen vivir en una ilusión.

—¿Deseáis vender el *Steganographia*? —preguntó el librero.

—Sí. Pero no a vos.

—Una lástima.

Con un gesto fatigado, el sevillano depositó otra decena de escudos sobre las tablas de roble.

—Gracias por todo —dijo—. Si habláis de esto con alguien, os mataré.

El librero lo miró sonriente, a la espera de que le aclarase que sólo bromeaba; su semblante se fue descomponiendo a medida que el tiempo pasaba sin que Julio añadiera nada más, hasta que, al fin, aturdido, asintió con gravedad.

Julio regresó a la plaza Navona desalentado. Cientos de preguntas danzaban en su mente mientras admiraba el esplendor de los palacios del Canale di Ponte y el Borgo Vaticano reflejados en el Tíber. Una densa niebla flotaba como una cortina espectral adueñándose del *abitato* romano. Los hogares recién encendidos resplandecían sobre los charcos del ajado pavimento de la plaza Navona. En el comedor de La Lozana Andaluza los oficiales de la compañía rodeaban a Giovanna, que charlaba, animada, con la ruda soldadesca. Curtidos hombres de armas pugnaban por obtener una sonrisa de la italiana, que las repartía con una dignidad regia.

—Os veo muy desenvuelta pese a encontraros en una casa de

lenocinio —le dijo el hispalense, al tiempo que hacía un gesto a la criada.

—Gentil cortesía —le reprochó Delicado—. Giovanna es una dama virtuosa, discreta e instruida, de agudo ingenio y buen natural. Haced el favor.

Otro que ha mordido el polvo, se dijo Julio, y escrutó esos ojos verdes como la bahía de Nápoles. Llegó el vino especiado, le añadió una brizna de canela y lo removió en lo que ya era un ritual inviolable.

—El referendario Malfatto se personó en la casa nada más iros —le informó Juanillo—. Buscaba a Aldonza, entró en sus aposentos y los halló vacíos. Poco después, vino un emisario: el secretario Juan Pérez desea veros en la Torre di Nona. A los dos.

El sevillano se envaró, con el vaso aún en el aire, como si aquel nombre quemase. Miró de soslayo a la boloñesa y afloró un silencio vacuo, un miedo visceral. Julio se levantó y, sin mediar palabra, echaron a andar hacia la calle.

Las cárceles de la Curia apostólica en la Torre di Nona se alzaban sobre las ruinas del antiguo puerto fluvial, una solitaria superviviente de las defensas erigidas por el emperador Aureliano en la margen occidental del Tíber. Una espantosa exhibición de cuerpos mutilados decoraba sus muros y matacanes, la moribunda luz solar hacía que las almenas adquieran el aura de una corona infernal. A sus pies, las copas de los pinos se agitaban con violencia. Un vendaval anunciaba una tempestad y los viandantes caminaban sumidos en un sueño siniestro.

Julio de Castillo hizo un gesto al cabo de escuadra que dirigía la treintena de soldados que los escoltaban, y prestó atención a Giovanna, que charlaba en voz baja con Delicado. Al informarlo de que aquel asunto tal vez guardase relación con Aldonza, el bachiller había insistido en acompañarlos, y, obcecado como era, el capitán no supo negarse.

La decena de soldados de la Guardia Suiza que custodiaba la entrada a la Torre di Nona palideció al verlos aparecer. Sosteniendo un farol en alto, el centinela pasó por la entrada pétrea y lo condujo junto con la italiana y el fraile hacia la última planta. El espigado baluarte contaba con una capilla, una enfermería y una bodega para la venta de vino exenta de tasas, además de una veintena de celdas que albergaban a criminales de toda ralea, amén de mendigos y tullidos, vagabundos, dementes y epilépticos. Las ratas correteaban entre sus pies mientras ascendían por las húmedas escaleras, y, a cada paso, el aire se volvía más gélido, hasta que su aliento se convirtió en vapor. Al fin llegaron a la última planta; una puerta mohosa se abrió y el helvético les hizo un gesto para que entraran.

La umbría estancia se hallaba en silencio salvo por el ruido de sus pasos sobre las losas y sus ecos entre las vigas del techo abovedado. Centelleó un relámpago, proyectando sombras fugaces, iluminando las facciones de cuatro figuras. Poco después, un trueno retumbó en las contraventanas.

—Buenos días tengan vueseñorías. —Era la segunda vez que Julio se hallaba ante el cardenal Lorenzo Campeggio, el delegado papal en Roma. Mesábase la barba luenga encorvado sobre un sillón tapizado en terciopelo. Junto a él estaban sentados Antonio Malfatto, el referendario de la Segnatura di Giustizia, el secretario Juan Pérez y el doctísimo Paolo Giovio, médico privado del sumo pontífice. No hallaron asientos frente al historiado escritorio. El espartano mobiliario parecía concebido con un único propósito: hacer que sus ocupantes se sintieran holgados y poderosos, y quienes se hallaban en el otro lado, justo lo contrario.

—El referendario deseaba interrogar a Aldonza, pero ha desaparecido —los informó Juan Pérez. Una luz grisácea se reflejaba en las lentes de sus antiparras, otorgándole el aspecto de un búho sabio—. Vuestra merced se aloja en su casa…

—Mas nada sé. Cientos de romanos abandonan la ciudad a diario —replicó Julio, y sintió que los ojillos distorsionados por las lentes lo taladraban.

—¿Desconocéis las artes vedadas que practicaba Aldonza? —preguntó Antonio Malfatto con suficiencia y un atisbo de desprecio. En los ojos del juez pontificio acechaba una inteligencia implacable, como si hubieran visto todo lo que el mundo podía ofrecerle y creyera que nada valía la pena mirar dos veces, salvo Giovanna.

—Sé que es puta y que vendía mejunjes y alcahueteaba con las criadas —dijo el sevillano—. Ignoro si tales artes están vedadas por la Iglesia, aunque por su lecho ha pasado todo el Sacro Colegio Cardenalicio. También sé que soy capitán del ejército del emperador Carlos, y que Roma es una ciudad conquistada. Así que tratadme con el debido respeto, pues estáis sometido a mi señor natural. ¿Para esto me habéis hecho llamar? ¿Acaso mi labor ahora consiste en vigilar rameras?

—Sólo en parte, *capitán*. —Malfatto enfatizó su título, como si estuviera tentado de reemplazarlo por otro más selecto. Una furiosa vergüenza moldeaba sus desfiguradas facciones bajo las pústulas de la sífilis y la máscara argéntea. El suyo era un gobierno títere, y a cualquier marioneta se le pueden cortar los hilos, le había recordado Julio con la proverbial arrogancia española.

—Paolo Giovio ha realizado una segunda autopsia a Su Reverencia. —La pausada voz de Juan Pérez hizo que cada palabra sonara nítida, aunque lejana. Vio a Giovanna tragar saliva y humedecerse los labios, aunque mantuvo la compostura al preguntar:

—¿Y bien?

—Mi estudio confirma vuestras conclusiones —dijo Giovio—: el cardenal Costantini murió envenenado por una elevada dosis de arsénico. Asimismo, pudimos constatar que habían desaparecido un fragmento de la Vera Cruz junto con varias ampollas y ungüentarios que contenían óleos sagrados.

—¿Óleos sagrados? —Julio no había podido registrar a fondo el gabinete del cardenal, y había pasado ese detalle por alto. No obstante, sus competidores ignoraban, al no contar con el registro, que se había llevado la Verónica de la biblioteca.

—En tiempos de San Paulino de Nola se instauró la costumbre de derramar óleo sobre las reliquias de los mártires y recogerla en recipientes o pedazos de tela —respondió el médico papal—. Este *oleum martyris* se reparte entre los fieles como remedio contra enfermedades.

—Es decir, se vende.

—Para financiar la obra de Dios —insistió Giovio—. En cualquier caso, mi más sincera enhorabuena. He informado a su reverencia Campeggio del excelente trabajo que habéis realizado.

—Así es —añadió el cardenal—. El sumo pontífice estará satisfecho: pronto recuperaremos las reliquias mayores.

—Agradecemos los elogios de Su Reverencia Ilustrísima —dijo Giovanna—, pero me temo que son prematuros. Aún desconocemos el paradero de tres de las reliquias mayores y la identidad del asesino.

El cardenal se envaró al oírla e hizo un insidioso ademán al secretario imperial.

—Al parecer, los interrogatorios a Elisabetta y Tomasso han sido fructíferos —les explicó Juan Pérez—. Ambos confesaron haber atentado contra la vida del cardenal Costantini.

—¿Quién estuvo a cargo del tormento? —inquirió Julio, consternado ante la posibilidad de que Pérez pusiera fin a la investigación. Aquel improvisado tribunal creía haber resuelto los crímenes. Si deseaban refutarlo, no podían tener peores rivales: Lorenzo Campeggio, profesor de Derecho en la universidad de Padua, que además ostentaba una cátedra en la de Bolonia, junto a Paolo Giovio, licenciado en medicina en Padua y catedrático de filosofía en Roma. Y, ante ellos, tenían a un antiguo alguacil, despojado de su cargo, una cirujana autodidacta marisabidilla y un fraile sifilítico aficionado a los escritos sicalípticos que de cristiano viejo sólo tenía las canas.

—Elisabetta admitió ser una hechicera, una hija de Hécate experta en ligazones para tentar a pobres incautos. —Malfatto tomó el acta de la mesa y empezó a leer—: «El veinte de diciembre de mil

quinientos veintisiete, el referendario de la Segnatura di Giustizia llamó a Elisabetta Malinconico para preguntarle si tenía algo que declarar para descargo de su conciencia. Ante su negativa, se le advirtió de que, entre los criados de Su Reverencia, había testigos en su contra y que el Tribunal había decidido atormentarla, y, por tanto, la alentaron a que confesara. A esta amenaza, ella respondió: "No sé qué tengo que decir". Entonces fue mandada desnudar, y le fue dicho que confesara la verdad, y estando desnuda le fue ordenado sentarse en el potro y en esto entró el verdugo. Elisabetta empezó a llorar y preguntó: "Señores, ¿por qué no me dicen qué debo decir?". Le exigieron que lo dijera, a lo que ella respondió: "No recuerdo, sáquenme de aquí. Hice lo que los testigos han dicho". Acto seguido le demandaron que explicara qué fue lo que habían dicho los testigos y ella respondió: "Señor, ya os he contado que hice todo cuanto ellos afirman. Suéltenme, porque no lo recuerdo. Vos sabéis la verdad. Por favor, ayudadme".

»Bajo nuestra piadosa tutela, Elisabetta admitió que, hará diez años, en una noche de luna llena, se presentó ante ella un hombre apuesto de talla gigantesca, con pies de gallo y dos bastones para caminar, cuyos ojos ardientes semejaban carbones encendidos. Esta criatura maligna le preguntó si quería darse a él, a lo que ella respondió que sí. De manera que sopló en su boca y se transformó en macho cabrío, y ella se entregó a él de un modo venéreo a cambio de poderes innominados. Le hizo conocer plantas venenosas, le enseñó palabras encantadas y la manera de convocar a los demonios. En tales aquelarres conoció a otra ramera, de nombre Aldonza, quien le presentó al cardenal Costantini, y ambas lo animaron a reunir despojos de saber arcano».

—¿Contáis con alguna prueba material, aparte de unos testimonios obtenidos bajo tormento? —inquirió Julio, a sabiendas de cuál sería la respuesta.

—En la biblioteca de Su Reverencia hallamos vestigios de un ritual nigromante. Motivos sobrados para creer que su muerte no se trata de un simple homicidio —dijo Malfatto, y prosiguió,

imperturbable—: «Elisabetta admitió que ambas corrompieron a Costantini con sus confidencias diabólicas, hasta que el cardenal comenzó a adquirir grimorios y reliquias para convocar demonios. Asimismo reconoció haberlo envenenado con los saberes aprendidos del maligno, auxiliada por Tomasso, el mayordomo, al que también sedujo con sus artes femeninas».

Un pesado silencio cayó sobre el tribunal y fue roto por Campeggio:

—Como dijo un sabio pontífice: *Corruptio optimi pessima*. La corrupción de los mejores siempre es la peor.

El bachiller gruñó ante tales alegatos.

—Conozco las artes de Aldonza —declaró—: leer el porvenir en las manos, rehacer doncellas y poseer una ingente botica de mejunjes: aguas para oler, lejías para enrubiar y aceites para el rostro. Hechizos para ligar amantes, que jamás funcionan, y poco más. Una bella embaucadora, sin duda, mas no una adoratriz de Lucifer.

—¿Por qué las hembras son las mayores adictas a las supersticiones malignas? —se preguntó Malfatto de forma retórica—. ¡Porque son incapaces de ocultar a sus congéneres las cosas que conocen por malas artes, y, como son débiles, encuentran un modo fácil de reivindicarse por medio de la brujería! Tales verdades demuestra el *Malleus Maleficarum*, una obra insigne que nos explica cómo Asmodeo, a quien Su Reverencia convocaba, se convirtió en el demonio de la lujuria. —El refrendario depositó la palma de la diestra sobre un ajado códice que se hallaba sobre la mesa—. Estas desviaciones están constatadas en tierras germanas, donde no se escrupulea tanto como acá.

—Fray Lope de Barrientos, el obispo de Cuenca, y Alonso de Madrigal, el prelado de Ávila, han negado en sus escritos las prácticas atribuidas a las brujas —dijo Delicado—. El pasado año, en Granada, una comisión del Santo Oficio dictaminó que los aquelarres son fruto de la imaginación de gentes perturbadas, o alucinaciones causadas por la mandrágora, el beleño y la belladona. En Italia, el

sapientísimo Samuele Cassini publicó un opúsculo en el que tacha de supercherías tales alegatos. Cada año, en Alemania y Francia perecen cientos de desdichadas merced al infame recetario de Heinrich Kramer y Jacob Sprenger que ahora esgrime voacé. Es necedad pensar que una criatura humana tenga el poder de hacer aquello que sólo puede el Creador, que es omnipotente.

—A decir del *Malleus* —arguyó el referendario—, la actividad más común de las hechiceras consiste en propiciar, por artes mágicas, la *philocaptio*, una violenta pasión venérea. La hechicera es sólo una alcahueta que emplea artes vedadas, algo más que probado en el caso de Elisabetta y Aldonza.

—Ambas son bellas hembras —declaró el bachiller—. Nada tiene de sobrenatural la atracción que despiertan entre los varones, aunque Aldonza sacara un provecho mundano del deseo de emulación de otras menos agraciadas. «Si yo enamoré a fulano», les decía, «fue por tal hechizo, y no por otra cosa». Codicia. Superstición. Autoengaño. Algo que combatir con la palabra, no con la hoguera. No existe nada verosímil en el culto brujeril descrito por los dos monjes alemanes: los rituales que achacan a las brujas sólo son una parodia del culto católico; sus valores, una antítesis de los mandamientos cristianos. Los grimorios, como los que Su Reverencia poseía, no mencionan venta alguna del alma al diablo; más bien muestran cómo someter a los demonios bajo el auspicio de Dios. Son, en efecto, heréticos, y yo aun diría que patrañas, mas nada dicen de copular con Mefisto. No existe un solo testimonio sobre un culto diabólico jerarquizado que no haya sido obtenido bajo tortura. Los crímenes que Kramer y Sprenger achacan a las brujas, tales como asesinar a criaturas de pecho, también se los atribuía el vulgo a los judíos…, ¡y cualquier conocedor de la religión hebraica sabe que son mentiras!

Francisco Delicado jadeaba al terminar su alegato.

—Interrogado con severidad sobre la muerte de Su Reverencia —prosiguió Malfatto, impasible—, Tomasso admitió haber derramado arsénico en el vaso del cardenal. A la mañana siguiente, encontró el

cuerpo exánime de Su Reverencia en un diabólico pentáculo. Tras arrancarle del cuello la llave del gabinete, se llevó la Vera Cruz para vendérsela a Nicholas Hartmann, el delegado de los Fugger en Roma. La noche anterior, después de la cena, él y Costantini habían mantenido una agria disputa por las reliquias mayores: Hartmann anhelaba tales tesoros y Su Reverencia se negó a vendérselos. Y, en efecto, al registrar la casa del banquero augsburgués, hallamos un buen número de antigüedades sagradas.

—¿La Vera Cruz? —preguntó Julio.

—No —admitió Malfatto—. La habrá escondido en otro lugar. Recuperamos la corona de espinas, la esponja empapada en vinagre y los clavos sagrados de la basílica de la Santa Cruz en Jerusalén. Esto prueba la colaboración del esbirro de los Fugger con el diabólico conventículo mujeril que ha corrompido a un santo miembro de la Curia.

La culpa de cualquier mal siempre ha de ser de una mujer, concluyó Julio. *Los seres con verga somos almas puras; aquí estoy yo como muestra*.

—Y una higa seca —dijo Giovanna—. El asesino movió el cuerpo de Costantini una vez muerto: el cadáver apareció boca abajo, mientras que las livideces se hallaban en la espalda. Y en el muslo presentaba una quemadura, producida una vez fallecido, que sólo pudo causarle el brasero de la segunda planta. Su Reverencia murió cuando se disponía a tomar un baño. Después, el homicida arrastró su cadáver hasta el sello de Salomón y remarcó la letra tau con oropimente. Elisabetta y Tomasso no pudieron *confesaros* tales hechos… ¡porque tampoco vos lo sabíais, maldito cabestro!

A medida que sus palabras hacían mudar los semblantes y dejaban la confesión hecha jirones, un silencio sepulcral se adueñó de la estancia. En este lapso incómodo, tenso, interminable, nadie, ni siquiera los portavoces de dos de los soberanos más poderosos del orbe, osó pronunciar una sola palabra. Giovanna poseía ese talento.

—El hálito vital de la quemadura. —El semblante de Paolo Giovio

se había vuelto tan pálido como la cal.

—Sí —dijo ella.

—No había caído en la cuenta.

—Eso parece.

—Asmodeo fue el demonio a quien el rey Salomón invocó para que lo ayudase a erigir el templo de Jerusalén —intervino Julio—. Las dificultades en las obras de la basílica de San Pedro sumieron a Costantini en una honda melancolía. De esta suerte se aficionó a la demonología y decidió someter a su voluntad a ese rey infernal, para que hiciera aquello que la Curia no podía. Para tales ritos adquirió toda suerte de reliquias, mucho antes de conocer a Aldonza y Elisabetta, como podrá atestiguar la servidumbre. A Su Reverencia se le pueden achacar prácticas heréticas, movido por la desesperanza, mas no mercadear con su alma. Su muerte ha de estar relacionada con la de Rudolf Grünenwald, un lansquenete que había adquirido la Lanza de Longinos. En ambos casos, diríase que el móvil fue el robo de los tesoros sacros. Tomasso y Elisabetta son inocentes de la muerte de Su Reverencia. ¿Han confirmado la acusación?

—Esta mañana les fueron leídas sus confesiones —admitió el cardenal Campeggio—. Ambos declararon que todo era mentira, que lo dijeron por miedo al tormento, que son buenos cristianos y temerosos de Dios.

—En tal caso, ya que el suplicio sólo puede aplicarse una vez, sus testimonios quedan invalidados —concluyó el antiguo alguacil—. A no ser que vuestras señorías consideren que la sesión fue suspendida de forma temporal. —Ante el riesgo de esa argucia legal, la voz de Julio se mostró desafiante—. Mas recordad que nos hallamos en Roma, hija de Atenas y de Jerusalén, cuna del derecho y sede de la Cristiandad, y no en una remota aldea de Sajonia.

El cardenal Campeggio echó un vistazo de soslayo al secretario imperial y, acto seguido, a Paolo Giovio, quien, consternado, negó ostensiblemente con la testa.

—Aunque Elisabetta y Tomasso sean inocentes de la muerte de

Su Reverencia —dictaminó el delegado pontificio—, queda probado que Nicholas Hartmann mercadeaba con reliquias robadas. Debéis cumplir con vuestra parte. —Aquella frase iba dirigida a Juan Pérez —. Os concedemos tres semanas para recuperar las reliquias mayores y apresar al culpable. Ni un solo día más.

—Por supuesto —respondió Pérez, alzándose sobre la mesa, y se giró hacia Julio y Giovanna—. Por favor, acompañadme. —Ambos bajaron por las escaleras tras el hombrecillo de hábito oscuro.

Campeggio desea inculpar a Hartmann a toda costa, se dijo Julio, *y el secretario Pérez le sigue el lance, a pesar de no creerse nada*. No podía despojarse de la sensación de que Pérez pastoreaba sus pesquisas: le entregaba dinero a conveniencia y lo conducía de un sitio a otro, como un arriero que pone las orejeras al asno y le escoge compañero de yunta. *Deme vuestra merced otra zanahoria, que prefiero catarla a sentir la fusta. Intrigante hideputa, mamporrero de Lutero…*

Sin duda Hartmann habría enviado cartas a los Fugger informándolos de lo acaecido, y el plazo concedido por Campeggio era el tiempo necesario para que los mensajes llegasen a Augsburgo y estos presionaran al emperador. De darse esta contingencia, la efímera alianza entre Carlos y el papado se desmoronaría como un castillo de naipes. Lo cual abortaría su coronación en la basílica de San Pedro, y el destino de Julio correría parejo.

En la segunda planta, descubrieron que Antonio Malfatto los seguía, y el capitán se encaró con él.

—Vuestra merced ha sido alguacil, ¿no es cierto? —Tras la media máscara, el semblante del referendario se mostraba vacío, carente de alma. Julio había visto antes esa mirada muerta. Pertenecía a quienes no conocían más límite moral que su propia voluntad y habían perdido cualquier vínculo con la raza humana.

—Así es —contestó.

—Entonces lo entenderéis. Era cuestión de elegir un culpable: unas veces se acierta, y otras no. En ocasiones, hay que hacer sacrificios para mantener las calles seguras.

—Siempre que el sacrificio sea de otros —concluyó el andaluz—. Todo el mundo es puto con el culo ajeno.

—Hace falta cuajo para tirar de la cuerda —dijo el italiano—. Quizá voacé no lo tenga.

—Cuando queráis, donde queráis y con las armas que queráis —respondió Julio, impasible—. Lo demás son palabras necias.

Taciturno, Malfatto asintió.

—Dicen que matasteis a un capitán lansquenete y heristeis a otro en un duelo. —La mano enguantada del diácono se apoyó sobre el muro, cerrándole el paso, y miró a Giovanna sin apenas pestañear—. Sois un hombre afortunado; os pagan bien, y seguro que la cuidáis bien, ¿verdad?

El capitán reconoció la sonrisa. Había visto infinidad de muecas como aquella entre quienes habían sobrevivido a la guerra; en todas partes veían la sonrisa de la muerte y se la devolvían de forma sarcástica, sin tener nada de qué sonreír; su fuente de gozo ya no estaba en la vida, sino en el dolor ajeno. Un gruñido amenazante escapó de la boca de Julio, y supo que el referendario le había puesto un cebo.

—Oh, no os preocupéis. —Malfatto rio entre dientes—. No os la quitaré. Venid…, acompañadme. —Hizo un ademán al carcelero, un tipo chepudo, con aspecto de monaguillo avejentado, quien se dispuso a abrir una puerta. En un cubículo oscuro y maloliente una sombra se volvió como accionada por un resorte al abatirse el grueso portillo. Elisabetta parecía una chiquilla, frágil y casi desnuda, en medio de una celda vacía.

—Salid. —Giovanna se despojó de la *zimarra* para cubrir los hombros de la prisionera. Con los ojos clavados en el suelo, sin atreverse siquiera a mirarlos, la cortesana se estiraba la camisa con las manos, tratando de cubrirse los muslos.

—Arcibaldo conoce su oficio —comentó Malfatto, y el aludido los obsequió con una sórdida mueca—. La clave está en los sentidos: sin luz, ni compañía ni ropa. Sin atuendo los dejas sin orgullo, sin dignidad y sin otros caprichos que aquí sobran. Nada a lo que la

mente pueda aferrarse…, salvo el tiempo. Mucho tiempo para pensar.

La risa cruel del referendario se convirtió en una tos entrecortada. Cuando abrieron la otra puerta, Tomasso mostraba un aspecto aún peor, y cayó al suelo nada más cruzar el umbral. Julio extendió la mano para ayudarlo y él se desasió, desplomándose de nuevo. Fluía sangre reseca en las llagas de sus muñecas: el hierro le había ulcerado la carne. Mientras el bachiller atendía a la infeliz pareja y los acompañaba a la salida, Julio y Giovanna reanudaron el descenso por las escaleras junto al secretario imperial.

—Dejasteis escapar a Aldonza —dijo Pérez en cuanto estuvieron a solas—. ¿Por qué?

El capitán confrontó aquella gélida mirada distorsionada por las lentes y sus ojos casi se apartaron ante la intensidad del escrutinio.

—Antes la interrogué —respondió—. La lozana embaucaba a incautos con ungüentos y hechizos de ligazones, pero el cardenal sólo estaba interesado en los demonios. Fue ella quien me confirmó que Su Reverencia pretendía atar a Asmodeo para erigir la nueva basílica de San Pedro.

—Tomó la decisión correcta. —Giovanna intervino de forma inesperada—. Las aficiones nigromantes de Costantini no guardan relación con el robo de las reliquias. Interrogar a Aldonza habría sido perseverar en una senda que nos alejaría aún más de nuestra meta.

Desconcertado ante aquellas palabras, el secretario compuso una sonrisa que nació muerta.

—Ya habéis oído: tenéis tres semanas —concluyó Pérez, e hizo un gesto alusivo a otra celda—. Confiemos en que, con la ayuda de Hartmann, podamos resolver el misterio.

—¿Quién es Nicholas Hartmann? —preguntó Julio, al tiempo que su mente zurcía los testimonios sobre el reo y sus vínculos personales con el cardenal Costantini.

—El representante de los Fugger en Roma —dijo el secretario—. Un conocido filántropo que adquiere antigüedades para Raymund Fugger, quien emplea su red financiera para amasar una enorme

colección de obras de arte.

Los Fugger. El linaje de banqueros más poderoso de Europa con amigos en la Gran Cancillería. No se encarcelaba a un hombre así a la ligera, las consecuencias podrían ser fatales. Mas la Curia andaba resentida por la negativa de los Fugger a prestar el dinero para el rescate papal, y Moncada no quiso poner los huevos sobre la mesa.

—¿No le habéis dicho a Su Señoría Ilustrísima que Hartmann espiaba para la embajada española? —El comentario de Giovanna no era una pregunta.

—No, aunque lo sospechan —replicó el secretario, y se giró hacia el capitán—. Creemos que Hartmann actúa como un agente doble. Ahora está bajo arresto, y, por lo visto, desea hablar con un tal Julio de Castillo.

—No lo conozco —dijo el sevillano.

—Tenemos motivos para pensar que os ofrecerá algún acuerdo —prosiguió Pérez—. Debéis reuniros con él y Giovanna ha de acompañaros: se ha convertido en un activo valioso, dada su antigua vinculación con él.

—Agua pasada no mueve molino. —La boloñesa le sostuvo la mirada, primero con vergüenza y después con ira.

—¿Y bien? ¿Qué decís? —El secretario se impacientaba, y, a regañadientes, la italiana asintió, mas eso no era suficiente—. Necesito una respuesta audible.

—De acuerdo —concedió Giovanna—. No seré la única mujer que no pacte con el diablo.

Nerviosa, y con motivos; más allá de la puerta, los aguardaba el testaferro de una de las familias más poderosas de Europa.

—A Hartmann le complace ver qué sucede cuando se lleva a alguien al límite —le advirtió Pérez—. Desde el momento en que entréis en esa celda, formaréis parte de un juego. Buscará vuestros puntos débiles; no os dejéis engañar por su cortesía y buenas maneras. Mantened la boca cerrada y, sobre todo, no soltéis prenda sobre vuestras pesquisas, y, menos aún, acerca de vuestra vida privada.

El capitán asintió y tomó una honda inspiración, y el carcelero les abrió el portón herrado. No había luz en la mazmorra, salvo la que atravesaba el enrejado del tragaluz, y tuvieron que aguardar a que sus ojos se habituasen a la ubicua penumbra. La humedad se extendía por las paredes y el enlucido se ahuecaba a su paso formando ampollas de cal que se desprendían y agrisaban el suelo. Un cuenco roto retenía el agua de lluvia que rezumaba por el alféizar, y un solitario cubo de duelas servía de letrina. Sentado sobre las húmedas lajas, un tipo rubio, corpulento, aherrojado al suelo, les daba la espalda.

—Gracias —dijo Julio al carcelero—. ¿Podría voacé despojarlo de los grilletes y esperarnos fuera?

A punto estuvo Arcibaldo de protestar, pero la firme mirada de alguien habituado al mando sofocó cualquier objeción.

—Como desee vuestra merced. —A desgana quitó los hierros al recluso y luego agregó—: Si necesitáis algo, sólo tenéis que gritar.

Tras incorporarse, el prisionero se frotó las muñecas, aún sin girarse, mientras el carcelero se marchaba. Una camisa mugrienta, unas calzas enteras y una manta raída suponían su única indumentaria. Por algún motivo que Julio desconocía, contemplar aquella miseria, en alguien de su ralea, le resultó sumamente satisfactorio.

—Os lo agradezco —dijo Hartmann con voz grave.

La chirriante portezuela se cerró a sus espaldas, y Giovanna ahogó un sobresalto. Cuando el banquero al fin se giró, sus ojos acerados, penetrantes como los de un halcón, ignoraron a Julio y se clavaron en la italiana.

—Señor Hartmann… Mi nombre es Giovanna Inverno.

El aludido la examinó con fijeza sin pronunciar una sola palabra. Cuando al fin habló, la aspereza de su voz pareció aturdirla:

—Giovanna. Inverno —dijo—. Qué placer tan inesperado.

—Me temo que no puedo decir lo mismo.

—Es lo más honesto que jamás he escuchado de vos, Giovanna. —El germano forzó una sonrisa con la que sólo mostraba los dientes

—. Aunque mis palabras no contenían un ápice de ironía: los años os han tratado bien. Estáis especialmente hermosa.

—Os agradezco el cumplido, vueseñoría —replicó ella con sorna.

—No es necesario que me llaméis «vueseñoría». Aunque imagino que será la costumbre. —Hartmann inclinó la cabeza; su rostro dejó de hallarse en sombras y Julio pudo vislumbrar su tez, pálida como la luna sobre la nieve, y el cabello, rubio como el trigo en verano, junto a unas armoniosas facciones que se antojaban cinceladas por Verrocchio. *Irritantemente apuesto*, concluyó extrañado, pues rara vez se fijaba en tales detalles.

—Así es. —Giovanna se encogió de hombros en un cínico ademán—. Mis padres me enseñaron a ser educada.

—Por favor, siéntense vuestras mercedes. —El alemán señaló un ajado taburete, el único mobiliario de la celda, y cuando la italiana se acomodó en él, el hombre se giró hacia Julio para presentarse—: Soy Nicholas Hartmann. Un «hombre nuevo», como diría Cicerón. Ni siquiera tengo apellido: mi madre eligió el apodo de su proxeneta para el acta de bautismo. —Sentose sobre un montón de paja que apestaba a orín—. Un nuevo mundo está naciendo, Julio. Uno que no será gobernado desde castillos, sino desde casas de cambio. Uno creado por gente como vos y yo.

—Así es —convino el sevillano—, aunque cada cual a su modo.

—Existe un viejo proverbio sobre Roma —prosiguió Hartmann—. No se invoca a la ligera, aunque todos lo conocen, desde los cardenales a los mendigos. Algunos visitantes sonríen al oírlo, pero, cuanto más tiempo pasan en esta ciudad, tanto más difícil les resulta ignorarlo. Sin duda lo conocéis: «Roma corrompe todo cuanto toca». Yo una vez lo creí, cuando era joven, pues se antojaba obvio: el alma diabólica de las siete colinas malogra a quienes habitan en ella.

»La Santa Sede supone el vientre idóneo para engendrar toda suerte de monstruos. Hombres con un poder omnímodo, que sólo deben rendir cuentas ante un Dios del que son portavoces. Señores de una nación de parásitos, mercenarios, mercachifles y rameras que acuden a rendirles pleitesía y mercadean con sus cuerpos y

almas. Todos maldicen los trapicheos de los callejones oscuros, y el obsceno lujo de los palacios del Borgo Vaticano que alimenta sus quimeras de poder. Fantasean con ese día glorioso en el que, al fin enriquecidos, dejarán atrás la corrupción que los infecta como un miasma. Pero, cuando satisfacen sus anhelos, descubren la desoladora verdad: Roma no tiene alma. En el corazón de esta ciudad no hay nada más que un abismo que atrae a la misma ralea de gente. No. Roma no corrompe. Quienes acuden a ella lo están —sentenció Hartmann—. He oído hablar de vos, Julio de Castillo, el héroe de Pavía. Quizá seáis el capitán más capaz del ejército cesáreo y, con todo, vivís a salto de mata. ¿Y sabéis por qué? —El aludido no respondió—. Porque vos sois distinto.

Más allá de la tronera, la tramontana arrastraba un océano de nubes grises por el firmamento, y a Julio no le resultó difícil colegir que aquel crudo informe sobre su vida procedía de Mosse Abenarroy, quien andaba en tratos con los Fugger.

—Pero si quisierais a alguien corrupto y venal, yo no estaría aquí, ¿verdad? —dijo—. ¿Por qué me habéis hecho llamar?

—Porque investigáis la muerte del cardenal Costantini, por supuesto. —La respuesta fue breve y concisa; su educada voz no mostraba el más leve vestigio de emoción; su mirada gris seguía clavada en Giovanna—. En mi palacio, paso horas repasando los libros de cuentas. O, más bien, finjo hacerlo. No los estudio a fondo, no podría ni aunque quisiera. Demasiados nombres, demasiados números, demasiadas fechas…, pero eso mis asistentes lo ignoran. El miedo me garantiza su lealtad. Aunque eso, en ocasiones, no basta.

—Torear con la luna —musitó Julio.

Hartmann esbozó un asentimiento y contestó:

—Es lo que admiro de vos. Nadie os vigila y, no obstante, actuáis con honor. El vulgo sabe que me lucro con la usura, que me quedo con una parte de sus míseros salarios gracias a mis mancebías y casas de juego. Y, sin embargo, dono una ínfima parte a la caridad y todos me aman por ello. Cuando yo muera, miles de romanos

acudirán a mi funeral. ¿Cuántos creéis que os llorarán, Julio? ¿Por qué actuáis así? Sé que no sois estúpido.

Porque la honra y el patriotismo son el único modo de otorgar algún fútil sentido a mi irrisoria existencia, pensó el aludido. *En efecto, aún tengo unos restos de dignidad…, pero dadme tiempo*.

—Lo ignoro —dijo Julio en su lugar—. Sólo sé que, cuando me miro al espejo, aún puedo soportar lo que veo.

Recordó a Antonio Fajardo, el alguacil malagueño. Uno bueno, honrado. Un día, el resto de agentes de la ley se cansó de que arruinara sus mordidas en el almojarifazgo, y le rompieron los huesos de la mano derecha. Después de eso, dejó de ser alguacil.

—Si alguna vez buscáis un trabajo lucrativo, acudid a mí —dijo el germano—. Respecto al asunto que ahora nos ocupa, quería hablar con alguien digno de confianza. El mundo está lleno de soldados y alguaciles venales y corruptos que desempeñan una labor útil: que impere el orden. No obstante, cuando deseas que se haga justicia, buscas a alguien honesto.

—Dejadme adivinar: sois inocente —respondió Julio, presto a escuchar la acostumbrada cantinela.

—Así es. El cardenal Campeggio, el sumo pontífice, y ese hideputa, el secretario Pérez, están jugando con fuego a la alta política. Mi arresto supone una miserable retribución por no haberles prestado dinero para el rescate papal. Ahora me acusan de un crimen que no cometí.

—¿Tenéis testigos?

Hartmann le dedicó una sonrisa indulgente.

—Puedo comprar los que hagan falta. Esa no es la cuestión. Como ya dije a quienes me interrogaron, sí, adquiría antigüedades para Raymund Fugger. Y sí, también compraba reliquias, y me disputé algunas con Paolo Costantini…, pero no lo he matado.

—Supongo que tampoco tendréis nada que ver con la trágica muerte de Grünenwald —le soltó Giovanna a bocajarro.

—Grünenwald mantenía un peligroso juego de lealtades.

—Veo que no os sorprende la noticia —dijo la boloñesa.

—Cuando tu vida depende de estar bien informado, pocas cosas lo hacen. Mis negocios, por muy infames que a otros les parezcan, siempre son consensuados. Como bien sabéis, Giovanna. Inverno.

La mujer se envaró al escucharlo. Sea lo que fuera aquello que se traían entre manos, Hartmann deseaba cambiar las tornas. Se miraron el uno al otro durante un buen rato. Fue ella quien rompió el silencio:

—¿No sabíais que yo era una agente veneciana?

Los alguaciles llamaban a tales preguntas «un doble filo». Es imposible salir bien parado. Una negativa de Hartmann socavaría su inflado ego, pero subyacía algo siniestro, acechando, tras un simple «sí».

—No, no lo sabía —replicó el banquero. La velocidad del parpadeo aumenta cuando alguien trata de elaborar una mentira, y aunque no supone una evidencia definitiva, el instinto le decía a Julio que aquello había sido una media verdad—. Imagino que no tenéis nada más con qué incriminarme.

—¿Eso pensáis? —dijo la italiana.

—Os conozco, Giovanna —declaró Hartmann—. Quizá no en esta nueva faceta, pero sí en el fondo. El emperador Carlos está en manos de los Fugger, mis señores, merced a las deudas, y no alzará la mano contra mi persona sin una acusación sólida. Si tuvierais alguna prueba en mi contra, Malfatto me habría aplicado la cuerda, ¿no es cierto?

Había leído la tesitura como un libro abierto, y el sevillano dedujo que las amenazas resultarían estériles.

—¿Para qué me habéis hecho llamar? —preguntó Julio.

—Tengo una oferta que haceros. —La penetrante mirada de Hartmann hurgaba en sus ojos.

—¿De qué clase? —Giovanna se recostó en el muro cruzada de brazos. La máscara de suficiencia del banquero había desaparecido para ser reemplazada por una expresión sosegada que evaluaba sus reacciones.

—Ninguna indecorosa, os lo aseguro —ironizó—. ¿Qué pensarías

si os dijera que puedo llevaros hasta el asesino?

Al fin había llegado la oferta, mucho más tentadora de lo que Julio hubiese imaginado. En otras circunstancias, tal vez Giovanna se habría mostrado satisfecha, pero mantuvo un semblante inescrutable.

—Continuad.

—Tengo razones para creer —añadió el banquero— que quien cometió el crimen es alguien del entorno de Edoardo Strozzi, si no es él mismo.

La mayoría de las veces Julio podía reconocer la mentira con cierto grado de certidumbre. Gestos inconscientes, parpadeos, frases aprendidas, cambios de entonación… Cuando alguien oculta algo, esconde las manos; cuando desea aparentar honestidad, las muestra en exceso. Una sonrisa auténtica crea arrugas en torno a los ojos; una falsa, nunca. Gracias a este repertorio de recursos, el antiguo alguacil estaba seguro de que Hartmann no había sido del todo sincero cuando dijo que desconocía que Giovanna había espiado para Venecia. Sin duda, escondía algo turbio cuando soltó la perorata sobre el hombre hecho a sí mismo. Apestaba a mentira cuando quiso distanciarse de los negocios encubiertos de Costantini. Pero, al proclamar su inocencia y acusar a Strozzi, decía la verdad. O, al menos, estaba convencido de lo último.

—¿Cuál es la contrapartida? —Giovanna se mostró obstinada.

—No la hay —aseguró el germano—. Para limpiar mi buen nombre, os ayudaré a encontrar al asesino.

—Florentinos y genoveses ostentan el monopolio sobre el mercadeo de reliquias y antigüedades —dijo la italiana—. Deseáis haceros con el negocio, eliminar competidores.

El banquero augsburgués sonrió, y le dedicó un ademán de reconocimiento.

—Muy bien, de verdad. Tenéis una mente aguda, a juego con un bonito cuerpo.

—Imagino que un avezado hombre de negocios como vos —prosiguió la italiana— tendrá confidentes en el entramado financiero

de los Strozzi.

—Tenéis una buena imaginación.

—No busco un chivo expiatorio —le advirtió Julio—, las muertes no me importan. Mi objetivo es recuperar las reliquias mayores.

—Por favor. —Hartmann alzó las palmas en un ademán conciliador—. No insultaría vuestra inteligencia e integridad entregándoos a algún infeliz como cabeza de turco. Podéis creerme: gracias a mi ayuda, hallaréis la Verónica y la Vera Cruz, amén del Santo Ombligo y el resto de cachivaches y despojos. Os lo garantizo.

—En tal caso, decídselo a Juan Pérez. ¿Qué hago yo de comparsa? —Julio comenzaba a impacientarse.

—Al contrario que Pérez, vos sois un hombre de palabra, lo cual os hace triste y útilmente predecible. Lo bastante inteligente como para hallar al asesino y lo bastante ingenuo como para desear que se haga justicia.

El capitán no pasó por alto que el comentario excluía a la italiana, y que la influencia de los Fugger se extendía hasta lugares que Julio ni siquiera podía imaginar.

—Antes explicadme cuál es vuestro papel en todo esto —dijo Julio, cruzándose de brazos.

La atención del germano se perdió más allá del portillo, como si quisiese extraer una respuesta a la lluvia.

—Hace veinte años —dijo— yo era un joven y ambicioso cambista recién llegado de Augsburgo. Durante una visita a la villa de mi amigo Felice de Fredis en el Esquilino, unos pecheros descubrieron una cabeza de mármol enterrada en los viñedos. La noticia corrió como la pólvora por toda la ciudad, a medida que la escultura iba cobrando forma con cada palada de tierra: una testa barbada, un torso hercúleo, dos serpientes, una pareja de muchachos… Al día siguiente, acudieron Giuliano da Sangallo y Miguel Ángel Buonarroti para ofrecerle al bueno de Felice unas monedas por la escultura. Él sospechó que valía mucho más, así que, como órdago, les pidió seiscientos ducados. Para su sorpresa, accedieron sin rechistar.

»Tras indagar, descubrí que se trataba de *Laocoonte y sus hijos*, una obra maestra tallada en Rodas hace diecisiete siglos. Mi buen amigo podría haber pedido el triple, de haberlo sabido. Comprendí lo esencial: el conocimiento confiere poder y en el subsuelo romano subyace una colosal fortuna. Durante años, leí a los clásicos y visité bibliotecas, gabinetes y colecciones, poco a poco fui medrando, como coleccionista y banquero. Una tarde de septiembre, ofrecí a mi amigo Felice quinientos escudos por su ruinosa villa. "La brisa del Bora me hará bien", le dije, "y las vistas al Coliseo apaciguarán mi espíritu". Una vez cerrada la compra a un precio casi simbólico, comencé a excavar en los viñedos de la vetusta hacienda. Gracias a mis lecturas, había descubierto que se hallaba sobre los restos de la *Domus Aurea* de Nerón. De la tierra empezaron a aflorar estatuas, relieves, mosaicos. Recurrí a mis contactos para venderlos a coleccionistas alemanes y así comencé a fraguar mi fortuna.

—Después, trabajasteis como espía imperial —dijo Giovanna.

—Y ahora mis pagadores me apuñalan por la espalda. —Hartmann hizo un puchero—. No os sorprendáis por mis distintas facetas. La esencia de mi negocio consiste en mediar entre la oferta y la demanda. El precio de cualquier objeto depende del valor que alguien le otorgue. Todo coleccionista busca algo específico: las pinturas de ese artista que tanto le apasiona, las reliquias del santo del que es tan devoto. En este negocio, el éxito se basa en recordar en qué colección se encuentra un Ghirlandaio de su primera etapa florentina, en qué relicario de qué capilla se halla el meñique incorrupto de Santa Zoé… lo cual exige don de gentes, una vida social intensa, una vasta cultura, una amplia red de confidentes y, sobre todo, una portentosa memoria para saber quién busca qué y quién puede tenerlo. Los mercaderes de antigüedades y reliquias somos, en cierto modo, espías. No comerciamos con arte, sino con información. Viajamos de un sitio a otro, acudimos a los eventos sociales. No tenemos escrúpulos, ni tampoco ética más allá del lucro, traficamos con lo divino y lo profano. Somos una elección obvia para cualquier red de inteligencia.

—Y, gracias a ello, conocéis el entorno de Paolo Costantini y Edoardo Strozzi —concedió la boloñesa—. ¿En qué consiste vuestra oferta?

Por un instante, el germano permaneció inmóvil, en la penumbra, escuchando el susurro de la lluvia y el goteo del techo.

—Os facilitaré los medios para que entréis en los círculos de Strozzi en Florencia —respondió—, lo cual os permitirá descubrir al asesino y deducir el paradero de las reliquias. Vuestro principal desafío será separar el grano de la paja: en este mercadeo, no es oro todo lo que reluce.

—Sospecháis que Strozzi comercia con reliquias falsas —dijo Julio.

—No. Lo sé a ciencia cierta.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —inquirió Giovanna.

—Aunque los mercaderes de antigüedades seamos, en cierto modo, espías, al contrario que estos, somos socios y rivales al tiempo. Nuestra prosperidad depende de conocer el valor de una antigualla y dónde encontrarla. Si yo lo ignoro, tal vez otros coleccionistas o mercantes puedan saberlo, como Strozzi o Costantini, o quizá estén al tanto mediadores como Cellini o Malavita. En tal caso, puedo intentar comprársela a uno de ellos, o negociar una comisión como intermediario. En definitiva, debes saber para quiénes trabajan, a quiénes compran, qué han vendido, por cuánto y, sobre todo, a quién. Y para proteger nuestros intereses, creamos un escudo de mentiras. Nadie os dirá jamás qué obras componen la colección de cierto noble arruinado de Ascoli, dispuesto a desprenderse de ellas por una miseria. Nadie os contará en qué ruinas del Janículo aparecen esculturas antiguas bajo un pie de tierra. Para medrar, los tratantes de arte y antigüedades debemos contar con buenas relaciones, mucha retentiva y, en especial, la capacidad de actuar antes que cualquier competidor. En esto, Strozzi demuestra un endiablado talento. ¿Que el obispo de Canterbury desea engrosar los relicarios de su catedral con algún vestigio de Beda el Venerable? Ahí está Strozzi con una costilla. ¿Que un

especiero de Lisboa está interesado en una pintura de Verrocchio con la Virgen amamantando a Jesús? Strozzi se lo consigue en una semana. Una portentosa memoria, una extensa red de contactos… Sospechosamente portentosa, increíblemente amplia.

—El único modo de lograrlo es fabricar las piezas bajo demanda —concluyó la italiana.

—¿Y quién creéis que podría realizar semejante portento? Elaborar pinturas y reliquias capaces de embaucar a los mejores expertos, como una réplica perfecta de la Verónica.

—Algún miembro de los *pictores veronicarum*, como Francesco Malavita.

—Dijisteis que los mercantes de antigüedades sois, al mismo tiempo, socios y rivales —intervino el capitán—. ¿Cuál es vuestra relación con Strozzi?

—¿Sabéis qué es la *hybris*?

—La enfermedad del poder —respondió la italiana—. Para los antiguos griegos, suponía el castigo por transgredir los límites impuestos a los mortales. La consecuencia de no tener límites a nuestras pasiones.

—Culta, además de inteligente —concedió el banquero—. Las bajas pasiones son el talón de Aquiles de Strozzi el Libertino y, para colmar su ambición, ha creado una peculiar sociedad hedonista: coleccionistas y tratantes de tesoros que satisfacen mutuamente sus instintos y anhelos…, aunque todo trato, toda venta, pasa por sus manos.

—Un conciliábulo que organiza subastas y mercados en reuniones galantes —concluyó Julio tras recordar el relato de Aldonza.

—Una necedad, ¿no creéis? Como militar, vos sabéis que no existe nada más arriesgado que poner todos los huevos en el mismo cesto. —Hartmann sonreía—. ¿Deseáis recuperar las reliquias robadas? Dentro de unas semanas estarán todas bajo un mismo techo, o al menos una buena parte. Yo os facilitaré la entrada.

—¿A cambio dé? —dijo Julio, y el silencio de la celda se colmó de

sonidos de invierno: el piar de los gorriones, una ráfaga de viento, el crepitar de las brasas en el corredor, un borracho gritando en el embarcadero.

—De que la Curia retire los cargos de su mezquina *vendetta* —dijo Hartmann— y, por supuesto, de que os aseguréis de que Strozzi abandone el negocio de una forma definitiva.

Aquello estaba listo para sentencia, y Julio se veía forzado a aceptar esta nueva oferta, pues, de lo contrario, no podría llegar a algún puerto. Navegando a través de un océano ignoto, los riesgos se incrementaban a cada jornada, sin saber si habría tierra firme más allá.

X

El artista examinó el contenido del almirez y lo volcó sobre una loseta de alabastro. Vertió una pizca de aceite de linaza, y comenzó a mezclar el pigmento y el aglutinante con la espátula. Después, amasó la pintura al óleo con una moleta de cristal para evitar que se formasen grumos, y se sentó ante el caballete. Usando el mármol como paleta, aplicó con un pincel grueso una veladura sobre el rostro hierático que se intuía en el lienzo. Satisfecho, se acomodó en el taburete y empleó el pulgar y un pincel de pelo de marta para difuminar el contorno de los ojos.

Había pasado semanas afanado día y noche en esta tarea; obtenía los tonos de piel mediante la superposición de capas de pintura muy diluida, de polvo de momia y negro de hueso. El esfumado era una técnica que requería una infinita paciencia: Leonardo da Vinci podía aplicar hasta treinta veladuras como aquella, y el tiempo de secado de cada una podía durar desde unos días a varios meses.

De súbito, el portón gimió ante los golpes que, con un estrépito sordo, resonaron en el espacio cavernoso del corredor. Extrañado ante aquella intromisión, Francesco Malavita depositó los pinceles sobre la mesa, echó un último vistazo al cuadro y, apartando las cortinas, se dirigió hacia la entrada. Cuando al fin llegó, los golpes se habían detenido, y entreabrió la puerta, intrigado, para asomar por el resquicio:

—¿Quién…?

Las tablas impactaron en su rostro; pronunció un exabrupto y cayó de espaldas. Julio se plantó ante el pintor, quien, aún tirado en el suelo, se llevaba las manos a la boca. Giovanna caminó ante él para escrutar el interior. Las Termas de Diocleciano habían sido las más grandiosas del Imperio, y aquel ruinoso estudio se hallaba en una solitaria torre de este gran balneario, un desolado paraje de arcadas y muros en ruinas. La estancia, casi desnuda de muebles, se mostraba repleta de trastos desperdigados sin ningún orden aparente: cuadros amontonados en las esquinas, pinceles y frascos por todas partes, bocetos y apuntes clavados en los muros de ladrillo, tirados por el suelo o apilados en las mesas. La escasa iluminación procedía de un ventanal que mostraba la Piazza di Termini. Ante ella, había un tablero de dibujo junto a un minúsculo fogón.

—Aquí es donde sucede la magia —dijo Malavita, apelando al sarcasmo—. Dicen que el desorden alimenta la creatividad.

Dejó escapar un gemido de dolor, mas su incomodidad no parecía importarle a nadie. La boloñesa se detuvo ante un boceto a carboncillo y tiza sobre papel marrón. Lo examinó durante un instante.

—Soy yo —susurró Giovanna.

—Sí —dijo Malavita—. Es sólo un bosquejo.

La atención femenina retornó al dibujo: un elegante perfil de tres cuartos, con la mirada perdida a la izquierda. Aún estaba en sus primeras etapas. Los trazos, amplios y enérgicos, apenas esbozaban sus rasgos hasta los hombros, y, aun así, se vio a sí misma, con el rostro parcialmente oculto por el cabello oscuro. Podía intuir la tensión en los músculos de la espalda arqueada, la forma en que la luz se reflejaba sobre la piel y acentuaba las formas.

—¿Lo habéis hecho hoy? —preguntó, fascinada.

—Sí.

—¿De memoria?

—Así es.

—Sois un falsificador —declaró Julio, con la misma voz que, en Sevilla, dedicaba a los reos; asqueado ante aquella complicidad sin saber el porqué.

—No —respondió Malavita—. Soy un fabricante de ilusiones. Me dejo inspirar por un maestro, penetro en su espíritu y poseo su estilo, en el sentido más espiritual de la palabra, para así ampliar su legado. Una falsificación es otra cosa: un artefacto realizado con la premeditada voluntad del engaño. Eso sólo lo hago cuando necesito dinero.

—¿Y ocurre a menudo?

—En demasiadas ocasiones —admitió el artista, acomodándose en el suelo—. Cuando llegué a Roma, hará unos doce años, ingresé en el taller de Rafael Sanzio. Por desgracia, mi maestro falleció joven, y tuve que buscarme el sustento. Me encerré en este lugar y, durante seis meses, realicé media docena de pinturas, en cuyos materiales invertí mis modestos ahorros. Con ellas bajo el brazo, llamé a una puerta tras otra. Fue un éxito en lo social, y, sin embargo, desde un punto de vista artístico, me tacharon de poco original y, desde el pecuniario, resultó un absoluto fracaso.

»Un día, Nicholas Hartmann visitó mi estudio y se fijó en una pintura, casi oculta detrás de unas tablas. "Es de Rafael, ¿verdad?", me dijo, y le pregunté cómo podía saberlo. "Se rumorea que os legó algunas pinturas. ¿Estaríais dispuesto a vendérmela?". En realidad, el cuadro era mío, aunque basado en unos bocetos de mi maestro. Veréis… En el arte, la autenticidad es un concepto cuajado de matices. Es habitual que los aprendices copien las obras de su maestro para aprender el oficio, o que él realice un bosquejo y ellos asuman las labores más rutinarias. Si una composición tiene éxito, el artista, junto con sus alumnos, pueden realizar copias y variantes. Me negué a venderle el supuesto Rafael y el banquero alemán insistió, convencido de que haría un gran negocio. Finalmente, el precio acordado fueron cuarenta florines, con los que pude satisfacer mis deudas.

—La primera estafa de muchas —dijo Giovanna—. Supongo que

las obras que vendió a Costantini, con la colaboración de Elisabetta, también eran falsas. Incluido el Masaccio.

—Jamás logré vender mi mejor pintura, pero, si la ofrecía con la firma de mi maestro, estaban dispuestos a pagarme lo que fuera. Paradójico, ¿no creéis? En parte fascinante, en parte deprimente, y ante todo un desafío. Mi labor de intermediario me facilitó la tarea. Por un puñado de florines adquirí varias pinturas sobre tablas, deslavazadas y mediocres, pero antiguas. Tras un oportuno lavado con esencia de trementina, les pintaba algún motivo inspirado en Sandro Botticelli o Fra Angelico. Puesto que el óleo tarda años en secar, pasaba mis obras por el horno y así conseguía un convincente craquelado. Ante los clientes me presentaba como el representante de un noble arruinado con un modesto patrimonio artístico del que se veía forzado a desprenderse.

—Y así conocisteis a Edoardo Strozzi —dijo Giovanna.

—Acudí a una fiesta que celebraba en su palacio, en Florencia, y lo abordé cuando charlaba con una amiga. Al principio se mostró receloso, pero cuando le mostré las dos pinturas que traía conmigo, quedó impresionado. Un autorretrato de Rafael en sus primeros años, influenciado aún por Pietro Perugino, sobre unas tablas del mil quinientos, con pintura gruesa, un medio a base de barniz en las sombras y una aplicación más ligera en la piel. El otro cuadro era una variación de *Lamentación sobre Cristo muerto*, de Andrea Mantegna, con un atrevido escorzo del Jesús yacente, que bien podría interpretarse como algún estudio previo. Con una lupa, Strozzi examinó mi Rafael. A medida que observaba cada detalle, pude percibir cómo crecía su entusiasmo. Luego pasó al Mantegna y debió de notar algo, quizá un vago concepto en la composición anatómica, o un gesto distintivo al aplicar las pinceladas…, y comprendió que las dos pinturas habían sido realizadas por la misma mano. El sudor recorría mi espalda cuando se plantó ante mí para decirme: «Enhorabuena, casi me engañáis».

—¿Os denunció ante las autoridades? —preguntó Julio.

—En modo alguno. Me convenció de que pintara para él, un

magnate florentino que aunaba una colosal fortuna obtenida en la banca con una fabulosa habilidad para embaucar. Para tan noble fin recurría a la adulación, el encanto y un fastuoso despliegue de erudición. La ingenuidad de los coleccionistas y sus ansias de hacerse con alguna obra que singularizase sus palacios suponían nuestro mejor aliado. Con alguna ostentosa reliquia en su capilla, o alguna renombrada pintura en su salón, los nuevos ricos fortalecían su posición. Y si descubrían el engaño, preferían no hacerlo público y trataban de ponerlo a la venta con discreción, lo cual incrementaba la ilusión de autenticidad. Cuanto más conocido sea el rastro de una obra, tanto más verídica parece.

—Si os descubren —le advirtió el capitán—, pasaréis a la posteridad como el mayor infame de la historia del arte.

—En este negocio, quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra —respondió el falsario—. En Florencia, Lorenzo Pierfrancesco di Medici encargó a Miguel Ángel una escultura de Eros dormido, y él la ejecutó con tal maestría que el noble decidió enterrarla durante meses para que obtuviera una pátina y, después, se la vendió al cardenal Raffaele Riario por doscientos ducados. Miguel Ángel, que no estaba al tanto del asunto, sólo recibió treinta. Después, el cardenal encargó a Jacopo Galli, su persona de confianza en la adquisición de antigüedades, que indagara en su origen y este le remitió un informe describiendo el chanchullo y alabando los méritos del artista. Algunos escultores prueban a hacer pasar sus obras por antigüedades para demostrar que poseen el talento de los antiguos. Otros incluso organizan excavaciones falsas, donde la contrahechura es exhumada ante los atónitos ojos del cliente, como se si tratase de un fabuloso descubrimiento. Creedme, no hay gabinete de arte que no atesore algún fraude, y, como ya he señalado, la autenticidad es un concepto relativo. En un fraude, no todo tiene por qué ser falso: es posible adquirir una antigüedad anodina y añadirle algún detalle que la haga única…, como una insulsa crátera griega a la que se pinta un Aquiles con Patroclo. El falsificador más prolífico fue fray Annio de Viterbo. Falleció hace un cuarto de siglo, después de

realizar cientos de inscripciones falsas sobre piezas auténticas. Los eruditos todavía debaten qué es auténtico, a pesar de que su catálogo *Antiquitates* sigue siendo una referencia imprescindible.

—Pasado el tiempo, Strozzi os propuso falsificar reliquias sagradas —señaló Julio, intentando encauzar la charla—. Lo cual es simonía. Una actividad castigada con la excomunión y la horca.

—Y, por tanto, mejor pagada. No fue un cambio difícil. Mis padres me educaron para que vistiera los hábitos, así que conozco al Santoral mejor que mi prosapia. Existe mayor demanda de reliquias que de obras de arte: suponen un requisito obligado en los altares, en los tribunales son requeridas para los juramentos, ayudan a conseguir la victoria a los ejércitos, curan enfermedades y aportan sustanciosos beneficios a las abadías, parroquias y monasterios merced a los peregrinos.

—¿Nunca nadie os ha desenmascarado? —preguntó Julio, al recordar la charla con Hartmann.

—Muchos sospechan, pero nadie ha podido probar nada. Falsifico reliquias desaparecidas, que están reseñadas en antiguos inventarios y documentos eclesiásticos, y me adentro en las catacumbas de la vía Appia en busca de la materia prima adecuada. A san Blas le arrancaron la piel a tiras con unos peines de hierro y, después, lo decapitaron; san Bartolomé fue despellejado con un cuchillo, y se pasó por la parrilla a san Lorenzo. Busco algún cuerpo momificado que se acomode a mis necesidades y hago los oportunos retoques. En el castillo de Civitavecchia hallé un hacha oxidada y se la incrusté a una calavera que hice pasar por la de San Pedro Mártir.

»Concebir una historia creíble supone un añadido indispensable, y, para no despertar recelos, la venta nunca debe parecer demasiado fácil; siempre ha de existir algún obstáculo, algún escrúpulo, que finalmente se salva. La mayor parte de nuestros clientes son víctimas de su necesidad de patrimonio sacro; ya sea un opulento banquero, nieto de campesinos, o la catedral de alguna urbe enriquecida de forma reciente. Todo ello facilita el engaño.

—El cuarto Concilio de Letrán prohibió la veneración de reliquias

sin el oportuno certificado de autenticidad —apuntó Julio.

—Nada que una comisión no resuelva. Algunos miembros del Sacro Colegio Cardenalicio nos firman los certificados y hasta le buscan los clientes a Strozzi. Si un príncipe flamenco o una diócesis borgoñona desea algún vestigio de santa Águeda, él me pasa el encargo, rebusco en las tumbas de algún convento y le arranco los senos a una momia con unas tenazas.

—¿Nadie comprueba su autenticidad? —El oficio forense de Giovanna le hizo formular la pregunta.

—Por supuesto. Los expertos en hagiografía cotejan, uno tras otro, los antedichos escarnios, y, si el fiambre se ajusta a lo descrito por las *Acta martyrium* y Jacobus de Voragine, los restos han de ser verídicos, más allá de cualquier género de duda. ¿Qué otro reo, sino san Erasmo, pudo ser asado en una parrilla, recubierto de pez y quemado vivo, con clavos bajo las uñas, y después eviscerado con un cabrestante de barco? Ea, pues ya está.

—Y no sólo falseáis reliquias, sino también relicarios —comentó Julio, mientras escrutaba las estanterías, repletas de arquetas doradas, estaurotecas y cajillas de marfil labrado.

—En la orfebrería de plata, la pátina es difícil de imitar —respondió Malavita—. La falsificación del oro antiguo, en cambio, no resulta tan ardua: le doy de comer a una gallina la joya recién fundida y después la extraigo de entre las heces. Es mano de santo.

El capitán decidió ir al fondo del asunto:

—¿Vendisteis alguna reliquia sagrada, ya sea verdadera o falsa, al cardenal Costantini?

—No… exactamente. Por supuesto, jamás le confesé a Su Eminencia que trabajaba como falsificador. Habría dudado de los cuadros que le ofrecía. Endosarle una pintura fraudulenta era pan comido, merced a su impericia en materia de arte y a la oportuna colaboración de Elisabetta. Embaucarlo con una reliquia de Cristo era harina de otro costal: Su Reverencia conocía todas las que había registradas en Italia, y no quise arriesgarme amatar la gallina de Esopo. Sabía que yo había formado parte de los *pictores*

veronicarum y me pidió que pintara una copia perfecta de la Verónica. Conozco cada pulgada de la tela, y el cardenal quiso que le hiciera una réplica capaz de engañar al mismísimo diablo. Tales fueron sus palabras.

—Y no declinasteis la oferta.

—Semejante encargo, para cualquier artista, constituye un desafío mayor que un retrato de nuevo cuño. No sólo se trata de la reliquia más sagrada de la Cristiandad: es una pintura aquerópita. Este nombre procede del griego y significa «no pintada por la mano humana». Tales imágenes son el fruto de la intervención divina. Veréis, los Evangelios fueron redactados por la falible mano de los seguidores de Cristo, pero los mahometanos afirman que los versos del Corán han sido compuestos por la propia divinidad. ¿No es fascinante? ¡El auténtico verbo de Dios! Las pinturas aquerópitas suponen lo mismo en imagen.

Todavía sentada, Giovanna dirigió una discreta mirada al capitán, quien asintió en silencio. Esta revelación confirmaba que la Verónica que habían hallado en el gabinete de Costantini era una falsificación.

—Para realizar la copia de la Verónica —dijo el capitán— tuvisteis que acceder a la capilla de la basílica de San Pedro.

—Costantini era amigo del jefe de los canónigos y me abrieron las puertas de par en par. Pasé horas estudiándola, tomando medidas, examinando cada detalle, hasta el más nimio. Elegí la fibra y la urdimbre exactas para el lienzo, e incluso deshilaché los bordes allá donde fue necesario. Empleé la técnica del esfumado para suavizar los contornos de la figura y las transiciones entre los claroscuros. Con un alfiler, imité hasta la última griega del craquelado. Oscurecí la tela con zumo de regaliz y utilicé negro de humo para envejecer su aspecto. Al concluir, nadie, ni siquiera yo mismo, era capaz de distinguir el original de la copia.

—¿En qué pintura estáis trabajando ahora? —le preguntó Julio a quemarropa, mirándolo a los ojos, sopesando su reacción.

—¿Qué queréis decir? —Desde que irrumpieron en su estudio, era la primera vez que Malavita mostraba un auténtico temor.

—Vuestra camisa y vuestras manos —señaló el capitán—: manchas de pintura al óleo aún frescas, y no veo ninguna tabla a medio hacer, salvo ese boceto… a carboncillo.

—Está bien. —Resignado, Malavita los condujo hasta la estancia contigua. Apartó las cortinas y les cedió el paso para mostrarles el caballete con un pintura de poco más de un pie de alto, junto a una destartalada mesa sepultada bajo botes de pigmentos—. Es mi obra cumbre, a la que dedico todo mi pecunio y mis mayores esfuerzos: el retrato definitivo de Cristo. —Por primera vez, el artista hablaba con auténtico orgullo—. Pintura sobre lienzo, un soporte novedoso del norte de Italia. Fueron los venecianos quienes comenzaron a emplearlo, pues, en su ciudad lacustre, la humedad hace inviable el fresco. Además, permite un formato mayor que las tablas y resulta más adecuado para el óleo, una técnica pictórica llegada de Flandes.

Contemplaron una tenebrosa imagen de Jesucristo como *Salvator Mundi* sobre un lienzo fijado a un bastidor de madera. Con la diestra en alto, el Redentor impartía una bendición y, con la zurda, sostenía una esfera de roca cristalina, símbolo del orbe celeste. El esfumado del rostro difuminaba unos rasgos seráficos, enmarcados por el cabello largo y rizado. La excelsa armonía del cuerpo no parecía guardar proporción con aquel rostro sereno en tonos terrosos.

—No habéis renunciado a vuestro arte —concluyó Giovanna.

—Los artistas que deseamos abandonar esta era gótica tratamos de lograr una representación naturalista de la realidad. Algunos, como Leonardo da Vinci, deseaban imitarla del modo más fiel posible. Otros, como Miguel Ángel, creen que el arte ha de superar a la propia naturaleza y representan el cuerpo humano del modo más perfecto posible. Al fin y al cabo, esa belleza es sólo un reflejo del orden divino: «Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos», dice San Mateo. ¿Y qué mejor modelo que el rostro de Jesús, el hijo de Dios, puesto que estamos hechos a su imagen y semejanza? ¡Gracias a este retrato pasaré a la posteridad!

—¿Invertís en esta pintura los beneficios obtenidos del fraude? —Giovanna inspeccionó la fértil paleta del artista, mas no halló

oropimente, ni ningún elemento tóxico, ni siquiera blanco de plomo.

—Carmín de las Indias, lapislázuli de Badajshán… Los buenos pigmentos no son baratos. Este en especial. —El pintor les mostró el contenido del almirez—. El gran teórico del arte Giovanni Paolo Lomazzo sostiene que el polvo de momia resulta idóneo para las sombras de la carne. Mis visitas furtivas a las catacumbas me ayudan a obtenerlo. El resto de pigmentos, como el carbón y el blanco de hueso, no son tan prohibitivos. —Les mostró un cuenco de barro con una sustancia negruzca recién molida que mezclaría con aceite de linaza.

Había auténtica pasión en sus palabras. La de un hombre enajenado por su propia obra y que anhelaba el reconocimiento que la vida le había negado. Julio decidió abandonar aquellas ruinas, hastiado de los delirios de un fracasado.

Envuelto en la espesa bruma invernal, y recortado sobre las formas distantes del Borgo Vaticano, el puente de Sant'Angelo conspiraba para otorgarle al anochecer un aspecto siniestro. Después de cenar en una taberna próxima a Santa María Rotonda, el antiguo Panteón de Agripa, el capitán escoltó a Giovanna hasta su residencia bajo una nebulosa luna que proyectaba su pálido resplandor sobre las desoladas calles.

—¿Seguís molesto porque os defendí ante Pérez? —La boloñesa le mostraba una tenue sonrisa.

—No.

—Pero lo estabais. Pensasteis que el apoyo de una mujer os hacía parecer débil.

—Tal vez —admitió.

—Si no es por eso —insistió Giovanna—, ¿por qué os mostráis tan taciturno?

—De alguacil, cuando indagaba en un crimen, sentía que contribuía a hacer justicia —masculló Julio—. Dos muertes en una ciudad que ha visto cientos…, y lo más probable es que las reliquias

que buscamos hayan salido de la factoría de algún truhán. Cada vez me resulta más arduo otorgarle algún sentido a esta misión.

—¿Recordáis algún objeto especial de vuestra infancia?

—A veces visitaba la mansión de mi padre en el barrio de San Vicente —dijo, extrañado ante la pregunta—. Recuerdo los pasillos y las estancias, repletos de cosas brillantes, maravillosas, desconocidas. Platos de porcelana blanca, finísima, en lugar de barro ajado. Sobre la mesa del despacho había una enigmática figura de vidrio azul, translúcida, que reflejaba la luz del sol con un brillo irisado. Nunca había visto nada igual. Quería tocarla, ver si era tangible o sólo un pedazo de cielo.

—Y un día lo hicisteis.

—La esposa de mi padre me lo quitó de las manos, y me dio una bofetada. Jamás volví a tocarlo.

—¿Y ese día qué descubristeis?

—Que yo valía menos que un pedazo de cristal.

—Descubristeis que era tangible, pero también algo prohibido, y que poseía un gran valor. Todo es algo y, al mismo tiempo, significa algo. Nos trae recuerdos, su historia está entreverada de emociones. Como la medalla que siempre lleváis al cuello. Cualquier cosa se vuelve sagrada cuando revela algo que va más allá de sí misma…, como el amor de una madre.

El hispalense manoseó la medalla oculta entre pliegues de tela.

—Al despedirnos, me hizo prometer que jamás me la quitaría de encima —comentó—. Todas las semanas acudo a la basílica de San Pedro para dejar unos alhelíes a la Madonna del Soccorso. Son sus flores favoritas.

El suntuoso paisaje urbano fue mudando a medida que dejaban atrás el Borgo Nouvo; los *palazzi* rodeados de jardines se volvían más imponentes y los muros se hacían más altos. Las sombras moteadas de los pinos oscilaban a medida que el viento los agitaba.

—Debo preguntaros algo —dijo Julio de súbito—. Aun a riesgo de parecer un entrometido.

—No importa. Mi vida no tiene secretos después de la segunda

copa de Trebbiano.

—Que se lo digan a Nicholas Hartmann.

—A veces me pregunto por qué os gusta tanto ser cruel conmigo.

—Yo soy cruel con todos —precisó Julio, y quiso ir al grano—: A Hartmann le dijisteis que erais una espía veneciana.

Inspiró hondo Giovanna, y cerró los ojos, sumida en sus pensamientos.

—Mi familia era oriunda de Crotona, una aldea de Calabria. Teníamos una granja con vides y moreras, criábamos gusanos de seda. Una mañana, una escuadra turca asaltó el puerto: al escuchar el repique de campanas, nos refugiamos en el bosque. Mi hermana Anneta había acudido al mercado al rayar el alba, así que, después de ponernos a salvo, mi padre marchó a buscarla. Mi madre y yo permanecimos dos días ocultas, sin noticias, hasta que se nos agotó la comida y decidimos regresar a casa. Los turcos no habían dejado piedra sobre piedra y se habían llevado a Anneta. Encontramos a mi padre degollado en el camino.

El capitán la observó con atención mientras se detenía en el umbral de la mansión donde se alojaba. *Pigliato dai turchi*. Una expresión siempre susurrada, pues al cautiverio de la muchacha se sumaba la ignominia de una vida de estupro. Cada veintitrés de abril, una ingente escuadra turca zarpaba de Constantinopla para asolar la costa europea. El año anterior, había devastado el cabo Passero, en Sicilia, además de Crotona, el cabo Spartivento, Mesina y otros puertos de Toscana y Campania. En apenas dos décadas, los piratas berberiscos habían asaltado Elche, Málaga, Alicante, Ibiza y Mallorca. La población, aterrada, abandonaba las aldeas de la costa y se refugiaba en las ciudades amuralladas.

—Nos mudamos a la casa de mis tíos, muy cerca de Bolonia —prosiguió Giovanna—. Allí obtuve una carta de recomendación, gracias a la cual entré en el servicio doméstico de Vittoria Colonna. Me convertí en la doncella de su sobrina, compartía sus clases y aprendí latín. Al principio, ocupada como estaba en mis labores, el progreso fue lento. Una vez que logré otorgarles sentido a las

palabras, comencé a devorar un libro tras otro y acompañé a mi señora a la universidad de Bolonia.

—¿Sin dineros, ni una beca colegial?

—En las universidades italianas las clases son abiertas, en latín e impartidas por profesores remunerados por las autoridades municipales. Mi sueño era ser médica. Tomaba apuntes, visitaba la biblioteca, atendía a las disecciones y observaba preparar los ungüentos. Demostré un talento precoz y, por un puñado de liras, ordenaba los libros y ayudaba a Giacomo Berengario en las clases de anatomía. Un modo de incentivar a sus adinerados alumnos: si una aldeana podía vaciar las entrañas de un cadáver sin pestañear, ¿qué varón bien nacido no podría hacerlo?

»Las clases son abiertas…, pero el título de doctor cuesta veintiséis ducados. No pude concluir mis estudios, y tuve que regresar a Ischia con mi señora Vittoria Colonna. La guerra de la Liga de Cambrai lo puso todo patas arriba y devoró el menguado patrimonio de mi madre. Necesitaba dineros, conocí a una persona y, merced a ella, comencé a trabajar como espía para el Consejo de los Diez de la Serenísima República de Venecia.

Venecia, la ciudad que ni siembra ni cosecha. República de mercachifles, de embajadores espías, de ejércitos mercenarios, Venecia sólo sembraba discordia. Su diplomacia arruinaba países, su oro corrompía las más nobles voluntades. Embaucaba a sus propios aliados, los sumía en guerras estériles al tiempo que pactaba con sus peores enemigos, incluido el Turco. La serenísima ramera, siempre dispuesta a cualquier infamia con tal de preservar su menguante talasocracia. Sin sus ciento veinte galeras de guerra era imposible que una escuadra cristiana pudiera desafiar a la Sublime Puerta en un combate naval. La estrategia veneciana consistía en enfrentar a los Habsburgo contra Francia y corregir cualquier desequilibrio de poder pactando con el Imperio otomano. Jugaba con la rivalidad entre portugueses y flamencos, alimentaba sus recelos gracias al beneficio obtenido del comercio de especias y la trata de esclavos. Maestra en todas las retorcidas variantes del *divide et impera*,

Venecia no creía en nada y no conocía lealtad alguna, salvo su propio provecho. A su lado, incluso el papa Clemente parecía de fiar, y con eso todo estaba dicho.

—Una espía instrumental —murmuró Julio.

—Mi misión consistía en informarlos sobre los rumores que circulaban en casa de los Colonna —asintió Giovanna—. Una labor tediosa, de poca monta, pero, una vez que estás dentro, siempre exigen más. Por entonces, trabajaba como asistente de Vittoria, en el palacio de su padre en Marino: me encargaba de sus aposentos, preparaba su equipaje, organizaba su agenda y hacía recados. Una noche, poco antes de acostarnos, vi a una de las criadas depositar algo en el brasero de la alcoba de Vittoria, mientras ella se mudaba de ropa. Intrigada, me acerqué a curiosear. Es habitual perfumar las estancias con bolas de incienso y aromas, pero aquellas sales desprendían un perfume muy peculiar, dulce, agradable. De súbito, unos gases me asfixiaron, y supe que era veneno. Corrí hacia el aguamanil y lo vacié sobre las brasas. Después, arranqué una de las cortinas para cubrir el brasero. Atranqué el portillo y grité a mi señora que huyera y llamase a su escolta. Comencé a toser, ahogada, y caí al suelo, incapaz de respirar. Estaba inconsciente cuando llegaron los guardias.

»Después de seis días en el lecho, los galenos me permitieron visitar el jardín. Descubrieron que se trataba de polvo de arsénico, sumado a mi ataque de ansiedad. La criada a la que desenmascaré fue torturada y confesó que trabajaba para el Consejo de los Diez de Venecia. A partir de entonces dirigí la *credenza* en casa de los Colonna. Mi labor consistía en supervisar los alimentos, junto al mayordomo y el jefe de la guardia. Unas semanas más tarde, supe que aquel burdo intento de envenenamiento había sido un ardid de la inteligencia veneciana para que yo me ganara la confianza de los Colonna. Tras amenazarme con revelar mi condición de espía, me vi forzada a continuar con la farsa. Estuve involucrada en la conjura de Gerolamo Morone, el gran canciller de Milán, quien deseaba liberar Nápoles y Lombardía del dominio de Carlos de Habsburgo. El plan

veneciano consistía en fraguar una nueva liga con Francia, Lombardía y el papado, para expulsar a los imperiales de Italia. Una noche, Morone se reunió con Francisco de Ávalos, el esposo de mi señora, para convencerlo de que traicionara al emperador a cambio de la corona de Nápoles.

El camino de zahorras crujió cuando caminaron hacia la entrada. De todo aquello Julio sólo conocía la historia oficial, el modo en que su comandante en Pavía había lidiado con la tentación de traicionar al rey. Ignoraba los trapos sucios con los que se había lustrado la mugre.

—Los venecianos desconfiaban de Ávalos —prosiguió Giovanna—. Mi labor consistía en averiguar cuáles eran sus intenciones. Los Colonna cultivaban una imagen a la altura de su rango, mediante festejos a los que acudían embajadores, altos mandatarios, condotieros, mercaderes, banqueros…, acompañados de sus esposas y cortesanas. Gracias a mi nuevo cargo, no me resultó difícil averiguar que, en efecto, Francisco de Ávalos se disponía a traicionar al emperador, e informé de ello a mi enlace veneciano. Sin embargo, unos días después, Vittoria le aconsejó que rechazara la oferta y, a esta causa, cambió de opinión. Mis informes alimentaron las expectativas de Morone, quien, finalmente, reveló a mi señor todos sus planes. Entonces Francisco de Ávalos lo puso bajo arresto y se apoderó de las fortalezas lombardas. Falleció poco después en Milán, a causa de la tisis, y al considerarme inútil, los venecianos se olvidaron de mi persona.

Ascendieron por escalones marmóreos hasta el vestíbulo y Giovanna abrió la puerta, se detuvo con la mano aún en el pomo y se volvió para mirar al capitán. La luz del pasillo se derramó sobre su rostro, sumido en sombras, del que emanaba una desesperada soledad.

—No tuvisteis otra opción —dijo Julio, no muy convencido—. Vuestra madre.

—La peste se llevó a mi madre poco después. —La italiana sonrió apesadumbrada—. Los últimos restos de mi conciencia yacen bajo la

basílica de San Francesco.

—La guerra siempre encuentra una manera de vencerte —dijo Julio, y la vio encogerse de hombros.

—Un comentario muy cínico viniendo de un héroe —dijo la italiana, y, ante tales palabras, Julio rememoró los cadáveres apilados como leña entre las ruinas de Mirabello, o flotando en el Vernavola como peces moribundos.

Pavía. Literatos y cronistas se preciaban de adornar sus historias describiendo compañías y escuadrones en perfectos cuadros. Aquella demencial jornada fue una confusión de tropas marchando a tientas, de disparos a ciegas, de órdenes perdidas, de enemigos cruzándose en la niebla…, hasta que se toparon con la Gendarmería francesa, la legendaria caballería feudal que había señoreado la guerra desde la época de Carlomagno. A su diestra, escuadronaba la Banda Negra de lansquenetes renegados y, junto a ellos, tres mil esguízaros, los piqueros suizos de los que se decía que jamás habían dado al enemigo la espalda. Convencido de la supremacía que le otorgaban tres mil seiscientos jinetes con arnés, Francisco de Valois les ordenó cargar e hizo que su poderosa artillería abriera fuego. Resonó el tambor, Álvaro agitó la Cruz de Borgoña y la harapienta infantería española se postró para soportar una tormenta de hierro y plomo.

Dos horas después, la *fleur de la crème* de la aristocracia francesa yacía sobre el barro de Mirabello, el rey Francisco había sido apresado, los pendones de la Banda Negra eran pisoteados y los esguízaros huían en desbandada. *Dio s'è fatto Spagnuolo*. El caballero había cedido su lugar al soldado, y, durante más de un siglo, la infantería española dominaría los campos de batalla de tres continentes.

Y Álvaro agonizaba en el fango.

—En Pavía, tomé una decisión por impulso —dijo Julio entre dientes—. La fortuna quiso que saliéramos bien parados, alguien decidió que fue un acto heroico, y no tuve el valor de negarlo.

—¿Ahí es cuando murió vuestro alférez? —Giovanna mostró una voz suave pero firme—. ¿A causa de esa decisión que vos juzgáis

errada?

—Álvaro —dijo Julio con voz tensa; un dolor ambiguo y egoísta vivía alojado en su pecho—. Se llamaba Álvaro de Sessa, mi compañero de juegos, casi un hermano. La respuesta es sí —concluyó, eludiendo la mirada esmeralda.

—«El camino al paraíso comienza en el infierno». —Había una tristeza melancólica en los ojos de Giovanna, y una tímida sonrisa pugnaba por derrotarla—. Dante, ya sabéis.

El capitán asintió a desgana y una puerta labrada se cerró ante él.

XI

Desde el momento en que entró, Julio supo que alguien había estado en su cuarto. Caminó en torno a la cama, rastreando cada detalle con la mirada, revisó los libros y, al sentarse ante el bargueño, vio la punta de un pedazo de papel asomando por la abertura del cajón. Lo extrajo del resquicio y leyó un texto manuscrito:

«Acudid esta noche a la taberna de Malvagia y preguntad por una ramera llamada Bella».

Recordó que tenía una cita pendiente por mediación de Alarcón. El recado sólo podía proceder de Sileno, lo cual implicaba adentrarse en otro funesto laberinto de secretos y lealtades. El servicio de espionaje de Carlos de Habsburgo suponía ser un ente híbrido que operaba al margen de la jerarquía oficial del Imperio y cuyos tentáculos llegaban a todas partes. A su cabeza estaba el rey; por debajo, el Consejo de Estado, y después se hallaban los virreyes, gobernadores, capitanes generales y embajadores, de los que dependían, mediante sus respectivos secretarios, las diversas redes de espionaje. Estos «gabinetes negros» infundían respeto y temor a partes iguales, incluso entre los altos mandos del ejército, y, aunque su autoridad provenía del emperador, operaban de forma autónoma y competían entre sí por ganarse su favor. Poco les importaban las

leyes y procedimientos, y prácticamente nada la moral, salvo si podían emplearlos en su provecho. Si Julio hacía lo que tenía en mente, no sólo su vida correría peligro: tendría que abjurar de su honra.

Halló las calles vacías, salvo por los mendigos acurrucados en las esquinas, pero, incluso en una ciudad devastada, las casas de cambio y los antros de las putas siempre estaban abiertos. Comenzaba a lloviznar cuando se detuvo ante la taberna de Malvagia. El interior se antojaba tan deprimente como su lóbrega fachada: media docena de mesas esparcidas por un local atestado de una parroquia ebria y rufianesca. Un borracho, sentado en el descansillo, farfullaba algo para sí, y en el soportal montaba guardia una escuadra de fulanas. Una gruesa hembra, con aspecto de estar bien cabalgada, se le arrimó sonriendo.

—*Sei un soldato?* —dijo, inclinándose para exhibir su trémulo arsenal de encantos—. *Spagnolo*?

—¿Acaso lo parezco?

—*Sei ben armato?*

—No he tenido queja —respondió—. Pero busco a Bella.

—*Cosa cerchi in quella stronza se potessi avere questo?* —La buscona se llevó las manos al escote para sopesar sus activos.

—Lo siento. Sólo me interesa Bella. —El capitán le arrojó un cobre y ella le dedicó una mueca de amarga conmiseración que, en otras circunstancias, habría pasado por sonrisa.

—*Bella, hai un cliente!* —gritó la mujer por encima del hombro.

Una chica morena salió de un portillo junto a un hombretón que aún se abotonaba el sayo. No podía tener más de quince veranos, pero sus ojos grises mostraban el cinismo propio del oficio. Julio conocía el libreto, lo había visto mil veces interpretado: Bella, una linda aldeana, recién llegada a la ciudad, conoce a un matasiete dispuesto a protegerla. Algunos le advierten de los peligros, pero él la ama, jamás le haría algo así. Romance, amor verdadero, y ahí estaba Bella, de madrugada, vendiendo su cuerpo por tres maravedís. Cansada del mundo a los quince años, con sueños rotos

como único equipaje.

—*Ho fame* —le dijo—. ¿Me invitáis a algo?

La acompañó hasta un maltrecho bodegón de puntapié, bajo cuya carpa una anciana guisaba en un anafre. Poco después, la lluvia golpeaba el toldo mientras Bella devoraba un revuelto de tocino y nabos sobre una rebanada de pan de centeno. Tras apurar el condumio, la muchacha lo condujo hasta una casa abandonada y señaló la segunda planta. Después, sin despedirse, se perdió en las tinieblas de Roma. El español ascendió por unas escaleras de madera pútrida. El lúgubre pasillo apestaba a repollo hervido y a orín;

un solitario candil, agitado por las ráfagas de viento, pendía del techo mediante un cable deshilachado. El enlucido se desprendía de las paredes húmedas y creaba un manto de escoria sobre la ajada terracota del suelo.

Empujó la única portañuela abierta que vislumbró en la mísera claridad. En el desolado habitáculo, las luces resultaban igual de tenues, mas pudo distinguir una figura sentada junto a la ventana. Al fondo había un portillo que permitía pasar de un edificio a otro gracias a un arquillo ajeno al trajín de la calle. Un modo de acceder a la segunda planta sin ser visto y, si era el caso, de contar con una vía de escape.

—Nadie siguió a vuestra merced. —El desconocido se puso de pie y caminó hacia Julio—. Os observé desde que llegasteis a la plaza. Vi cómo caminabais en círculos y luego os sentabais, para aseguraros de que nadie os acechaba. Sin duda comprendéis las demandas de discreción del oficio.

Extendió la mano y, tras un firme apretón, le hizo un gesto para que lo acompañara a la mesa. Espigado, de unos cuarenta años, cabello bruno y piel clara, rostro anodino, ojos marrones, con un sayete azul obviamente caro, calzas verdes acuchilladas, una daga de rodela al cinto, una sonrisa ensayada y unos modales mundanos. Podía ser español, italiano, borgoñón o tudesco; su uso de la lengua de Castilla no revelaba nada. Sabía Julio que el habla neutra no

existe. Todo lenguaje, ligado a un país, estamento u oficio, posee su propia entonación, melodía, cadencia y ritmo. Algunos acentos están lo bastantes asumidos como para ser imperceptibles, una contingencia que aquel sujeto cultivaba deforma deliberada. Los ropajes carecían de adornos que apuntasen a las modas de nación alguna; sus manos parecían fuertes, mas no encallecidas, las uñas estaban bien cuidadas. Por primera vez, Julio se topó con alguien opaco a su instinto. Inquietante en su propia banalidad, nada en su voz, expresión, físico o atuendo decía algo de él.

—Mi nombre es Sileno y formo parte del gabinete negro del virrey de Nápoles —dijo a modo de presentación—. Soy un perlustrador, un descifrador de códigos…, y un agente con poderes plenipotenciarios del emperador Carlos. Esto debería satisfacer la curiosidad de voacé, y es todo cuanto necesitáis saber. ¿Para qué deseáis verme?

—Necesito algunas respuestas de vuestra merced, y os pagaré con esto. —En la mesa, Julio depositó el libro rojo y los dos pliegos de papel con los cordeles lacrados—. Los hallé en la morada de Rudolf Grünenwald, un sargento prusiano.

Supo de inmediato que había captado su interés. *Estoy comerciando con secretos de Estado*, se dijo a sí mismo. *He tocado fondo… A partir ahora sólo puedo medrar. Ja, ja, ja. No. Es broma. Seguro que encuentro el modo de caer aún más bajo*.

—Un par de cartas encriptadas —comentó Sileno, estudiándolas —. Interesante… En esencia, existen tres sistemas criptográficos para transmitir información secreta: el de sustitución, el de trasposición y el de ocultación. Sin duda nos encontramos ante el primero. Consiste en reemplazar las letras del alfabeto por unos signos acordados por ambas partes. ¿Conocéis el cifrado César?

—Sí. Cada letra es reemplazada por otra que se encuentra un número fijo de posiciones más adelante en el alfabeto. Con un desplazamiento de cinco, la «a» se sustituye por una «e».

El perlustrador asintió, sin dejar de examinar los documentos.

—Ese cifrado puede antojarse enigmático para el ojo inexperto,

pero no es tan indescifrable como parece. En cualquier lengua, las palabras no están formadas por agrupaciones aleatorias de letras, pues unas aparecen mucho más que otras. En castellano, la más frecuente es la «e», seguida de la «a», al igual que en casi todos los idiomas europeos. La equis y la ka son, por el contrario, las que menos se emplean. Las vocales ocupan casi la mitad de un texto español, la hache es la letra más habitual antes de una vocal y la ene, la que suele hacerlo después. Cada lengua muestra una distribución de signos muy característica, reconocible por cualquier perlustrador.

—He contado el número de veces que figura cada símbolo —señaló Julio, para no perder el tiempo—. No hay ninguno cuya presencia destaque sobre el resto, ni tampoco hay signos que suelan estar emparejados.

—Eso es fácil de evitar. Leon Battista Alberti ideó un cifrado de sustitución polialfabético en el que una misma letra puede ser reemplazada por dos o más símbolos. Así la mayor frecuencia de la «a» queda enmascarada. También pueden sustituirse sílabas, palabras, o incluso frases enteras, por algún signo concreto, a través de diccionarios y tablas cifradoras. Nuestro viejo sistema, ideado por Rodrigo González de Puebla, el embajador en Inglaterra, contenía dos mil cuatrocientos términos que eran sustituidos por números romanos. El guarismo para nombrar al papa era dccclxx. ¿Qué cifrado emplea vuestra merced en los mensajes dirigidos a Juan de Urbina?

El capitán frunció el ceño. Aquel hombre sabía su rango e identidad, y estaba seguro de que Alarcón no había soltado prenda.

—Recurro a algún vascongado para que redacte la carta en su lengua materna, y le añado un cifrado de sustitución.

—Ingenioso, aunque inviable para mensajes a otras naciones —concedió el criptoanalista, y alzó una de las cartas—. Por supuesto, la clave está en el libro, el *Steganographia* de Johannes Trithemius, un tratado de criptografía oculto bajo la apariencia de un grimorio. —Sileno abrió el códice y le mostró un párrafo que Grünenwald

había marcado—. Los textos de las supuestas invocaciones son, en realidad, instrucciones cifradas. Como en este conjuro, dedicado a Aseliel, uno de los treinta y un espíritus aéreos de Salomón: «Aseliel aproysi melim thulnear casmoyn mavear burson charny demorphaon theoma asmeryn diviel casponti vearly basamis ernoti chavalarson».

»En un breve opúsculo, Trithemius explica cómo funciona el cifrado de su *Steganographia*: para hallar el mensaje oculto, se ha de seleccionar una subsecuencia de caracteres. Las palabras primera y última, amén de las impares, deben descartarse y el resto ha de leerse en secuencia…, aunque sólo son válidas las letras pares.

El perlustrador comenzó a subrayar las letras siguiendo esta fórmula:

«Aseliel aPrOySi melim ThUlNeAr casmoyn MaVeAr burson ChArNy demorphaon ThEoMa asmeryn DiViEl casponti VeArLy basamis ErNoTi chavalarson».

—Es decir —concluyó—, *Post unam vacantem, di valent*: «Después de una palabra no significativa, dos son significativas». A partir de lo cual se explica el código correspondiente al capítulo quinto del primer libro.

Ceñudo, el sevillano agitó la testa ante la ingente avalancha de datos, tretas y guarismos:

—El «Steg. 1.5» que encabeza la cartas de Grünenwald significa que se ha de emplearla quinta invocación o cifrado del primer libro del *Steganographia*.

—Así es —le confirmó Sileno—. ¿Hace cuánto que lo encontrasteis?

—Dos días —respondió con cautela—. Grünenwald llevaba muerto una semana a lo sumo.

—Quizá el cifrado todavía esté en uso. En caso de extravío, o de entregarse una carta abierta, nosotros cambiamos de encriptado. No obstante los mensajes más señeros suelen mandarse por triplicado, dada la inseguridad de los caminos. ¿Cómo lo conseguisteis?

—Estaba oculto en el escritorio de Grünenwald. Quiso que alguien, si daba con su cadáver, pudiera hallarlo.

—Un seguro de vida —conjeturó Sileno—, o una venganza póstuma: si él moría, su asesino pagaría las consecuencias.

—Grünenwald sospechaba que lo habían envenenado, y el cajón oculto cumplió su función —conjeturó el capitán—. ¿Era un agente luterano?

—Un corresponsal…, un informante de Johann der Beständige, el príncipe elector de Sajonia. Le enviaba correos sobre lo acaecido en Roma. Hace seis meses, Grünenwald retiró mil escudos de un banco genovés con un nombre falso, a través de una letra de cambio emitida en Magdeburgo. Nuestros informes aseguraban que frecuentaba las tabernas para preguntar a los soldados por reliquias. Deduzco que las adquiría para destruirlas.

—Temía que lo matara su propia gente. ¿Por qué?

—¿Sabéis qué es un agente doble?

—Un miembro de una red de espionaje que entrega información a otra, aunque sigue siendo leal a la primera. Sólo facilita aquellos datos que le interesan y, a cambio, obtiene otros que pueden resultar cruciales.

—El difunto Grünenwald practicaba este doble juego con Nicholas Hartmann, el delegado de los Fugger en Roma —aseguró Sileno—. Tal vez Hartmann averiguó que el lansquenete poseía algún tesoro sacro y quiso apoderarse de él. O quizá Grünenwald descubrió que le resultaría más lucrativo no destruir las reliquias, sino venderlas, y fingir ante su patrón que lo había hecho. En este juego, la lealtad suele ser el resultado de un frio cálculo de beneficios y riesgos. Algo insostenible a largo plazo. Los luteranos deseaban destruir las reliquias mayores y Hartmann, enviárselas a su señor. El sargento tuvo que elegir y eso acabó con su vida. Ignoro, empero, quién lo apuñaló. Espero haberos sido de provecho.

El soldado bético asintió, taciturno. De ser cierta la hipótesis, Hartmann se habría apoderado de la Verónica y los había embaucado.

—Una última pregunta. ¿Conocéis a Giovanna Inverno? —inquirió, y vio al otro asentir—. Me ha confesado que, hace un par de años, fue captada por el Consejo de los Diez veneciano. Dejó el trabajo de espía tras la conjura de Gerolamo Morone.

Un sombrío silencio cayó sobre ambos, como si se hubiese derrumbado el edificio entero, y Julio fue consciente de las palabras que acababa de pronunciar. Los ojos grises del perlustrador seguían clavados en él.

—Nadie puede abandonar este juego —dijo—, si no es por un bravo.

Tratando de no impacientarse, Julio preguntó:

—¿Qué es un bravo?

—Un asesino. El Consejo de los Diez vela por la seguridad de Venecia y dirige su servicio de inteligencia. Cuando consideran que alguien supone una amenaza para el Estado, un bravo se encarga de eliminarlo. Puede que, en un principio, Giovanna les dijera cuanto querían. Pero, en este negocio, nunca se sabe qué información no dicha resultará vital más adelante. Contar con un agente entre la clientela de los Colonna supone un valioso activo. En el mejor de los casos, Giovanna se convirtió en una durmiente; si no les resultara de provecho, no la habrían dejado con vida. En este juego, nunca se dejan testigos…, ni una sola hebra suelta que permita tirar del hilo.

—Si es una durmiente, o una corresponsal en activo, ¿por qué quiso decírmelo?

—Esa confesión pudo ser un gambito. Un modo de ganarse vuestra confianza, fingiendo sinceridad.

Recordó el relato de Giovanna sobre su madre arruinada y moribunda. Como alguacil, había aprendido que un criminal siempre busca excusas para sus actos, y, cuanto más reprochables sean, tanto más conmovedora resulta la historia. «*¿No sabíais que yo era una agente veneciana?*», le había preguntado a Hartmann. A veces, el momento en que se pronuncia una frase dice más que las propias palabras. El pavor del alemán ante semejante declaración resultaba intrigante. Julio escrutó al perlustrador, sin hallar el menor vestigio

de emoción, y después se removió en el asiento, a sabiendas de que existía una razón por la que le confiaba aquello.

—¿Acaso ella no teme que la delate? —preguntó al cabo.

—Decidió asumir el riesgo. Sin duda, piensa que coméis de su mano. —Sileno se apoyó en los codos, con las manos entrelazadas bajo el mentón—. Si Giovanna aún trabaja como espía para el Consejo de los Diez, es menester que descubráis su juego.

—¿Cómo?

—Intimad con ella.

—¿Os referís a…?

—A lo que sea. Dejaos seducir. Meteos en su cama. —El perlustrador se encogió de hombros de forma sarcástica—. Sabéis que, para una espía, es la práctica habitual.

—Y una vez hecho esto, ¿qué se supone que?

—Decidle que quiero vender nuestro sistema de cifrado —respondió Sileno—. ¿Entendéis la jugada?

—Una prueba de lealtad. Para averiguar si en verdad es una espía. ¿Y si me niego?

—No tenéis por qué hacerlo. Aunque sería un buen modo de servir a la patria y al rey, de salvar las vidas de muchos compañeros de milicia. Estamos en guerra y el resultado de vuestra misión puede trastocar la red de alianzas en toda Europa. Hay mucho en juego.

Pensó en Álvaro. Buscó algún vestigio de emoción en su interior y no lo halló. La guerra te despoja de emociones; en sus recuerdos no existía amor u odio, sólo una náusea constante.

—Si aún trabaja para el Consejo de los Diez —declaró Julio con cautela—, no querrá que aparezcan las reliquias.

—O quizá sí. Las intenciones de Venecia son siempre inescrutables —dijo Sileno—. Tal vez el Consejo de los Diez quiera asegurarse de que las reliquias no aparezcan o que la culpa de los asesinatos recaiga sobre la persona adecuada. Si en verdad Giovanna es una espía, cuando se sienta lo bastante confiada tratará de sacar algún provecho de vos. ¿Haréis lo que os pido?

Lo más sencillo era negarse. ¿Quién era realmente ese hombre?

La inteligencia española había adquirido un poder casi sin límites. Los espías del Emperador husmeaban en todos los rincones del orbe, desde la brumosa campiña inglesa hasta el tórrido desierto de Ormuz. Mas era en el Mediterráneo donde concentraban sus mayores recursos, en una despiadada disputa entre el reino de Francia, la república de Venecia, la monarquía hispánica y el Imperio otomano.

Si Alarcón me he puesto en contacto con él, ha de ser alguien de confianza, se dijo.

—Habéis dicho «sin testigos». ¿Qué hay de ella? —Julio hizo un ademán alusivo a la calle.

—Bella acaba de dar con un nuevo cliente —contestó Sileno sin desviar la mirada—. Pronto dejará de ser un testigo.

El capitán escrutó a través de la ventana. En la plazuela, una súbita ráfaga de viento hizo que la niebla se tornara espesa en torno a una sombra; luego se disolvió, y la figura se había evaporado. Entonces, Julio se volvió hacia Sileno y pudo encontrar su voz:

—Necesitaré un enlace con el que pueda informaros. —*Tenía razón*, pensó. *En que aun podía caer mas bajo. En eso jamas me equivoco*.

—Lo tendréis —dijo Sileno—. ¿Alguna pregunta?

—Por ahora no.

—Excelente —dijo el espía, satisfecho—. A partir de este momento somos conspiradores.

Se relamió los labios Julio y luego asintió. En su mocedad, había accedido al alguacilazgo pensando que la línea que separaba el blanco del negro era delgada y diáfana. Mas la halló emborronada, esbozada sobre un papel gris, difusa, como una acuarela abandonada bajo la lluvia. En ocasiones recibía soplos de los propios criminales, deseosos de librarse de algún competidor, o debía alcanzar acuerdos para mantener los delitos a raya. En milicia, las cosas no resultaron distintas, y, a veces, debía negociar con el enemigo, las puñaladas podían llegar por la espalda y la moral, resultar un estorbo.

En ocasiones, como hizo Costantini, había que orillar los escrúpulos y pactar con un demonio.

XII

Un cielo marfileño bullía sobre la Piazza della Signoria a medida que el sol se hundía en el horizonte. Las campanas de la catedral repicaban, y se le fueron sumando otras por toda la ciudad en un melódico estruendo que hizo que una bandada de vencejos se agitara en el firmamento. Por un instante Julio se detuvo, conmovido ante aquella gloriosa estampa.

—El poeta Giovanni Rucellai escribió que Florencia es la ciudad más hermosa no ya de la Cristiandad, sino del mundo entero —dijo Giovanna, entusiasmada.

—Rucellai —musitó Julio—. ¿De dónde era natural?

—De Florencia.

—Es admirable la falta de complejos de los italianos.

Giovanna frunció el ceño.

—No como los españoles —señaló con insidia—, que os creéis los mejores soldados del mundo.

—Lo somos.

Empero, el capitán se vio forzado a admitir que Rucellai no andaba escaso de razones. Se hallaban ante el Palazzo dei Priori, que, años después, sería conocido como el Palacio Viejo, un imponente edificio encastillado con una torre de trescientos pies de altura. Y junto a la puerta se alzaba la colosal efigie de un hombre desnudo, de facciones perfectas y un realismo inquietante.

—La Opera del Duomo encargó a Miguel Ángel una estatua de

David —dijo Giovanna al seguir su mirada—. Décadas después de que otro gran escultor abandonase el encargo.

—Le falta el brazo izquierdo —apuntó el bachiller. Los acompañaban Francisco Delicado y Pedrín, el paje de jineta, un muchacho milanés españolado que se había unido a la compañía poco después de Pavía.

—Durante la revuelta contra los Médici, una turba asaltó el palacio de la Señoría y arrojaron los bancos por las ventanas —les explicó la italiana—. Uno de ellos quebró el brazo de la estatua. Unos zagales guardaron los fragmentos, y los Médici esperan a que las aguas se amansen para repararla.

El *David* de Miguel Ángel se alzaba imponente en la plaza mayor, el alma cívica de la república florentina, girado desafiante hacia Roma. Aquella floreciente urbe estaba repleta de esculturas del rey bíblico, gracias al mecenazgo de los Médici, que se consideraban vencedores sobre el Goliat romano. Los Médici se habían adueñado de la capital toscana casi un siglo antes. Cuando el cardenal Giulio de Médici se convirtió en el papa Clemente séptimo, Florencia volvió a hallarse bajo el control del papado a través de sus dos sobrinos. Mas la noticia del Saco de Roma desencadenó una rebelión popular y la expulsión de su linaje, de suerte que un Gran Consejo de doscientos ciudadanos, escogidos según el antiguo sistema electivo, se había convertido en la autoridad suprema. Ninguna de las innumerables promesas de Carlos de Habsburgo pesaba tanto en el ánimo de Clemente como la de restituir Florencia a los Médici. El papa ansiaba vengarse de quienes habían destruido los blasones y las estatuas de su linaje, e incluso amenazaron con demoler su palacio familiar para convertirlo en un corral de mulas, como burla a los tres bastardos: el propio pontífice y sus dos sobrinos.

El inmenso pórtico de la Loggia dei Lanzi, donde antaño se reunían las asambleas municipales, se había convertido en una galería de arte que exhibía una fastuosa colección escultórica. Los españoles deambularon por el soportal admirando una escultura tras otra. Al contemplarlas, su guía boloñesa se demoraba más tiempo

del que Julio creía que cualquier imagen tallada podía merecer. La observó caminar entre figuras extraídas de otras épocas, hasta detenerse ante una mujer que con un alfanje decapitaba a un gigante barbado.

—*Judith y Holofernes*, de Donatello —dijo Giovanna—. Representa a la república haciendo frente a la tiranía.

—¿Quién fue Judith? —preguntó Julio.

—Una bella judía que acudió al campamento del ejército asirio que sitiaba Jerusalén y sedujo a Holofernes, su general. Una vez en su tienda, lo emborrachó para decapitarlo con su propia espada.

—El encanto femenino —concluyó—. Hay mujeres que te hacen perder la cabeza.

Ante una inmensa plataforma que servía de patíbulo y tribuna de oradores, las autoridades repartían armas a los ciudadanos que hacían cola, decididos a enfrentarse a las tropas de Carlos de Habsburgo. A pesar de que la milicia florentina había sufrido una estrepitosa derrota ante las tropas españolas en la toma de Prato, este ideal cívico seguía impregnando la mentalidad popular.

—Hablad sólo en italiano, y cuando sea necesario —les recordó Giovanna.

Contestó Julio con un gruñido gutural dirigido a su recién adquirida esposa. Había sido una decisión del secretario Pérez: una hembra soltera y un español de aspecto soldadesco llamarían demasiado la atención en una ciudad de setenta y cinco mil almas. Convertirse en un matrimonio mal avenido, acompañado por una pareja de criados y un fraile, se antojaba la solución idónea, aunque la realidad pesaba mucho sobre ambos.

En la vía del Proconsolo admiraron la tradicional *passeggiata* vespertina, el arte de lucir palmito, en el cual los florentinos no tenían competidores. Elegantes damas con vestidos recamados en oro paseaban junto a gentilhombres con jubones de terciopelo, los mendigos se apiñaban en las puertas de las iglesias para demandar limosna con la dignidad de un príncipe oriental, y Julio oía risas infantiles, había música y juegos, las mujeres no se escondían ante

los soldados…, casi había olvidado lo que suponía vivir en una ciudad en paz.

Ante la Abadía Florentina se hallaba la Podesta, el tribunal donde se juzgaba a los enemigos del Estado. Más allá del vestíbulo, las paredes del patio exhibían siniestros murales con reos siendo torturados por demonios.

—La vía dei Librai es la sede de los libreros. —Giovanna les señaló una de las calles. Con la vista perdida en lo alto, los españoles, no obstante, habían enmudecido: la grandiosa cúpula octogonal de Brunelleschi se alzaba sobre los tejados y refulgía bajo la tenue luz del ocaso.

—*Il Duomo*. —El bachiller contuvo el aliento.

Cuando los canónigos de Sevilla quisieron erigir una nueva catedral, decidieron construir una tal y tan grande que los que la vieren labrada los tomasen por locos. La iglesia de Santa María del Fiore era inferior en tamaño, su campanario no alcanzaba la colosal altura de la Giralda, mas su imponente fachada estaba revestida de mármoles: blanco de Carrara, verde de Prato y rojo de Siena. Y el *Duomo*. Algún día, la cúpula de San Pedro del Vaticano tendría un diámetro similar, de unos ciento sesenta pies castellanos, mas alcanzaría una altura aún mayor. Sólo entonces Julio se percató de la desmedida ambición del papado.

Tras rezar en suelo sacro, fueron a posar en la Taverna della Lumaca, sita en un pintoresco callejón del Mercado Viejo, antaño frecuentada por poetas y literatos como Dante y Boccaccio, una circunstancia que Delicado halló fascinante. Alzó la vista para leer unos versos de *La divina comedia* que presidían la barra:

—«¡Oh, vosotros que tenéis un sano intelecto, mirad la doctrina que se esconde bajo el velo de los versos extraños!» —tradujo el bachiller.

—Dante formaba parte de una sociedad hermética, los Fedeli d'Amore —les explicó Giovanna—, de la que fueron miembros Cavalcanti y Boccaccio. Sus integrantes poseían un lenguaje sólo conocido por los adeptos y una jerarquía interna. Solían reunirse en

este lugar.

—Italia está colmada de sociedades secretas —comentó el bachiller—. En España, sería harto ingenuo esperar que más de dos personas se pusieran de acuerdo en algo y, mucho menos, en compartir un secreto.

Sentado ante la mesa, con una jarra de vino de Vernaccia, la opinión de Julio sobre Florencia había mejorado de un modo ostensible. No empeoró cuando el tabernero les trajo las viandas.

—¿Qué os parece el *lampredotto*? —La afable pregunta de Giovanna transmitía una beligerancia inusitada para un emparedado de tripas de vaca. Incluso si era el mejor de Italia, tal y como proclamaba el rótulo de la entrada.

—Está bueno —respondió él con cautela, y dio otro bocado, con la esperanza de que dejara el asunto. En esto vio llegar a Juanillo y se levantó para compartir con él un efusivo apretón de manos—. ¿Todo listo? —le preguntó, invitándolo a sentarse.

—He escogido a treinta soldados que acudirán en grupos a la Toscana —respondió el alemán tras demandar una cerveza—. Gente discreta y diestra en las armas que, cuando menos, chapurrea italiano. Buscarán albergue en Florencia y aledaños, dispuestos para unirse a la refriega en cuanto sea necesario.

—¿Cómo van las pesquisas en Roma?

—Por cien reales —prosiguió Juanillo—, Román Calavera compró al provenzal la estauroteca de la Vera Cruz.

—Un precio módico.

—Román se aseguró de que lo fuera, por las bravas —dijo el alemán—. Encontramos el *Titulus Crucis* de la basílica de la Santa Cruz en Jerusalén. Tras peinar la ciudad, nuestros hombres hallaron una docena de fragmentos de la cruz y otros cachivaches menores. El Santo Prepucio se encuentra en una iglesia de Calcata, en el Lacio. Abencio no quiso forzar las cosas. Hemos informado al santo padre.

—¿Y qué hay de Guillem en Nápoles? —inquirió Delicado.

—Recibí una carta suya anteayer —dijo el capitán—. Ha hallado

los huesos de San Andrés y San Mateo expoliados de la archibasílica de San Pablo Extramuros. Un sargento catalán le confesó que, antes de partir a Nápoles, vendió el Santo Ombligo de San Juan de Letrán a un banquero florentino. Ha de estar aquí, en la Toscana.

—¿Qué es el Santo Ombligo? —preguntó el lansquenete.

—Un trocito del cordón umbilical de Jesús de Nazaret —respondió Delicado—. Junto al Santo Prepucio, el fruto de su circuncisión, son la *carne vera sacra*, los únicos restos corpóreos del Redentor. Al ser pedazos del Hijo de Dios, no pudieron corromperse y, por tanto, permanecieron en la tierra después de la Ascensión. Aunque algunos teólogos piensan que la *carne vera sacra* debió reintegrarse con la Santísima Trinidad en la morada celestial. En tal caso, hubieron de producirse dos ascensiones: la del Hijo de Dios y la del prepucio.

—De ser así, el Santo Prepucio y el Santo Ombligo de San Juan de Letrán serían falsos —señaló Julio con pragmatismo—. Eso nos ahorraría trabajo…

—Convocad un sínodo y convenced a los teólogos —razonó el bachiller—: llevan diez siglos discutiendo sobre el asunto.

—Recuperamos ya la lanza de Longinos —dijo Giovanna—. Los tesoros más notables del Sancta Sanctorum quedaron a salvo merced a las rejas de hierro. Si a esto le sumamos los hallazgos en la biblioteca de Costantini y la residencia de Hartmann, tendríamos el grueso de los tesoros sacros.

—Salvo tres de las cuatro reliquias mayores —señaló Julio—. Nuestra tarea es hallar las más insignes y, ante todo, la Verónica. Apenas faltan diez días para que expire el plazo de Campeggio: confiemos en que todas estén en manos de Strozzi. Mañana asistirá a un festejo, al que estamos invitados por mediación de Hartmann. Al parecer, tiene amistad con la anfitriona.

—Hartmann no conoce la amistad —declaró Giovanna—. ¿Confiáis en él?

—Confío en que desee salir de su mazmorra —replicó Julio al instante, lo cual provocó una sonrisa—. En el agasajo, podré abordar

a Strozzi y entrar en sus círculos comerciales.

—¿Y cómo esperáis hacerlo?

—Le ofreceré la Verónica pintada por Malavita que hallamos en el gabinete de Su Reverencia. Una vez que averigüemos cuándo se reunirán, asaltaremos su villa, sita en Monteriggioni, no muy lejos de Siena. Según los informes de Hartmann, allí es donde tiene lugar el mercadeo.

—Adentrarse en la alta sociedad florentina. —Giovanna arrugaba la frente al hablar—. Suntuosas veladas a las que sólo se accede por invitación…, y si nos descubren, nos matarán.

—¿Nos? —dijo Julio—. En modo alguno. Iré yo solo, y, a una señal, Juanillo y el resto asaltarán la hacienda.

—Sólo existe un modo de adentrarse en tales círculos: demostrar que sois uno de ellos —respondió la boloñesa—. Miraos al espejo: habláis italoñol con acento andaluz y, en la mesa, ni siquiera sabéis usar los cubiertos. Me necesitáis a vuestro lado si confiáis en que os tomen en serio.

—Ninguna mujer honesta acudiría a los cenáculos de Strozzi el Libertino.

—Entonces me haré pasar por una cortesana —aseguró ella, decidida.

A sabiendas de que la italiana disfrutaba de la confianza del secretario imperial, Julio tuvo que asentir:

—Está bien. Me acompañaréis a esa francachela, charlaremos con Strozzi, y después yo me reuniré a solas con él para mercadear con el lienzo.

Abandonaron la taberna cuando ya anochecía, para adentrarse en unas calles atestadas por la representación anual de la Hermandad de los Magos. Era Epifanía y, en la plaza de Santa Croce, se había erigido un escenario frente a la bellísima fachada de la iglesia. Entusiasmada ante aquel bullicio escénico, Giovanna pronunció las palabras que el capitán más temía:

—Quiero verla.

—Estamos en una misión encubierta —objetó Julio—. No podéis

andar por ahí sola.

—Gracias por ofreceros a acompañarme —dijo ella, tomándolo del brazo.

El andaluz abrió la boca, trató de formar palabras y la cerró aturdido.

—Está bien. —Espiró el aliento, derrotado, girándose hacia Juanillo y el bachiller—: Esperadnos en la casa.

Caminaron juntos hacia el improvisado escenario, una maraña de lonas y maderas pintadas como lúdica extensión de la ajetreada vida urbana. Giovanna se detuvo ante los carteles.

—«*Il Parlamento de Razante*, de Angelo Beolco» —leyó en voz alta—. Dialecto veneciano. ¿Os atrevéis?

Adquirieron un par de entradas, y Julio pagó por ellas medio florín. El auditorio poseía un aforo de un centenar de asientos, el murmullo del público se mezclaba con la agradable cacofonía de los músicos afinando los instrumentos. Se acomodaron en primera fila frente a una tarima cubierta por cortinas de terciopelo. Una alegre melodía empezó a sonar, las luces comenzaron a atenuarse y los faroles proyectaron una difusa claridad sobre el abigarrado decorado. Escucharon los resuellos del público cuando un actor, ataviado con harapos, salió a escena.

—¡Maldito sea el campo de batalla, la guerra, y los soldados y la guerra! —declamó, y Julio tuvo que esforzarse para comprender sus palabras—. Ya no oiré los ruidos de tambores, como antes solía, ni trompetas ni gritos de ¡a las armas! Ahora no habrá nada que temer, ¿no es cierto?

El monólogo describía los horrores de la guerra. Tras la derrota veneciana en Agnadello, Ruzante retornaba a casa destruido en cuerpo y espíritu. Acosada por sus enemigos, la Serenísima República había prometido tierras a todo campesino que se alistara y, recién llegado a Venecia, descubría que, entre tanto, su esposa Gnua se había convertido en ramera:

—¿Ruzante? ¿Sois vos? ¿Acaso estáis vivo todavía? ¡Tan andrajoso venís, con la cara tan enfermiza…! No habéis obtenido

nada, ¿verdad?

—¿Acaso no he ganado lo bastante si os traigo mi carcasa viva?

—¡Oh, la carcasa! Me habéis apacentado bien. Querría que me hubieseis traído alguna pollita.

—¿No es mejor que haya regresado sano de todos los miembros, tal como estoy?

—Ruzante, ¿sabéis quién me quiere bien? Quien me lo demuestra —respondió su esposa—. ¿Ignoráis que se come todos los días? Si me bastase un almuerzo al año, podríais hablar. Mas debo yantar a diario, y por eso requiero que me lo podáis demostrar ahora. —Al fin, concluyó—: Escuchad, Ruzante: si yo supiese que me podéis mantener, os querría, ¿lo entendéis? Pero cuando pienso en que sois un pobre hombre, no os puedo ni ver. No es que no os quiera, pero no quiero vuestra desgracia; pues querría veros rico, para que estuviésemos bien, vos y yo.

—Si bien soy pobre, al menos os he sido fiel.

—¿Y qué hago yo con vuestra fidelidad? —le reprochó Gnua—. ¿Qué otra cosa podéis darme? ¿Algún piojo, quizás?

Una descripción brutalmente abyecta de mi vida, concluyó Julio. *Al menos, yo puedo estar seguro de que ninguna mujer se interesará por mi fortuna. He gastado lo sisado en pagar a mis hombres y sólo poseo la ropa que visto*.

Cuando Ruzante se disponía a llevársela a la fuerza, el alcahuete lo golpeó hasta dejarlo medio muerto. Su amigo Menato acudió tras presenciar la escena y, para defender su honra, Ruzante fingió haber sido vejado por una multitud. Al cabo, se echó a reír y los dos bufones se marcharon. Los faroles se encendieron y el público púsose en pie para ovacionar al reparto. Las humedades de Julio habían fluido desde la boca a los ojos; sentía la garganta reseca y la piel erizada. Comenzó a batir las palmas cuando el protagonista se despojó de la máscara. Poco a poco, el auditorio se vació, y se desvaneció la algarabía de voces.

—Vamos a cenar algo —dijo Giovanna—. Conozco un buen lugar.

Curvó el dedo haciendo señas, Julio se puso el sombrero y la

siguió hasta un bodegón de ladrillo rojo en la vía Ghibellina, no muy lejos del palacio Borghese. Una gallina picoteaba el suelo y cloqueaba ante la pálida fachada; la gélida brisa arrastraba el resinoso aroma del enebro. El orondo tabernero, de nombre Piero, sonrió al verla y, tras una efusiva bienvenida, los condujo hasta una mesa apartada. La cena, intuyó Julio, no iba a ser barata, mas su acompañante disfrutaba del buen yantar más que un obispo.

—Os recomiendo la *limonia di pollo* —dijo Giovanna—: tiene cebolla, panceta, limón, almendras, pimienta negra, canela, jengibre, clavo y azafrán.

—Los italianos siempre tan comedidos con el aliño —comentó Julio—. No es de extrañar que, en Venecia, se odie tanto a los portugueses por malograr su mercadeo de especias.

—Hay *antipasto* de berenjena, si os place más.

—La berenjena es comida de moros —aseguró él, dogmático—. Y está emparentada con la mandrágora: engendra locura, de acuerdo con el entendimiento médico.

Finalmente, pidieron unos macarrones con forma de cuerdas, y una vez que el tabernero se hubo retirado, Giovanna quiso mudar de argumentos:

—¿Qué os ha parecido la función?

—Una vez hice de pastorcillo en el Belén de la collación de Santa María —respondió el sevillano—. Ha sido mi mayor contribución a las artes escénicas.

—No os vais a escabullir de darme una opinión sincera.

—La obra… me emocionó —tuvo que admitir—. No puedo deciros mucho más.

—¿Y eso lo estimáis poco? —La italiana sonreía complacida.

—Los actores tienen el poder de transformarse en otras personas —prosiguió Julio, más animado—. De repente, zas, son alguien distinto. Ese poder me incomoda, a veces me hace dudar de que sus emociones sean sinceras.

Una vez más, Giovanna hizo hoyuelos.

—Hay verdad en la ficción —declaró con rotundidad—. Con

frecuencia, hay más verdad en ella que en cualquier otra parte. En el escenario, los actores rememoran unas emociones que alguna vez sintieron, alguna vivencia similar a la del personaje. ¿Creéis que *Il Parlamento de Ruzante* refleja la realidad que deja la guerra tras de sí?

—Lo ignoro. Jamás he dejado la guerra atrás.

—¿Y teméis hacerlo?

—No tengo ninguna vida a la que retornar.

El posadero les trajo las viandas en dos fuentes de barro, junto a una jarra de Vernaccia, un vino blanco de San Gimignano.

—¿Y qué me decís de la tensión dramática? ¿Cómo creéis que se sentía el protagonista? ¿Qué pensáis del libreto? —En cada mirada de Giovanna subyacía un desafío y, a la altura del busto, el verdugado mostraba una tensión dramática, sin necesidad de libreto.

—Ruzante amaba a Gnua, aunque, en el fondo, sabía que ella a él no —opinó Julio—. Tal vez confiaba en que, con el tiempo, llegaría a hacerlo. Y cuando se vio arruinado, esa realidad se hizo insoslayable.

—¿Os ocurrió eso a vos, en Sevilla?

—En absoluto.

La boloñesa se llevó la copa a los labios para disimular una maliciosa sonrisa. Aguardó un instante antes de ofrecerle una respuesta:

—Cada vez mentís peor, Julio —dijo—. Mas ahí está la clave: en su *Poética*, Aristóteles asegura que una tragedia puede ser una mentira que nos permita alcanzar una verdad superior. —Saboreó un pedazo de pollo de la fuente y se chupó los dedos—. ¿Qué os sucedió?

—Vais a perseverar en ello, ¿verdad?

—Ajá.

El soldado español exhaló el aliento.

—En Sevilla, mi padre trató de buscarme acomodo y sustento. Me compró el cargo de alguacil de los Veinte y procuró encontrarme una buena esposa. En esta tarea, se mostró sensible a mis afectos y

negoció en mi nombre el enlace con Lucía Villegas.

—Una bella moza, sin dote, de un rancio linaje venido a menos —dedujo Giovanna—. Vuestro padre ponía el dinero y ella, el apellido.

—Una noche tuve un percance con el comisario mayor del obispado de Coria —asintió Julio, fastidiado ante la sagacidad de su acompañante—. Traía consigo unas reliquias, que se perdieron en la trifulca, y el juez dictaminó que yo debía pagarlas. Mi padre se enfureció…, sólo mi hermanastra logró apaciguarlo. Desprovisto de dineros y del cargo de alguacil, me reuní con Lucía, en casa de una amiga, para explicárselo. Era la primera vez que estábamos a solas, se mostró muy afectuosa e hicimos el amor por vez primera. Fue la última vez que hablamos.

—¿Tan mal lo hicisteis?

—Después de intimar —precisó Julio tras un resoplido—, le expliqué que había perdido el alguacilazgo, que estaba endeudado y que debía alistarme. Juré por vida de Cristo que le sería fiel y la traería a Italia lo antes posible.

—Y ella os respondió: «Cuando pienso en que sois un pobre hombre, no os puedo ni ver. No es que no os quiera, pero no quiero vuestra desgracia».

—Algo parecido. —Con un hastiado ademán, Julio dio por concluido el relato. Vio cómo el tabernero les servía una fuente de pasta en forma de cuerdas, acompañada de carne de buey y queso parmesano—. ¿Y esto cómo se come?

—Se llaman *vermicelli…*, «gusanitos» en italiano. Debéis enrollarlos en el tenedor. Así. —Giovanna lo interrumpió de súbito—. No, por Dios: no debéis cortarlos bajo ningún concepto. Para un italiano es como si le amputarais la pierna a su primogénito.

—Perdón. —Julio tomó el cubierto con torpeza, trató de formar un ovillo con la pasta y se lo llevó a la boca.

—Mejor —concedió la boloñesa—. Os agradezco vuestra compañía; hacía tiempo que no acudía al teatro.

—*Il piacere e mio* —respondió sincero—. Está siendo una velada

agradable.

A cada sorbo de vino, las miradas se hacían más largas, y Julio no perdía de vista su boca. Las mejillas de Giovanna se ahuecaban al sorber la pasta, la salsa rezumaba por sus gruesos labios, y siguió el movimiento de su lengua cuando se relamió sensualmente.

—¿Os agradan? —le preguntó ella de súbito, y sus ojos verdes se toparon con los suyos. Podría referirse a los *vermicelli…*, o a sus labios.

Julio se envaró en el asiento e hizo un gesto alusivo al plato.

—Sí, mucho.

La nariz de Giovanna se arrugó con malicia.

—Sabía que teníais buen gusto.

Coquetea conmigo para sonsacarme información, se recordó Julio. *Soy un bastardo arruinado, no tengo patrimonio, ni tampoco apellido. Una mujer así no se fijaría en mí ni aunque le escupiera*.

El tabernero dejó otra botella de Vernaccia sobre la mesa y la boloñesa le sirvió una copa.

—*Cin-cin* —dijo con una sonrisa—. Es un vino renombrado en Italia. ¿Qué os parece?

—No sé reconocer cuándo un vino es bueno —exageró Julio—. No podría distinguir un San Martín de Valdeiglesias de otro ordinario, a no ser que lo hayan bautizado.

—Debéis aprender modales en la mesa si queréis pasar por un ricohombre en casa de Strozzi. ¿Os gusta el vino?

—Demasiado.

—Eso es lo importante —señaló—. Esta noche os enseñaré a apreciar un buen caldo. Es un delito que no sepáis hacerlo, siendo español.

Pidieron más jarras, para hacer nuevas catas, y Julio aprendió a distinguir si un aroma era afrutado, floral, terroso o especiado. A percibir las características de cada caldo: su textura, su cuerpo, su persistencia en boca. Giovanna le explicó cómo emplear los cubiertos, los secretos de la gastronomía italiana y las normas de etiqueta en la mesa. Sus palabras se derramaron entre ambos,

envolviéndolos; la vociferante parroquia se desvaneció hasta que sólo quedaron ellos y la niebla que, más allá de la ventana, se apoderaba de las calles de Florencia.

Demandaron una última botella, de *grappa*, el célebre aguardiente de Bassano, y la italiana le enseñó a beberlo en tragos cortos. Cuando al fin abandonaron la taberna, el vino pesaba en su lengua y saltaba de un idioma a otro, buscando sin éxito la palabra adecuada. Dio un traspié en las escaleras, y Julio tuvo que sostenerla. Ni siquiera la gélida brisa que rasgaba los cielos de ónice logró atenuar el calor que irradiaba su cuerpo. La luz de la luna se deslizaba como una sábana de seda sobre su rostro perfecto.

Irresistiblemente hermosa y está en mis brazos, se dijo Julio. *El tipo de cosas que sólo me ocurren cuando estoy borracho*.

XIII

Un rayo de sol atravesó sus párpados y se despertó lentamente. Trató de aferrarse al sueño, la suavidad de un cuerpo pegado al suyo suponía la excusa perfecta, y Julio se deslizó hacia él, atraído por la calidez que irradiaba. Inspiró un agradable perfume de naranjas amargas y rosas silvestres, y a su conciencia afloraron fragmentos de la noche anterior.

Abrió los ojos.

El amanecer irrumpía a través de la celosía, proyectando un patrón de sombras sobre las sábanas. Más allá del dosel vislumbró un baúl genovés, las vidas de rojo almagre y azul añil sobre los muros encalados, la ropa esparcida por el suelo. Apartó la mano del pecho de Giovanna y comenzó a recular, reptando por el lecho, intentando no despertarla.

—Demasiado tarde —murmuró ella.

Incluso dándole la espalda, pudo intuir su sonrisa. Trató de rememorar el final de la noche, el regreso a la casa, el tropezar con los muebles, la llave que se resistía a entrar. Ayudarla a subir las escaleras, doblegarse ante su ebria insistencia y ceder al peso del sueño. Ahora debía hallar el modo de salir bien parado.

—*Bontá divina…* Os dije que el vino se me sube a la cabeza —murmuró Giovanna, palpándose la frente—. Supongo que también vos…

—Eso me temo. —La angustiada mirada de Julio se dirigió hacia

la entrada—. Lamento haber mancillado vuestra reputación.

La italiana se apoyó sobre el codo para mirar por las ventanas con los ojos entrecerrados. Luego torció la boca en una amarga mueca.

—Son casi las diez; Juanillo y los criados estarán ocupados en sus tareas —se lamentó—. El daño a mi honra está consumado: nadie creerá que no estuvimos jodiendo toda la noche. —Julio se disponía a responder cuando ella se alzó de súbito para sentarse a horcajadas sobre él—. Así que no hay ningún buen motivo para no hacerlo. Delicado podrá confesarnos después; dudo que nos imponga una penitencia severa.

—Yo. —Julio quiso objetar algo. Perdió la capacidad de articular palabra cuando Giovanna se despojó de la camisa y sus senos se mecieron sensualmente ante él.

—He visto cómo me miráis —susurró ella en su oído. Su cálido aliento le acarició la mejilla, su voluptuoso cuerpo pegado al suyo, y él asintió, embobado. Podría haber leído la *Gramática* de Nebrija y le habría sonado a poesía erótica.

Tal vez sea una espía, pensó. *Supondría seguirle el juego*… Pero debía hacerlo, se recordó, por el bien de la patria. O algo. En ese momento, la idea le pareció de lo más razonable.

La boca de Julio se adueñó de la suya y Giovanna cerró los ojos, sumida en una furiosa aceptación. Cobijó el rostro de Julio en su pecho y su cabello negro se derramó sobre él; hizo oscilar la cintura, invitándolo a unirse a la danza, y él se adueñó de su cuerpo, memorizando cada curva, cada recodo, hasta que perdió la noción del tiempo. La melena oscura se convirtió en las cortinas de su conciencia; sus pliegues húmedos, en su universo. Pasaron dos horas haciendo lo que todos creían que habían hecho, y, después, reinó el silencio. Tendidos sobre el lecho, los temores de Julio se dispersaron como hojas muertas bajo una brisa otoñal. Giovanna apoyó la mejilla en su pecho y se acurrucó a su lado. Pronto su respiración adquirió una apacible placidez, y Julio contempló cómo la luz solar devoraba lentamente las sombras, a medida que la mañana

se convertía en mediodía.

Quiso dejarla dormir.

Vistiose con la camisa y las calzas y abandonó la alcoba para bajar a la cocina. No le sorprendió hallar *panforte* en la *credenza*. Extrajo una hogaza de la alacena y se dispuso a calentar la leche con migas de pan.

—Deberíais hacerlo más a menudo —dijo Juanillo a su espalda, y él sintió el peso de su mirada—. Pero no con ella.

—Las mujeres como ella no son comunes en milicia.

—Las mujeres como ella no son comunes en ninguna parte —señaló el alemán—. Ahí es donde quería llegar.

—Es hermosa, posee encanto y una perenne sonrisa…

—No, idiota. Os sonríe a vos.

—… lo cual no significa que vaya a perder la cabeza —concluyó el capitán—. No me subestiméis, Johannes. Que no nací ayer.

Vio la mandíbula del germano tensarse mientras un pesado silencio se alzaba entre ambos. No debería importarle si él lo aprobaba, se reprochó Julio, y se dispuso a asearse en la jofaina.

Acaba de adentrarse en un territorio peligroso. Posiblemente, Giovanna era una espía veneciana. *Una espía que interpretaba una ficción*, se recordó. Alguien capaz de compartir lecho sin enredos emocionales. No podía engañarse a sí mismo otra vez, y de la peor forma imaginable. Debía distanciarse, enfriar aquello, dejar de mezclar la misión con la intimidad y lo venéreo.

Empleó un lienzo para secarse y adecentó su aspecto lo mejor que pudo. Cuando el puchero empezó a hervir, depositó el fruto de su labor sobre una bandeja y regresó a la alcoba. Apoyó un hombro en el marco de la puerta para admirarla, aún dormida, con el pelo revuelto. Tan linda como una cesta llena de gatitos. El sol vespertino teñía su piel con un brillo dorado, y contempló la cicatriz marcada en el ceño, la línea ovalada de su mandíbula, el manto de pecas sobre la nariz, tan perfecto que parecían pintadas. *Es una espía*, se dijo. *Sólo trata de camelarte*.

Depositó la bandeja sobre la cama y le sacudió suavemente el

hombro.

—Es hora de levantarse.

—¿Mmm? —Giovanna se estiró sensualmente, arqueó la espalda y, al descubrir ante ella el pan de fruta, se le pusieron los ojos como platos—. ¡Mmm! —dijo, tras saborear un pedazo—. Casaos conmigo.

—Con gusto lo haría —contestó él, abstraído—, pero una legión de rameras depende de mí.

Le he preparado el desayuno. Soy un bragazas.

—Ya. —Giovanna se sentó, cubriéndose el pecho desnudo con las sábanas, mas el brillo de sus ojos verdes desmentía la modestia del gesto. Comenzó a devorar las viandas—. Debéis leer *El Cortesano*, de Baldassar Castiglione. —Señaló los libros que contenía el arcón—. Todo cortesano que se precie ha de saber de música y arte, conversar con ingenio y, sobre todo, comportarse con *sprezzatura*. Esto es, hacerlo todo con soltura, sin que se note el esfuerzo que requiere semejante tarea.

Molesto ante su propia rudeza e impericia, Julio no tuvo más opción que sentarse a leer.

Poco después, acomodados ambos en el camastro, Giovanna ojeaba un librillo y él fingía interés en Castiglione. Por el holgado cuello de la camisa de la boloñesa asomaba uno de sus hombros y el nacimiento de los senos; un sensual bosquejo de curvas que atrapaba su mirada.

No mires, pensó.

Que no le mires las tetas.

Al levantar la vista, descubrió a Giovanna observándolo. Sintió un súbito rubor cuando ella le sonrió, alzando las cejas, y cabeceó hacia el lecho, en una invitación explícita. Él le devolvió la cortesía, se hizo el tonto lo mejor que pudo y bajó la vista hacia el libro. Apenas logró extraer sentido a las palabras. Cuando apartó los ojos del manuscrito, la italiana seguía apoyada en el respaldo, concentrada en el *Ars amatoria* de Ovidio. La vio tamborilear con los dedos sobre su muslo desnudo, al suave ritmo de una música imaginaria. También notó que los pezones se le marcaban bajo la prenda. De

hecho, no recordaba un solo instante en el que no lo hubiera notado.

Había una probabilidad entre un millón de que aquella impúdica exhibición de carne femenina fuera puramente casual. Esa remota posibilidad se esfumó cuando la mirada de Julio reptó por su cuerpo y Giovanna interpuso el índice, agitándolo. Aún contenía la risa cuando sus miradas se encontraron.

—¿Por qué estáis tan nervioso? —le preguntó, divertida.

—Suelo estarlo en presencia de una hermosa mujer medio desnuda —respondió él, adusto.

—Julio —le dijo muy seria—. Las fiestas de Strozzi estarán llenas de meretrices en cueros. Queréis haceros pasar por un avezado cortesano y un hombre de mundo. En estas condiciones, jamás pasaréis como tal.

—Tal vez —sugirió él, dejando de lado el libro— si vos me ayudáis…

—Está bien. —Giovanna se sentó ante él, con la espalda erguida y las piernas cruzadas—. Imaginad que deseáis ayuntaros conmigo.

—No se me ocurre un solo motivo para desearlo.

—Hablo hipotéticamente —le aclaró sonriendo—. Así será más fácil de entender. En fin. Somos una pareja galante y deseáis yacer conmigo.

—¿Una pareja galante?

—*Signore* y *cortigiana onesta*.

—¿Honesta?

—Una meretriz refinada, distinguida y culta, capaz de mantener una conversación sobre arte, poesía o música. Elijo bien a mis clientes y puedo cobraros una tarifa sólo por charlar conmigo.

—Ah, sí. Claro. Continuad.

—No importa —respondió en tono pedagógico—. Al principio os mostraré indiferencia, pero después me haré notar…, hasta que estéis rendido ante mi puerta y digáis «Oh, puerta cruel» y sobrellevéis muchos desaires. Como dice Ovidio, lo que se da fácilmente no alimenta un interés duradero.

—Si me cerráis la puerta en las narices, me deseáis —concluyó Julio—. ¿Y qué hago yo?

—Manteneros firme en vuestro propósito, de la misma manera que el agua consigue deshacer las rocas, o como Troya acabó siendo conquistada.

—¿Y no podría ser que el portazo se deba a que yo os desagrado?

—Si en verdad me interesáis, tarde o temprano os la abriré, y me mostraré fascinada ante vuestro ingenio. Vuestras bromas me parecerán divertidísimas, no desearé cosa alguna que no queráis darte. Seré esa dama que sólo existe cuando unas monedas yacen sobre la mesa, y, sin embargo, ambos fingiremos que no se trata de dinero.

—Un teatrillo —propuso Julio—. Como jugar a los médicos.

—El arte del cortejo es un juego que os dejará la bolsa vacía y el orgullo henchido —le confirmó Giovanna—. Y si en algún punto vuestro interés decae, tendré derecho a burlarme y despreciaros.

—Vos siempre estáis de guasa —adujo él, titubeante.

—Es que depende del momento.

—Del momento.

—Sí, del momento —insistió Giovanna—. En el cortejo se ha de intercalar alguna negativa. En el fondo, eso os gusta.

—Ah. ¿Sí?

—Según el *Ars amatoria*, los hombres disfrutáis de los sabores amargos, pues las cosas dulces os empalagan. Aunque también podría ser que os esté provocando —señaló de forma taimada— para que mostréis un talante más firme y severo.

—¿Hay mujeres que hacen eso? —dijo Julio, rascándose la sien.

—A todas horas.

—¿Por qué?

—Quizá, como apunta Ovidio, deseen que les arranquéis por la fuerza aquello que ya quieren daros, supongo.

El «*supongo*» no había sonado muy sincero.

—Toda esta lógica resulta enrevesadamente femenina —comentó

Julio, desalentado.

—¡Qué va! Es un simple juego: sólo hay que saber cuándo y cómo jugar.

Desde los tiempos remotos de Adán y Eva, los hombres han deseado que su costilla venga con un manual de instrucciones. Giovanna se mostraba decidida a satisfacer ese viejo anhelo, mas el andaluz acababa de descubrir que, al igual que el *Steganographia* de Trithemius, ese libro estaba escrito en un lenguaje cifrado.

—Bien. —La boloñesa se palmeó los muslos y se irguió sobre el catre—: Hemos acabado con la parte teórica… Ahora viene la práctica.

Empezó a desabotonarse la camisa y el cuerpo de Julio se puso en tensión. O, más bien, una parte en concreto.

—Giovanna, tenemos que hablar —dijo, tras un carraspeo—. Lo que pasó antes estuvo bien, muy bien, pero no debimos llegar tan lejos.

—Ah. ¿No?

—El problema es. —Julio se mordió el labio—. Que sois una mujer muy atractiva.

—Gracias. ¿Y?

—Que sois una mujer muy atractiva por la que me siento muy atraído. Demasiado. Creo, creo que deberíamos abordar las clases como al principio. Desde un punto de vista hipotético.

Durante un instante los ojos verdes se clavaron en los suyos, y luego se entrecerraron.

—Entiendo. —En el rostro de Giovanna había aflorado una indescriptible malicia—. Pero ¿qué pasaría si os dijera que estáis muy lindo cuando os ruborizáis?

—Me estaríais provocando —declaró Julio, con la garganta reseca —. Para que me mostrara más severo.

—En tales circunstancias, sí, esa sería la conclusión acertada. —La italiana posó las manos en las sábanas y su melena negra se derramó sobre el rostro—. Entonces, ¿vos qué haríais?

—Yo me encargaría de poneros en vuestro ¿lugar? —graznó.

—Pero yo podría sentarme en vuestro regazo, para tratar de camelaros. —Se acercó gateando por el colchón y sus caderas oscilaron ante los ojos de Julio como el péndulo de un hipnotizador.

—¿Y qué debería hacer yo? —El sevillano se sobresaltó cuando ella se sentó a horcajadas en su regazo, turbado ante la calidez de su piel. Los ojos verdes se hallaban a la altura de los suyos, y los senos rotundos acariciaban su pecho tras un finísimo confinamiento de tela—. Es decir, hipotéticamente.

—Podríais seguirme el juego —propuso Giovanna, estirándose como una gata al sentir unas manos en su cintura—. Acariciarme mientras yo ronroneo de placer y os beso en los labios.

—Es una situación interesante de considerar como hipótesis.

Quiso detenerla. No mucho, pero lo quiso. Mas ella acortó la distancia y apoyó la frente sobre la suya. Los labios de Julio se abrieron por puro instinto y se dejó besar. Atrajo aquel suave cuerpo contra el suyo y buscó su lengua, bebió de su boca, fingiendo por última vez que eran amantes.

—Tan guapa…, tan lista… —Las manos de Julio abandonaron su cálido cobijo al tiempo que se echaba hacia atrás—. Estaréis acostumbrada a saliros con la vuestra, ¿no es cierto?

—La verdad es que sí. —Giovanna se recogió el cabello y lo llevó hacia un lado—. Para qué negarlo.

—A veces me pregunto cómo será la Giovanna real.

La boloñesa se alejó de él para sentarse con las piernas cruzadas, el ceño fruncido y los ojos brillantes.

—Quizá lo descubráis algún día —dijo.

—¿Y por qué no ahora? —respondió él, mortalmente serio—. ¿Qué queréis de mí?

Ella parpadeó, aturdida, se abrazó las rodillas y, con la barbilla apoyada en ellas, eludió su mirada.

—Mis antiguos pagadores me exigieron que los informara de nuestras pesquisas —dijo al cabo—. Tienen algo, a alguien con el que presionarme. Ahora me demandan información de otra naturaleza.

—Tenía un atisbo de esperanza de que no fuerais una espía —dijo Julio, y la palabra «*espía*» se prolongó más de lo deseado. Las cejas femeninas se arquearon, su suave voz se mantuvo firme:

—Lamento decepcionaros.

—¿Qué deseáis saber? —inquirió él, sin estar del todo seguro de que quisiera conocer la respuesta.

—En Venecia dudan de que el papa Clemente cumpla su acuerdo con Carlos —dijo—. Confían en que se sume de nuevo a la Liga de Cognac.

—Para ser honesto, yo también dudo que pague la otra mitad del rescate.

—El Consejo de los Diez considera prioritario averiguar qué hay de cierto en los rumores. —Asintió levemente—. En caso de encontrarse ante una negativa, el ejército de la Liga atacará Roma y, venza quien venza, se producirá una nueva matanza. Además, mis superiores os pagarían bien.

—No puedo ayudaros, aunque quisiera —declaró Julio tras una pausa—. No tengo información sobre tales asuntos.

Mentía, al menos en parte. En el consejo de capitanes se exponían informes de la inteligencia imperial. Gracias a las reuniones, sabía que, el diecisiete de diciembre, el cardenal Pisano se había reunido con el papa en Orvieto, el primer contacto entre un embajador veneciano y el sumo pontífice desde el Saco de Roma. Clemente le transmitió su anhelo de una paz duradera en Italia, pero también que la Serenísima debía devolverle Rávena y Cervia, ciudades que le había usurpado a sabiendas de su debilidad. Era un secreto a voces que la terquedad veneciana en sus ambiciones territoriales exasperaba a sus aliados, en especial a Francia, lo cual amenazaba la existencia de la Liga de Cognac.

—¿Conocéis a alguien que pueda ayudarme? —preguntó Giovanna.

—¿A establecer la hegemonía veneciana sobre Mantua, Ferrara y Romaña? —Julio se cruzó de brazos, reacio y distante.

—A prevenir una nueva guerra. —Los ojos verdes se mostraban

firmes, el rostro sombrío—. Si no les entrego algo, por exiguo que sea, matarán a alguien al que amo.

La súplica parecía genuina, las emociones correctas afloraron a su rostro. Julio debía tomar una decisión: o bien negarse, amenazándola para que se diera por vencida, o tenderle una trampa que tal vez acabaría con su vida. Carecía del temple requerido para matar a una mujer. Mas ella había accedido a entrar en aquel despiadado juego de engaños. Bastaría con pronunciar un nombre y, a partir de ahí, lo que sucediera sólo dependería de ella.

—Sé de alguien que quizá esté dispuesto a ayudaros —dijo al fin —: Sileno, un perlustrador del virrey de Nápoles.

—¿De qué lo conocéis? —A pesar de su habitual compostura, se diría que Giovanna había oído mentar al diablo. Ignoraba qué sabía su compañera de misión sobre aquello, y juzgó sensato no mentirle más allá de lo necesario.

—En casa de Grünenwald, encontré una tabla cifradora. Un libro, titulado *Steganographia*, junto a un par de cartas encriptadas. Por mediación de alguien de confianza, se las entregué a Sileno, a cambio de dinero. Tengo motivos para dudar de su lealtad. Tal vez esté dispuesto a venderos la información que necesitáis.

—Y vos os llevarías una parte, imagino.

Asintió Julio, y una inmensa rabia afloró en su alma. Por un instante la odió, por obligarlo a hacer todo aquello, por las decisiones que ella misma había tomado. Por hacerle sentirse tan culpable. Después, se odió a sí mismo.

—¿Sabéis qué pasaría si os descubrieran facilitándome este contacto? —le preguntó Giovanna.

De repente, Julio sintió la boca reseca, como cubierta de ceniza.

—Por supuesto.

—Bien. —Los ojos verdes de la italiana se entrecerraron y luego asintió—. Decidme.

—Preguntad por Asterio en la taberna de Chiassolino. El santo y seña es «Minos».

XIV

El paisaje urbano fue mudando ante sus ojos; una fastuosa sucesión de palacios de sillares almohadillados, erigidos al calor del comercio y la banca, repletos de antigüedades y obras de arte. Aun acompañado de Giovanna, la incomodidad de Julio crecía a cada paso que daba por la vía de' Tornabuoni. Vestía un sayo con cuello de seda, un jubón con musequíes y unas calzas acuchilladas de terciopelo encarnado; lo más lucido de su arcón, modesto según los cánones florentinos, y aun así se sentía un impostor.

—Los banqueros residen en torno al Mercado Nuevo —le informó Giovanna—, y los Strozzi controlan el barrio de Santa Trinita.

El sol rozaba las almenas del Palazzo Spini Ferroni cuando se detuvieron ante la entrada de una imponente mansión cuya fachada de pietraforte resplandecía bajo la desvaída luz del ocaso. Bajo los arcos de entrada se toparon con tres lacayos con broqueles y espadas de lazo. Una hermosa criada les dedicó una sonrisa ensayada, cegadora y perfecta.

—Bienvenidos sean vuestras mercedes —dijo, admirando el aspecto de su acompañante—. Estáis espléndida.

Bajo la *zimarra* ribeteada en pieles de armiño, la boloñesa lucía una gamurra esmeralda, adornada con sedas, larga hasta los pies y con mangas encarnadas. Dieron su nombre a los criados y estos les cedieron el paso para que pudieran adentrarse entre la élite de la sociedad florentina que desfilaba por el vestíbulo. Adinerados

banqueros, opulentos comerciantes, antiguos condotieros, artistas en ciernes, ilustres parásitos, entre la música de cámara, los aromas de Oriente, el tintineo de las copas y el inaudito refinamiento de las cortesanas. Giovanna caminaba despacio, con pasos cortos, como si anduviera sobre una línea imaginaria; la falda de su vestido oscilaba a un ritmo cautivador. Torturado por el escozor de las calzas, Julio se rascó los huevos con disimulo, al tiempo que la acompañaba hasta la enorme mesa que ocupaba el salón del *piano nobile*.

—Por favor, acomódense. —El maestresala les asignó unos asientos en el extremo opuesto a la anfitriona. Al sentarse ante una suntuosa vajilla de Montelupo, el español tomó una servilleta bordada y dio un respingo cuando, al desdoblarla, un petirrojo salió volando.

—¿Pero aquí qué se yanta? —Estupefacto, se volvió hacia Giovanna, que se lavaba las manos con el agua perfumada de un cuenco dorado.

—Comida sana, de esa que tanto os gusta —dijo—. ¿Os acordáis de cómo usar los cubiertos?

—Con el cuchillo se corta, con el tenedor se pincha. —Julio se acomodó con cautela, tratando de recordar el resto: «El plato llano se coloca frente al comensal sobre otro de plata u oricalco. La servilleta se deposita doblada sobre él. Los cubiertos se colocan alineados por la empuñadura, de acuerdo al orden de uso, desde afuera hacia adentro. Las copas se sitúan de izquierda a derecha: agua, vino blanco, vino tinto…».

En la Europa cristiana, todos los estamentos, desde los príncipes a los pecheros, compartían plato con sus compañeros de mesa y comían con los dedos. El mantel se empleaba para limpiarse las manos y los perros se hacían cargo de los desperdicios…, que debían arrojarse bajo la mesa, para no herir a nadie. Los tratados de buenas maneras aconsejaban limpiarse el morro antes de beber de la copa común y no apurar el contenido de un solo trago, ni utilizar el cuchillo para limpiarse las uñas ni escarbar en las fuentes buscando la mejor porción. A partir del *Cinquecento*, la nobleza

italiana comenzó a repartir cubiertos de plata entre los comensales, y la etiqueta en los banquetes se convirtió en una muestra de sofisticación y rango.

Una legión de criados les sirvió pasteles de piñones, mazapanes, higos y vino dulce. Laúd, viola y flauta armonizaban para brindar un respaldo al mercadeo matrimonial que se desarrollaba ante sus ojos. El español se sintió desconcertado al no escuchar gritos ni risotadas, sólo madrigales, un murmullo constante y el refinado entrechocar de la loza. En el primer servicio, les trajeron unas piezas de pasta en forma de anillo que flotaban en caldo de capón.

—*Tortellini* —le explicó Giovanna—. Dicen que, hace dos siglos, en Castelfranco Emilia se presentó una bellísima marquesa. El dueño de la posada, fascinado ante su hermosura, la espió por el ojo de la cerradura. Sólo pudo verle el ombligo, e, inspirado por esa visión, creó una pasta para honrar su forma.

—¿Toda la gastronomía italiana ha surgido de un lío de faldas?

El segundo servicio consistía en codornices y tórtolas asadas, cisne al horno y carpas guisadas en azúcar y agua de arroz. El andaluz, que trataba de imitar los refinados gestos de su acompañante, prestó especial atención al protocolo de los oficiales de la *bocca*, para recomponer el modo en que Costantini pudo ser envenenando.

Los servidores traían las bandejas desde la *credenza*, una estancia contigua donde se hallaban los catadores. En una mesa próxima, el trinchador alzaba el asado con un tenedor y lo cortaba con tanta destreza que las rebanadas caían en el plato de cada comensal; después, sazonaba cada bocado con una brizna de sal y especias. El copero escanciaba el vino, a veces mezclado con agua, en extravagantes copas de cristal de Murano, el único vidrio verdaderamente traslúcido que se rompería al contacto con cualquier veneno. Unos cálices, llanos como un plato, que debían sostenerse con tres dedos en la base y llevárselos a los labios sin derramar una sola gota. El sello de distinción consistía en que este gesto, mil veces ensayado, pareciera dotado de una gracia natural, y Giovanna se

mostró a la altura.

El sevillano farfulló una blasfemia cuando se ungió la barba con el licor. Varios invitados sentados a su diestra se giraron brevemente y siguieron charlando. Entre ellos reconoció a Benvenuto Cellini, el célebre artista y orfebre, quien relataba sus andanzas durante el Saco de Roma:

—Subí a Sant'Angelo cuando el papa Clemente llegaba por el Passetto y me reuní con los artilleros de la fortaleza, bajo el mando de Giuliano Fiorentino. Desde las almenas, aquel infeliz podía ver cómo saqueaban su casa y ultrajaban a su mujer. Temiendo herir a su propia gente, no se atrevía a disparar, y, tras arrojar al suelo la mecha encendida, lloró como si se le fuera a romper el alma. La recogí y obtuve la ayuda de un puñado de hombres; apunté los falconetes y maté con ellos a un buen número de enemigos. Seguí disparando, ante la atónita mirada de algunos cardenales que no dejaban de darme su aliento. Y logré lo imposible: fui yo quien salvó el castillo de Sant'Angelo.

—Menudo fantoche —masculló Julio.

—No pasó un solo día sin que matase a alguien del ejército invasor. En una ocasión, el papa paseaba por el torreón cuando observó a un coronel español más allá del puente. Tomé un gerifalte que tenía a la mano, lo cargué con pólvora fina mezclada con otra más gruesa y apunté. Difícilmente se podía esperar que una pieza de ese calibre acertara en el blanco a tal distancia. Mas hice lo imposible: el coronel llevaba la espada ceñida por delante, a la manera de los españoles, y mi bala, cuando lo golpeó, rompió la hoja y pudimos verlo partido en dos mitades. El pontífice obtuvo un gran placer y asombro al verlo. De rodillas, le supliqué que me perdonara por aquel homicidio y por las innumerables muertes que había causado al servicio de la Iglesia. Una vez recibida su bendición, no dejé de disparar al máximo de mi poder; y si tuviera que relatar detalladamente todas las cosas espléndidas que hice en aquella obra de crueldad infernal, dejaría maravillado al mundo. Aunque, para no ser prolijo, las pasaré por alto.

—Mejor.

Un individuo barbado sentado junto al orfebre se giró hacia Julio. Con poco más de cincuenta años, el otro artista aún conservaba su cabello rizado, aunque encanecido, sobre un rostro enjuto cuajado de arrugas. De las mangas de su jubón raído asomaban unas manos encallecidas. Las de Michelangelo Buonarroti; pintor infatigable, arquitecto y escultor inmortal, asceta avaro, genio engreído, poeta apasionado, protector de los suyos y una leyenda en vida.

—Vuestra merced es español —dijo Buonarroti—. ¿Qué os parecen las fabulosas hazañas de nuestro amigo Cellini?

—Fabulosas. —Julio había renunciado a pasar por italiano—. Doy gracias al cielo de que en Roma no hubiese otro salido del mismo molde. Juntos habrían acabado con todo nuestro ejército.

En la mesa resonaron las risas y el aludido prefirió ignorar el envenenado sarcasmo andaluz. La atención de Julio permanecía fija en el escultor de Caprese, a sabiendas de que aquel sería un recuerdo que conservaría durante el resto de su vida.

—¿Me conoce voacé? —le preguntó Buonarroti.

—He visto vuestra *Piedad* y el *David*, además de la Capilla Sixtina.

—Entonces no necesitáis saber nada más de mí.

Dejó Julio que la conversación se desvaneciera en su mente y bebió con moderación, al no albergar el deseo de encontrarse después con la lengua atada. Contó hasta trece servicios, dirigidos por el mayordomo y el maestresala, tras lo cual sirvieron confituras y frutas en almíbar. A modo de postre les trajeron un pastel gigante del que surgió una bandada de jilgueros. Giovanna mantuvo varias conversaciones con una facilidad envidiable, una tarea que a Julio le resultó imposible. Las preguntas se le antojaron entrometidas, las respuestas le resultaban increíbles, y no se sentía cómodo hablando de adefesios y exponiendo su vida privada, ya fuera real o fingida.

Comprobó que ante la anfitriona había un cuerno de unicornio exquisitamente enjoyado y que las recetas se servían en platos de oricalco. Todos los pasos de aquella exquisita ceremonia parecían

concebidos para reducir los riesgos de envenenamiento, y supo que Giovanna también escrutaba aquel protocolo con la minuciosidad de un ingeniero militar que estudia una fortaleza enemiga. Una vez retirados los cubiertos, un tal Eurialo d'Ascoli, notable por sus dotes de improvisación poética, comenzó a ensalzar a las damas con escogidas frases de exquisito elogio.

—Vámonos —murmuró Julio, y ambos abandonaron la mesa. Dejó que su mirada vagara por la sala, hasta que una elegante dama se interpuso con un murmullo de seda cerúlea.

—Bienvenidos —les dijo con acento toscano—. Soy Beatrice Mezzanotte, vuestra anfitriona. Espero que la cena haya sido del agrado de vuestras mercedes.

Sonreía, serena y hermosa de una forma cultivada. La postura erguida, los ademanes fluidos, los adornos argénteos en su vestido celeste mostraban a una dama para quien la perfección suponía una vocación. Julio estudió su bello rostro, enmarcado por una cortina de rizos castaños, y la uniforme palidez de sus rasgos, salvo por el rubor difuminado en las mejillas. En Sevilla, y en cualquier otra parte, una atención tan meticulosa a la bondad estética se interpretaría como vanidad, mas en Florencia se antojaba la norma.

—Beso las manos de Vuestra Señoría —dijo el capitán—. Soy Giulio di Torre, y ella, Giovanna Inverno. Agradecemos vuestra hospitalidad.

—Vuestra Señoría… Gracias por invitarnos —declaró Giovanna, enmascarando su inquietud como había aprendido en el pasado: con una reverencia.

—No pude negarme a la gentil petición de Nicholas Hartmann. —Un refinado acento toscano, colmado de condescendencia, los azotó como un flagelo de seda, dando testimonio de una vida repleta de privilegios—. ¿Qué os ha traído a Florencia?

En preparación ante semejante tesitura, el capitán había ideado un personaje: ya no sería Julio de Castillo, un cínico soldado, sino Giulio di Torre, un acaudalado mercader. Sus rudos modales y sobrio atuendo supondrían un calculado toque irónico que resaltaría su

estilo. Aquella zorra remilgada debería sentirse honrada de que alguien como él asistiera a su convite. O eso se decía, a medida que los ojos felinos de la Condesa pulverizaban esa ficción tan rápido como se fraguaba en su mente.

—Han sido los negocios quienes me han traído hasta aquí, mas vuestra atención supone un placer inesperado —respondió—. Vendo reliquias y busco compradores.

La Condesa apuró su copa, sin apartar los ojos de él, con un desdén meticulosamente estudiado, fascinante incluso para su víctima.

—Interesante —murmuró, y se giró hacia el camarero—: Servidle una *grappa* y a nosotras, dos copas de *vin santo*.

—Voacé no me ha preguntado —le reprochó la boloñesa.

—Estoy segura de que tenemos gustos afines —dijo Beatrice tras un sensual escrutinio—. Habéis sido instruida como cortesana. ¿Por quién?

—Por la señora Chiara Peccati.

—Veneciana, ¿no es así? —comentó la Condesa—. Si queréis prosperar aquí, habéis de llamarme.

—No lo dudo.

—«No lo dudo, señora» —le corrigió su anfitriona; la voz de terciopelo contrastaba con la severidad de su mirada.

—No lo dudo, señora Mezzanotte —repitió Giovanna, acomodándose a su papel—. Mas soy una acompañante, no una puta.

El español la escuchó mentir sin que el más leve parpadeo, gesto o temblor de voz denotase algún vestigio de ansiedad o miedo. Su acento boloñés se había diluido en un perfecto dialecto véneto: las consonantes geminadas habían desaparecido y el «*puttana*» había sonado «*putaña*». Le inquietó constatar la facilidad con la que Giovanna podía mentir, y se preguntó qué parte de lo que creía saber sobre ella era cierto.

El camarero regresó con las bebidas. Beatrice tomó la copa y se la llevó a sus labios. Cerró los ojos, emitió un gemido de satisfacción

y, encarándose hacia la boloñesa, repasó sus rasgos en una evaluación silenciosa.

—Sois perfecta —concluyó.

—¿Perfecta para qué? —inquirió Giovanna, molesta.

—Como modelo —respondió la Condesa—. Conozco algunos artistas que os pagarían bien.

—No necesito el peculio.

—No todo se hace por dinero. A veces, es una cuestión de prestigio. Para una cortesana exhibir su belleza supone un poderoso reclamo para obtener clientela. —Acarició la mejilla de Giovanna con una mano enjoyada, sin inmutarse por la tormenta que se avecinaba en sus ojos, y las uñas, perfectamente perfiladas, vagaron por el cuello y descendieron hacia su clavícula esbozando el contorno.

—¿Me la devolvéis? —inquirió Julio con sorna.

—Claro. —Beatrice hizo un mohín y su sonrisa se desvaneció lentamente—. Disculpad. El arte es mi pasión. Estudio la belleza… y averiguo si oculta algún engaño.

Observó fijamente a Giovanna y su atención se desplazó a las pinturas de la pared, con una ambigüedad calculada.

—¿Autentificáis cuadros? —preguntó Julio.

—Venid. Os mostrare algo. —La Condesa apuró el vino de su copa y tomó de la mano a la otra mujer. Unos pasos más tarde, se detuvo para girarse hacia él—: Vamos.

Intrigado, Julio dejó el vaso sobre una mesa. Recorrieron un solitario corredor de techos elevados en completo silencio, salvo por el calzado de las dos mujeres que repiqueteaba en la terracota. En un gran salón con una hilera de pinturas, Beatrice se detuvo ante un óleo sobre tabla redonda. Un retrato sedente de la Virgen con un niño Jesús de cabello rizado. La escena irradiaba un aura de sereno afecto; la madre sonreía a su criatura con la diestra apoyada en un libro que yacía en su regazo.

—Mi primera adquisición tras enviudar: un retrato de la Virgen pintado por Rafael. —Beatrice evaluó las reacciones de ambos—. Es sabido que, poco antes de abandonar Florencia, Rafael realizó

algunas pinturas para Guidobaldo de Monteferro; entre ellas, un par de *madonnas* de modesto formato. Al contemplar este cuadro, me parecieron palmarias las similitudes con la *Virgen del jilguero* del maestro de Urbino. Todo indicaba que se trataba de una de las *madonnas* perdidas de su etapa florentina.

—Tenéis buen gusto —concedió Giovanna—. Es una bellísima composición.

—Siempre me he deleitado con la pintura. En casa de mis padres pasaba horas y horas copiando a los grandes maestros… Esta *Madonna* fue mi primera gran inversión, y, sin embargo, con el paso del tiempo, empecé a percibir algo extraño. Muchas veces, comienza con un simple presentimiento. Rafael ha sido uno de los artistas más imitados y también más falsificados. Una pintura auténtica puede costar mil florines.

—En tal caso —razonó Julio—, ¿por qué cuestionar su autenticidad?

—¿Vos no querríais saberlo? —inquirió Beatrice.

—No soy coleccionista de arte.

—¿Y si lo fuerais? —insistió la Condesa.

El capitán hizo una pausa reflexiva antes de contestar:

—¿Realmente importaría, si la pintura en verdad me agradase?

—Una excelente observación. —La atención de la Condesa recaía sobre la otra mujer—. Y, aun así, estoy convencida de que os puede la curiosidad intelectual. Hace años, comencé a estudiar la pintura. Rafael realizó la mayor parte de sus primeras obras sobre madera de álamo, cerezo o tilo. El soporte, por tanto, parecía ajustarse a los habituales del maestro. Entonces analicé los pigmentos. El azul que solía emplear Rafael era polvo de azurita y el manto de esta Virgen no se ajusta a ello.

—¿De qué pigmento se trata?

—Esmalte azul, fabricado en Venecia por cocción cerámica. Un ultramar más intenso que la azurita y más asequible que el lapislázuli. Comenzó a venderse en Florencia hará una década.

—Un recelo tal vez exagerado —dijo Giovanna con una mirada

escéptica—. No es sensato esperar que un artista haya empleado el mismo pigmento durante toda su vida.

—Cierto. Y, con todo, a Rafael le habría resultado difícil conseguirlo, ya que pintó las *madonnas* perdidas en mil quinientos ocho. En ocasiones, el imitador intenta superar al artífice, y eso lo delata.

—Sois muy sagaz —declaró Julio.

—Mi sagacidad se ha visto recompensada con la confianza de los mayores coleccionistas de arte. Muchos recurren a mí para autentificar cualquier potencial adquisición, lo cual ha dado sus frutos…

Al entornar el rostro, Julio descubrió que la Condesa ya no observaba el cuadro, sino a él.

—Una colección de pinturas falsas —concluyó la boloñesa.

—Algunas son regalos —asintió Beatrice—. Otras las adquirí a un módico precio.

—Falsificaciones que desenmascarasteis —dedujo Giovanna—. ¿Cómo?

La Condesa la tomó del brazo para guiarla hasta la imagen de una Venus Anadiómena.

—Lo primero de todo: oledlo —dijo su anfitriona—. Una falsificación reciente aún puede conservar el aroma a pintura fresca. Después, estudiad el craquelado, ese delicado patrón de grietas que aflora con los años. Las hendiduras perpendiculares a la veta de la madera son propias de la pintura sobre tabla, los lienzos muestran unas fisuras aleatorias de líneas curvas. El horneado para acelerar el secado suele dejar un patrón distinto. Las áreas de descamación también pueden resultar elocuentes. A menudo, el artista retoca sus obras meses después, y dado que el aceite fresco no se adhiere bien a la pintura ya seca, el añadido puede desprenderse con el tiempo. Asimismo, inspeccionad la parte posterior de las tablas, en busca de etiquetas o marcas de los anteriores dueños. Los falsificadores primerizos suelen centrarse en parte frontal del cuadro y muestran una triste predilección por los materiales baratos. Los grandes

maestros utilizan pinceles de marta que apenas dejan cerdas sueltas; los malos falsarios optan por herramientas de peor calidad, que dejan pelos adheridos a la pintura.

—¿Y en esta ardua labor sólo os mueve vuestro amor por la verdad? —preguntó Giovanna.

—¿Insinuáis que alguna vez he mentido sobre la autenticidad de una pintura, para adquirirla a precio de ganga?

Por la celeridad en la respuesta, el capitán supo que Beatrice empleaba la verdad como apelación al absurdo. Si tenía aquella respuesta tan a mano en su mente, sólo podía ser cierta.

—Sí, esa es una posibilidad —dijo Giovanna.

—¿Y cuál es la otra?

—Que otro falsificador haya invadido vuestro mercado y queráis libraros de él, dejándolo en evidencia.

Por primera vez, Beatrice Mezzanotte se quedó sin palabras. Había cometido el error de subestimar a Giovanna, y, a esas alturas, Julio ya había deducido su estrategia: hacerse la boba y dejar que el otro, envanecido, hablase, para ver más allá de sus palabras y responder con un comentario afilado, en el momento de mayor debilidad. Aquel breve parlamento también le hizo consciente de que, al igual que un perito en detectar fraudes posee el talento para cometerlos, una experta en venenos bien podía emplear sus mañas de un modo más siniestro.

—¿A qué habéis venido? —les preguntó Beatrice sin rodeos.

—¿Conocéis a Edoardo Strozzi? —dijo Julio.

La Condesa frunció los labios, sopesando la respuesta y, una vez más, el hispalense se sintió evaluado.

—En Florencia todos conocen a Edoardo Strozzi —dijo con su acostumbrado aplomo—. ¿Por qué preguntáis por él?

—Dirige una red comercial —declaró él con cautela— con la que me gustaría hacer negocios.

—Entiendo. En tal caso, os aconsejo que bajéis al salón principal.

—¿Cómo podremos encontrarlo?

—No os preocupéis —respondió la Condesa, observando a

Giovanna—. Él os encontrará.

Recorrieron el pasillo hasta una elegante estancia de paneles de madera oscura y apliques de bronce que otorgaban una atmósfera íntima, casi reverente, al espacio en penumbra, un universo distinto al decadente ajetreo de la fiesta. Hacia el fondo, tres faldistorios de cuero bruñido formaban un arco ante una enorme chimenea; Giovanna dejó que su cuerpo se hundiera en una butaca, mientras la mirada de Julio vagaba por la penumbra. Un copero se acercó a preguntar, demandaron una *grappa* y un *amaretto*. A su regreso, los sorprendió con una botella de vino.

—No hemos pedido esto —declaró Julio, ceñudo.

—Trebbiano —respondió el criado—. Del caballero.

Se giraron hacia la otra mesa, donde un tipo espigado, de aspecto distinguido, asentía a modo de saludo. Antes de que pudieran objetar algo, el camarero les sirvió dos copas y Julio no pudo más que tomar un sorbo. Confiado, el florentino, mediado en los cuarenta, de cabello gris y anchas espaldas, decidió acercase. El instinto de soldado de Julio le advirtió de que, desde la galería del patio, una pareja de bravos, con espada y daga al cinto, no les quitaba el ojo de encima.

—¿Les resulta satisfactorio? —les preguntó el magnate, y su sonrisa confiada se ensanchó tan pronto como percibió la atención de Giovanna.

—Sí —respondió ella, tras tomar un sorbo de vino blanco.

—Permitidme presentarme… Soy *messer* Edoardo Conrado Strozzi *il Libertino*, y espero haberos impresionado.

—¿Con vuestro florido nombre? —inquirió la boloñesa—. ¿O con la puesta en escena?

Él sonrió de forma engreída al tiempo que agitaba la diestra.

—Con el Trebbiano —aclaró—. Me encanta contemplar a mujeres hermosas disfrutando de los sentidos.

—La añada es excelente —dictaminó Giovanna—. ¿Mil quinientos veinticuatro? Sin duda de Verona, de las cepas del lago de Garda. Un gran caldo, aunque me temo que no soy fácilmente impresionable y

me he criado en una tierra de grandes vinos.

El banquero tomó su copa para inspirar el aroma con los ojos cerrados:

—Un vino joven, embriagador, con un buen cuerpo, un regusto áspero y un perfil hedonista. —Besó la mano de la dama—. Como vos. ¿Puedo preguntar el nombre de la diosa que tengo ante mí?

Menudo soplagaitas, pensó Julio, insólitamente irritado.

—Mi nombre es Giovanna Inverno y él es Giulio di Torre —dijo, y el banquero tomó su respuesta como un permiso para ocupar el tercer asiento—. Decidme, señor Strozzi, ¿a qué os dedicáis?

—Soy un hombre de negocios, banquero, mecenas, apasionado del arte, y una suerte de intermediario. —Sus ojos permanecían fijos en ella, observándola con una curiosidad fría y cautivada—. ¿Os hicisteis vos el vestido? Por favor, sed sincera.

—Así es —admitió Giovanna—. ¿A qué se debe tanta curiosidad?

—La ropa revela nuestro carácter, el modo en que deseamos ser percibidos…, o nuestras expectativas para una noche —dijo Strozzi —. No existe nada más revelador que la vestimenta femenina.

—¿Y qué os dice esta gamurra sobre mí? —Giovanna lo desafió, y él la evaluó con detenimiento.

—Para esta velada habéis optado por un código de vestimenta florentino. Dados vuestros encantos, un revelador escote habría sido la elección más obvia. En su lugar, habéis preferido destacar vuestro cuello con seda sienesa, de una calidad muy superior al resto, junto a una elegante figura trazada por el verdugado. —Dicho esto, concluyó—: Una cortesana elegante, de origen plebeyo, ambiciosa, que prioriza su deseo de agradar sobre su propia comodidad y que ha querido destacar con un toque licencioso.

—Sugestivo, no licencioso —señaló Giovanna con cautela—. Hay una gran diferencia.

—A mi modesto entender —replicó el banquero—, todo conduce a lo mismo.

Afloró un tenue silencio, mientras Julio sofocaba su visceral impulso de abofetear al egregio papanatas. Con los ojos

entrecerrados, Strozzi acariciaba el borde del vaso, sondeando la expresión del andaluz:

—Giulio, sois un hombre afortunado.

—Lo soy —dijo, a falta de mejores palabras.

—¿Es vuestro verdadero nombre?

—De momento, servirá.

El banquero manoseó su copa vacía, como si evaluara sus intenciones.

—Espero que no os importe que me haya unido a vos —dijo, y demandó más vino—. ¿Tenéis negocios en Florencia, señor Giulio di Torre?

—Así es. En público, me hago pasar por un mercader hispalense —declaró Julio—. Mas, en realidad, no lo soy.

—Oh. Qué sorpresa. —Strozzi tomó la copa que le ofrecía el camarero y escondió una sonrisa tras ella, afable sólo en apariencia.

—Soy capitán del ejército cesáreo en Roma. Llevo meses haciendo transacciones con Nicholas Hartmann.

—Transacciones. ¿De qué tipo? —dijo el banquero, inclinándose sobre su asiento.

—Durante el Saco, comandé algunas… operaciones en suelo sagrado. Gracias a ello, llegó a mis manos una mercancía de un inmenso valor.

—¿Y por qué no vendérsela a Nicholas Hartmann? —señaló Strozzi, arrogante pero certero.

—No deseo comprometerme con un único comprador. Quisiera escuchar otras ofertas, y he oído hablar de vuestra red comercial. Tengo algo realmente grande entre manos y el presupuesto del delegado de los Fugger es limitado. Tras exponerle el asunto con total honestidad, Hartmann accedió a ponerme en contacto con vos.

—A cambio de una comisión.

—Por supuesto.

—Según mi experiencia, una negociación bilateral siempre es preferible a una subasta —opinó Strozzi.

—Esta clase de reliquias son un bien muy escaso —declaró Julio

—. Una licitación abierta es el mecanismo natural para regular la disparidad entre oferta y demanda.

—Maximizar el precio no es mi prioridad —señaló el banquero—. En este negocio, la inmediatez y la confidencialidad son, a mi juicio, esenciales. Entablar relaciones exclusivas evita quemar los activos y minimiza los rumores. Estoy convencido de que vos también valoráis la discreción. Si vuestros negocios alcanzaran los oídos de la Curia o del emperador Carlos. —Agitó la testa, fingiéndose desolado.

—Me someto a vuestra sabiduría, señor Strozzi —respondió él dócilmente—. Entonces, ¿cuál sería el siguiente paso?

—¿De qué mercancía estamos hablando?

—La Verónica —declaró con parsimonia—. El verdadero rostro de Cristo.

Por un instante, el florentino permaneció inmutable y Julio trató de descifrar el silencio.

—Hay muchas Verónicas —dijo Strozzi al cabo.

—Esta se hallaba en la basílica de San Pedro.

—¿Tenéis alguna prueba?

El capitán dirigió una discreta mirada hacia los dos hombres armados; uno corpulento, de rostro melancólico y hosco; el otro, más fibroso, que mostraba la nerviosa energía de un perro de caza. Rebuscó bajo el jubón para extraer un paño de lino plegado y, tras depositarlo sobre la mesa, lo desplegó lentamente hasta mostrar un rostro barbado. Vio cómo Strozzi contenía el aliento.

—Participé en el asalto a la basílica de San Pedro —aseguró Julio —. El lienzo se hallaba en la capilla de la Verónica y pude apoderarme de él con discreción.

De forma casi imperceptible, Giovanna negó con la cabeza en un silencioso reproche. Hacía un buen rato que se mordía la lengua, ciñéndose a su papel, y sin duda deseaba meter baza.

—¿Sabéis de la muerte del cardenal Paolo Costantini? —La pregunta del banquero sorprendió a Julio con la guardia baja.

—Algo he oído. ¿Realmente importa?

—Me temo que sí. La mercancía que pasa por mis manos a veces

ha sido obtenida de forma ilícita. Ante cualquier posible adquisición, siempre te preguntas, y debes preguntarte, por qué está a la venta.

—Sé que Hartmann y vos cenasteis en la mansión de Costantini la noche antes de su muerte. Sé que Su Reverencia fue envenenado y que desapareció la Vera Cruz de su biblioteca. —Julio tuvo que disfrazar la verdad con un traje más elegante—. Y no, este lienzo no guarda ninguna relación con el cardenal.

—¿No sospecháis de Hartmann?

—Nuestro emperador come de la mano de los Fugger. —Se limitó a señalar Julio—. Hartmann es intocable.

—Hace cosa de un año, a Hartmann le presenté a Gregorio Caravita, un médico de Bolonia que experimentó con un fármaco contra venenos. Y, esa noche, el augsburgués llevó unos dulces como obsequio para el cardenal. Pobre Costantini… Nunca supo apreciar una buena oferta cuando la tenía ante él.

—¿Eso significa que el lienzo os interesa? —preguntó Julio.

—Desde luego. Pronto tendréis noticias de mí.

Nadie pronunció una sola palabra; de entre todas las posibles, ninguna parecía adecuada. El banquero apuró su copa y, antes de levantarse para abandonar la sala, se volvió hacia Giovanna.

—Realmente hermosa. —El brillo siniestro en sus ojos cobró una feroz intensidad, y el corazón de Julio se encogió de nuevo.

XV

Tras múltiples indagaciones, Edoardo Strozzi se había convertido en su principal sospechoso, a causa de su relación con Gregorio Caravita, un experto en venenos, a su manifiesta enemistad con Paolo Costantini, a su desaforado interés por las reliquias y al odio visceral que Julio sentía hacia él.

La fortuna de los Strozzi siempre había estado ligada a la banca. A lo largo de su dilatada historia, en varios reinos se les acusó de vulnerar las leyes contra la usura y financiar el tráfico de esclavos. A través del puerto de Pisa, los gremios de tejedores florentinos importaban lana, seda y lino de España, Francia e Inglaterra con los que fabricaban ricos tejidos que exportaban por toda Europa y el Mediterráneo. De este modo, la capital toscana se convirtió en el principal centro financiero e industrial del continente. Y a cambio de los derechos al monopolio sobre este lucrativo trasiego, los Strozzi se convirtieron en prestamistas de varios príncipes y en agentes financieros del papado.

La prosperidad italiana no tenía parangón. Milán suponía el mayor centro manufacturero de pólvora y armas y, en los muelles de Alejandría, los venecianos canjeaban sal, madera, azafrán y hierro por especias y oro que, después, transportaban a Constantinopla, donde obtenían tintes, sedas, marfiles y piedras preciosas que vendían en los mercados de Europa. A pesar de que el Milanesado se hallaba bajo el dominio del emperador Carlos y la expansión turca

había menguado el *Stato da mar* veneciano, Florencia seguía siendo el corazón bancario de ambas ciudades, con más de cien entidades bancarias, decenas de filiales y centenares de agentes que facilitaban el tránsito de dinero por esta inmensa red financiera, mediante préstamos, cuentas corrientes y letras de cambio. Una comisión de teólogos revisaba los contratos para asegurarse de que los Strozzi y el resto de mercachifles no practicaban la usura, sino que recibían regalos por parte de los deudores. A cambio, los banqueros engrosaban las colecciones de reliquias de las iglesias florentinas. En la muy católica Florencia el dinero era sinónimo de avaricia y corrupción moral, y el mejor modo de liberarse del estigma era transformarlo en obras de arte, para exhibir la riqueza recubriéndola de una pátina de buen gusto y virtud. Los Strozzi invertían ingentes cantidades de dinero en pinturas de vírgenes, estatuas de santos y reliquias traídas de Oriente, de lo cual surgió una auténtica pasión por el mecenazgo. Su inmensa colección de arte se habría librado de la hoguera de las vanidades de Savonarola y, en los mentideros, se murmuraba que los Strozzi, aliados de Rodrigo Borgia —el papa Alejandro sexto—, estuvieron detrás del asalto al convento de San Marcos que propició la muerte del exaltado fraile.

Los chismorreos, asimismo, aseguraban que Edoardo Strozzi dirigía un exclusivo cenáculo hedonista que se mantenía al margen tanto de la moral como de la conciencia pública, entregado a los vicios más abominables. Tales reuniones se consumaban en su villa de Monteriggioni, cuyos umbríos jardines estaban decorados con conjuntos escultóricos paganos que evocaban toda suerte de prácticas obscenas. En un siniestro laberinto de cavidades subterráneas, los iniciados a un culto blasfemo realizaban festejos ataviados como faunos, sátiros y ninfas. Otros rumores presentaban como el hijo bastardo de Lorenzo de Médici a Edoardo Strozzi, pues el padre de este, un cornudo complaciente, le habría cedido su esposa a Médici a cambio de un clavicordio. Las malas lenguas le achacaban asesinatos sin cuento, y no faltaban quienes decían que

Strozzi bebía la sangre de vírgenes a las que él mismo desfloraba las noches de plenilunio, ataviado con un taparrabos de piel de leopardo y una máscara con cuernos de macho cabrío.

Julio no tenía pruebas de tales asertos, pero tampoco albergaba dudas.

Cruzó el Ponte Vecchio sobre el río Arno, agitado por una turbulenta corriente y envuelto en una niebla invernal. Las formas distantes de las calles de Florencia conspiraban para otorgar al amanecer un halo siniestro. Matronas y doncellas acudían a la primera misa, los aprendices se encaminaban a los talleres, los tenderos colocaban las mercancías y el aroma del pan recién horneado inundaba las brumosas calles. El capitán se detuvo ante la taberna de Chiassolino. Halló cerrada la entrada principal y se dirigió a un callejón lateral donde imploraba limosna un falso leproso. Ignorándolo, aporreó el portillo trasero, escuchó el chasquido del cerrojo y un grueso paje, con el cabello de un rojo tan intenso como el cobre bruñido, la abrió.

—Voacé debe de ser Asterio —le dijo Julio.

—Depende de quién pregunte. ¿Cuál es la seña?

—«Minos».

El taheño se hizo un lado para dejarle entrar y después atrancó la puerta, corrió el cerrojo con el dorso de la mano y se volvió hacia él:

—Acompañadme.

Lo condujo por un oscuro zaguán que discurría entre las cabañas de secado de los tintoreros y los molinos de batido que se amontonaban a orillas del Arno. En la desvaída fachada de un inmenso taller habían pintarrajeado un *agnus Dei*, emblema del *Arte della Lana*, uno de los siete gremios de Florencia. Los célebres brocados florentinos se fabricaban allí: en una mugrienta factoría, medio centenar de mujeres trabajaba en los telares durante jornadas de doce horas diarias, a cambio de un sucio camastro y cuatro florines al mes. Las campesinas toscanas abandonaban sus hogares a los doce años para trabajar en talleres como aquel, o en el servicio doméstico de algún noble o mercader, gracias a lo cual

podrían reunir una modesta dote y regresar a sus aldeas. Al cruzar la factoría, Julio contempló cómo decenas de muchachas sumergían los capullos de seda en tinajas con agua hirviendo, para diluir el engrudo que mantenía unida la fibra. Se formaban llagas en sus manos enrojecidas que, con el paso del tiempo, las volvían insensibles. El esplendor de la moda de Siena y Florencia, la más suntuosa de Europa, se alumbraba en lugares como aquel.

Salieron por una puerta lateral, y Asterio señaló un cobertizo de paredes encaladas sobre un desmoronado zócalo de piedra. Rendijas de luz resplandecían entre la techumbre sostenida por vigas de las que colgaban hileras de cacerolas que reflejaban rayos irisados en ángulos imposibles. Resonó el gemido agónico de la madera cuando un matón, con la camisa remangada y salpicada de sangre, cerró una portezuela al tiempo que, con la otra mano, sostenía un vergajo. A través del resquicio, Julio vislumbró la fugaz imagen de una mujer atada a una silla.

—Buenos días tenga vuestra merced.

Le sobresaltó la áspera voz de Sileno. De pie ante una deslucida mesa, el perlustrador escrutaba el callejón en sombras a través de un portillo. Aquel hombre, en cierto modo, no existía a causa de la propia banalidad de sus rasgos: cualquiera podría verlo en la calle, pero, si se le preguntaba un momento después, le resultaría difícil describirlo y, pasado un tiempo, ya lo habría olvidado. El capitán le estrechó la mano y se sentaron a ambos lados de un tablero de ajedrez en taracea. El perlustrador abrió la caja que contenía las piezas y comenzó a colocar las negras en los escaques de ébano y nácar.

Un chasquido de corambre resonó tras la puerta, seguido de un lamento amordazado.

—Giovanna trabaja para el Consejo de los Diez veneciano —dijo Julio—. O eso me ha confesado. Quería confirmar los rumores sobre el posible retorno del papa Clemente a la Liga de Cognac. La convencí de que estáis dispuesto a vender información, y le expuse el modo de contactar con vuestra merced. —La expresión de Sileno

se le antojó demasiado adusta, y se estremeció al preguntar—: Obviamente vos sabéis algo.

—Os ha mentido —dijo el perlustrador con un timbre hueco en la voz—. He estado investigando a vuestra amiga. En la Universidad de Bolonia no hay ninguna constancia de una alumna llamada Giovanna Inverno. Existen, eso sí, evidencias sobre una moza que servía en casa de Vittoria Colonna. La acompañó a Ischia y Marino, y se vio involucrada en la falsa traición de Francisco de Ávalos durante la conjura de Gerolamo Morone. Hace unos días, visité su lugar de reposo en el lago Albano.

—¿Estuvisteis en su residencia en Marino? —preguntó el capitán.

—No. Visité su tumba. —Sileno terminó de colocar las piezas negras sobre el ajedrezado y Julio hizo lo propio con las blancas—. Después, rebusqué en nuestros archivos.

Del chamizo adosado llegó un desgarrador llanto femenino. Ignorándolo, el perlustrador depositó un pliego de papel junto al tablero, y Julio tuvo que esforzarse en prestarle atención.

—¿Qué es esto? —preguntó, tras tomar el documento.

—Un correo cifrado del Consejo de los Diez de Venecia dirigido a su embajador en Roma. Menciona a una agente llamada Belladonna. Está encriptado con un código que los venecianos sabían que habíamos roto…, lo cual sugiere que fue enviado sólo para exponerla. A partir de la información que contiene, no es difícil identificar a su agente con la responsable de la *credenza* de los Colonna. Antes, en otras misivas, los venecianos debieron de enviarle información falsa que, previsiblemente, nosotros le extraeríamos bajo tortura, antes de ejecutarla.

—Asumiríamos unos datos erróneos y los libraríamos de ella —dijo Julio, y sostuvo el documento en las manos. La carta le resultaba del todo ininteligible, aunque tenía adjunto el texto traducido. En efecto, el escrito confirmaba la versión del perlustrador…, si es que Julio podía fiarse de un pedazo de papel. La atención del sevillano regresó al tablero y reconoció el *giuoco piano*, la clásica apertura italiana: atacar al peón que sólo está defendido

por el rey, controlar el centro del tablero y proteger a tu propio rey mediante un enroque.

—A partir de ese momento, Belladonna desaparece de los registros —prosiguió Sileno—. Oficialmente muerta, incluso se celebró un funeral. Su verdadero nombre, Giovanna Sciorra, está grabado en una lápida junto a un epitafio: «*Qui vivens laedit morte medetur*».

—«El que vivo mata muerto otorga vida» —murmuró Julio. El veneno del escorpión puede acabar con una vida, y, sin embargo, una vez extraído, sirve como medicina o antídoto. Aquel viejo proverbio latino suponía un mensaje oculto.

—Un año después —prosiguió Sileno—, una bella hembra que encaja con su descripción parece ser la responsable del asesinato del jefe de una embajada española en Wittenberg. Sospechamos que, durante una cena del príncipe elector de Sajonia, empleó *polvere di diamante*, un veneno que no deja huellas: perfora los intestinos e induce la muerte por síncope. Hay buenos motivos para pensar que Belladonna forma parte de la red de espionaje luterano.

—Inmunidad a cambio de fidelidad.

Tenía sentido. Friedrich von Sachsen, el antiguo príncipe elector de Sajonia, siempre se mantuvo en una posición ambigua. Aunque votó a favor la candidatura de Carlos de Habsburgo para el trono imperial, tras la Dieta de Worms se convirtió en el protector de Martín Lutero. Había fallecido dos años antes, y le sucedió su hermano, Johann der Beständige, el fundador de la Iglesia Evangélica de Sajonia, de la cual era obispo supremo.

—Si es una espía luterana, no se trataría de una simple corresponsal —prosiguió Sileno—: ha de ser un agente de alto rango. Desconozco cómo logró ganarse la confianza de Juan Pérez.

—El secretario imperial no oculta sus simpatías luteranas.

—Eso podría explicarlo —admitió el perlustrador—. Las dos cartas cifradas que me entregasteis contienen órdenes dirigidas a Rudolf Grünenwald, y constatan que la prioridad del servicio de inteligencia de Johann der Beständige en Italia consiste en apoderarse de la

Verónica. La segunda misiva, enviada desde Venecia, incluye una velada amenaza por parte de sus superiores, ante las sospechas de que Grünenwald poseía la Verónica y se disponía a venderla. Si el prusiano era un agente doble, y traicionó a los luteranos, debemos asumir que lo asesinaron para luego destruirla.

Para Martín Lutero, la Verónica suponía la quintaesencia del mal. Aunaba la aversión protestante hacia las imágenes de Cristo con su condición de reliquia, la más célebre de todas, el símbolo de la peregrinación a Roma para expiar los pecados y del poder pontificio.

—¿Fray Lutero desea destruir las reliquias mayores o sólo la Verónica? —preguntó Julio.

Mas la atención de Sileno parecía residir en el tablero. Movió un alfil para comer un peón y amenazar al rey albino.

—Los peones son el alma del ajedrez —comentó abstraído—. Mientras que el resto de piezas puede variar de posición con facilidad, ellos sólo avanzan una casilla y, una vez que lo han hecho, ya no pueden volver atrás. El juego de peones requiere una visión a largo plazo…, y, sin embargo, nunca se ha de olvidar que la captura del rey es el objetivo del juego. —Alzó la vista hacia Julio—. Toda corte está llena de artistas, teólogos y cortesanas, pero las putas, aun siendo caras, siguen siendo putas, y los peones, por muy leídos que sean, sólo protegen a su rey.

—Si Pérez es afín al príncipe elector de Sajonia, tratará de llevarnos por una pista falsa —dijo el capitán tras mover una torre—. Es posible que Giovanna quiera destruir la Verónica.

—Si acude a mí, la pondré a prueba. Le expresaré mi deseo de vender la cifra general: si se muestra interesada, probará que, en efecto, es una espía de alto nivel.

Ante aquellas palabras, Julio contuvo el aliento. El Emperador contaba con dos sistemas de cifrado: la cifra general, empleada en la correspondencia dirigida a embajadores, virreyes y gobernadores, y la cifra particular, propia de las misivas enviadas a individuos concretos fuera de la cadena de mando. El acceso a la primera permitía adentrarse en las entrañas del sistema de inteligencia

imperial.

—De ser así, ¿qué haréis con ella? —preguntó Julio.

—Sonsacarle toda la información posible antes de ejecutarla. Con suerte, nos conducirá hasta el jefe del espionaje luterano en Roma.

—La cifra general supone un cebo irresistible —declaró Julio, consternado— y saltarse todas las reglas.

—En cualquier juego, existe una gran diferencia entre reglas y principios —dijo Sileno, moviendo un alfil para ejecutar un jaque mate—. Las reglas suponen límites establecidos de mutuo acuerdo, como el modo en que cada pieza se mueve en el tablero. Los principios son los fundamentos que te permiten ganar, te gusten o no. En este juego de secretos y lealtades sólo hay principios. Vencer es la única moral.

A desgana, Julio asintió, y se pasó la mano por el muslo como si quisiera limpiarla. Bajó la vista hacia la mesa que mostraba un tablero desierto. Tal vez los peones fueran el alma del ajedrez, pero siempre son desechables, y, una vez que se mueven, no hay marcha atrás posible.

Era diciembre y el mundo agonizaba. Sentado en un banco del soportal, Julio contemplaba los copos de nieve caer como polillas muertas. La luz de la tarde se veía ensombrecida por un cielo anubarrado. Sentía las manos heladas. Púsose en pie, entró en la casa y rebuscó bajo la escalera que conducía a la segunda planta. Una de las vigas estaba hueca: cuatro tablas clavadas, de cuyo interior extrajo una saca alargada. Desanudó el cordel, abrió la bolsa de cuero encerado y extrajo el contenido. Arrodillada ante la chimenea, Giovanna observó cómo apilaba las armas sobre la mesa: dos espadas de punta y corte, una ropera, un broquel, un estilete, dos dagas testiculares…

—¿Pretendéis asaltar una galera turca? —dijo mientras depositaba más leña en el fuego.

—Las armas son como los *ravioli*: nunca hay suficientes. —Ocultó

un estilete en la caña de su borceguí izquierdo. Escogió una espada y una daga, guardó el resto de aceros en su escondrijo y volvió a colocar la tapa.

Giovanna se incorporó para mirar a través de la ventana.

—¿No es hermoso? —dijo—. Voy a salir a dar un paseo.

—Esperad. Os acompaño.

La italiana descolgó el manto y púsose un par de zapatos apoyándose en el hombro de Julio, ya embozado con la gruesa capa de lana. Fuera, la nieve seguía cayendo, y resultaba imposible ver más allá de un centenar de pasos. Comenzaron a caminar en silencio.

—Julio… —dijo Giovanna de súbito, y, tras una larga duda, añadió —: Si pudierais estar en cualquier otra parte, ¿adónde querríais ir?

Viéndose forzado a darle una respuesta, Julio escogió una que al menos se le antojaba cierta.

—A una playa de Zahara de los Atunes, en el sur de España. Allí mi padre me leyó las coplas de Jorge Manrique, uno de esos raros momentos en los que me dedicó su atención. —Alzó la vista, pensativo—. Cada lectura pasada tiene asociada una emoción que cambia cada vez que la lees de nuevo. Jamás he vuelto a abrir ese libro, ni tampoco visitado esa playa. No quiero que el recuerdo de ese instante vivido se desvanezca.

—Tal vez algún día los dos regreséis. —Giovanna sonrió—. Juntos.

—Tal vez —respondió él, odiándose a sí mismo por desearlo, y odiando que no importase nada—. ¿Esa era la pregunta que ibais a hacerme?

—No —respondió la mujer mientras atravesaban la desolada quietud de las calles. Después, lo miró fijamente a los ojos, como esperando que él la detuviera, y Julio se fijó en la cicatriz de su ceño.

—¿Os caísteis?

—Fue un regalo de despedida —dijo—. La marca que dejaron los sueños que una vez tuve.

La contempló con ternura, mas no dijo nada. La nieve se acumulaba sobre los mantos, y siguieron caminando. No les quedaban más silencios que decir, la cellisca no daba señas de amainar y Julio decidió regresar a la casa. Ella decidió continuar hacia la taberna de Chiassolino.

—No es fácil ser libre, ¿verdad? —Su voz tembló cuando volvió a mirarlo a los ojos—. Somos esclavos de nuestras decisiones pasadas.

Siguió andando; uno, dos, tres pasos; Julio dejó pasar la oportunidad de detenerla y su figura se diluyó en la pálida ubicuidad de la nieve. Las campanas de la catedral resonaron como una marcha fúnebre, y supo que toda su vida lo había llevado a ese instante; y que todo lo que vendría después sería arrepentimiento.

Estaba oscuro cuando regresó a la casa. El nevazo se habían endurecido hasta formar un resbaladizo zócalo ante el umbral. Abrió la puerta, el fuego aún ardía en la chimenea. Desde el vestíbulo, pudo oír las patas de las sillas raspando el suelo de terracota y el tintineo de los vasos: habían llegado. Se despojó del manto, echó un vistazo a la calle a través del cristal borroso y permaneció sentado en el banco con la cabeza gacha.

Escuchó unos pasos y descubrió a Juanillo de pie en el corredor.

—No digáis nada —masculló Julio—. Ni una puta palabra.

—Está bien.

—Eso son dos.

—Dejadlo a solas. —La tranquila voz del bachiller los interrumpió —. Las decisiones pesan, y vuestro capitán tiene unos hombros fuertes. Pronto será el de siempre.

—No —dijo Julio—. No soy el mismo que dio esa orden en Pavía, y no sé cómo volver a serlo.

Entró en la sala, donde los aguardaban el alférez Abencio Verdugo y el sargento Román Calavera. El capitán escuchó el gemido del piso cuando una sombra siniestra surgió de la puerta lateral; más allá del portillo, entre tinieblas, vislumbró a dos figuras embozadas.

—¿Nuestra común amiga ha marchado? —Antonio Malfatto, el referendario de la Segnatura di Giustizia, irrumpía por la entrada de

servicio con el rostro medio oculto por la máscara, el cabello encrespado y los ojos muertos. Al comprobar que su sarcasmo había hecho mella en el capitán, recitó en voz queda—: «Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su boca es más suave que el aceite; pero su fin es amargo como el ajenjo, agudo como espada de dos filos. Sus pies descienden a la muerte, sus pasos conducen al infierno».

—Olvidaos de ella. —La voz de Julio sonaba a mortal advertencia. El gesto amenazante de uno de los sicarios fue detenido por la mano alzada de Malfatto.

—Mas ¿cómo olvidarla? Giovanna es, como bien sabe voacé, una hembra espléndida, aunque peca de orgullo. —Malfatto meneó la testa, consternado—. Desde el día en que la conocí, me di cuenta de su arrogancia, de ese halo de altivez. —El juez pontificio apartó la vista—. Se ríen de nosotros, ¿sabéis? Nos provocan. Y, bajo la ropa, siempre van desnudas…, vos ya me entendéis. Lo supe cuando me sucedió *esto*. —Las yemas de su diestra se deslizaron por la máscara argéntea—: Fue la feminidad quien obtuvo la cabeza de San Juan Bautista; la que despojó a Sansón de su fuerza; la que tentó a Adán con el fruto prohibido. El único modo de obtener cuanto anhelan es a través del calor que irradia su vientre perverso. Os está utilizando, Julio. Lo ocultará tras esa cordialidad indulgente, como una diosa que accede a caminar entre mortales. —Julio oyó sus dientes rechinar—. Algún día podré bajarla a mi mundo, donde yo soy el dios y todas confiesan *mi* verdad. —Recompuso la mitad del rostro cubierto de llagas y trató de sonreír—. Ya os he advertido. Ahora dejemos de lado las querellas, por el bien de nuestra causa común.

—Estáis podrido por dentro y por fuera —dictaminó Julio—. Una advertencia más y os mando al infierno.

La mirada burlona del referendario se esfumó al descender hacia el acero afilado que Julio sostenía con la zurda. Apenas duró un latido, lo suficiente para que el español saborease una mezquina satisfacción. Después, vio a Malfatto despojarse de la máscara, lentamente, y entre las sombras de la arcada emergió un rostro de

pesadilla, mutilado por pústulas tumefactas. Un amasijo de llagas y ulceraciones deformaba las facciones del lado siniestro y, bajo el cuero cabelludo, tres erosiones le devoraban el cráneo. La nariz se hundía, corroído el cartílago, y a los efectos secundarios del mercurio administrado para paliar los efectos de la sífilis le sumaba la pérdida de dientes. Seis incisivos de oro afloraron de una boca carcomida por las pústulas que formaba una mueca grotesca.

—El Hospital di Santo Spirito. —El italiano dejó caer las manos sobre la *spada da lato* y la daga boloñesa que cargaba a la cintura—. ¿Os suena?

—Me suena —respondió el español—. Mis hombres lo redujeron a escombros, y arrojaron a sus moradores al Tíber.

Tras un carraspeo desde el umbral, Francisco Delicado decidió intervenir:

—Señores. Tenemos una tarea pendiente.

El capitán enfundó la daga, y dio un paso atrás para que Malfatto y los dos embozados entraran. Escuchó al juez pontificio susurrar una orden en dialecto corso antes de que ambos aguardaran junto al umbral. El capitán constató que iban bien herrados y mostraban un austero porte militar: espalda recta, hombros echados atrás y cabeza bien alta. Habían recibido cuchilladas, a juzgar por las cicatrices del rostro. Si tales lances habían sido en milicia, era ya otro cantar.

Se reunieron con Juanillo, Abencio y Román ante la mesa; el bachiller tosió de nuevo y se llevó el puño a la boca antes de hablar:

—Soborné a un criado para que esbozara un plano de la villa de Strozzi. —Extendió un arrugado pliego sobre las tablas y todos le prestaron atención—. Está cerca de Monteriggioni, a dos leguas de Siena.

—Allí tendrá lugar el mercadeo, según los informes de Hartmann —prosiguió Julio—. Juanillo, con una docena de soldados, nos seguirá desde Florencia. El resto de la escuadra aguardará en torno a la hacienda, hasta que yo os dé la señal desde dentro.

Los oficiales examinaron el croquis toscamente abocetado sobre

un sucio pedazo de pliego de cordel. Un bosquejo a mano alzada que mostraba un enorme edificio con una planta en forma de arco, rodeado de un muro, y un almacén junto a las dependencias para la servidumbre. Juanillo arrugó el semblante. El resto tomó las jarras para mojar la canal maestra.

—He encargado un plano más detallado —añadió Julio—. De momento, habrá que confiar en este.

—¿Cuántos seremos en Monteriggioni? —preguntó Román.

—En total, treinta —dijo el capitán, y se giró hacia el italiano—: Malfatto ha reclutado a una decena de espadachines. Italianos, gente curtida en milicia. Pasarán más desapercibidos que unos soldados españoles.

—Sí —dijo el italiano—. *Non fare un casino, capito?*

—¿Qué número de guardias habrá en la casa? —preguntó Abencio.

—Una veintena, según los informes de Hartmann —respondió Julio—. Una vez asegurado el perímetro, asaltaréis la villa. Aquí. —Todos asintieron—. Un asunto a daga y espada, con media docena de arcabuces, por si las cosas se complican. Llevarán las mechas apagadas para evitar que el fulgor los delate. El silencio será tan determinante como los ropajes oscuros…, salvo la camisa alba sobre el coleto. Los arcabuceros se desplegarán aquí, sobre esta colina, a la vera del camino y ante la entrada de la hacienda. Debéis elegir a los mejores tiradores.

—Una encamisada —comentó Román—. ¿Alborada o trasnochada? Lo ideal sería pasada la medianoche: a los centinelas les costará más combatir el sueño.

Dicho esto, escupió al suelo con gallardía. Mas el esputo se quedó corto y un hilo de flema le empapó la barba.

—Todo dependerá de cómo vayan las cosas dentro —replicó Julio —. Esa noche habrá luna llena. Os haré una seña con una vela o farol: cuatro destellos desde alguna ventana. Asaltaréis el muro por este punto y os desplegaréis por la villa. Luego la degollina… Es posible que haya religiosos u otra gente notable; debéis respetar sus

vidas. No quiero que nadie se entregue al saqueo. —Hizo una pausa para mirarlos a todos a los ojos—. En esto habrá pena de vida.

—¿Nadie alertará a las autoridades de Siena? —dijo Abencio mientras cortaba un pedazo de chorizo para hacerse un bollo *preñao*.

—La hacienda está en la campiña —explicó el capitán—. Tal vez algunos vecinos puedan oírnos, quizás algún criado logre escapar. Cuando las autoridades quieran reaccionar, estaremos a cuatro leguas y pasaremos la noche en Perugia, en los Estados Pontificios.

—¿Y el papa cumplirá con su parte? —preguntó Abencio, escrutando a Malfatto, escéptico. Al parecer, nadie se fiaba de su santidad Clemente séptimo.

—Sí, aunque la empresa es secreta. Si fracasamos, el papa y el Emperador negarán cualquier relación con nos. ¿Qué os pasa, Juanillo? —inquirió Julio a modo de colofón.

—Demasiados cabos sin atar. —Como tantos otros germanos, Juanillo confiaba en una minuciosa planificación y se mostraba vacilante cuando carecían de planes o estos se iban al traste—. ¿Estamos seguros de que la reunión tendrá lugar en Monteriggioni? ¿De verdad podemos confiar en los informes de Hartmann? Dos ejércitos amenazan la Toscana: uno imperial, en Roma, y otro, acampado cerca de Bolonia, de la liga de Cognac. Es posible que hayan reforzado la vigilancia, o cambiado el lugar de reunión.

—Preocupándose uno no arregla nada —declaró Román con bizarría; una frase digna de César, Escipión o Alejandro. Después, dio un tiento a la jarra.

—Asumiré el riesgo —razonó el capitán—. Hasta ahora, el territorio florentino se ha mantenido al margen de la guerra. No tenemos más remedio que confiar en Hartmann. Si algo se tuerce, habrá que improvisar.

Al lansquenete claramente no le seducía la idea. Mas la atención de Julio recaía sobre el referendario de la Segnatura di Giustizia. No había pronunciado una sola palabra.

—*Mi place*. —Antonio Malfatto apuró el vaso, púsose la gorra de

ala ancha y se encaró hacia la salida—. Nos vemos dentro de dos días, mas tened cuidado. Edoardo Strozzi no es de fiar.

Río el referendario, después atravesó el portillo con pasos silenciosos y se perdió en la oscuridad del callejón.

—Es un lunático —dijo Juanillo tras cerrar el portillo—. Malo es tenerlo de enemigo, y peor aún como aliado.

—Un lunático de la entera confianza de los cardenales Franciotto Orsini y Lorenzo Campeggio y, por consiguiente, del Sacro Colegio Cardenalicio —señaló Julio.

—Malfatto debió de ordenarse tras contagiarse del mal francés —dijo el bachiller—. La erosión ósea se produce entre tres y quince años después de contraer la afección. Sífilis terciaria: ulceración del cartílago, parálisis, ceguera gradual y, por último, demencia.

—Lo tendré en cuenta si debo matarlo —declaró Julio, aún más sombrío.

En aquella desquiciada empresa, nadie era lo que parecía a primera vista, y Malfatto no era la excepción.

La jornada siguiente transcurrió con una lentitud agónica. El invierno se adueñaba de las calles de Florencia y Julio sentía el frío en su alma. Había recibido un mensaje de Sileno que le confirmaba la oferta de Giovanna: ochocientos florines a cambio del cifrado español. Acordaron reunirse en una semana… y el perlustrador la haría desaparecer con discreción. El capitán se obligó a recordar los campos de Mirabello, sembrados de cadáveres; a tantos compañeros que perecieron para defender a la Cristiandad ante la amenaza del Turco, y los derechos del Emperador sobre Italia. No podía permitir que Álvaro y el resto de camaradas hubiesen muerto en vano, ni tampoco que otros fenecieran por la ambición de una mujer.

La descubrió observándolo a través del espejo, y se sobresaltó.

—Estaos quieta, vuestra merced —la amonestó el sastre, y murmuró algo en voz baja.

Suspiró Giovanna y trató de mantenerse inmóvil. No era una

tarea fácil permanecer de pie sobre una banqueta, en camisa, mientras el modisto le tomaba medidas y sujetaba con alfileres las piezas de su nuevo vestido. Strozzi el Libertino les había abierto las puertas de la mejor sastrería de la vía Calimaca, y aquel suntuoso vestido, acorde a la velada, había sido diseñado según sus indicaciones.

—¿En qué pensáis? —le preguntó Giovanna.

El capitán se hallaba al otro lado de la sala, pero la sentía lejos.

—En nada importante —murmuró, intentando eludir la cuestión —. ¿Qué sabéis de Caravita?

—Todo médico italiano ha oído hablar de él —contestó ella—. Ofreció su antídoto al sumo pontífice y lo puso a la venta después del Saco.

—Entonces, cualquiera puede contar con su antídoto.

—Cualquiera dispuesto a pagar una fortuna y arriesgar la vida. Nadie sabe a ciencia cierta si realmente funciona. —La boloñesa cambió de tercio—: ¿Cuánto tiempo nos queda para recuperar las reliquias mayores?

—Cuatro días, y el papado tendrá que liberar a Nicholas Hartmann. —Julio quiso sondear su expresión—. Vos lo conocéis…

—Sí.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Julio le sostuvo la mirada y persistió en buscar la verdad, mas ella le dedicó una expresión que de poco serviría en una partida de quínolas, y meneó la cabeza.

—Mañana es la reunión con Strozzi —dijo en su lugar—. Con suerte, nos sobrarán dos días para cumplir la misión.

El sastre dio un paso atrás, evaluó el resultado con ojo crítico, sacudió la testa y volvió a empezar.

XVI

La nevada duró otro día más en medio de una pavorosa quietud. Durante ese tiempo, varias veces Julio trató de extraer algún comentario a Giovanna, sin el menor éxito. En el día de su cita con el banquero la tensión aumentó de un modo constante, a medida que ambos adecentaban su aspecto. El objetivo de Julio para esa velada no era tanto impresionar, sino no decepcionar, y se abotonó con nerviosismo el sayo, alisó pliegues inexistentes y tiró de los tafetanes de las calzas. Los sonidos de la italiana rebuscando en el joyero del tocador le hicieron golpear con los nudillos en las jambas.

—¿Puedo pasar? —preguntó—. ¿Estáis decente?

—No exactamente, pero entrad.

Abrió la puerta. Giovanna lucía la prenda más refinada que Julio jamás había visto: una gamurra encarnada con las mangas separadas, bordadas en oro y unidas por cordones al vestido, sobre una camisa de seda nacarada tan finamente tejida que parecía una segunda piel.

—¿Qué tal? —le preguntó ella, girándose, mas él había enmudecido—. Tenéis permiso para respirar.

En efecto, Julio se había quedado sin aliento.

—Estáis espléndida —dijo.

—Parezco una ramera egipcia —señaló ella, al tiempo que con la zurda apretaba la basquina contra su generoso busto, para evitar que cayera—. Lo cual es lo apropiado, supongo. Cerrad la boca y

ayudadme.

Le dio la espalda y Julio tiró del encordado para ceñirle el vestido. Hizo una pausa para admirar su espalda desnuda y, una vez anudado el encordado, ella estudió su aspecto ante el espejo tondo, girando el rostro para examinar cada ángulo. Dio unos últimos retoques al maquillaje, polvo de malaquita y una sombra ahumada para resaltar sus ojos verdes y siena oscuro para acentuar los pómulos.

Harías bien en recordar que es una espía, se dijo Julio, al tiempo que fruncía el ceño. Había sobrevivido a la guerra de Italia y a los bajos fondos de Sevilla, y ahora tenía ante sí a una mujer indescriptiblemente hermosa, capaz de hacerle cometer errores y convertirlo en alguien muy estúpido y muy muerto. Hizo lo que pudo para reprimir sus emociones: trató de recordar quién era, qué representaba y el peligro que encarnaba para aquella misión.

Tomó el estuche cilíndrico que contenía la copia de la Verónica e introdujo el estilete en la funda oculta de los borceguíes. Alguien aporreó el portón y Pedrín fue a abrir; Giovanna apareció en el vestíbulo y extendió la mano para saludar a Edoardo Strozzi, quien la besó en el dorso.

—Estáis deslumbrante —dijo él con voz grave.

El hideputa no mentía. La camisa interior resultaba casi traslúcida y el escote de la gamurra pugnaba por cubrir la parte la superior de los senos, al tiempo que dejaba los hombros expuestos. Los reflejos escarlata resaltaban sus rotundas formas femeninas.

—Mis ojos están aquí arriba —señaló ella, mordaz, y Strozzi alzó la mirada.

—Mis disculpas —declaró—. Acostumbro a ser un caballero, pero, ante una diosa como vos, la disciplina requerida puede resultar extenuante.

Una risa grave, con una cadencia lenta y vibrante, seductora, envilecida, y Julio tuvo que reprimir el impulso de acuchillarlo. Entre tanto, Giovanna se ponía una jornea de terciopelo forrada de piel de marta. Al embozarse con el manto, el hispalense comenzó a resoplar

entre dientes. Fuera, una bruma plomiza se deslizaba a ras de suelo y un vistoso carruaje tirado por dos parejas de caballos los aguardaba. Un lujo desconocido en España, un inaudito símbolo de rango.

Junto al cochero había tres valentones bien herrados.

—Vuestra merced no puede traer armas —le advirtió un bravo apulense que lucía un *spadone* a la cintura.

De mala gana, Julio se despojó del tahalí con la espada y la daga para dejarlas en el vestíbulo. Los guardias se encaramaron a la parte posterior del carro sin perderlo de vista.

—Encontraréis unas vendas en los asientos —les dijo Strozzi—. Debéis taparos los ojos. Lamento las molestias, pero, en estos lances, la confidencialidad supone un imperativo inexcusable.

Giovanna y el capitán se acomodaron en asientos opuestos, y él escrutó las calles por última vez cuando el carruaje se puso en marcha. La ciudad se mostraba muerta, y sobre el empedrado se acumulaba una delgada capa de hielo que aún permanecía intacta. Ambos se pusieron las vendas, de terciopelo, y se sumieron en un incómodo silencio. Julio trató de memorizar el recorrido: un giro hacia la diestra, otro a la izquierda…, y, al cabo, perdió la cuenta. Sospechaba que los conducían en círculos, mas era imposible estar seguro. Después de lo que creyó un cuarto de hora, el carruaje se detuvo.

—¿Es este nuestro destino? —Las palabras de Giovanna sonaron trémulas.

El banquero abrió la portezuela, el aire gélido entró a raudales y el sevillano sintió un escalofrío en la espalda. Al bajar, sus borceguíes hicieron crujir la escarcha, y reprimió la tentación de preguntar sobre los motivos de aquella parada. Oyó que se llevaban a Giovanna. No pasó mucho tiempo antes de que un criado le rogara que se aferrase a su brazo. Tomaron una ruta confusa; unas escaleras de madera chirriaron bajo sus pies al bajar y, después de una interminable sucesión de giros, ascendieron por unos escalones pétreos tan empinados que el hispalense habría caído de no contar

con ayuda. Cuando al fin se detuvieron, Julio estaba desorientado. La habitación era más cálida que las anteriores, y creyó escuchar el crepitar de un fuego.

—Habéis cruzado el primer umbral —dijo una voz femenina situada ante él, mientras la mano que lo conducía le indicó que debía detenerse—. Podéis quitaros las vendas.

Descubrieron a Beatrice, de pie junto al banquero y una estatua de Harpócrates, el dios heleno del silencio. La altura de Strozzi empequeñecía la figura de la Condesa; la sobriedad de su atuendo oscuro resaltaba la colorida exuberancia del vestido verdemar con una basquina encarnada decorada con pasamanería de seda. Se había rasgado los ojos con carbón y lapislázuli hasta componer una mirada felina, capaz tanto de fascinar al observador como de ocultar la oscuridad su alma. A su diestra, Giovanna contemplaba la sala, sin puertas visibles, revestida de ébano en las paredes repletas de máscaras colgadas, amontonadas en las mesas y en la repisa de una enorme chimenea. Máscaras de tragedia griega, de *commedia all'improviso*, de bufón veneciano… que mostraban todo tipo de rasgos: criaturas mitológicas, rostros animales y humanos adornados con abalorios, encajes y plumas. Cientos de máscaras.

—¿Qué significa esto? —La boloñesa mostró un repentino balbuceo en la voz.

—Los invitados a nuestra reunión deben ocultar su rostro —declaró el florentino—. Dado el carácter comprometedor de la velada, debemos jugar con las identidades.

Giovanna acarició una máscara con los rasgos de una náyade; una minuciosa obra de arte que parecía insuflada de vida. Decían que los venecianos no sólo las empleaban en festejos, sino también para ocultar su identidad en negocios turbios, como el juego, el galanteo o el contrabando. Según las leyes de la Serenísima ramera, nadie que luciera una máscara podía ser arrestado si actuaba de acuerdo con el personaje adoptado.

—Siempre deseé acudir a un baile de máscaras —comentó Giovanna.

—No será un baile —declaró Strozzi, jovial—. Decidme, ¿cuál elegiríais?

—¿Para ocultarme? —La mujer pasó las yemas por el tocado de plumas de un antifaz veneciano.

—No sólo se trata de ocultar quién eres, sino también de asumir una identidad. Las máscaras causan ese efecto en nosotros —aseguró el banquero, grandilocuente—. ¿Qué clase de rostro os gustaría mostrar esta noche?

Por toda respuesta, la interpelada caminó hacia un antifaz nacarado que apenas cubría la mitad superior del rostro. Una intrincada celosía enjoyada esculpía un morro felino y dos ojos rasgados de un inquietante y deshumanizador rostro nínfeo.

—Es una máscara de ménade —le informó Strozzi—. Las iniciadas en el culto a Dioniso, que danzaban desnudas, sumidas en un éxtasis místico. El eterno conflicto entre lo apolíneo y lo dionisíaco…

—Lo sé —dijo Giovanna, tomando la máscara—. Hace años, participé en una representación de *Las bacantes*, de Eurípides.

—Julio, ¿os he dicho ya que sois un hombre afortunado? —declaró el banquero.

—Sí. Lo hicisteis —respondió él, y contempló a su acompañante, mortalmente serio, sin saber qué había de verdad en sus palabras.

Tuvieron que vendarse los ojos otra vez. Al salir, Julio aguardó a que la boloñesa se ciñera el sobrevestido, y los cuatro se acomodaron en el lujoso carruaje. Pusiéronse de nuevo las ventas, resonó un chasquido de riendas, las ruedas retumbaron por el gélido empedrado y después oyeron el rugido de la turbulenta corriente del Arno. El capitán supuso que atravesaban el Ponte Vecchio hacia el barrio de Santo Spirito para tomar la calzada hacia Monteriggioni, donde se hallaba la villa de Strozzi.

—¿En qué consistirá el evento? —preguntó, tratando de ubicarse.

—Una función de teatro…, y una excusa para hacer negocios —respondió Strozzi—. Contaremos con un invitado de excepción: Georges d'Amboise, el arzobispo de Ruan.

—Un sujeto depravado. —La voz de la Condesa se mostró

asqueada.

—Me temo que a Beatrice no le falta razón —admitió el banquero —: Su reverencia d'Amboise es una persona de gustos ásperos. No obstante, está muy bien relacionado y se ha convertido en nuestro mejor cliente. El puerto del Havre es cada vez más pujante y se ve enriquecido con el comercio, Ruan necesita reliquias para la ampliación de su catedral. D'Amboise, un santo varón, se muestra interesado en vuestra mercancía. Confiemos que, con el auxilio de vuestra acompañante, podamos superar sus reticencias.

—Confiáis en que pueda engatusar al santo varón de un modo carnal. —La voz de Giovanna no transmitía el más leve vestigio de emoción.

—Celebro que, a pesar de todo, podáis percibir la ironía. —Strozzi rio entre dientes—. Nuestro negocio funciona bajo un delicado equilibrio moral que exige una total discreción. Si se hiciera público, todo esto se antojaría un tanto farisaico. Ya podéis quitaros las vendas.

Obedecieron y, a causa de la luz hiriente, parpadearon al mirar por la ventana. Fuera, los campos cenicientos se desvanecían en un cielo pálido. Una bandada de torcaces remontaba el vuelo y pasó por encima del carruaje. Olivares, viñedos y bancales rodeados por muros de piedra desfilaban ante sus ojos; hileras de cipreses flanqueaban la calzada, las villas se apiñaban en lo alto de las colinas. En el este, acechaba un manto de nubes plomizas que traía consigo una tenue llovizna… y el sol no estaba donde debía.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó Julio, desconcertado.

—A L'Abbazia del Diavolo, un delicioso lugar. —Strozzi había adoptado gustosamente el papel de anfitrión y guía—. Su sórdida historia se remonta a cuatro siglos atrás, cuando el marqués de Toscana entregó un recóndito valle a la orden del Císter. Los monjes construyeron una abadía sobre un escarpe, un antiguo enclave de culto pagano, y, en un par de décadas, transformaron un inmenso bosque en uno de los monasterios más prósperos de Italia. Las leyendas aseguran que para lograrlo realizaron un pacto con el

diablo, al que invocaban las noches de luna nueva. Dicen que, tras los muros del cenobio, se realizaban ritos satánicos en los que secuestraban muchachas para su disfrute hedonista. El complejo monástico fue abandonado y su propietario nos lo alquila gustoso.

Y las autoridades, debidamente untadas, corren un tupido velo de comprensión, concluyó Julio.

Se asomó por el portillo y observó a su bella acompañante, que lo observaba a su vez circunspecta. Para entonces, la llovizna había cesado y el plan se había ido al traste: Damián, Abencio y el resto de la escuadra los aguardaban en Monteriggioni, ante una villa vacía. Tal vez Juanillo podría seguirlos e irrumpir en el evento, una circunstancia del todo improbable. Ni siquiera él sabía dónde estaban. La nueva tesitura exigía un cambio de planes: salir con vida como buenamente pudieran.

Los masones habían obrado maravillas para vencer la accidentada orografía toscana. Reforzada por contrafuertes, la imponente abadía se alzaba sobre un peñasco hasta ochenta varas de altura. Descollaba un bello claustro, la iglesia abacial y un majestuoso conjunto de bóvedas coronado por un san Miguel alanceando al dragón del Apocalipsis. Tras recorrer una calzada que serpenteaba por la cresta, las puertas se abatieron al paso del carruaje. Sobre el arco, en un matacán reforzado con tablones de enebro, Julio intuyó la presencia de media docena de ballesteros. El carruaje se adentró en un monumental claustro, rodeado de una doble hilera de columnas que sostenían arcos ojivales. La tenebrosa basílica se hallaba totalmente en ruinas: columnas rotas, toba volcánica roída por el tiempo, bóvedas desmoronadas, muros cubiertos de hiedra, arbustos que brotaban de las grietas y hendiduras. En el desatendido jardín, las hojas muertas formaban una espesa alfombra y una veintena de sicarios montaba guardia.

Un temor repentino hizo que Julio cerrase los puños.

—¿Listos? —preguntó Strozzi.

Antes de abandonar el carruaje, se pusieron las máscaras. Con una afilada nariz sobre un enorme mostacho, Julio adoptó la

identidad de *Il Capitano*. No le sorprendió que su anfitrión hubiese elegido las grotescas facciones de Príapo, y un antifaz enjoyado convertía el rostro de Beatrice en el de una gata. Con las facciones ocultas bajo el rostro de ménade, Giovanna inspiró hondo y tomó el brazo del sevillano para bajar del carruaje.

—Es un placer tener con nosotros a sus señorías. Confío en que encuentren satisfactoria su estancia. —El portero los saludó con una reverencia y extendió las manos para tomar su gamurra, y Giovanna arqueó la espalda para que el terciopelo se deslizara por sus hombros.

Ascendieron hacia el vestíbulo, donde una pareja de sicarios los aguardaba. El pasillo estrecho, apenas iluminado por candiles, desembocaba en un húmedo corredor que se adentraba en el subsuelo. Los condujeron por un cavernoso laberinto de salas oscuras y pasadizos desolados que no llevaban a ninguna parte. Atraídos por un creciente murmullo de voces, descendieron por un tramo de escaleras hasta una inmensa sala abovedada que parecía excavada en las entrañas del escarpe. Enormes candiles otorgaban vida a las sombras de una multitud de hombres y mujeres enmascarados; rostros de ninfas y demonios entre el sensual latido de la música que proyectaba un eco disonante sobre los fríos muros de piedra. Una escuadra de coperos ofrecía bebidas entre un laberinto de obras de arte y esculturas paganas. Nada más entrar Edoardo Strozzi, acompañado por Beatrice, comenzaron los aplausos.

—¡Bienvenidos a nuestro mercado invernal! —dijo el banquero a los asistentes—. Esperamos que os satisfaga la mercancía. El catálogo incluye una breve descripción de cada pieza.

A su paso, la multitud se apartaba. Desfilaron ante una sucesión de aparadores y escritorios repletos de rarezas y antigüedades: cuernos de unicornio, viales con sangre de dragón, raíces de mandrágora con forma humana, astrolabios árabes, artilugios que perseguían el movimiento perpetuo, brújulas, juegos de lentes, libros de alquimia y nigromancia, bestiarios de sirenas y basiliscos,

un herbolario de los jardines colgantes de Babilonia y un atlas ilustrado de la Atlántida; entre figuras de Osiris y Mitra, estatuas griegas, un balsamario broncíneo con forma de sátiro y un busto de Marco Vipsanio Agripa. Los curiosos hojeaban el libreto y conversaban acerca de las piezas que se les antojaban más interesantes. La atención de Giovanna vagó por los rótulos que presidían las vitrinas al tiempo que murmuraba:

—La sección *Naturalia*, con animales y vegetales disecados. La *Artificialia*, con obras de arte y antigüedades; la *Scientifica*, con artilugios científicos…, y las *Sacra reliquia*.

Sobre un ornado estante de nogal se exhibía una capilla portátil de madera policromada, una roca con la impronta del pie de Cristo, una tinaja del vino de las bodas de Caná, la saeta que acabó con la vida de san Sebastián y la calavera del apóstol Andrés, una de las cuatro reliquias mayores.

—Quince potenciales compradores —susurró Beatrice al oído del banquero—. Dieciséis, contando a su reverencia d'Amboise.

—¿Precio límite? —dijo Strozzi.

—El príncipe bávaro, mil escudos. Dos ofrecen ochocientos, cinco, quinientos, y el resto, cien.

—Tenemos once reliquias reales: tres insignes, dos notables y seis menores. —El banquero tomó la copa que le ofrecía un lacayo —. La saeta de san Sebastián reservadla para el príncipe bávaro. El cráneo de San Andrés ofrecédselo a los ingleses. ¿Hay algún comprador español?

—Sólo uno.

—Los huesos de san Lorenzo, para nuestro contacto en Madrid. El resto de reliquias repartidlas por Alemania; hay que abrir nuevos mercados.

—¿Y el Santo Ombligo?

—Está siendo restaurado. —Dicho esto, el banquero se giró hacia Julio y su acompañante—: Las perversiones son una senda sin retorno. Es fácil caer en su encanto, muy difícil salir, y siempre exigen novedades. Mi tarea consiste en satisfacer tales demandas. Si

me disculpáis.

El florentino se detuvo a charlar con el maestresala. Un ejército de cortesanas irrumpió en oleadas de seda y carne núbil para atender a los invitados; Strozzi parecía ansioso por unirse a la diversión, mas antes tenía que amasar información y urdir planes. Beatrice los guio por la sala *de profundis* hacia otra galería más angosta, entre una caótica sinfonía de conversaciones susurradas. Bajo la cubierta protectora de las sombras, demonios y ángeles sumidos en lúbricos abrazos y, por todas partes, el tránsito de máscaras grotescas con lentejuelas y plumas. Las meretrices se escrutaban unas a otras, evaluando la competencia, y la Condesa se mostraba confiada. Aquel era su reino, donde los deseos más retorcidos hallaban su liberación. A su lado caminaba Giovanna entre roces fortuitos y otros deliberados.

—Ahora sois la novedad —le dijo Beatrice—, mas eso pronto pasará. Os aconsejo que le saquéis partido. Como ya habréis deducido, actúo como una… facilitadora. La mayoría de socios no sólo desea poseer un cuerpo, sino también un alma. Una cortesana ha de entregarse poco a poco, dejarse seducir, intuir qué clase de mujer anhela su cliente y transformarse en ella. Quien paga veinte ducados por una cita galante no sólo busca sólo un encuentro venéreo: desea una experiencia soñada que la vida le ha negado, y vuestro oficio consiste en ofrecérsela. ¿No creéis, Julio? —El interpelado asintió al comprender lo que daba a entenderle. En los ojos cándidos de la Condesa acechaba una inteligencia endiablada.

—Tenemos cosas que discutir —dijo el hispalense—. ¿Os apetece una copa?

No debía ser una petición que ella esperase. Con un ademán huraño, los condujo a una minúscula estancia rodeada de sillones donde se abandonaron. Fuera, los truenos rompían la quietud de la noche y reverberaban en los muros de la Abbazia del Diavolo.

—Tres *grappas*, por favor. —El capitán hizo un gesto a la copera.

—¿Qué os hace pensar que bebo aguardiente? —preguntó Beatrice, molesta ante la osadía de que alguien decidiera por ella.

—Sólo las damas recatadas toman bebidas dulces.

La Condesa sonrió con la boca torcida y, una vez servida, alzó la copa para olisquear los vapores. Sus ojos zarcos atendieron a Julio por un breve instante, luego apuró la bebida, y él hizo lo propio.

—Muy bueno —dictaminó—. ¿Qué hacemos aquí, Giulio?

—Pensé que podríamos hablar sobre Giovanna.

—Muy bien, habladme de ella. —Beatrice se recostó sobre el asiento, cruzando elegantemente las piernas.

—Es mía —declaró, ya sin sonreír.

Bajo la máscara, los ojos verdes de Giovanna se abrieron de golpe. La Condesa se encogió de hombros mientras sostenía la copa con una mano y la otra descansaba en el regazo.

—Podréis recuperarla cuando termine con ella. —Beatrice entornó la vista hacia su acompañante—. Le enseñaré un par de cosas.

—Tal vez yo os enseñe alguna más.

—¡Oh, por favor! —Beatrice rio tras resoplar—. Conoced vuestro lugar.

—Imagino que las mujeres serán más de vuestro agrado —respondió el capitán, apurando el contenido del vaso.

—Sin duda. —La Condesa se relamió los labios—. Ella podrá contároslo.

—¿Strozzi sabe que utilizáis vuestra red de cortesanas para vender información a Venecia? No. Imagino que no —comentó Julio, tras reclamar otra copa. La sonrisa engreída de la Condesa se había esfumado, y él no dejó de sostenerle la vista, mientras rememoraba las confidencias de Aldonza.

—¿Cómo os atrevéis…? —dijo Beatrice.

—No juguéis a haceros la ofendida. Conmigo no.

La dama se cruzó de brazos, impotente, cuando Julio tomó otra *grappa* de manos de la camarera.

—No me delatéis —susurró, escrutando a su alrededor—. Os lo ruego.

En ese preciso instante, regresó Edoardo Strozzi con su grotesca

máscara de Príapo. El capitán apuró los últimos restos de la *grappa* al tiempo que las mujeres se ponían en pie.

—¿Acaso discutíais? —preguntó el banquero.

—En absoluto —replicó Julio—. Sólo quería aclarar unos asuntos con ella.

—Y, por lo que veo, habéis logrado imponer vuestro criterio —concluyó Strozzi, zumbón, y luego añadió, más serio—: Venid. Debemos atender a los invitados.

Recorrieron la sala capitular, en ocasiones deteniéndose para charlar o admirar las obras de arte. Los quehaceres hedonistas que cobraban vida entre los muros del cenobio distaban mucho de lo que concibieron los monjes del Císter. Pinturas, grabados y estatuas de dioses, sátiros y ninfas, en un amplio repertorio de posturas amatorias, ornaban las capillas, y las copas pasaban de mano en mano, entre la excitación de la caza y el ritual de seducción, exhibiéndose, adulando a quien fuera menester, un universo donde las normas no existían y todo era lícito.

El capitán se giró hacia Giovanna con discreción. Bajo la máscara de ménade, sus pestañas se agitaban como mariposas asustadas.

—¿Qué tal he estado? —preguntó Julio en voz baja.

—Bien —respondió ella, lacónica—. Pero ha sido arriesgado.

Caminaron hacia la parpadeante claridad que emanaba de una puerta entreabierta. La estridente música de zanfoña, sacabuche y tambor alentaba la lúbrica actividad nocturna. El refectorio había sido acondicionado como un escenario, enmarcado por un juego de cortinas de zarzahán, y un parpadeante océano de velas convertía la estancia en un tormentoso abismo. Las paredes se hallaban cubiertas de esculturas con rostros deformes y cuerpos entrelazados en posturas imposibles. Bajo la bóveda de crucería se alzaba un baldaquino de columnas salomónicas, y en él una pareja de sombras rodeaba a una muchacha pálida; entre una maraña de extremidades, su piel de porcelana resplandecía por el sudor. Las embestidas de los dos bufones profanaban su cuerpo y hacían que su cabello cobrizo se agitara con violencia ante un estridente

decorado que evocaba el Borgo Vaticano.

Una obscena *commedia all'improviso*. Una sátira sobre el Saco de Roma se desarrollaba ante sus ojos como una abyecta pesadilla. *Il Capitano*, un militar español, enmascarado, fanfarrón y cobarde, consumaba el estupro de Colombina auxiliado por un bufón ataviado como un lansquenete germano. En segundo término, *il Magnifico*, un mercader veneciano, viejo avaro y lujurioso, junto a *il Dottore*, un pedante galeno boloñés, colgaban de unas cuerdas que estrangulaban su hombría. Seis hileras de asientos creaban a su alrededor una modesta tribuna. Los espectadores bebían en copas de cristal labrado con ese aire arrogante de quien se ha habituado desde la cuna a obtener cuanto desea. En la mente de Julio una voz lo instaba a marcharse, mas siguió avanzando, incapaz de apartar la mirada.

El banquero florentino los condujo hacia la plataforma saliente que presidía el depravado auditorio. El antiguo púlpito del refectorio con media docena de sitiales dorados donde descollaba una robusta figura.

—Georges d'Amboise —murmuró Beatrice.

—Su Reverencia —exclamó Strozzi—, ¡qué enorme placer veros! ¿Recibisteis mi obsequio?

Apretó la mano que el arzobispo le tendió al levantarse con el más genuino entusiasmo que fue capaz de fingir. La ostentosa máscara de d'Amboise fusionaba las tres caras de Bael, el consejero de Satanás: unos grotescos rasgos de gato y sapo flanqueaban un rostro varonil con corona.

—Así es. Debo admitir que sabéis agasajarme —asintió con una zafia mueca. Se detuvo al percatarse de la presencia de Giovanna y añadió—: ¿Qué tenemos aquí? *Cest une belle femme brune*.

El religioso enmascarado caminó lentamente en torno a la boloñesa, quien se vio sometida a un descarado escrutinio.

—*Je m'appelle Giovanna* —respondió—, *monsieur*.

—*Magnifique*. —A d'Amboise lo acompañaban dos sicarios y una belleza de ojos endrinos apenas oculta tras una máscara de filigrana

negra, ataviada con una saya francesa de brocado argénteo—. ¿Dónde conseguís semejantes bellezas, *mon ami*?

—Es un secreto comercial —declaró Strozzi, palpándose la nariz con el índice—. Él es Giulio di Torre…, ya os he hablado de él.

—Un auténtico placer, Su Reverencia Ilustrísima —dijo Julio.

Bajo el cartón lacado, el hocico del religioso mostraba lo que bien pudiera haber sido una sonrisa.

—Acompañadme —dijo Strozzi, y los condujo a través de un oscuro corredor hacia el claustro, un hermoso jardín rodeado de una doble columnata bellamente labrada.

En torno al escenario, el público se ponía en pie. La función había concluido, el sol se había puesto y, con él, cualquier atisbo de decencia. *La commedia e finita*, y, en las estancias privadas, la verdadera fiesta estaba punto de comenzar. El español observó los diversos estados de descomposición moral en acción, el deslizamiento nocturno hacia la iniquidad y la decadencia.

Ascendieron en silencio por unas escaleras hasta una porteñuela adosada a las caballerizas. Su reverencia d'Amboise hizo un gesto a la pareja de matones para que custodiara la entrada y accedieron a una estancia en penumbra. Un barandal daba al pórtico y mostraba los corrales y establos. El austero mobiliario consistía en una ajada mesa y cuatro asientos junto a una tronera; en las paredes colgaban sillas de montar, jaeces, espuelas y fustas de cuero. Un portillo conducía a la bodega y descendía a los establos a través de unas escaleras. Una ventana daba al patio, la otra al exterior de la abadía y, a través de ella, un muro de nubes negras se extendía hacia oriente. Georges d'Amboise se despojó de la esclavina y la depositó sobre el respaldo de la silla antes de sentarse.

El sevillano extrajo la Verónica del estuche de cuero y la desenrolló sobre la mesa, junto a un candil, ante la atenta mirada de Giovanna. El religioso escrutó el rostro impreso en el lienzo y una tenue sonrisa iluminó su rostro macilento bajo la máscara satánica.

—La mercancía que Su Reverencia buscaba —dijo Strozzi, acomodándose entre ambos—. A Giulio casi se le saltan las lágrimas

ante la sola idea de venderla, mas no cejé hasta convencerlo. —El arzobispo parecía muy complacido y el banquero florentino, complacido de su complacencia—. La Verónica de la basílica de San Pedro: una reliquia que no tiene precio.

—Ya…, pero, si lo tuviera, ¿cuál sería? —preguntó d'Amboise en un tono jovial, una sonrisa amplia y unos ojos de hielo.

—Mil escudos —dijo Julio, y el francés se atusó la barba.

—Una cifra más que respetable —respondió—. Me temo que no he traído conmigo tanto pecunio.

—La Verónica supone el mayor atractivo de la peregrinación a Roma —razonó Strozzi—. Exhibidla en la catedral de Ruán y recuperaréis la inversión en un par de años.

—Una reliquia robada de tal envergadura me traería problemas con Su Santidad —declaró d'Amboise, meneando la testa, apesadumbrado—. Los sobornos supondrán un coste añadido. Si no me hacéis una rebaja.

—Mil escudos. —Julio ya no sentía la necesidad de ser cortés.

—En tal caso, me temo que no será posible —dijo el religioso, y, sin mediar palabra, el andaluz comenzó a doblar la tela—. Está bien. Mil escudos —concedió el arzobispo, alzando las manos en un ademán conciliador.

—Celebro que hayáis alcanzado un acuerdo —dijo Strozzi—. Si me disculpáis, tengo algunos asuntos pendientes. Que paséis una noche agradable. —El florentino se retiró con discreción, llevándose a la acompañante de d'Amboise del brazo.

—¿Y el pecunio? —preguntó Julio, tras oír el portazo.

—Antes debemos cumplir un trámite —dijo el arzobispo.

Resonó un siniestro chirrido cuando la puerta se abrió y entró un clérigo espigado, delgado como un palo torcido, ya fuera por la edad o el ayuno. Traía un rosario al cuello con manojos de imágenes y cuentas de perdones, sus ojos pardos estaban inyectados en sangre y su piel cetrina colgaba flácida del rostro hierático. Trató de saludarlos con una educada sonrisa, aunque a la postre resultó siniestra, pues le faltaban la mayoría de dientes.

—Su Señoría es el antiguo jefe de los canónigos de la basílica de San Pedro, y verificará su autenticidad —les presentó el arzobispo d'Amboise.

El sevillano percibió que Giovanna dirigía sus ojos verdes hacia el lienzo sagrado; la máscara de náyade apenas ocultara su ansiedad.

—¿Existe algún modo de hacerlo? —inquirió Julio con voz firme.

—Sí, lo hay —respondió el canónigo, y sus ojos febriles observaron el lienzo con auténtica lujuria—. Como señala Cennini en *El libro del arte*, los barnices basados en clara de huevo, goma arábiga y resinas aportan un hermoso acabado y realzan las sombras. Hace un siglo, los canónigos de San Pedro lo emplearon para recubrir la Verónica, pues, por entonces, el rostro de Cristo resultaba demasiado tenue. La yema de huevo atrae a las moscas, que, al posarse sobre la urdimbre, dejan sus excrementos. Son de un tamaño ínfimo, la duodécima parte de una pulgada, y suelen concentrarse en torno al marco. Al principio resultan casi invisibles, mas, con el devenir de los años, se tornan marrones y, después, negros. Son imposibles de imitar.

—Si es la Verónica auténtica —les tradujo d'Amboise—, tendrá unas minúsculas manchas en el borde superior.

El canónigo tomó una lupa y se inclinó sobre el lienzo. Tentado estuvo Julio de imitarlo, mas logró contenerse y, en su lugar, prestó atención a la pareja de sicarios que aguardaba en la entrada. Sentía la garganta reseca, un sudor frío le humedecía la espalda: estaba en juego algo más que su propia vida. La lluvia repiqueteaba en los tejados con un ritmo entrecortado sobre el gemido del viento conjurado por la tormenta.

—¿Sois devoto? —D'Amboise le clavó unos ojos que no parpadeaban.

—No en demasía —admitió.

—Una lástima. Sería un buen momento para rezar.

Mi vida depende de unas cagarrutas de mosca, se dijo el soldado. *Epítome y paradigma de mi propia existencia*.

La única salida posible era a punta de daga, concluyó. Deslizó la

diestra por la pernera, buscando a tientas el arma que llevaba oculta, y flexionó la pierna; sus dedos casi rozaban el mango…

Interrumpió el gesto cuando, de súbito, el canónigo alzó la vista.

—No cabe la menor duda —dijo exhibiendo una mueca desdentada—: es la auténtica.

Intentando ocultar su desconcierto, el español compartió una mirada con Giovanna, tan sorprendida como él.

—Traed el oro —ordenó d'Amboise, y mostró a Julio una radiante sonrisa—. Temía que pudiera tratarse de una copia.

—No es fácil replicar la Verónica del Vaticano —señaló el canónigo—: sólo se exhibía en ocasiones contadas. Ni siquiera personajes tan ilustres como Dante o Petrarca pudieron verla de cerca.

—Salvo los *pictores veronicarum* —apuntó Giovanna.

—En efecto. Un gremio autorizado por el sumo pontífice —admitió el religioso, sorprendido ante los conocimientos de una simple cortesana—. Aparte de ellos, la reliquia sólo era accesible para los canónigos de San Pedro. El secretario papal, Paolo Costantini, suponía una excepción. Su Reverencia, que en paz descanse, estaba enamorado del lienzo: se pasaba horas ante él, rezando a solas, e imploraba la ayuda celestial para que algún día pudiera erigirse la nueva basílica.

D'Amboise tomó una arqueta de manos de uno de sus hombres y se la entregó a Julio, quien le devolvió una mirada vacía antes de verificar el contenido. Los dos sicarios escoltaron al canónigo hasta la salida y cerraron la puerta tras de sí.

—Una vez finalizados los negocios… —dijo d'Amboise—, ¿qué vino sirve para acompañar a una bella dama?

—Un Trebbiano d'Abruzzo…, viejas cepas de la Majella. Cosecha de mil quinientos diez —propuso Julio tras considerarlo un instante.

—Una buena elección. Giovanna…, sin duda, veréis una botella en la bodega. —Los ojos de d'Amboise señalaban el portillo de la izquierda—. Servid unas copas.

A desgana, la italiana se dirigió a la estancia contigua y regresó

con una botella. El estallido del tapón sacó a Julio de sus pensamientos. Con una mano temblorosa y la mirada baja, le mujer sirvió dos copas con un líquido dorado y se las ofreció a ambos. D'Amboise olfateó el líquido dorado.

—Salud. —Alzó el vidrio y Julio siguió su ejemplo—. Tenéis una meretriz encantadora. —Púsose en pie y alzó el rostro de Giovanna por el mentón, hasta que sus ojos se encontraron—. Me supondría un enorme placer conversar con ella a solas. Imagino que no querréis negarme ese placer. Venid, sentaos conmigo.

Giovanna desatendió su petición y se acercó a portillo.

—«Haz tu voluntad: será toda la ley» —murmuró, abstraída.

—¿Perdón? —El arzobispo sonreía.

—«*Fay ge que vouldras*» —añadió, señalando su hábito oscuro—. La cita de François Rabelais que lleváis bordada en el pecho: el lema de la abadía de Théleme.

—Habéis leído su novela *Pantagruel* —comentó el religioso—. No está al alcance de cualquiera, y conocéis nuestra lengua. Veo que sois una hembra culta, además de hermosa. Una auténtica joya… Sentaos.

Mas ella ignoró la orden.

—El precio no la incluye —dijo Julio, escrutando al arzobispo con atención.

—Y, sin embargo —señaló d'Amboise—, la experiencia me ha enseñado que todo puede comprarse.

—Tal vez fue vuestra madre quien os hizo pensar de ese modo —declaró Giovanna con una voz gélida.

Sin perder la sonrisa, el arzobispo cogió algo de la pared y se acomodó ante la mesa. De súbito a Julio el aposento se le antojó tórrido, lo bastante como para sentir el cosquilleo del sudor en la frente.

—Mi abuelo era un granjero, nacido en la más absoluta miseria. ¿Sabéis cómo prosperó? Gracias a esto. —D'Amboise palmeó la fusta que había tomado—. Poseía un talento natural para la doma e hizo una fortuna en su remonta. Supongo que habéis practicado la

equitación, Giulio —añadió, reclinándose en el respaldo.

—Sí —manifestó él con sequedad.

—¿Nunca habéis montado a una yegua rebelde? Es aún más satisfactorio cuando se resiste, ¿verdad? Porque, si es un pura sangre, habrá que usar la fusta. —Giovanna se encogió ante su mirada y cruzó los brazos—. La doma… Humillarla hasta que se someta. Si actúa de un modo rebelde, se le castiga. Si actúa de la forma deseada, se le recompensa. Es el camino que le permite desprenderse de su vanidad. Una yegua salvaje, incapaz de dominar sus instintos. —D'Amboise agitó la testa en una pesarosa negación —. ¿No os parece más bella, más digna la que ha sido domada? Sí, habrá sufrido, habrá tenido que humillarse, que sofocar su orgullo, que rendirse ante el látigo. Pero, una vez domada, habrá aprendido a comportarse y estará lista para la monta. —El religioso blandió el cuero trenzado y añadió—: Desnudaos.

El capitán sintió una náusea ante el brillo ansioso de sus ojos enfermos, mas Giovanna se forzó a si misma a permanecer inmóvil.

—Me temo que no va a ser posible —declaró Julio.

—Yo creo que sí. —Georges d'Amboise esbozó una sonrisa lánguida y glacial—. Es sólo una cuestión de dinero. —Dejó que la amenaza de arruinar aquel lucrativo negocio flotara en el aire, y Julio bajó la vista.

—Tenéis dinero —dijo el hispalense, y alzó el arma que había extraído del borceguí—. Yo tengo esto: una daga forjada en Toledo. Vale dos reales, sesenta y ocho maravedís, pero puede convertiros en eunuco antes de contar hasta tres. Sentaos.

Una sola palabra, pronunciada de forma seca y concisa, tuvo la virtud de clavar al religioso en su asiento.

—Estáis loco —murmuró d'Amboise.

—Por supuesto —dijo el español—. Elegí ser soldado para ganarme el sustento.

El religioso lo miró desafiante, Julio tomó el candil de la mesa y lo depositó sobre el alféizar del portillo que daba al exterior. Lo tapó cuatro veces y después apagó la mecha con los dedos.

La señal convenida. Una apuesta desesperada.

—Ahora mismo, tenéis dos alternativas —declaró Julio, encarándose al francés—. Tres, a decir verdad. ¿Queréis saber cuáles?

—Sorprendedme.

—Podéis intentar escapar por la puerta. Mal asunto, aunque no imposible si sois rápido. Claro está que yo lo soy más.

—¿Y la segunda?

—Elegir una de las dos ventanas y saltar. Tenéis una remota posibilidad de sobrevivir. Os aconsejo el portillo del patio: el porche tal vez amortigüe la caída. —Julio hizo una pausa dramática—. Y la última opción: me llevaré el oro y la mujer.

—¿Tanto os importa?

—Es una cuestión de principios —repuso el hispalense—. Seguro que lo entendéis.

Un plomizo silencio se apoderó de la estancia, y, durante un fragmento de eternidad, sólo se escuchó el relincho de los caballos en la planta baja y la lluvia azotando las tejas.

—Decidme —dijo d'Amboise—. Cuando matáis, ¿veis vuestra sombra?

Sorprendido, Julio se envaró ante el arzobispo. Apenas movió las manos de donde descansaban, mas su corazón galopaba en ese instante.

—Todos arrastramos una sombra —respondió con cautela—. Siempre va contigo.

—De niño, al acostarme —comentó el religioso—, imaginaba que un demonio acechaba en las sombras de mi cuarto. Con el tiempo, descubrí que la oscuridad no es más que la ausencia de luz, y no he vuelto a verlo. Tememos a lo desconocido. A ese oscuro vacío que intentamos llenar con fe, patria y honor. Algunos creen que la violencia acabará destruyendo nuestra civilización…, pero ambos sabemos que la civilización se sustenta en esto. —Hizo un gesto aludiendo a la fusta—. Sin *esto*, la autoridad y las leyes se desvanecen, ¿no es cierto?

—Siempre estamos a tiempo de hallar la redención. —La mirada de Julio no se apartó de los ojos del clérigo.

—¿Redención? ¿De quién? ¿Acaso el pastor necesita la aprobación de las ovejas? —replicó el arzobispo—. Cuando matáis, veis vuestra sombra, ¿verdad? Está ahí, reprochándoos vuestra conducta. Decidme, Julio, ¿a qué teméis más? ¿A la emoción que os produce matar o a perder lo poco que os queda de humanidad?

El capitán inspiró lenta y profundamente; casi podía oír la sangre palpitar en sus venas.

—Cuando mato a alguien, veo mi sombra proyectada en su rostro. —Hizo una pausa para escoger las palabras—: Pero, si puedo verla, significa que aún estoy bajo la luz. En las tinieblas, no tienes sombra… y eso me ayuda a matar, cuando es necesario. Monseñor.

Nadie se movió durante un momento en el que resonó un silencio casi absoluto, salvo por la pesada respiración de d'Amboise. Su voz sonó grave, ronca, cuando al fin dijo:

—Marchaos.

XVII

A paso vivo Giovanna caminó hacia la salida, el capitán tomó el arca con el oro y cerró el portillo tras de sí. Trató de atrancarlo con una silla. El apaño no duraría demasiado, concluyó. Inspiró hondo y cogió a la mujer del brazo. A grandes zancadas bajaron por la escalera que conducía a la cilla del monasterio. Más allá del muro de sillares, se oía el distante y ahogado bullicio de una fiesta en pleno apogeo.

—Estoy bien —dijo Giovanna.

—No me importa —contestó él, dirigiéndose hacia las caballerizas —. Venid.

Ella lo siguió.

—Creo que sí os importa.

Se giró Julio hacia ella para espetarle con un susurro:

—Ojalá no.

Resonaron golpes contra la madera; alcanzaron los últimos escalones cuando la puerta se vino abajo. El capitán se hizo a un lado para dejar pasar a la mujer. Salieron precipitadamente a la oscuridad del corredor que conducía a los establos. Recorrieron el tenebroso pasillo a toda prisa, sin dejar de observar las siluetas de tres hombres a su espalda. Las pisadas enmudecieron cuando alcanzaron el suelo terrizo. Al ojear por encima del hombro, Julio descubrió que estaban ya a una decena de pasos de ellos. Giovanna buscó a tientas el postigo de la puerta que cerraba el pasillo. Inspiró

con violencia cuando probó a abrir el portón. Las pesadas respiraciones se sentían cada vez más cerca. El sevillano sopesó la daga.

En cualquier taberna era posible encontrar a algún charlatán que, por un par de maravedíes, enseñara abracadabrantes tretas para salir ileso de una puñalada. Trucos que sólo funcionan ante un compañero de prácticas, y no en la calle, donde podían degollarte por un par de zapatos. Con un simple cuchillo cualquier patán resulta letal; la técnica no es tan importante como la velocidad o el terreno. El andaluz examinó el corredor: suelo irregular y espacio angosto, podía extender los brazos y tocar los muros. Los matones llegarían uno a uno. Si tenía que hacerlo, sería allí mismo.

Vio al primer esbirro empuñar una *spada da lato*. Julio se detuvo en seco, tomó un puñado de tierra del suelo y se lo arrojó a la cara antes de que pudiera desnudar el acero. La mano se alzó demasiado tarde, le lanzó tres puñaladas. La punta atravesó la carne y los tendones, arañó el muro de ladrillo con un chirrido estridente. El matón gritó y Julio le ensartó la garganta, una, dos veces, como le habían enseñado. Lo empujó hacia atrás, y acuchilló a su compañero. Un nuevo intercambio de tajos, fintas y puñaladas. A ciegas. La daga de Julio se hundió bajo su mandíbula. La sangre brotó de la boca mientras el sicario se tambaleaba. Julio esquivó la puñalada del tercer atacante. Inmovilizó el brazo que sostenía el arma enemiga, y sintió que él retenía la suya. Forcejearon en las tinieblas; el sicario era más fuerte, empujó a Julio contra la pared. El dolor en una herida reciente le robó el aliento. Dejó caer la daga. La cabeza de Julio se estrelló contra el suelo. El matón cayó sobre él.

Con la mejilla pegada a la terracota del suelo, Julio escuchó gritos más allá del portón. El rugido de las bocas de fuego colmó la noche. Arcabuces, espingardas. Al fin remitió la opresión en el cuello…, y se descubrió bajo un cadáver.

—¿Julio? —dijo Giovanna en un susurro.

Le dolía la garganta. Le dolía todo. Se limpió los ojos con la manga: tenía el rostro salpicado de sangre, algo pegajoso manaba

por el dorso de la zurda. Observó el cadáver del sicario, con una herida recién abierta en la garganta. Tosió por el esfuerzo de levantarse, y ella lo retuvo. Vio cómo se guardaba algo en la manga y comenzaba a palparle el pecho.

—No tenéis nada roto —dictaminó Giovanna mientras presionaba cada costilla, y él gruñó ante el dolor—. ¿Qué tal respiráis?

—Me duele al hacerlo.

Una corriente de aire gélido azotó su rostro cuando la boloñesa abrió la puerta que daba al patio. El portón de la entrada había sido derribado, la oscuridad del claustro estaba cubierta por una bóveda de nubes negras. Las siniestras figuras de los soldados surgían de las tinieblas. Una niebla húmeda y viscosa se hacía jirones en las esqueléticas ramas de los robles.

Al tratar de reconstruir lo sucedido, Julio dedujo que la encamisada había sido más confusa de lo esperado. Los planes concebidos para asaltar una villa de poco sirvieron en aquella infernal abadía, y habían subestimado el número de guardias. Tras una descarga de arcabuz en la entrada, dirigida por Juanillo, los sicarios de Malfatto irrumpieron por la poterna trasera. Las dos escuadras asaltaron el claustro, a espada y daga, con la palidez de las camisas para reconocerse, y masacraron a la guardia de Strozzi. Después, los cabos guiaron a las camaradas de soldados por las estancias del cenobio al grito de «¡Santiago!» y se descubrieron en medio de una orgiástica verbena. Gente desnuda corría por todas partes. Los criados huían, los invitados se escondían y las cortesanas chillaban aterrorizadas. Fue un momento de desconcierto en el que cada cual vivía o moría según sus instintos, su temple y la destreza con la que esgrimía un arma. Al fin, la disciplina española se impuso y los defensores acabaron entregando las armas.

Lo logramos, dedujo el capitán, al tiempo que Giovanna lo ayudaba a ponerse de pie; su cuerpo parecía haber olvidado cómo mantenerse erguido. Entró en la cripta, cojeando, tan rápido como se lo permitían las punzadas en el pecho. En el bosque de pináculos de épocas pretéritas se topó con Juanillo. Llevaba la camisa tiznada

de tierra y se limpiaba la sangre de las manos en las calzas.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Julio—. ¿Qué ha pasado?

—Cerca de Dicomano, en el valle del Sieve —le explicó el lansquenete—. Os seguimos desde Florencia. Al descubrir que no os dirigíais a la villa de Strozzi, envié un mensaje a Damián, Abencio y Malfatto para advertirles del cambio de planes. Tuvimos que seguiros desde lejos, para que no nos descubrieran. Una vez reunida la tropa, nos desplegamos en torno a la abadía y vimos vuestra señal.

—Habéis improvisado —concluyó el capitán.

—Sí —admitió él con desconcierto—. Eso parece.

En Florencia no habían tomado la calzada que conducía a Monteriggioni, dedujo Julio. Debieron de abandonar la ciudad por la puerta San Gallo, después de cruzar dos veces el Arno. La triquiñuela de las vendas había funcionado.

—A fe mía que lo hizo bien. —Antonio Malfatto entró en la sala escoltado por una docena de matarifes—. Ha llegado el momento de interrogar a estos viles fornicarios y recuperar los tesoros sacros.

Sus facciones corroídas por la sífilis no ocultaban su goce ante aquella tarea. El estado de ánimo de Malfatto siempre mejoraba ante la incomodidad ajena, sobre todo si la apariencia de su víctima era más agraciada que la suya, lo cual incluía a mucha gente. El capitán escrutó a la treintena de invitados, apiñados como ovejas en una tenada y en diversos grados de desnudez. Si el referendario de la Segnatura di Giustizia se despojaba de la máscara, la mitad se cagaría encima.

—¡Cálmense vuestras mercedes! —les gritó Julio—. Y hagan el favor de entregar las reliquias que hayan traído. Después nos marcharemos.

Envarado y pomposo, Georges d'Amboise se adelantó al resto de prisioneros y, rechazando los intentos de sus criados por retenerlo, se encaró a Julio.

—Señor Giulio di Torre…, si es que debo ennobleceros con tal apelativo —declaró con arrogancia—. Decidme, ¿con qué derecho irrumpen vuestros hombres en este festejo? Habéis cometido un

error. Sabéis quién soy y qué cargo ostento y qué os sucederá si amenazáis mi integridad. ¿O acaso os otorgo excesiva sensatez? —El arzobispo hablaba con gran aplomo y confianza—. Liberadnos de inmediato y tal vez perdone vuestra insolencia. Continuad con esta farsa y vuestros cuerpos acabarán en una picota, despedazados.

El capitán dio dos pasos al frente y le cruzó el rostro de un bofetón. El silencio se hizo aún más pesado cuando su mirada severa recorrió a los cautivos y se giró, una vez más, hacia el injuriado.

—Encerradlo en la cilla —ordenó Julio—. Buscad a la anfitriona, una tal Mezzanotte, y mantenedla bajo arresto.

Acto seguido, se dejó caer sobre un escaño. Giovanna le trajo un lienzo recién hervido y comenzó a rasgarlo para crear unas vendas. Al despojarse del jubón, el andaluz se percató de la magnitud de sus heridas.

—¡Soy protonotario apostólico y arzobispo de Ruan! —gritaba d'Amboise al sicario que lo llevaba a empujones hasta una sucia bodega. Una vela de sebo proyectaba duras sombras sobre las paredes desnudas, y el arzobispo pugnó contra el impulso de mirar los objetos depositados sobre una mesa.

—Confesad dónde habéis ocultado la Verónica. —Entre las aberturas de la máscara, los ojos de Malfatto brillaban como los de una serpiente; sus labios cubiertos de pústulas se torcían en una mueca siniestra.

—Vete a la mierda —le espetó d'Amboise, debatiéndose de sus captores.

El juez pontificio soportó estoicamente el insolente tuteo y sonrió, ya no de forma cruel, sino paternalista.

—Ah, el espíritu —susurró—. Chisporrotea de un modo tan bello cuando se extingue…

Pasó los dedos enguantados por una aterradora panoplia de herramientas de tortura colocadas sobre la mesa. Acarició brevemente una fusta, alzó una correa de cuero, sopesó unas tenazas y, al fin, tomó una hoja afilada.

—No necesitáis recurrir a esto —le dijo d'Amboise con voz

trémula.

El referendario caminó lentamente hacia él, con la cuchilla colgando ociosamente de la diestra.

—Tenéis razón —murmuró—: no es necesario.

Había hallado una nueva víctima para su ajuste de cuentas con el mundo, un arzobispo y protonotario apostólico. Antonio Malfatto se despojó de la máscara, la depositó sobre la mesa y la pesada puerta se cerró con un áspero chirrido.

En el refectorio, los cautivos formaron una fila para entregar las reliquias que traían consigo y, entre tanto, los soldados registraban las dependencias. Lo que horas antes fue una vibrante abadía, atareada en una licenciosa industria, ahora era un lugar sumido en un manto de silencio apenas interrumpido por el traqueteo de los muebles y algún ocasional alarido.

Media hora después, Juanillo se presentó ante el capitán, quien, merced al reposo y las atenciones de Giovanna, se había recuperado. Despojado de la camisa, la luz de la luna resplandecía sobre las placas del coselete milanés del antiguo lansquenete. A su lado caminaba Malfatto, con su acostumbrado talante funesto. Había intentado limpiarse la sangre de las mangas sin poner demasiado empeño, y nadie sabía a quién o por qué sonreía.

—¿Qué tenemos? —les preguntó Julio.

—El arzobispo Georges d'Amboise ocultaba esto. —Juanillo le entregó el estuche cilíndrico que contenía la copia de la Verónica que horas antes le entregaron.

—¿Nada más? —preguntó Giovanna con expresión severa.

—Sí, hay algo más —dijo el referendario de la Segnatura di Giustizia—: la calavera de San Andrés. Los huesos de san Esteban de la iglesia de San Lorenzo Extramuros, una piedra con la huella del pie de Cristo y la flecha que mató a san Sebastián.

—Además —añadió el germano—, hallamos varias astillas de la cruz, unos dientes de leche del Redentor, un santo prepucio de

origen ignoto y la acostumbrada morralla.

—El cráneo de San Andrés, otra de las reliquias mayores —asintió el capitán—. ¿No hay rastro de la Verónica auténtica o de la Vera Cruz?

—No. Ninguno. Pero hay algo más. —El alemán hizo un gesto para que los acompañaran.

En un suntuoso cubículo ornado con frescos, junto a un conjunto escultórico de mármol, *messer* Edoardo Conrado Strozzi, *il Libertino*, yacía muerto en el lecho, desnudo salvo por la máscara de Príapo, y con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Lo encontrasteis así? —preguntó Giovanna.

—No. Nosotros lo acostamos —dijo uno de los soldados que custodiaban la entrada.

—Bien pensado. Así se sentirá más cómodo —contestó ella—. ¿Dónde estaba cuando lo hallasteis?

—Yacía ahí, en el suelo, a unos pasos de la cama. —El militar señalaba el pedestal de una estatua de un sátiro abrazando a una pareja de ninfas—. La ramera estaba acurrucada en la otra esquina, hecha un manojo de nervios.

La boloñesa se adelantó para examinar el cadáver, del que destacaba un torso bien formado y las manos libres de callos que evidenciaban el repudio por el trabajo manual. No había ni una onza de grasa en aquel cuerpo apolíneo carente de vello que aún lucía una soberbia erección.

—¿Qué opináis? —preguntó Julio.

—Un hombre sobresaliente, en todos los sentidos —declaró Giovanna—. Por lo que parece, en el momento de la muerte disfrutaba de los placeres de Venus.

Unas risas hicieron que Julio se volviera hacia la puerta:

—¡Basta! Si alguien tiene problemas de incontinencia, puede marcharse.

El silencio se impuso de nuevo; incluso Giovanna hizo una pausa. Después, retiró la máscara del rostro sin vida.

—Debió de llegar arrastrándose, mientras agonizaba —comentó

abstraída—. Al dios Príapo se le representaba con un enorme falo en perpetua erección. En sus jardines, los antiguos romanos colocaban estatuas de esta deidad, pues alejaba el mal de ojo y garantizaba las buenas cosechas.

—¿Podéis…?

—Sí —respondió—. Necesitaré cuchillos y un conejo del corral.

Media hora después, el cadáver yacía eviscerado sobre el lecho y los soldados abandonaban el cubículo ante el hedor que desprendían las entrañas. Un criado entregó a Giovanna una coneja y ella empleó una cuchilla para rasurarle el costado. Luego frotó los restos de las vísceras disueltas en aceite sobre la piel recién afeitada del animal. Al cabo de unos instantes, el tegumento comenzó a enrojecerse y el capitán frunció el ceño, cada vez más desconcertado.

—Una prueba de vesicación —le explicó Giovanna—. La irritación es producida por la acción vesicante de la cantárida: Strozzi ha muerto envenenado.

—¿Arsénico?

—No. Cantárida o mosca española, un insecto de color esmeralda. Hipócrates lo recomienda para sanar las ulceraciones de la piel. También se emplea contra la alopecia y, por vía oral, como diurético. En pequeñas dosis, produce priapismo. —Giovanna hizo un gesto explícito hacia la descollante hombría del florentino—. Este efecto secundario, una erección espontánea, hace que sea el afrodisíaco de moda entre las clases pudientes.

—¿Una sobredosis accidental?

—Tal vez. Aunque existe un veneno, la *cantarella…*, una mezcla de arsénico y cantárida. Insípido e incoloro, bastan unas gotas para que la muerte se produzca en cuestión de horas. Un invento de Paolo Giovio, a quien debemos tanto la descripción como el nombre en su tratado de venenos.

—Otra vez el médico del papa Clemente —comentó Julio—. ¿Strozzi fue envenenado de forma intencional?

—Lo ignoro…, aunque todo parece sugerirlo. —La mirada adusta de Giovanna vagó por la estancia—. Edoardo Strozzi, el Libertino,

con una erección póstuma y una máscara de Príapo, yaciendo a los pies de una escultura falsa. Posee el refinado sarcasmo que caracteriza a nuestro asesino.

Aturdido, Julio inspeccionó el lecho y, bajo la almohada, halló una ampolla de vidrio recién abierta.

—Se diría que él mismo ingirió el veneno —murmuró, olisqueando el minúsculo recipiente.

—Caben dos posibilidades —conjeturó Giovanna—. O bien su proveedor de cantárida le entregó una dosis más concentrada de lo habitual, que él ingirió poco antes del coito, o en algún momento anterior tomó otra dosis sin saberlo que se sumó al bebedizo y resultó letal. Debemos averiguar quién le proporcionaba el afrodisíaco.

El capitán se giró hacia Juanillo, que aguardaba en el umbral.

—Interrogad a la ramera —les dijo a ambos—. Debo hablar con alguien.

Más allá del claustro, los baños de la abadía se habían construido sobre unas antiguas termas romanas. Una pareja de soldados charlaba ante las jambas de la entrada. El capitán les frunció el ceño, desaprobador, y ambos bajaron la vista cuando entró en el ruinoso *caldarium*, un brumoso ambiente iluminado con candelas. Un enorme mosaico con los doce trabajos de Hércules rodeaba la piscina en cuyas aguas cristalinas nadaba una mujer desnuda. Al verlo llegar, apoyó los antebrazos sobre el borde y en su bello rostro afloró una tentadora sonrisa.

—¿Queréis entrar? —dijo Beatrice—. El agua está estupenda.

—No tengo tiempo para baños. —Julio se detuvo ante ella.

—Creía que, después del asalto, comenzaban las violaciones —declaró la Condesa, con fingida decepción, antes de tomar una copa depositada sobre las teselas—. Pero los soldados españoles no hacéis tales cosas, ¿verdad?

—Hoy no —respondió él con sequedad—. Debo haceros algunas preguntas. Después nos marcharemos.

—¿No traéis cuerda ni verdugo?

—Confío en que no sea necesario. Deseo averiguar quién asesinó a Edoardo Strozzi, y espero vuestra colaboración.

—Dado que os fiaréis de mi palabra —dijo la Condesa—, ¿puedo confiar yo en vos?

—¿Para qué?

—Para que mantengáis los ojos cerrados mientras salgo de la piscina y busco mi ropa. No os preocupéis, no trataré de escapar. —Señaló un escaño de hierro forjado donde colgaba un albornoz y, tras un asentimiento, Julio le dio la espalda y escuchó un chapoteo seguido de unos pasos húmedos—. Ya podéis mirar —dijo, indicándole que tomara asiento. Beatrice se había vestido con la prenda de seda y se secaba el cabello con una toalla.

—No parecéis muy afligida después de haber perdido a vuestro socio y amigo.

—Cada cual sobrelleva el dolor a su modo. —Beatrice se envolvió la cabeza con un paño húmedo, a modo de turbante, y cogió la copa que había dejado en el suelo.

—Se diría que vos lo hacéis muy bien.

La Condesa se encogió de hombros y sonrió, mostrando una dentadura perfecta.

—Edoardo y yo manteníamos una relación de conveniencia —respondió—. Nos unía nuestra pasión por el arte y el dinero. Disfrutábamos de la compañía del otro, pero no había amor entre ambos: el libertinaje era nuestra única razón de ser. Nos gustaba experimentar con todo lo que la vida podía ofrecernos.

—¿Quién le suministraba la cantárida? —preguntó Julio.

—¿Eso lo mató?

—Tal cosa parece.

—En tales cuestiones, Edoardo era muy reservado. Su vigor ya no era el de antaño, lo cual arañó su orgullo. No quería hablar de ello. Tal vez abusó de la droga para mostrarse más firme. Quién sabe.

—O tal vez lo envenenaron —propuso Julio.

—Intuyo que nuestro querido socio, Nicholas Hartmann, nos ha

traicionado —dijo Beatrice, reflexiva—. Siempre fue un cerdo ambicioso, traté de advertirle a Edoardo…

—Imagino que vuestras espías os mantenían bien informada.

—¿Quién necesita espías cuando tengo docenas de meretrices celosas de la competencia? Gracias a ellas, mis ojos y oídos llegan a todas partes.

—Trabajáis para Venecia.

—Todo el que entra en este juego, de un modo u otro, alguna vez ha trabajado para Venecia, aunque no lo sepa. Pero no. En el fondo, soy, sigo siendo, una ramera. Me vendo al mejor postor.

—Paolo Costantini. Rudolf Grünenwald. Francesco Malavita. ¿Os suenan los nombres?

—Por supuesto. Malavita era un buen amigo de Edoardo: le facilitaba pinturas, antigüedades y reliquias. Hacía peritajes a potenciales adquisiciones y realizaba falsificaciones. En esto, Edoardo era muy precavido. No hay mayor descreído que un mentiroso compulsivo, y, en materia de arte y reliquias, por supuesto, él lo era. La mitad de los tesoros sacros con los que mercadeaba eran fraudes, y, antes de adquirir cualquier pieza, solicitaba informes a varios expertos, no sólo a mí. Malavita también le reparaba antigüedades, o añadía fragmentos perdidos, ya sabéis, todas esas aburridas tareas. A través de él también adquiría los pigmentos y mejunjes necesarios para el cuidado de su colección. Además, en ocasiones, compartían lecho. —El rostro de Julio debió de traslucir algún vestigio de emoción, pues añadió—: ¿Os sorprende, capitán?

—¿Orgías? ¿Sodomía entre hombres? ¿Encuentros a tres?

—Un poco de todo —respondió Beatrice—. ¿Estáis interesado? Giovanna podría unirse a nosotros. ¿Os han hecho una felación dos mujeres? Me refiero al mismo tiempo, no en toda vuestra vida…

—¿Strozzi ordenó la muerte del cardenal Costantini? No temáis por él: está muerto.

—Como sabéis, Edoardo tenía un cliente, Georges d'Amboise, dispuesto a pagar una fortuna por la Verónica de la basílica de San

Pedro. Aunque, como habréis comprobado, el arzobispo no estaba dispuesto a que le dieran gato por liebre. Edoardo, al saber que Costantini poseía una copia exacta del lienzo sagrado, le ofreció un dineral por ella la noche de su muerte. No tenía tiempo de fabricar una falsificación convincente: la minuciosa manipulación de la tela, el secado de la pintura y el barniz, el envejecido final, requieren meses de trabajo. El cardenal se negó a vendérsela y ambos discutieron; Edoardo iba a perder el negocio de su vida y estaba desesperado.

—¿Tan desesperado como para matar?

—Quizá —admitió la Condesa—. Cuando os presentasteis con la Verónica, pensó que se le abrían las puertas del cielo. Al menos podría llevarse una comisión por la venta, y su reputación de conseguirlo todo permanecería incólume.

—¿Y qué hay de Rudolf Grünenwald? ¿No sabía Strozzi que estaba destruyendo reliquias? ¿O quizá sí lo sabía y por eso lo mató?

—En este negocio, todos sabían a qué se dedicaba Grünenwald. Y, sin embargo, Edoardo permitió que siguiera con su mezquino juego iconoclasta. Cuantas menos reliquias hubiese en el mercado, más valor tendrían las suyas.

—Tal vez Strozzi averiguó que el alemán había adquirido la Verónica de la basílica de San Pedro, le hizo una oferta y, ante su negativa, lo asesinó.

—Tal vez. El modo en que mi socio amasó su fortuna no ha sido un paradigma de ética. Pero, si Edoardo mató a Grünenwald para conseguir el lienzo sagrado, ¿por qué no lo tenía? Olvidáis, además, un detalle importante: él también ha sido envenenado.

—Y ahora vos dirigiréis su lucrativa red comercial, ¿no es cierto?

—Sin duda no pensaréis que asesiné a Edoardo por tal motivo, ¿verdad? —Beatrice ladeó la cabeza y chascó la lengua—. Sería demasiado burdo por vuestra parte.

—Una última pregunta y dejaré de importunaros. —Julio trató de sonreír—. ¿Sabéis dónde está el Santo Ombligo?

—Realmente sospecháis de mí. —Le dedicó una mirada burlona

—. Sólo sé que Edoardo le confió a alguien la reliquia para que la restaurara. Ignoro a quién. Os lo juro.

Depositó la copa sobre la mesa y se puso en pie, desafiante. Sin tan siquiera despedirse, Julio le dio la espalda para marcharse.

—Espero que seáis discreto, capitán —le dijo Beatrice antes de que cruzara el umbral—. La reputación de una dama es tan frágil… Hay personas que desaprueban nuestro modo de vida.

Atravesó el claustro a paso tendido para regresar a la escena del crimen. La halló vacía, con el cadáver aún abierto y los cuchillos ensangrentados depositados sobre la mesa. Se giró hacia Juanillo cuando este se presentó ante él.

—La meretriz asegura que Strozzi tomó unas gotas de cantárida después de entrar en la alcoba —le informó el lansquenete—. Al parecer, falleció mientras ella lo cabalgaba. La pobre se pegó un susto de muerte.

—Tenía muchas preguntas para él —replicó Julio—. Es una lástima.

—He visto muertes peores —musitó el germano—. Hemos reunido a los soldados. Pronto amanecerá. El bueno de Malfatto aún husmea por ahí, en busca de cualquier pretexto para tender la soga.

—¿Y Giovanna?

—La escolté a las caballerizas, como ordenasteis.

—¿Qué?

—Hice que le ensillaran un caballo y partió a Florencia. Tal y como me dijo, que vos, ¿o no?

—¿Qué? —repitió Julio.

Observó el lecho donde aún yacía Strozzi. En una mesa, junto al cadáver, halló un papel manuscrito en el lugar donde él había dejado el estuche con el lienzo sagrado. *La muy hija de puta se ha llevado la Verónica*, pensó, y entonces leyó el mensaje:

«Descubrid el porqué y sabréis el quién. Allí me encontraréis».

Julio de Castillo ahogó una maldición y, al dirigirse a sus hombres, masticó las palabras:

—Enviad jinetes en su busca. Traedla cuanto antes.

El lansquenete asintió antes de retirarse, y el capitán agitó la testa. Giovanna conocía bien los caminos y no sería tan ingenua como para tomar la calzada. Resultaría imposible dar con ella. Había fallado de nuevo y no le quedaba nada.

Nada. Aquella palabra resonaba en su mente como las campanadas de su funeral. No tenía ningún plan alternativo. Ninguna otra esperanza. Asaltado por una repentina furia, se llevó una mano al pecho y apretó el colgante que lucía en el cuello. La medalla de la Virgen se le clavó en la palma, y el dolor le otorgó lucidez. Examinó el amuleto y, al hacerlo, percibió la cálida emoción que irradiaba.

Entonces lo entendió.

Proyectamos sobre el mundo aquello que alberga nuestra alma. Una miríada de santos, ángeles y demonios que encarnan todas nuestras virtudes, anhelos y pecados capitales. Reliquias y talismanes son la encarnación material de nuestras emociones. Una madre no puede entregarle a su hijo un pedazo de su alma, pero puede darle la imagen de otra madre protectora. Y ante aquella repentina epifanía, Julio frunció el ceño, irritado ante la sensación de comprender algo, aun sin saber realmente nada. Como armar un rompecabezas en la oscuridad, buscando las piezas a tientas, y juntándolas sin saber qué imagen obtendría como resultado.

¿Qué es la Verónica?, se preguntó.

No pienses qué es, sino qué significa.

¿Qué significa la Verónica para un creyente?

Una evidencia física de la existencia de Cristo. Un vestigio que lo conecta con la divinidad.

¿Qué significa para el asesino?

Para deducir aquello, tendría que dejar de lado su ser racional.

Sólo hay una clase de homicidio imposible de inferir mediante la lógica: el crimen pasional, cometido por alguien que se ve asaltado

por un impulso irrefrenable, o el sádico que mata por el mero placer de matar. En ambos casos, no existe ningún patrón reconocible; nada objetivo que permita relacionar al victimario con sus víctimas, ni tampoco a estas entre sí. ¿Se encontraba él ante un caso similar? El instinto le decía que asumir que no existía pasión en aquellos crímenes suponía un error colosal.

¿Acaso fue un crimen pasional?

En cierto modo, sí.

¿Qué es la pasión? Un sentimiento capaz de dominar la voluntad. Dejarse llevar por los impulsos, la ira o el deseo. Pero existía otro tipo de pasión, mucho más humana. ¿Qué distinguía a esos crímenes del lobo que mata impulsado por el hambre? ¿Qué diferenciaba al asesino de Grünenwald, Costantini y Strozzi de un simple depredador?

El cadáver ensartado en el fresno, la marca de oropimente en el pentáculo… El asesino *robaba* símbolos y *dejaba* símbolos. Aunque el motivo fuera apoderarse de las reliquias, quería dejar un mensaje oculto.

No. Los mensajes ocultos no existen: si estaba oculto, no era un mensaje.

No has recibido una carta, sino que has husmeado en la correspondencia ajena… o, tal vez, has leído un diario.

¿Qué era lo que, en su misma esencia, distinguía al asesino de un depredador?

La conciencia de sí mismo. La búsqueda de reconocimiento. El asesino confundía el «yo hago» con el «yo soy». Su modo de matar formaba parte de un diálogo con sí mismo.

Entonces lo supo, y dio un puñetazo a un aparador. Una punzada de dolor le sacudió hasta el hombro mientras murmuraba: «*Idiota. Idiota. Idiota*».

—¡Juanillo! —gritó—. Debemos regresar a Roma.

La búsqueda de reconocimiento, por supuesto, era la clave. La respuesta había estado ante sus ojos durante un mes entero.

XVIII

Las Termas de Diocleciano eran una ruinosa amalgama de estancias y corredores de épocas remotas que conformaba una laberíntica red de arcadas y muros de ladrillo. La mayor parte de los tejados se habían derrumbado bajo el peso de su propia historia, aunque en aquella desolación persistía una arcana grandiosidad y una obstinada voluntad de mantenerse en pie. Ante la entrada a la torre del gran balneario, Giovanna detuvo el caballo y lo ató a un pilar derruido.

Echose el estuche con la Verónica al hombro y se giró hacia el tibio amanecer. Había cabalgado un día entero y casi toda la noche; estaba aterida, exhausta, debía tratar de dormir, mas no tenía tiempo. En su lugar, escrutó las ruinas a su alrededor en busca de vida. Un vagabundo, cargado con un fardo de harapos, rebuscaba entre la hojarasca en busca de bellotas que hubieran sobrevivido al invierno. Giovanna esperó a que se marchara e intentó abrir el recio portón de encina. La manija parecía atascada, como soldada por el óxido. Golpeó las tablas con el hombro. Una cellisca de polvo se derramó por el marco, mas el portón permaneció inamovible, como si formara parte del muro. Desde dentro no surgía el menor sonido.

Deambuló con cautela en torno al torreón en ruinas. Si quería cumplir su misión, debía hallar algún modo de entrar. Tras una cortina de hiedra, descubrió una apertura entre los hornos lo bastante amplia como para poder arrastrarse por ella. Examinó el

angosto conducto, repleto de hojas muertas que desprendían un fuerte hedor a decadencia…, y vislumbró un torrente de luz al fondo. Encendió una vela que llevaba en la bolsa y la mísera claridad creó una amalgama de sombras entre las ruinas del hipocausto. Se remangó el vestido y comenzó a gatear entre aquella laberíntica oquedad gris. Los sonidos de su respiración, amplificados por la estructura abandonada, reverberaban entre las tinieblas.

Al reptar entre los cascotes sintió la caricia de una telaraña en el rostro. Oyó algo. Entre los mohosos pilares de ladrillo, decenas de minúsculas garras raspaban el suelo. A medida que avanzaba, el aire se tornaba más húmedo y denso. La cascada de luz que irrumpía por las aberturas del suelo elevado estaba ya casi a su alcance. Entonces, las sintió. Una oleada de ratas trepó por su cuerpo, arañándole el vestido y las mejillas.

—*Merda!* —chilló, retorciéndose frenéticamente.

Una alimaña le mordió el dorso de la zurda; la mujer la apartó de una guantada y, a duras penas, logró salir del conducto. Jadeando, examinó la herida, vertió miel y vinagre y rasgó una gasa para detener la hemorragia. Lentamente el dolor remitía. Tras ponerse en pie sobre el suelo de mosaico, se giró hacia la entrada y descubrió por qué no se movía el portón: alguien la había cegado con escombros. Recogió la bolsa del suelo y escrutó el siniestro corredor. Una higuera irrumpía por una de las troneras y había alfombrado el suelo con higos podridos y hojas muertas.

Atraída por un susurro palpitante, Giovanna se adentró en el desolado hogar de Francesco Malavita. Una lagrimeante montaña de velas encendidas teñía el oscuro vacío con su aura dorada, y conjuraba sombras que reptaban por los muebles repletos de ampollas y redomas con pigmentos. El estudio apestaba al polvo y la trementina que arrastraba el viento que irrumpía por las oquedades de los muros. Su mirada recorrió la pared, oculta por cientos de bocetos, y se llevó una mano a la boca. Un rostro familiar la observaba. Contempló sus propias facciones, esbozadas sobre decenas de cartones, pintadas sobre tablas de cerezo y

emborronadas con pintura negra. Un lienzo que la mostraba desnuda había sido furiosamente rasgado.

Caminó con pasos titubeantes hasta el cortinaje de estameña que, agitado por la gélida brisa invernal, delimitaba el taller. Sintiendo que su corazón galopaba en el pecho, apartó la basta tela y descubrió un caballete con un cuadro flanqueado por candiles encendidos: Jesús, como Salvador del Mundo, sostenía una esfera de cristal que encarnaba el orbe celeste. Junto a la pintura, ya casi terminada —la vestimenta había adquirido un azul intenso—, halló una arqueta vacía. Lentamente, extendió la mano para acariciar la superficie del cuadro, y se sobresaltó cuando un brazo la aferró del cuello.

—Buenas noches. —Una áspera voz le susurró al oído.

Giovanna se retorció con violencia ante aquel abrazo de hierro. Comenzó a patalear, sintió una lacerante presencia en el costado, y el corazón se le aceleró aún más al reconocer la punta de una daga. Una tela sucia la amordazó, percibió un olor repugnante. Se debatió, trató de morderle, gritó de frustración…, y sólo sirvió para inspirar más vapores.

Un codazo a su agresor aflojó el control que ejercía sobre ella, pero ya era demasiado tarde.

Oscuridad.

Despertó aturdida, con el hedor de la droga aún presente. Sentía como si hubiera dormido durante días, una espesa confusión nublaba su mente. El terror la golpeó de súbito al descubrirse maniatada, con una mordaza en la boca, tumbada en el suelo. Entornó la cabeza de un lado a otro, mas sólo había tinieblas, y luchó contra el miedo. Inspiró hondo. A medida que la calma regresaba, también lo hizo su adiestramiento.

Empleó los dientes para aflojar los nudos de sus ataduras y, poniéndose en pie, se quitó la mordaza. Aún conservaba el estuche con la Verónica, llevaba el cabello suelto y vestía la gamurra encarnada sobre la camisa de seda. Caminó, descalza, sobre los cascotes y entre las ratas que se deslizaban bajo los muebles.

Empezó a distinguir algunos contornos y, a tientas, descubrió una mesa con platos. Escuchó un goteo de agua, lejano, constante, junto al susurro áspero de una respiración.

No estaba sola.

—Sé que estáis ahí. —Giovanna mantuvo la mirada fija en el lugar donde creía haber visto algo moverse. El silencio fue la única respuesta, y forzó a sus sentidos a captar el sonido de unos pies arrastrándose. Resplandeció una chispa y el parpadeo de la llama de un candil cobró vida. La italiana contuvo el aliento. Una figura emergió de las sombras y se detuvo a tres pasos de ella.

—Por favor, serenaos —le dijo Malavita—. El edificio está sellado a cal y canto; no podéis escapar.

En sus ojos vislumbró locura, odio, resentimiento, deseo insatisfecho; lo más vil que la humanidad podía ofrecer. Con una daga milanesa en la mano y una espada ropera a la cintura, el artista griego dio dos pasos al frente, acortando la distancia, y luego pasó de largo mientras ella se estremecía ante su mera proximidad. Empleando la llama del candil, su anfitrión encendió los candelabros de una mesa ricamente servida con vajilla de oricalco.

Le ofreció una silla antes de acomodarse en la otra.

—Habéis hecho un largo viaje desde Florencia —dijo Malavita, fingiéndose preocupado—. Os he preparado algo; ¿por qué no cenamos? Sentaos: hay *brazadela* de postre. Sé que os gusta.

—Pronto llegará Julio —le advirtió Giovanna, depositando el estuche de corambre sobre el mantel, y observó con desconfianza el asado que había ante ella.

—¿Pensáis que deseo envenenaros? —Con una sonrisa petulante, Malavita tomó su propio plato, caminó hacia ella e intercambió las viandas. Luego retornó a su sitio.

A desgana, la boloñesa probó el primer bocado. El sabor del faisán asado le recordó lo hambrienta que estaba, y, durante un rato, degustaron las viandas en silencio. Vio cómo la daga del pintor cortaba la carne con la precisión de un escalpelo y arañaba el plato con un sonido chirriante.

—Empecé a pintar aquí —comentó él de súbito, y se recostó en el asiento—. El primer taller de Rafael Sanzio en Roma, antes de que se mudara al Palazzo Caprini.

—¿Trabajasteis para él como aprendiz?

—Durante casi cinco años. Los mejores de mi vida. Soy muy bueno copiando. —Giró la cabeza antes de proseguir—: Con el tiempo, descubrí que también soy bueno matando. Eso también me gusta. —Pasó la lengua por el filo de la daga, para saborear el jugo bermejo, y Giovanna tragó saliva con un nudo en la garganta—. ¿Puedo haceros una pregunta? —dijo al tiempo que le servía más vino—. ¿Os gusto? Es decir, imaginaos que nos conocemos en una cena. ¿Charlaríais conmigo?

—No.

La respuesta no pareció desalentarlo. Sentado en la penumbra, los rasgos del pintor se hicieron más sombríos a medida que echaba el cuerpo atrás. Giovanna le escuchó dar un sorbo a su copa, antes de depositarla de nuevo junto al plato, y comenzó a hacer girar la daga con la punta clavada en el mantel.

—Los galanes de buena familia son más de vuestro agrado, ¿verdad? —La pregunta surgió prácticamente de la oscuridad—. Elisabetta tampoco se codeaba con pobres. Excepto cuando le regalaba cuadros —concluyó, con una amarga ironía.

De repente, se levantó, y Giovanna se encogió en la silla. Él no se inmutó ante su reacción: cortó un pedazo de *brazadela* con la daga y se lo llevó a la boca con indiferencia.

—Os pido disculpas por esto —añadió, mascando, y ella sacudió la cabeza—. Ansiaba la oportunidad de charlar con vos de un modo sincero.

—¿De qué tenemos que hablar?

—Estoy convencido de que nuestro amigo común, Julio de Castillo, no fue el responsable del feliz descubrimiento que os ha traído hasta aquí. Ese honor sin duda recae sobre vos. ¿Cómo pudisteis relacionarme con las muertes? —La daga de Malavita volvió a girar sobre la mesa, extrayendo virutas de la madera.

—Fuisteis muy torpe. Hasta un niño podría deducirlo, si presta atención a los detalles. —Giovanna le habló con una sonrisa engreída.

—No ha de ser tan evidente o, de lo contrario, no habríais venido sola. Deduzco que fue mi vanidad, al dejar un hilo de signos apenas ocultos, lo que me relacionó con los crímenes. Me recordáis a Elisabetta: aunáis inteligencia y belleza.

—Y el mismo desprecio hacia vos.

Por primera vez, Malavita mostró un atisbo de emoción: echó la cabeza hacia atrás, al tiempo que un áspero gorgoteo surgía de su boca. Un ruido sobrecogedor que resultaba casi imposible de identificar con la risa.

—En efecto. —Sin soltar la daga, alzó las manos en señal de rendición—. Mi amante acabó odiándome, en cuanto descubrió mi engaño. Una cosa era inflar las tasaciones y otra muy distinta, que las pinturas fueran falsas. O eso me reprochó. Como ya os dije, resulta imposible complacer a una mujer hermosa. En fin. ¿Me diréis cómo supisteis que yo era el infame homicida?

—Sólo si antes me explicáis los porqués.

Con los codos apoyados en la mesa, Malavita entrelazó los dedos bajo la barbilla, sin abandonar el arma blanca.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Conocía a Rudolf Grünenwald mucho más de lo que os di a entender. Le proporcionaba obras para engrosar su pintoresca biblioteca. Era un confidente de Johann der Beständige de Sajonia y lo informaba cumplidamente de los movimientos del ejército cesáreo en Italia. Después del Saco, sus pagadores comenzaron a entregarle dinero para adquirir reliquias y luego quemarlas. Demasiado tentador, incluso para un luterano fanático. Debió de darse cuenta de que destruir los tesoros sacros de esta ciudad era como tratar de vaciar el océano con las manos. Cuando, por un capricho del azar, la Verónica de la basílica de San Pedro acabó en su poder, los luteranos descubrieron su desobediencia y decidieron matarlo.

—Pero vos os adelantasteis.

—En una de mis visitas, emponzoñé su despensa. Después, fingí preocuparme por él y, una vez que me abrió la puerta, empleé mi daga. —Alzó el arma filosa que sostenía en la mano—. No me lo reprochéis: Grünenwald era soldado fornido; yo soy un artista refinado, y, en cualquier caso, era cuestión de tiempo que los alemanes acabaran con su vida. Residía allí, recluido, encastillado en su morada. Para envenenarlo, utilicé el oropimente de mis pinturas. Albayalde, cardenillo, bermellón…, en el taller de cualquier artista hay suficiente materia prima como para asesinar a todo un ejército.

—*La Eneida*, de Virgilio.

—En efecto. Esa fue la excusa para mi anteúltima visita: un obsequio entre amigos. «*Timeo Dañaos et dona ferentes*», dice el libro segundo: «Temo a los griegos incluso cuando traen regalos». El caballo de Troya…, y mi apodo es *Il Greco*, ¿recordáis? Por supuesto, Grünenwald no se molestó en leerlo: su obsesión germánica lo condenó. Si al menos lo hubiera hojeado, habría visto el pasaje subrayado.

—Después, envenenasteis a Costantini con otro regalo: la antiquísima botella de vino Falerno de la que ambos bebisteis, otro obsequio acompañado de un ejemplar de *La Eneida*.

—Tal circunstancia hizo que el mayordomo no viera necesario interrumpir nuestro pequeño homenaje para darle trabajo al catador. Poco antes, había averiguado cuál es el antídoto de Caravita contra el arsénico: carbón en polvo mezclado con aceite de oliva. Condenadamente sencillo, ¿verdad? Y condenadamente caro, debo añadir. A cambio, tuve que entregarle a Caravita uno de mis mejores cuadros. Aun así, la tarea no resultó sencilla. El antídoto ha de ingerirse poco antes o después del veneno. Así que ambos bebimos la ponzoña embotellada y después me excusé para acudir a las letrinas, donde tragué el óleo de Caravita, antes de reincorporarme a la mesa.

—Más tarde, de madrugada, saltasteis el muro del jardín para acceder a la biblioteca y os llevasteis la Vera Cruz —prosiguió Giovanna—. Sabíais que una dosis alta y repentina de arsénico le

dejaría úlceras en las entrañas, y que las sospechas recaerían sobre Elisabetta. Una meretriz relacionada con hechiceras y un cardenal con aficiones nigromantes. La historia se escribiría por sí sola.

Él se rio entre dientes. Fue una risa extraña, como arrancada en contra de su voluntad.

—Sí, lo admito: actué como un amante despechado. Muy mezquino por mi parte, y, sin embargo, también atesora una cierta justicia poética, ¿no creéis?

—Vuestro modo de dejar los cadáveres. ¿Un mensaje oculto? ¿Una forma de que las sospechas recayeran sobre brujas y nigromantes? ¿Un modo de demostrar vuestro ingenio, o de proclamar, a quien estuviera a nuestra altura intelectual, que no sois un burdo matarife?

—Sí, exactamente. ¿Acaso os decepciona? ¿Buscabais alguna revelación trascendente para otorgarle un sentido más elevado? El afán de reconocimiento es lo que impulsa a todo artífice, incluso si vive una existencia tan miserable como esta. —Hizo un gesto alusivo a la ruinas—. He pasado toda mi vida artística ocultando la autoría de mis obras. Primero, realizando pinturas que firmaba mi maestro; después, como un anónimo falsario. Merezco algo de crédito, ¿no creéis? En mis creaciones, siempre dejo alguna evidencia escondida que permita revelar el engaño: un pigmento desconocido por el artista, algún elemento de la composición fuera de época. Sólo esa furcia, Beatrice Mezzanotte, ha logrado desenmascararme. Fue ella quien acompañaba a Strozzi cuando le ofrecí las pinturas.

—Entregasteis a Strozzi una dosis adulterada de cantárida. La tomó antes de yacer con una meretriz y pereció con una erección y una máscara de Príapo.

—¿En serio? ¡No lo sabía! —Malavita soltó una zafia carcajada y dejó, con un sonoro golpe, la daga sobre la mesa para batir palmas —. La diosa Fortuna ha querido que Strozzi empleara mi bebedizo en una de sus orgías y falleciera de una forma tan deliciosamente lírica. Por supuesto, sabía de sus problemas de impotencia. Un galán tan apuesto y bien dotado… Dios da pan a quien no tiene dientes,

¿verdad? En una de nuestras licenciosas reuniones, le hablé de la cantárida y se mostró entusiasmado. Una vez más, advertí a mi víctima de los peligros del regalo. No pareció importarle, y, junto al filtro amatorio, recibió una edición de *La Eneida*. Aunque, sin duda, os preguntaréis por mis motivos. Una semana antes, Strozzi me había entregado el relicario con el Santo Ombligo para restaurarlo, y la oportunidad resultaba demasiado propicia como para desaprovecharla. Le entregué un concentrado de cantárida, letalmente elevado, para asegurarme de que jamás me reclamase la reliquia. Lo cual nos lleva a la gran pregunta que, sin duda, tenéis en mente.

—¿Por qué? —dijo Giovanna—. ¿Por qué cometer esos crímenes? ¿Por qué robar esas reliquias y no otras?

—La respuesta la tenéis, literalmente, ante vos. —Tras apoyar la testa en el respaldo, sin soltar en ningún momento la daga, los ojos de Malavita se volvieron lentamente hacia la pintura depositada en el caballete—. El retrato perfecto de Jesús, elaborado a partir de una pintura aquerópita. La Verónica de la basílica de San Pedro es el lienzo, y con la Vera Cruz fabriqué el bastidor. El Santo Ombligo me aportó el pigmento de momia necesario para la carne, y el brazo de Santa Ana, el carbón de hueso para el negro. Con el lapislázuli del relicario obtuve el azul para el manto. Pigmentos mezclados con el óleo sagrado de la archibasílica de San Pablo Extramuros. No hay una sola onza de esta pintura que no proceda, de forma directa o indirecta, del Redentor. Ya sean reliquias reales, vestigios de su cuerpo o restos sacros *ex contacta*. Quizá yo no sea capaz de evocar el rostro de Cristo merced a mi propia inventiva, pero sí puedo realzar, con mi torpe mano, la obra sagrada de Dios. Este será mi legado, gracias al cual pasaré a la posteridad. —Y añadió, a modo de apoteosis—: Y ahora que os he explicado *mi* verdad, contadme la vuestra. ¿Cómo supisteis que yo era el asesino?

Afán de reconocimiento, por eso hablaba con ella. Su triunfo y creación suprema no existirían si no los compartía con alguien.

—Por supuesto, os lo diré. —Giovanna aún mantenía las manos

sobre el regazo—. Y una vez que os hayáis asegurado de que nadie más acudirá a vuestro cubil, me mataréis. ¿No es cierto? Sin embargo. —Alzó el dorso de la diestra, para mostrarle un anillo con la cápsula abierta y vacía.

Al comprender lo sucedido, Malavita trató de ponerse en pie, le fallaron las piernas y tuvo que apoyarse en la mesa.

—¿Acónito? ¿Arsénico? —preguntó.

—Cicuta, más rápido y letal. Un sabor picante, enmascarado por las especias. Conocéis los síntomas, ¿verdad? Salivación excesiva, sed, náuseas, dolores en las entrañas. Las piernas se debilitan… Una parálisis muscular que acaba afectando al sistema respiratorio. Muerte por asfixia. No existe antídoto.

—*Maledetta puttana!* —Malavita blandió la daga y apenas pudo dar un paso antes de que ella tomara una lámpara de la mesa y arrojara su aceite sobre el cuadro. Después, tomó el otro candil y aproximó la llama al lienzo—. ¡No! —gritó el pintor, con la mano extendida y el pánico dibujado en su rostro—. ¡No lo hagáis, os lo suplico!

Al verlo desmoronarse sobre la mesa, Giovanna volvió a sentarse ante el retrato. Cubriéndose el rostro con las palmas de las manos, el pintor comenzó a sollozar:

—Bien. Muy bien. Habéis visto un punto débil y lo habéis utilizado. Astuta, cruel y retorcida, como todas las hembras. ¿Vais a quedaros ahí, mirándome, mientras perezco?

—Creedme, he hecho cosas peores —dijo Giovanna en tono apacible—. Y, aun así, cumpliré con mi parte. ¿Cómo pude deducir que sois el asesino? La Verónica falsa que llevamos a la fiesta de Strozzi superó el peritaje más riguroso imaginable: el examen del jefe de los canónigos de la basílica de San Pedro. ¿Cómo era posible? Esa cuestión me intrigaba, y, sin embargo, la respuesta resultaba obvia: porque era la auténtica. Costantini vivía obsesionado con la construcción de nueva basílica, y desesperado porque, a falta de dineros, las obras se habían abandonado. Descubrió vuestro talento para falsificar pinturas y concibió un plan:

emplearía *La clave de Salomón* para invocar a un demonio que lo ayudara a edificar el gran santuario del pueblo de Dios, igual que antaño hiciera el rey Salomón. Por eso, os encargó una réplica perfecta de la Verónica. El cardenal acostumbraba a rezar a solas ante la reliquia, así que, una noche, en la capilla, cambió el lienzo auténtico por vuestra copia. Unos meses después, los lansquenetes asaltaron la basílica de San Pedro y la Verónica falsa acabó en manos de Grünenwald. Vos lo asesinasteis para apoderaros de ella, sin saber que, en realidad, se trataba de vuestra propia creación.

»El asesino de Costantini no quiso sustraer la Verónica de su gabinete. ¿Por qué? Desde el principio, la respuesta se antojaba evidente: porque estaba convencido de que era falsa. ¿Y quién podía creerlo, sino el autor del fraude? Es decir, vos. "Una copia capaz de engañar al mismísimo diablo", solía decir el cardenal, y asumimos que la empleaba en sus rituales nigromantes. La vanidad de Su Reverencia no era tan desmedida como para tratar de engañar a un demonio. Para sus invocaciones, utilizaba el verdadero rostro de Cristo.

—¿Entonces, mi pintura?

—Así es. Habéis calcado vuestra propia obra.

—Una, copia de, una copia. —El pintor entreabrió la boca para añadir algo más; quiso respirar, mas no pudo, y jadeó. Los ojos de Malavita enrojecieron, intentando contener las lágrimas. Gruñía de dolor, y se desplomó ante ella; su pecho subía y bajaba a un ritmo irregular, hasta que finalmente se detuvo.

—Ya podéis salir, Julio —dijo Giovanna en español, con los ojos verdes aún clavados en el cadáver. Tras un parpadeo, se giró hacia el corredor en penumbra.

—Antes, dejad sobre la mesa el *stiletto* que ocultáis en la manga —dijo el capitán—. No os hará falta.

La experta en venenos depositó la afilada daga sobre el mantel y, por vez primera, Julio vislumbró el pomo en forma de alacrán del arma con la que había dado muerte al sicario en el corredor de la abadía.

—¿Cuánto tiempo habéis estado ahí? —preguntó Giovanna, encarándose a él.

—El suficiente. —Julio se detuvo ante el cadáver.

—¿Venís solo? —dijo ella, con la mirada extraviada.

—Mis hombres llegarán pronto. Pensé que antes podríamos resolver esto con discreción —declaró, adentrándose en el círculo de luz—. ¿Dónde está vuestro acento boloñés?

—*Se preferisci il napoletano, me dai na voce*. —Y después, le habló con un deje apulense—. *O il toscano?*

—Entonces, ¿no sois boloñesa?

—No del todo. —Giovanna halló sus zapatos sobre un arcón y comenzó a calzarse. El capitán español cerró los ojos e inspiró hondo.

—Marchaos. No quiero que resultéis herida.

—Demasiado tarde, Julio. Estoy más herida de lo que podáis imaginar… —Hizo una pausa y bajó la vista—. Acabé sola, sin dinero. Sin hogar. Sin nombre ni identidad. Pérez me explicó lo emotivo que fue mi funeral. Muy pocos acudieron a llorarme. El resto ya lo sabéis, o podéis imaginarlo. —Púsose la jornea sobre el vestido y se recogió el cabello en un moño.

—¿Quién sois?

—He sido médica, actriz, criada, bibliotecaria y una chica boba que parecía no enterarse de nada. He sido lo que la ocasión requería. He obtenido información gracias a toda suerte de promesas vacías y engaños. Mas no hay tiempo para eso. Tengo algo importante que contaros.

—¿De qué se trata?

—Sileno no es quien pensáis.

—¿Qué os hace creerlo?

—Está vendiendo la cifra general —declaró ella, solemne, y el capitán exhaló el aliento.

—Sólo era un ardid, Giovanna. Para poneros a prueba. Por eso os puse en contacto con él.

Ella sacudió la cabeza y decidió sentarse con el estuche sobre el

regazo.

—No —dijo—. La está vendiendo. De verdad. —Entrecerró los ojos y se apoyó en el respaldo—. Sileno pensó que yo le serviría de intermediaria con Johann der Beständige… después de haberle vendido el cifrado a Francia.

—¿Sois una agente luterana?

—Sileno ha sido un traidor durante casi una década —dijo la italiana, y él la observó con la confusión dibujada en el rostro—. En Barcelona, comenzó a filtrar información a los franceses. Y ahora ha intentado hacer lo mismo, aquí, en Roma. Conmigo.

En ese instante, Juanillo y el resto de la escuadra irrumpieron en el círculo iluminado, seguidos de Antonio Malfatto y su pareja de sicarios. El rostro del refrendario, envilecido por el odio y un manto de pústulas, exhibía una macabra sonrisa con la que mostraba sus dientes de oro. Los ojos entrecerrados escrutaban a la mujer como si evaluara las posibles opciones del tormento.

Giovanna mudó de expresión y, al percibir aquel sutil cambio, el corazón del andaluz se aceleró. Intentó procesar aquella absurda revelación. Si la italiana, en efecto, era una espía luterana, su misión consistiría en apoderarse de la Verónica, y, de no hacerlo, sobre ella pesaría una sentencia de muerte similar a la de Grünenwald.

—Si no entregáis la Verónica a Johann der Beständige, os matarán —dijo Julio en voz alta.

—Y si vos no se la entregáis a Juan Pérez, él os matará —replicó ella con sencillez—. Es una elección sencilla: tomad la acertada.

—Las decisiones tienen consecuencias —intervino Malfatto—. Hay muchas maneras de llenar los cementerios.

—Lo sé —respondió Julio—: yo soy una de ellas. Juanillo…, si vuelve a abrir la boca, matadlo. —Los soldados españoles rodearon a los tres italianos. El capitán se giró hacia Giovanna y señaló la tela —. Lleváosla. Fui yo quien quiso poneros a prueba. Lamento haberos metido en todo esto.

Por un instante, la frente de la mujer se crispó. Julio pudo ver sus brazos temblar. Cuando recompuso la expresión, parecía una

persona distinta.

—Son cosas que pasan —dijo con frialdad.

—No debería ser así.

—Son cosas que siempre me pasan —añadió, con una convicción despiadada—. Desde hace años, la mentira y la manipulación han sido mi forma de vida, y vos, Julio, sois un pobre diablo.

—No vais a conseguir lo que deseáis —le advirtió el capitán, y ella frunció los labios.

—Nunca hubo una madre enferma y arruinada, ni tampoco un familiar rehén —prosiguió, reflexiva—. Todo este tiempo os he mentido. No empecé en esto forzada por la necesidad, o porque alguien me embaucase. Soy ambiciosa, ya lo sabéis. Os seduje para obtener información, como hice con Hartmann. Para manipularos. ¿Por qué otro motivo podría estar interesada en vos?

Lo miraba fijamente a los ojos, deseosa de compartir aquellas partes de sí misma que podrían dañarlo, y en la mente de Julio todas las piezas encajaron. Falsedades sugeridas y verdades a medias desfilaron sobre la oscura pantalla de su memoria. Todos los gestos, las miradas, las palabras y los silencios se desnudaron de inocencia. Preciados momentos quedaron manchados de engaño. El dolor y la duda le corroían las entrañas.

—Sois una buena actriz —concluyó, después de escrutar su rostro impasible—. Ahora entiendo vuestra afición al teatro. Llevaos la tela y dejad de fingir.

—Fingir ¿el qué? ¿Que soy una espía? —soltó a bocajarro—. ¡Pues lo soy! Una espía de la Serenísima ramera y del amo de Lutero. Vos lo sabíais y no os importó con tal de intimar con una mujer a la que no tuvierais que pagar. Pero no os engañéis: eso también fue por dinero. —Pronunció la última palabra con un énfasis despiadado—. No deseo vuestra generosidad, no soporto vuestra compasión. Vuestra nobleza me da asco. ¿Pensáis que cambiará lo que hicisteis durante el Saco? ¡Sois patético!

Empleaba toda la munición a su alcance, y Julio no quiso que siguiera hablando.

—Como queráis —respondió, tomando el lienzo de sus manos—. Sé que podéis apañaros sola.

Con el corazón sumido en una ciénaga, vio cómo abandonaba la estancia, se frotó las sienes y trató de serenarse. No podía hacer nada…, salvo concluir la tarea que le habían encomendado.

—Dejadme —les dijo a sus hombres con la Verónica bajo el brazo —. Necesito estar solo.

Abandonó el antro con paso vivo y sin mirar atrás, perdido en sus pensamientos. Su antiguo oficio había hecho que Julio se preciara de calar a la gente. Percibía semblantes, gestos, ropajes, escuchaba palabras, mas en su mente se transformaban en historias de vida. Intuía a los alcahuetes a una legua de distancia, a los pederastas desde aún más lejos. Viste bien a un rufián, hazlo lucir como un hidalgo, y él lo vería tal como y era; percibiría ese brillo ruin en los ojos, recordándole cuáles eran sus más oscuros anhelos. Sin duda, Giovanna poseía sus propios talentos. Tal vez no quiso ver más allá de lo que parecía ser: hermosa, cultivada, inteligente, encantadora y, por algún motivo ignoto, a su alcance. De todas las personas que había conocido sólo Giovanna había logrado engañarlo.

Una hora más tarde se descubrió en el Campidoglio, sin saber muy bien cómo había llegado. Necesitaba alejarse aún más, y deambuló sin considerar un destino. El algún momento empezó a caer un calabobos y la lluvia le empapó hasta el tuétano sin tan siquiera darse cuenta. Deambuló como un espectro por las calles desoladas y en la plaza Farnese se dirigió a la taberna más próxima. Angosta, mugrienta y con el punto más lúgubre que permitía lo estridente; llamarlo tugurio sería pura bondad. Las bachilleras del abrocho se apiñaban en torno a una sucia mesa, entre mozuelos y arlotes travestidos que hacíanles la competencia y, en caso de irrumpir los alguaciles, harían pasar por sobrinos.

—Un jarra de vino —ordenó Julio, apoyándose en la barra.

Decían que Baco había ahogado a más hombres que Neptuno, y decidió aplicarse a la tarea. El primer sorbo resultó agrio, y, cuando tomó el segundo, le supo aún peor, aunque el vino hubiese sido

bautizado. Una buscona lo sujetó del brazo para preguntarle si le gustaban las hembras. Dado el lugar, la pregunta no era insidiosa. Mas Julio no quería nada del mundo ni de sus moradores; no tenía más ficciones que compartir, ni deseaba experimentar otras. Quiso recrearse en el efímero olvido que le otorgaba el vino. En un urinario fétido vomitó bilis durante lo que se antojaron horas, y, al regresar a la barra, la ramera se había esfumado.

Traspasar ebrio el umbral de La Lozana Andaluza supuso un duro retorno. En su cuarto todo seguía igual, tal y como lo había dejado antes de marchar a Florencia, salvo el atronador silencio. Dondequiera que mirase hallaba recuerdos, y todos dolían. Se derrumbó sobre el camastro y recordó su misión, lo único que aún le quedaba, y, antes de perder el sentido, se aferró a la tarea con una desesperación fanática.

XIX

Una veintena de abetos, imponentes en su altura, se alzaba como centinelas en torno al muro que custodiaba el monasterio de Campitelli. La brisa matinal hacía gemir la fronda y arrastraba el perfume de la resina caldeada por el sol. Más allá del arco de entrada, las risas infantiles aportaban una dulce melodía al repicar de las campanas. En el ajado portalón alguien accionó la aldaba y, tras un chasquido, se entreabrió y a través del resquicio asomó el cauteloso rostro de una anciana.

—¿Quién anda ahí? —dijo, y un acento véneto coloreó sus palabras. Lucía un sencillo hábito oscuro con un crucifijo de boj sobre el velo blanco. A su lado, otra monja aguardaba, con una postura ensayada que revelaba años de autoridad incuestionable.

Ante ambas, el vestíbulo empedrado se mostraba desierto, salvo por un arqueta de olmo. La abadesa dio unos tímidos pasos y se atrevió a levantar la tapa. Al contemplar el contenido del cofre, sus ojos se abrieron hasta engullir los párpados. Después, hincó las rodillas en tierra y, tras santiguarse, comenzó a dar gracias al Altísimo.

Para entonces, Julio regresaba a la plaza Navona. Teñidas de ámbar, las calles de Roma ofrecían una insólita belleza que hasta entonces a sus ojos había permanecido oculta. Alguien le había enseñado que una ciudad podía ser hermosa aun en ruinas; que todos los caminos podían llevar a un único lugar; y que quienes

destruían ciudades también podían salvarlas.

Entró en el comedor de La Lozana Andaluza para llenar el buche antes de acabar con todo. Había transcurrido un mes desde que aceptó aquella maldita tarea; le costaba creer que estuviera a punto de concluir, ya fuera de un modo u otro. Se sentó ante una de las mesas, estiró la espalda e hizo una mueca. Esa misma mañana, al asearse, se había cambiado los vendajes del espinazo, que lucía como la paleta de un pintor manierista.

—Buenos días tenga voacé —le saludó Claudia—. ¿Deseáis algo?

—Macarrones a la… —empezó Julio a decir—. Disculpad: *ravioli* a la boloñesa.

Antes de marcharse, Aldonza había legado La Lozana Andaluza a esa moza piamontesa. Gracias a ello, la mancebía podía conservar, si no el adjetivo, al menos el nombre. La nueva dueña sonreía a Julio a la manera insolente de las mozas recién despertadas al poder de su encanto, ignorantes de los muchos peligros de coquetear con soldados. Era hermosa y dolorosamente joven y le sonreía, mas Julio decidió ignorarla.

Después del almuerzo, se reunió con Juanillo, Abencio, Damián, Delicado y Guillem, quien había retornado de Nápoles con los huesos de San Mateo y San Andrés, un paño impregnado con leche de la Virgen y otros vestigios sacros. El bachiller estrenaba gorro de tafetán sobre su rostro enjuto recién afeitado. El antiguo doblesueldo también había enlucido su aspecto, merced a una estridente amalgama de gorra emplumada, calzasbragas y jubón abullonado, amén del montante, símbolo de su antiguo rango tras superar el examen de la Hermandad de San Marcos, aunque ya no pudiera blandirlo.

—Os destituirán —le advirtió Juanillo, recordándole que el día anterior había dejado escapar a una espía luterana.

—En el mejor de los casos —convino Julio—. Ninguno de nosotros conservará su rango. ¿Estáis listos?

Los oficiales asintieron con ferocidad militar, tomaron las arcas con las reliquias y se dirigieron con paso firme hacia el Borgo

Vaticano. Los presagios de un tormenta invernal comenzaron a oscurecer el firmamento romano. Una brisa corría sobre el Tíber y barría las calles, arrastrando hojas muertas y desechos al tiempo que agitaba los pendones de Sant Angelo. En la entrada al Palacio Apostólico, los criados estiraron el cuello cuando los vieron llegar desde la plaza de San Pedro.

La escuadra atravesó los jardines del Belvedere, un vergel rodeado por tres pórticos monumentales a distintos niveles. Entre estatuas, fuentes y estanques, el sevillano, con paso sosegado, los condujo hasta un patio octogonal. Las ocho hornacinas del sombrío claustro exhibían otras tantas esculturas: un Apolo, una Venus, un Hércules, una Ariadna… y, entre ellas, descollaba una mole marmórea, la retorcida figura de un coloso barbado estrangulado por serpientes marinas junto a una pareja de muchachos. La rabiosa mirada de Laocoonte se alzaba a los cielos, reprochando a los dioses aquel inmerecido tormento.

—Dicen que Miguel Ángel se pasaba horas aquí sentado, contemplándola —comentó Juan Pérez, de pie ante el conjunto escultórico—. La descubrieron en unos viñedos de Santa María la Mayor. El escultor de Caprese convenció al papa de que la adquiriera por seiscientos ducados para engrosar la colección del Museo Vaticano.

Los soldados se detuvieron y el capitán asintió, pues conocía la historia.

—Un hermoso lugar —contestó, sin querer comprometerse.

—Un reducto de paganismo —replicó el secretario—. En un escrito reciente, Erasmo reprocha a los romanos vivir en una nostalgia idólatra: «Vuestros ojos se recrean más con la representación de las Bacanales, llenas de indecencias y obscenidades, que con la de resurrección de Lázaro o el bautismo de Cristo».

—Las imágenes de Jesús, María y los santos son, según vos, idolatría —dijo el soldado—, y los motivos del arte antiguo resultan irremisiblemente paganos. ¿Acaso debemos pintar y esculpir lacerías

y atauriques como hacen los mahometanos?

—La veneración de un objeto lo convierte en ídolo.

—Imágenes, que no ídolos —precisó Julio—. El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, mas no es un ídolo, sino su creación y representación terrenal.

Sus palabras habían aflorado mucho más airadas de lo que hubiese querido, y observó cómo transformaban el rostro avejentado del secretario. No era irritación, sino desprecio, lo que moldeaba sus rasgos marchitos, y Julio no pudo culparlo, pues compartía el sentir.

—¿Traéis las reliquias? —preguntó una voz a sus espaldas.

Una docena de clérigos escoltados por una escuadra suiza surgió del pórtico. El cardenal Lorenzo Campeggio lucía bolsas bajo los ojos grises y un aspecto fatigado; su voz de barítono sonaba escéptica y amenazante, aunque exhibía una serenidad cultivada. A su diestra, tan siniestro como de costumbre, caminaba Antonio Malfatto.

Julio de Castillo tomó el cilindro de cuero que llevaba bajo el brazo y caminó hacia el corazón del Cortile Ottagono. Las hojas muertas crujieron bajo sus pies y la escolta pontificia se hizo a un lado. Mantuvo la cabeza bien alta cuando abrió el estuche y extendió la Verónica sobre una mesa marmórea. Después, hizo un gesto a Juanillo, quien abrió el arca con el cráneo de San Andrés y la Vera Cruz, recompuesta a partir del bastidor de la pintura de Malavita.

—Ya os entregamos la Lanza de Longinos —declaró Julio—, además de las reliquias de la biblioteca de Costantini y la residencia de Hartmann. —Y señaló los tres arcones—. Con esto, estarían todas las reliquias *reales*, tanto insignes como notables y menores.

Boquiabierto, el cardenal Campeggio dio dos pasos al frente y extendió sus huesudas manos sobre el lienzo sacro, como si deseara caldearse las palmas con su aura sagrada.

—Nicholas Hartmann fue liberado anteayer —dijo el religioso con voz trémula—. Su Santidad cumplirá con lo acordado y entregará la otra mitad del rescate. Confío en que el emperador cumpla con su promesa y el ejército cesáreo abandone Roma en el plazo acordado.

—Contad con ello —declaró Juan Pérez, satisfecho.

El delegado papal hizo un gesto perentorio a su séquito, para que recogieran aquellos tesoros, como si temiese que los españoles cambiaran de parecer. Al llegar a la sombra del pórtico, se detuvo al percibir la implacable mirada de Malfatto.

—Una cosa más: vuestra agente —murmuró Campeggio—. El referendario nos ha informado de que…

—Es una traidora —dijo el secretario imperial—. Será ejecutada.

El referendario de la Segnatura di Giustizia gruñó de frustración. Su mirada seguía apuñalando a Julio. A regañadientes, Malavita tuvo que retirarse cuando la comitiva del cardenal se adentró en lo más profundo de la sala marmórea. El secretario imperial se ajustó las lentes y le dijo a Julio:

—Podéis marcharos.

Nada más. Ninguna retribución. Ningún castigo. Ningún reproche. Un inmenso alivio se adueñó de Julio, y, sin embargo, se encaró al secretario.

—¿Habéis escuchado lo que os he dicho? —dijo Juan Pérez.

—¿Eso es todo? ¿No vais a decir nada más? —preguntó Julio, en contra de su buen juicio.

Juan Pérez de Pineda hizo un gesto a Juanillo y al resto de sus hombres para que se retiraran. Julio asintió y sólo entonces obedecieron. El eco de sus pasos reverberó en el patio octogonal hasta que el capitán y el secretario quedaron a solas.

—Hemos cambiado la cifra en toda nuestra red de inteligencia. —Pérez tomó sus antiparras y comenzó a limpiar las lentes con un trapo—. Sileno logró escapar. Su verdadero nombre es Heinrich Hittrichfeitl. El hijo de un relojero, natural de Estiria, una región montuosa de los Alpes austríacos. Por lo visto, se lucraba vendiendo la cifra general. Desde hace años, esto nos suponía un quebradero de cabeza: nuestros secretos llegaban una y otra vez al enemigo, e ignorábamos el porqué. Decidimos confiarle información falsa a cada uno de nuestros espías, para averiguar quién se iba de la lengua…, sin el menor éxito. No podíamos imaginar que el perlustrador del virrey de Nápoles hubiera filtrado la cifra. Así que podéis haceros

una idea de la conmoción que nos supuso cuando se lo revelasteis a Giovanna…, sumado a las sospechas que teníamos sobre vuestra merced.

—¿Pensabais que yo era un traidor? —preguntó el capitán, bajando la voz hasta convertirla en susurro.

—Sabíamos de vuestras deudas, desconfiábamos de vos. —Pérez se aseguró de que la afirmación resultara intimidante—. Hace unos meses, nuestro gabinete negro interceptó un mensaje del servicio de inteligencia francés y pudimos identificar a su principal agente en Roma.

—Aldonza.

—Sospechábamos que le facilitabais una información que ella, a su vez, entregaba al embajador de Francia. O quizá.

—O quizá yo era demasiado indiscreto en el lecho.

—En cualquiera de los casos —prosiguió el secretario—, comprenderéis nuestros temores cuando Su Santidad insistió en encomendaros la tarea de recuperar las reliquias. Sobre todo cuando empezasteis a sisar de la bolsa y permitisteis que Aldonza escapara.

Esta revelación hizo que lo ocurrido cobrara sentido en la mente de Julio: los motivos por los que Giovanna había desconfiado de él desde el principio; sus reticencias a reunirse con Sileno, dándole una oportunidad tras otra de retractarse en aquella calle nevada.

—Si yo no hubiera salido del estudio de Malavita con la Verónica —señaló Julio—, ahora mismo estaría en el patíbulo.

—Así es.

—Ordenasteis a Giovanna que se me sedujera.

—Sus instrucciones eran poneros a prueba, comprobar si estabais dispuesto a vender información al enemigo. Cualquier otra cosa que ella hiciera fue por voluntad propia. Ignorábamos que os habíais puesto en contacto con Sileno, y cuando supimos de la obsesión luterana por la Verónica…

—Os temisteis lo peor.

—¿Acaso podéis culparnos? —La mirada de Pérez contenía un implacable reproche—. Ayer no pudo deciros la verdad ante vuestros

hombres. Y, mucho menos, ante Antonio Malfatto, la mascota de los Orsini, los viejos enemigos de nuestros aliados, los Colonna. Habría puesto en peligro toda nuestra red de espionaje en Roma y Nápoles. Giovanna se dio cuenta de que vuestros sentimientos habían adulterado la prueba de lealtad. No sé qué os dijo, supongo que resultó hiriente. Tenía que convenceros de que os llevarais el lienzo y mostrarse ante Malfatto como una agente de Johann der Beständige de Sajonia. Así el referendario informaría de ello a los Orsini.

—También yo desconfiaba de vos —admitió Julio—, y quise obtener información por mi cuenta. Admito que fue un error. ¿Giovanna es una agente doble?

—Trabajaba para nosotros incluso antes de que el Consejo de los Diez se pusiera en contacto con ella. Su labor en la conjura de Gerolamo Morone consistía en convencer a los venecianos de que Fernando de Ávalos iba a traicionar al emperador. Les enviaba informes sobre su desmedida ambición, sobre sus continuas desavenencias con Lannoy y Borbón…, hasta que Morone, confiado, le expuso a Ávalos los detalles de su plan y, de este modo, logramos desbaratarlo.

—Y, a esta causa, el Consejo de los Diez comenzó a sospechar de ella y envió un mensaje encriptado para exponerla. Así sería ejecutada, mas, en su lugar, se desvaneció. La hicisteis desaparecer sin que lo supiera el resto de gabinetes negros del Emperador.

—Nuestro correo estaba intervenido, era el único modo de mantenerla a salvo. A ella y a lo que aún queda de su familia.

—¿Asesinó a nuestro embajador en Wittenberg?

—Era un traidor. Vendía información a Johann der Beständige. Debíamos actuar con presteza y allí no podíamos apresarlo, así que el Consejo de Estado decidió eliminarlo —sentenció el secretario.

—Una agente triple. Una cazadora de traidores. Una asesina.

—Giovanna perdió a la mitad de su familia a manos de los turcos. Su mayor anhelo es la paz en Italia. Desea que esta guerra termine con una victoria imperial.

—¿Puedo verla?

—No.

—¿Por qué? ¿Está en peligro?

—Ella siempre está en peligro. Acaba de marchar a Nápoles.

La mirada del capitán se alzó por encima del pórtico del Belvedere y, tras unos instantes de júbilo, descendió hasta el secretario imperial.

—¿Estoy libre de cargos? —preguntó.

—De momento sí —declaró Juan Pérez—. Lo único cierto que os dijo Sileno es que, una vez que se ha entrado en este juego, resulta imposible salir vivo de él. Sabéis demasiado, y habéis demostrado cierta valía.

—¿Y eso qué significa?

—Que seguiréis trabajando para nos, en el gabinete negro del Consejo de Estado.

Ante aquella revelación Julio permaneció tan impávido como las estatuas que decoraban el patio.

—Una última pregunta —dijo—. ¿Cómo supo Giovanna que yo acudiría al estudio de Malavita?

Esta vez, Juan Pérez sonrió.

—Porque os conoce…, mejor que vos mismo. —El secretario le dedicó un ademán de despedida—. Dios os guarde, Julio.

En el Cortile Borgia se reunió con el bachiller, quien acariciaba con el pulgar su viejo anillo de esmeralda. Un gesto que delataba el regocijo que, en esos momentos, sentía el clérigo enjuto y achaparrado.

—¿Todo bien? —inquirió Delicado—. ¿Podemos irnos?

—Antes debo cumplir una promesa —dijo Julio, y juntos se adentraron en la basílica de San Pedro. Pronto se celebraría la misa de Epifanía y la atmósfera era de ansiosa laboriosidad. El umbrío interior estaba impregnado del aroma del incienso, la pálida luz de enero fluía de una nave a otra. Las suaves voces de los clérigos resonaban en el inmenso espacio, distantes como fantasmas, y las bisagras de las puertas broncíneas gimieron a su paso.

Caminaron por el corazón espiritual de la Cristiandad hasta

detenerse ante la efigie de la Madonna del Soccorso. El capitán depositó unos alhelíes tomados del convento de Campitelli y se santiguó antes de murmurar un padrenuestro. Más allá del enrejado, ante el fresco de la Madre de Dios, los fieles habían depositado sus ofrendas y, entre las rosas secas y las velas extintas, Julio descubrió unas flores acampanadas de tonos violáceos. Tomó una, intrigado. Infinidad de veces había visto aquella planta en los márgenes de los caminos y en parajes umbríos, su madre le había advertido del peligro que encarnaba. No era el único motivo por el que aquella ofrenda resultara insólita.

La belladonna sólo florecía en verano.

—¿De qué se trata? —inquirió Delicado.

—El mensaje de una amiga —dijo Julio, y la comisura izquierda de su boca se alzó en una mueca al guardársela—. Vámonos. El oficio está a punto de comenzar.

Los romanos se agolpaban en las puertas de la basílica y la llovizna invernal había formado gemas brillantes en el empedrado de la plaza de San Pedro. Los religiosos asistían a los ritos, los artesanos acudían a los talleres, los niños jugaban, los mendigos vociferaban halagos y amenazas para obtener unas monedas. Y, más allá, los palacios del Borgo Vaticano, un escenario de esplendor y decadencia donde los clérigos, los artistas, los príncipes, los escribas, interpretaban su papel. La Ciudad Eterna resurgía una y otra vez de sus cenizas, pues su alma era tan antigua como el mundo.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Julio al bachiller.

—Concluir mi novela, antes de que el mal francés acabe conmigo.

El capitán examinó el aspecto del clérigo amancebado, se fijó en las llagas que afloraban por su escuálido cuello y, por un fugaz instante, recordó el rostro deforme de Malfatto.

—¿Tan importante os resulta?

—De mozo, cuando me agradaba un recuerdo, acostumbraba escribirlo, para no olvidarlo —dijo Delicado—. Con el tiempo descubrí

que, tan pronto como lo hacía, el recuerdo se desvanecía en mi mente, y cuando deseaba rememorarlo, lo único que hallaba era lo que había redactado. Al escribir pongo en orden mi memoria; descarto unos hechos, enluzco otros, les otorgo sentido. Es como elaborar un palimpsesto: letras esbozadas sobre un pergamino con un texto borrado. De este modo, el pasado se convierte en una parte asumible de ti mismo.

—¿Y después?

—Partiré a Venecia antes de que marche el ejército cesáreo —concluyó—. Allí publicaré mi *Retrato de la Lozana andaluza*. Conozco a un buen impresor. Esta ciudad no se mostrará muy hospitalaria hacia los españoles.

—Tal vez lo haga cuando juntos acabemos con la amenaza del Turco.

—Tal vez —concedió el bachiller.

Admiraban los pilares y arcadas que se alzaban imponentes sobre la basílica de Constantino cuando el sol asomó entre las nubes y arrojó sobre el mundo una explosión de luz. Las campanas de San Pedro repicaron con un estruendo broncíneo y una bandada de palomas irrumpió en el firmamento.

—Algún día —dijo Delicado—, estos cuatro pilares sostendrán la cúpula más grandiosa que haya conocido el hombre, y, en parte, habrá sido posible gracias a vos.

Con un abrazo Julio se despidió de él y se giró para reunirse con Juanillo y el resto de la tropa.

—Julio… —le dijo Francisco Delicado, y el capitán, por un momento, se detuvo.

—¿Sí?

—Ego te absolvo.

Apuntes históricos

«La ocupación de Roma en 1527 nos es narrada por una memoria torrencial, modulada en tonos hiperbólicos y truculentos, y comentada por una copiosa historiografía. Los ecos políticos y culturales de tanta literatura, asociados a distorsiones ideológicas, han terminado por oscurecer la memoria de los hechos desnudos. Visiones espantosas y miedos apocalípticos se liberan desde el fondo de las almas, proyectando el acontecimiento sobre la extensa temporalidad del arquetipo, si no del mito».

***La doppia partita del Sacco di Roma*, Claudia Conforti (2021).**

La novela que tiene en las manos parte de un hecho verídico: el posible acuerdo entre el emperador Carlos V y el papa Clemente VII para recuperar las reliquias que se habían perdido durante el saqueo de Roma por las tropas imperiales. En su monografía dedicada al Saco de Roma, André Chastel (1997) cita un documento de los archivos vaticanos, titulado «*Instrumentum relationis reliquiarum a militibus Borboni ab urbe extractis*», o «Constatación de la devolución de las reliquias robadas por las tropas de Borbón», que menciona a un capitán español, Julio de Castillo, a cargo de semejante tarea. Una vez recuperados, los tesoros sacros se

reunieron en la basílica de San Marcos, y el 26 de noviembre de 1528 fueron trasladados al Vaticano en una procesión solemne. En 1621, Jacopo Grimaldi, el arqueólogo y archivero de San Pedro, resumió en un opúsculo el modo en que se restituyeron y, unos años después, Gian Lorenzo Bernini construyó unos nichos en los cuatro pilares que sostienen la cúpula de la basílica de San Pedro para albergar las cuatro reliquias mayores, acompañadas por otras tantas estatuas: un Longinos esculpido por el propio Bernini para la Lanza sagrada y una Santa Elena de Andrea Bolgi para la Vera Cruz, junto a un San Andrés de François Duquesnoy y una Verónica de Francesco Michi.

A partir de esta premisa argumental, he desarrollado una trama ficticia que respeta el marco histórico general, utiliza algunos personajes reales y vertebra una serie de hechos documentados. La novela se inicia con una misión encubierta organizada por Hermando de Alarcón para la evasión del papa Clemente VII del castillo de Sant'Angelo, según expone una carta enviada por el secretario Juan Pérez al emperador el 6 de diciembre de 1527, recogida por Antonio Rodríguez Villa en *Memorias del Saco de Roma* (1875). El historiador Edward Boehmer identificó a este Juan Pérez, clérigo y diplomático, con Juan Pérez de Pineda, un religioso nacido en Montilla (Córdoba) adscrito a la Reforma protestante. Después de informar a Carlos V de lo acaecido durante el Saco, pudo regresar a España a principios de la década de 1530 para ejercer el cargo de rector del Colegio de la Doctrina de Sevilla durante casi dos décadas. En este período, pudo relacionarse con círculos protestantes, y, hacia 1555, marchó a Ginebra, donde tradujo el Nuevo Testamento al español y redactó un catecismo que se acomodaba a las ideas de Juan Calvino. A causa de su compromiso con la difusión de las ideas calvinistas en los dominios de la monarquía hispánica, tres años después, Pérez marchó a Frankfurt, donde desempeñó un puesto de cierta relevancia dentro de la comunidad protestante. Fue, asimismo, responsable de la publicación de la obra del erasmista Juan de Valdés, hermano de Alfonso de Valdés, secretario del emperador

Carlos V. Alfonso se labró una carrera en la Cancillería con el respaldo de Mercurino Gattinara, además de redactar el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, en el que presenta el Saco como fruto de la divina providencia, a causa de la corrupción de la jerarquía eclesiástica y a que el sumo pontífice hubiese priorizado sus intereses políticos sobre sus responsabilidades como jefe espiritual de la Iglesia.

El ambiguo papel desempeñado por Juan Pérez de Pineda en la trama de esta novela, y sus opiniones acerca de las reliquias, son una mera especulación que trata de ser coherente con lo poco que sabemos de él. Otro personaje histórico real es Francisco Delicado, un clérigo natural de la Peña de Martos (Jaén) y criado en Córdoba que marchó a Roma en la década de 1490. Debido a sus conocimientos sobre las costumbres judías, se ha propuesto que fuera un converso, tal y como se sugiere en la novela. Aunque también pudo formar parte del ejército de Gonzalo Fernández de Córdoba en su primera expedición italiana de 1494, o quizá estuviera relacionado con el cardenal Bernardino de Carvajal, quien, llegado a Roma como embajador de los Reyes Católicos en 1492, se convirtió en legado apostólico en Nápoles y protector del escritor andaluz. Francisco Delicado era médico y padeció la sífilis, una enfermedad a la que dedicó su tratado *El modo de adoperare el legno de India occidentale*, aunque, como escritor, su obra más célebre es el *Retrato de la Lozana andaluza*, un relato dialogado, protagonizado por una prostituta llamada Aldonza y su amigo Rampín. Esta novela picaresca describe los avatares del oficio más antiguo del mundo en la Roma anterior al Saco. Se imprimió en 1528, en Venecia, ciudad a la que el autor se habría mudado después del asalto de las tropas imperiales, tras lo cual supervisó la edición de varias obras en español, como *La Celestina* y *Amadís de Gaula*.

Algunos rasgos de Julio de Castillo —el protagonista *ficticio* de *Los cuatro pilares*— están inspirados en hechos documentados. En *The Pontificate of Clement VII: History, Politics, Culture* (2005), Anna Espósito y Manuel Vaquero Piñeiro realizan un estudio de setecientas

sesenta actas notariales del archivo del *Collegio dei Notai Capitolini*, puesto que, durante los meses de ocupación imperial, unos cincuenta notarios estuvieron activos en Roma y surgió la necesidad de legalizar las conflictivas relaciones entre la ciudadanía romana y los soldados españoles (no aparecen lansquenetes en los registros). Ante notario, el capitán Juan de Urbina donó treinta ducados a un huérfano de once años que confió a las monjas del barrio de Campitelli, y el alcaide Antonio de Zamora devolvió algunos objetos litúrgicos que habían sido sustraídos de la basílica de San Pedro.

En general, la documentación histórica marca unos hitos insoslayables que siempre he respetado, aunque he tratado de rellenar las lagunas de las fuentes con una ficción razonable. La trama de espionaje se nutre de los trabajos de investigación de Fernando Martínez Laínez (2021), Carlos Carnicer y Javier Marcos (2005). El *Steganographia* de Johannes Trithemius es una obra real, compuesta en la segunda mitad del siglo XV por este abad benedictino, que circuló por Europa en forma de manuscrito hasta que se imprimió en Frankfurt hacia 1606. Tres años después, este enigmático libro fue incluido en el *Index Librorum Prohibitorum* al considerarse un tratado de demonología. A finales de siglo XX, de forma independiente, dos investigadores demostraron que Thritemius se valió de diversas argucias para ocultar varios sistemas de cifrado bajo la apariencia de un grimorio. Para la trama de *Los cuatro pilares* he empleado la interpretación publicada por Jim Reeds en 1998.

Pese a haber utilizado una serie de ingredientes propios del género de misterio —reliquias sagradas, rituales satánicos, asesinatos por venenos, intrigas en el Vaticano—, he tratado de hacerlo desde una perspectiva irónica y desmitificadora. *El testamento de Salomón* es un texto atribuido a este rey veterotestamentario, redactado en griego en algún momento entre los siglos IV y V de nuestra era, que mezcla tradiciones judías con mitología y alquimia griegas, fraguando los cimientos de obras posteriores concebidas para conjurar demonios. En *La clave de*

Salomón, un grimorio bajomedieval de origen italiano, aparecen tanto el texto de la invocación como los elementos del ritual realizado en la biblioteca del cardenal Paolo Costantini, un personaje de ficción.

Los estudios sobre runología, como los presentes en la biblioteca de Rudolf Grünenwald, se iniciaron de la mano del historiador sueco Johannes Bureus (1568-1652), quien combinó su interés por el esoterismo y la historia nórdica para desarrollar, a partir de la cábala judía, un sistema rúnico denominado *Adalruna*. El *Galdrabók*, un grimorio islandés elaborado entre finales del siglo XVI y mediados del XVII, incluye un compendio de conjuros y símbolos mágicos, invocaciones a demonios y a dioses nórdicos, tanto en alfabeto rúnico como en latino. Este interés esotérico por las runas ya estaba presente en los trabajos de los hermanos Johannes y Olaus Magnus (1488-1544 y 1490-1557), unos clérigos católicos exiliados en Italia, donde publicaron sus obras, por lo que he especulado con la posibilidad de que hacia 1527 circularan ya manuscritos sobre runología. Con el paso del tiempo, estos estudios acabaron dividiéndose entre la investigación del alfabeto rúnico como sistema de escritura y el enfoque meramente esotérico. Como en el caso del ocultista austríaco Guido von List (1848-1919), autor de *Los secretos de las runas*, o el lorenés Rudolf John Gorsleben (1883-1930), fundador de la Sociedad Edda, cuyas obras ejercieron una enorme influencia en el movimiento *Volkish* pangermanista y en logias ocultistas como la Germamenorden o la Sociedad Thule. Asesorado por Karl María Wiligut (1866-1946), el Reichsführer-SS Heinrich Himmler fundó la Ahnenerbe, una entidad dependiente de las SS cuyas investigaciones abarcaban desde el alfabeto rúnico a la búsqueda de reliquias, como la Lanza de Longinos o el Santo Grial, lo cual inspiró a George Lucas para su célebre saga cinematográfica de Indiana Jones. Grünenwald es otro personaje ficticio, cuyo apellido he extraído de un breve relato sobre el Saco de Roma redactado en 1527 por un lansquenete tirolés que describe cómo un soldado con este apellido paseaba por las inmediaciones del castillo

de Sant'Angelo proclamando a voz en grito que deseaba comerse un pedazo de las asaduras del papa, para decírselo a Lutero.

Los experimentos con dos reos condenados a la pena capital para probar el antídoto de Gregorio Caravita se realizaron en agosto de 1524 por orden de Clemente VII y bajo la supervisión de Paolo Giovio, como expone Alisha Rankin en *The Poison Triais: Wonder Drugs, Experiment, and the Battie for Authority in Renaissance Science* (2021). En 1813, el químico francés Michel Bertrand ingirió cinco gramos de arsénico, una dosis suficiente para matar a ciento cincuenta personas, y acto seguido engulló un puñado de carbón activo, sin sufrir síntomas de envenenamiento. De este modo obtuvo el primer antídoto contra el arsénico y la estricnina. Algo que me ha permitido fabular sobre la posible composición del óleo de Caravita.

Tanto el Renacimiento italiano como el Siglo de Oro español acarrean su propia leyenda negra. Existe una amplia bibliografía académica que refuta el infame imaginario sobre los Borgia, o los anecdotarios morbosos que convirtieron a la Curia apostólica en una institución endémicamente corrupta con un amplio catálogo de parafilias. Como en su día apuntó Alessandro Luzio en *Isabella d'Este al sacco di Roma* (1908), durante unos meses el asalto a la Ciudad Eterna se convirtió en el epicentro del Renacimiento italiano, pues todas las cortes y grandes figuras se vieron involucradas de algún modo en la catástrofe. No obstante, en la última reedición de la citada obra, Daniele Lucchini señala con acierto que «*Isabella d'Este a menudo se muestra intrigante y especuladora; Federico II, un sinvergüenza perezoso; Ferrante, un joven ingenuo cegado por el amor incondicional a su madre; el papa Clemente VII, un cobarde; Francesco Guicciardini, un pedante teórico totalmente ajeno de la realidad práctica; Baidassarre Castiglione, un lamebotas repugnante. Y así hasta que se tiene una imagen del Renacimiento, y en especial de las cortes renacentistas, como un nido de víboras dispuestas a matarse en cualquier momento y sin escrúpulos*». Unos vicios y pasiones que coinciden con la imagen estereotípica de los europeos del sur, suculentos para cualquier ejercicio literario —ya sean

dramaturgos como Barnabe Barnes o novelistas como Alejandro Dumas y Víctor Hugo—, aunque nefastos para la comprensión de nuestro pasado y, con él, de nuestro presente.

Las atrocidades cometidas por las tropas de Carlos V en Roma pronto se vieron magnificadas a causa del ambiente apocalíptico y milenarista surgido a raíz de la Reforma protestante y del capital simbólico que ostentaba la Ciudad Eterna como sede de la Cristiandad. A pesar de que en *Los orígenes de la Leyenda negra española* el hispanista sueco Sverker Arnolsson (1960) sitúa en la Italia del siglo XV el surgimiento de los estereotipos vejatorios sobre el carácter español, a causa de la expansión mediterránea de la Corona de Aragón y la competencia de los mercaderes catalanes con sus homólogos genoveses y venecianos, fue a raíz de las Guerras de Italia (1494-1559) cuando surgieron las voces más críticas hacia la actuación de las tropas imperiales, en especial tras el saqueo de Prato de 1512, que dieron origen al conjunto de estereotipos esencialistas que hoy denominamos «Leyenda negra». Más que en las crónicas más o menos coetáneas, como *Storia d'Italia*, de Francesco Guicciardini, o *Historiarum sui temporis*, de Paolo Giovio, esta imagen tan desfavorable obedece a una visión sesgada de historiadores muy posteriores. Guicciardini no escatima críticas al bando francés, como al describir el saqueo de Fivizzano de 1494, cuando miles de civiles fueron asesinados en lo que supuso «*algo inaudito y aterrador en Italia*». En 1495, los franceses masacraron a los habitantes de Monte San Giovanni en el Lacio: «*Este modo de hacer la guerra* —nos explica—, *desconocido en Italia durante muchos siglos, propagó el terror por todo el reino*». A estas dos matanzas se sumaron los saqueos de Capua (1501); Padua, Monselice, Fiume y Feltre (1509); Vicenza (1510); Údine (1509 y 1511); Rávena, Brescia y Prato (1512), Génova (1522), Pavía y Roma (1527) y Molfetta (1529).

La elogiosa introducción de Felipe IV a la edición española de la *Storia d'Italia*, de Guicciardini, donde «el Rey Planeta» se presenta a sí mismo como soberano de naciones —y, por tanto, obligado a

conocer la historia de todas ellas—, evidencia que en su época no debió de considerarse muy «negrolegendaria» esta obra. Algo similar ocurre con Paolo Giovio, un célebre humanista, médico, diplomático e historiador que aparece como personaje secundario en esta novela. Como secretario del papa Clemente VII, Giovio se mostró hostil a la creación de la Liga de Cognac y permaneció junto al sumo pontífice en el castillo de Sant'Angelo durante el saqueo. En su biografía dedicada a este gran intelectual, *Paolo Giovio: The Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy* (1995), el historiador T. C. Price Zimmermann señala que Giovio se alojó en la residencia del banquero Francesco Formento, bajo la protección del capitán español Juan de Urbina. Tras una breve visita a su recién otorgado obispado en Nocera (Perugia, Umbría), residió unos meses en la isla de Ischia (archipiélago napolitano), en casa de Vittoria Colonna, la viuda de Fernando de Ávalos, quien fuera el comandante de la infantería española en Italia. Paolo Giovio, en definitiva, tampoco se antoja abiertamente antiespañol, y él mismo defendió su imparcialidad en el hecho de que los franceses lo considerasen proimperial y los imperiales, francófilo (*Lovii opera*, II, p. 184). Las críticas del militar Gonzalo Jiménez de Quesada, en su célebre *Antijovio* (1567), contrastan con los elogios que le dedica la traducción española del *Historiarum sui temporis*, realizada bajo el patrocinio de Felipe II.

El mérito de alimentar esta leyenda negra recae sobre *Il sacco di Roma*, de Luigi Guicciardini —hermano mayor de Francesco—, un opúsculo pseudohistórico que se convertiría en el equivalente italiano de la *Brevíssima relación* de Bartolomé de las Casas y que el historiador Paul R. Wright definió como «*pornography of cataclysm*». Impreso en 1537, parece probable que Luigi Guicciardini se basara en diversos poemas satíricos que circularon durante la ocupación de las tropas de Carlos V, como la *Frottola di Maestro Pasquino*, de Pietro Aretino, o su bufonesca *Deh, havess'io quella terribil tromba*. Libelos deudores de tradiciones medievales —los *lamenti storici*—, cuajados de morbosas alusiones a la sodomía forzada, el canibalismo

y la tortura genital supuestamente infligidos a Pasquino, la «estatua parlante» de Roma. Unos recursos poéticos que, años después, se interpretaron de forma literal y se entremezclaron con las apocalípticas interpretaciones de algunos humanistas que identificaron el Saco de Roma con ciertos presagios bíblicos y lo compararon con la caída del Imperio romano. Unas fuentes que la historiografía moderna tiende a ignorar en favor de otra documentación mucho más fiable, como en las monografías *El saco de Roma de 1527 por el ejército de Carlos V*, de Vicente de Cadenas y Vicent (1974); *Il sacco di Roma del 1527. Tra profezia, propaganda política e riforma religiosa*, de Massimo Firpo (1990); *The Sack of Rome, 1527*, de Judith Hook (2004), y *El Diálogo de Lactancio y un arcidiano de Alfonso de Valdés*, de Ana Vian Herrero (1994 y 2011).

Durante el proceso de escritura de esta novela resultó desalentador constatar que algunos mitos no sólo se resisten a morir, sino que son magnificados por motivos espurios. En marzo de 2023, en la red social Twitter, el perfil de TVE publicó un vídeo de su programa *El condensador de fluzo* donde un busto parlante afirmaba lo siguiente:

> *«Lo que se llamó el Saco de Roma fue legendario durante siglos. Fue uno de los ejemplos de destrozo más graves de la historia europea de la Edad Moderna. De hecho, para mucha gente, para muchas historiadores e historiadoras, marca el final de Renacimiento. Porque Roma, que era una de las grandes capitales de las artes, de repente se convirtió en un lugar donde mucha de la población desapareció, o bien murió, o bien se escapó, y el ecosistema que se había generado en la península itálica para que se desarrollase y floreciese el humanismo, y las artes alrededor del humanismo, de repente desapareció. La península itálica se convirtió en un espacio de guerra donde ya no había estabilidad».*

El vídeo poseía la estimulante virtud de sintetizar un metarrelato

que, durante siglos, se ha utilizado con una evidente finalidad ideológica. Bajo la luz de los datos históricos, resulta difícil sostener que, en 1527, Italia «de repente» se convirtiera en un territorio asolado por la guerra, habida cuenta de que el conflicto bélico entre Francia y España se había iniciado más de treinta años antes. El declive demográfico romano había dado comienzo con la peste de 1522, que, además de causar una enorme mortandad, provocó un éxodo masivo de población. «*Todos están huyendo*», escribió en junio de 1522 el embajador de la familia d'Este en Roma, y, poco después, Baltasar Castiglione estimó en más de cuarenta mil las personas que abandonaron la ciudad del Tíber. Un censo realizado unos meses antes del asalto de las tropas imperiales, la *Descriptio Urbis*, estima que, en ese momento, Roma albergaba unas cincuenta y cinco mil almas, cuando una década antes se habían registrado ochenta y cinco mil. Entre marzo y abril de 1527 se había producido otro rebrote de peste, por lo que los estragos causados por el asalto y los saqueos del ejército cesáreo debieron de recrudecer una situación ya nefasta de por sí. Las dificultades financieras de la Cámara Apostólica comenzaron a principios de la década de 1520 y acarrearon unas enormes repercusiones para el mecenazgo artístico: tras el firme patrocinio de León X, las obras de la nueva basílica de San Pedro se abandonaron a finales de 1524. Cuando las tropas de Carlos de Borbón irrumpieron en el Vaticano, los pilares y las arcadas de Bramante debían de hallarse casi en ruinas, como muestran los dibujos realizados por el artista neerlandés Maarten van Heemskerck en la década de 1530.

A pesar de que, en ocasiones, el Saco de Roma se ha empleado como hito cronológico para separar el Alto y el Bajo Renacimiento, toda periodización resulta en gran medida arbitraria. En su estudio sobre las repercusiones culturales del Saco, André Chastel considera que el éxodo de artistas de la Ciudad Eterna más bien contribuyó a que el Manierismo o «estilo clementino», surgido en Roma, se difundiera por toda Italia. El arqueólogo y arquitecto Alberto Garín ha constatado que, en los dominios de los Habsburgo, a partir de

1528 el lenguaje arquitectónico clásico, fraguado bajo el mecenazgo papal, acabó desterrando al estilo gótico, lo cual sin duda obedeció a una decisión política de Carlos V. Lejos de «destruir el Renacimiento», el Saco de Roma contribuyó, de forma decisiva, a su difusión por Europa y, en su estudio sobre el mecenazgo artístico de la Roma renacentista, John Marciari (2017) señala que «*las tropas saqueadoras dañaron la ciudad, de eso no cabe duda, pero esta se recuperó relativamente rápido*». La crítica moderna considera que el tratado de Cateau-Cambrésis de 1559, en el que Francia renunciaba a sus ambiciones sobre Nápoles y Milán, abrió un período de paz en la península itálica caracterizado por un dominio dual entre las élites españolas e italianas, donde Italia ejercía una supremacía cultural que fue asumida por los dominadores antes que impuesta a los dominados.

El Saco de Roma, tal y como lo conciben algunos charlatanes, sin duda fue «legendario», y la novela que tiene en las manos trata de superar esa leyenda. O, al menos, en este apartado el lector hallará las claves para saber qué hay de ficción.

Agradecimientos

Tras dedicar dos décadas de mi vida a la Antigüedad y la Alta Edad Media, esta novela ha supuesto al mismo tiempo un refrescante cambio de registro y un enorme desafío. Por fortuna, varios amigos me han ayudado en la labor de documentación y corrigieron mis gazapos cuando fue necesario, lo cual acarrea una inevitable deuda de gratitud.

Durante meses, Silvia Carnicero ejerció de nuevo la tarea de asesora médico-forense y esposa abandonada. David Nievas revisó minuciosamente el manuscrito e hizo las oportunas correcciones, aunando paciencia e ironía a partes iguales. Pedro Santamaría asumió el árido reto de leer la primera versión de la obra con una lealtad y dedicación encomiables. Carlos Polite supervisó las cuestiones relativas al Derecho, Alberto Garín aquellas relacionadas con la arquitectura renacentista y Joaquín de Diego los duelos de esgrima. Carmen Monzón tuvo la gentileza de corregir la gramática italiana. Los certeros comentarios de Pau Centellas y José Soto Chica sirvieron para mejorar la estructura narrativa y algunos aspectos de los personajes. Por último, Alberto Fuentevilla desempeñó el rol de coche-escoba y acometió la lectura final. Muchos de los aciertos que hallará en *Los cuatro pilares* se deben a ellos; los errores, como de costumbre, son sólo míos.



YEYO BALBÁS (Torrelavega, Cantabria, 1972). Ha trabajado durante quince años en distintos campos de la divulgación histórica, como ilustrador y realizando documentales y cortometrajes. Tras formar parte del consejo de redacción de Memoria. Es autor de *Los cuatro pilares, Pax romana y Pan y circo*. Con *El Reino imposible* dio el salto a la Alta Edad Media, y desde 2010 colabora en la revista de historia militar Desperta Ferro. En 2022 vio la luz *Espada, hambre y cautiverio*, su primera obra de investigación, dedicada a la conquista musulmana de Spania y la batalla de Covadonga. En 2022 se proclamó ganador del XI Certamen de Novela Histórica «Ciudad de Úbeda» con *Cova Dónnica*. Después de más de una década casado con una médico forense, Balbás ha desarrollado un tono narrativo inquietantemente optimista. Ha sido empresario, desarrollador de videojuegos, asesor histórico de películas, traductor y guionista. Vive en Santander y en los corazones de sus dos hijos.